



*Hija De La Guerra*  
*Baltasar Pérez Gimeno*

# *HIJA DE LA GUERRA*

## **BALTASAR PÉREZ GIMENO**

Título:

Hija de la guerra, Versión 2.0

Vinaròs, 2017

Corrección:

davidjimenezmarchena@hotmail.com

Diseño e Ilustración de la portada:

Elena Pancorbo

<http://elenapancorbo.blogspot.com.es/>

© Hija de la guerra

Baltasar Pérez Gimeno, 2014

baltasarp@gmail.com

Más información en:

<http://baltasarp.wix.com/baltasar>

<https://www.facebook.com/hijadelaguerra>

<https://www.facebook.com/hijadelaguerra>

ISBN. 978-84-16184-44-6

DLB 26600-2014

4.<sup>a</sup> edición. Febrero, 2017.

Editado e Impreso por Fullcolor Printcolor, S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna, ni por ningún medio, sin permiso previo del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

«Yo soy español integral, y me sería imposible vivir fuera de mis límites geográficos; odio al que es español por ser español nada más. Yo soy hermano de todos y execro al hombre que se sacrifica por una idea nacionalista abstracta por el solo hecho de que ama a su patria con una venda en los ojos. El chino bueno está más cerca de mí que el español malo. Canto a España y la siento hasta la médula; pero antes que esto soy hombre de mundo y hermano de todos. Desde luego, no creo en la frontera política».

Federico García Lorca

**A mis abuelos, padres y hermanos**

## Capítulo 1

### El entierro

20 de noviembre de 1998

En Bristol, un pueblo de unos dos mil habitantes, situado en el estado de Nueva York, se acaba de celebrar el funeral de John Wood, de noventa años, fallecido por una insuficiencia respiratoria que padecía desde hacía años. Su viuda, llamada Claudia, de ochenta y dos años, y su hija Adriana, de cincuenta y nueve años se despiden de él entre lágrimas.

Cuando ambas llegan a casa, es tal el vacío que ha dejado John que, durante días, madre e hija no se intercambian palabra alguna, hasta que Adriana decide plantar cara a la situación.

—Mamá, tenemos que empezar a vaciar del armario la ropa de papá, no puedes continuar así... Cada vez que lo abre, empiezas a llorar y no quiero que te encierres entre estas cuatro paredes; tienes que entretenerte, ir a jugar al *bridge* con las amigas, no dejarlas de lado... ya han venido a visitarla varias veces y les ha dado plante... estamos llegando a finales de año y apenas hemos hablado —dice triste la hija.

—Tu padre significaba mucho para mí, le quería tanto en vida que lo sigo necesitando en cada momento; no puedo desprenderme de su ropa, porque ahí está su olor, su vida, esas cosas que me hacen recordarlo como si aún estuviera vivo —murmura llorando Claudia.

—Si tú no lo haces, lo haré yo —asegura malhumorada Adriana.

Dirigiéndose a la habitación de matrimonio de sus padres, en una caja vacía enorme de cartón empieza a poner toda la ropa de John. En ella va depositando unos cuatro pares de pantalones de temporada, camisas, camisetas, chaquetas... Adriana todavía recuerda cómo era su padre a su edad, un hombre muy coqueto: alto, de pelo canoso, piel muy fina y tersa, al que le gustaba vestir bien para que su mujer siempre estuviera orgullosa de tener un marido limpio y aseado.

En la puerta de la habitación, Adriana observa que su madre está ahí, medio escondida, viendo cómo las pertenencias de su marido también van a desaparecer de la casa.

—Mamá, te aseguro que el recuerdo de papá estará siempre en cada rincón de esta casa, en las fotos, en su sillón de la sala de estar, en la cocina, en esta misma habitación, siempre estará en nuestra memoria.

Adriana sale de la habitación y la abraza con todas sus fuerzas.

—Sabes una cosa, tú y yo nos iremos de viaje unos días. No te lo quería decir, pero es el momento de que vuelva a sus orígenes, a su ciudad natal, a su España querida.

Claudia, que no puede hablar de lo emocionada que está tras escuchar tan buena noticia, vuelve a abrazar a su hija.

—Las Navidades son unas fechas horribles para toda esa gente que ha perdido un ser cercano... y como llegan estas fiestas tu y yo visitaremos Madrid, ¿qué te parece?...

—Hija mía, no creo que yo pueda soportar un viaje tan largo como este; además, ¡a mí ya nada se me ha perdido en España!, no tengo a nadie a quien visitar, todos murieron y la única que me queda eres tú —dice cabizbaja.

—De eso nada, quiero que me enseñe qué lugares visitaba con sus amigas cuando por entonces empezó a estudiar Enfermería, el hospital... —en ese instante la interrumpe Claudia.

—No hables de eso ahora, hija mía, no es el momento —sentencia, tajante.

Adriana coge el pomo de la puerta del altillo que hay en medio del pasillo donde se encuentran las dos en el segundo piso de la casa y, estirando del pomo hacia abajo abre el altillo, luego, a través de una escalera que se asoma empieza a subir. Hacía muchos años que no entraba, sigue todo igual, intacto. En una caja vacía que sostiene con sus manos, empieza a introducir objetos que fueron de su padre. Por casualidad, ve un baúl que no recordaba, intenta abrirlo pero no puede, está cerrado con llave. Al lado mismo hay un escritorio viejo, tal vez de cuando sus padres eran jóvenes. Nunca le había llamado la atención hasta ese día y se pone a buscar entre los cajones la llave que pudiera pertenecer a dicho baúl, pensando en que su madre estaría muy contenta si lo reparara y lo pusiera en la salita de estar, conservando así algo del pasado, en el tiempo en que Claudia le escribía a su marido cartas de amor con destino a Vietnam...

John, con sesenta años, fue uno de los cientos de sanitarios que viajó en el año 1968 a Vietnam como voluntario médico. Era cirujano, su labor en el frente no era otra que operar a todos los que caían en combate, desde heridas de proyectiles en la zona abdominal hasta amputaciones de las extremidades. Estuvo pocos meses, durante los cuales recibía cartas desde Estados Unidos de su amada Claudia.

Al séptimo mes de su estancia en Vietnam tuvo que regresar tras inhalar un gas tóxico que le produjo una grave enfermedad respiratoria que le dejó

secuelas en un pulmón. Sus médicos se lo tuvieron que extirpar un año después en un hospital de Nueva York. Igualmente le quedaron para siempre secuelas en el otro pulmón, por lo que tuvo que llevar oxígeno doce horas al día, desde la edad de setenta años hasta su muerte...

## Capítulo 2

### Tienda de antigüedades

Adriana aprovecha una mañana fría de diciembre para llamar a la tienda de antigüedades y pedir que vengan a buscar el escritorio que quiere que reparen, y así, cuando vuelvan de España, esté listo y pueda darle de nuevo otra sorpresa. Entre tanto, su madre, tras haberla convencido, se ha ido a desayunar con sus amigas.

Después de comer, suena el teléfono de casa y lo coge Claudia.

— ¿Sí, dígame, con quién hablo?... —pregunta en inglés.

— ¿Adriana? —responde Catherine, la reparadora del escritorio.

—No, un momento, ahora se pone, soy su madre.

—Espero, gracias.

—Hija, una señora pregunta por ti, ponte al teléfono.

Claudia se aleja de la habitación, mientras Adriana coge el teléfono...

— ¿Le has dicho algo, Catherine? —dice nerviosa Adriana.

— ¡No!, me di cuenta que no eras tú y esperé a que tu madre me dijera algo, tienes que venir a la tienda...

— ¿Pasa algo, Catherine?, me estás asustando...

— ¡No te preocupes! He empezado a reparar el escritorio, que es precioso, y cuando he quitado los cajones... ¡necesito que vengas y te lo cuento en persona! —comenta insistentemente Catherine.

—Ahora mismo salgo hacia la tienda, me tienes preocupada.

Saliendo de casa, sin decirle nada a su madre, Adriana coge su coche y se dirige a la tienda, que está a quinientos metros escasos de donde viven.

Una vez llega a la tienda se encuentra a Catherine detrás del mostrador con una sonrisa.

— ¡Ya estoy aquí! Dime, ¿qué pasa para que me hagas venir con tanta urgencia?

—Adriana, este escritorio tiene un tesoro...

— ¿Cómo?... —Adriana no sabe qué quiere decir Catherine con que hay un tesoro.

—Cuando empecé a quitar los cajones, uno de ellos no tenía pared de madera y me extrañó. Entonces visualicé en el fondo y, pegado con cinta aislante, había una llave que podría pertenecer a un armario o a algún tipo de baúl, así como también un libro pequeño...

— ¿Una llave?... ¡bien! Por fin podré ver el interior de ese baúl que no había visto en mi vida —le comenta Adriana a Catherine—. Mi madre nunca me dijo que guardaba allí, pero además... ¿un libro? ¿De qué se trata? No sabía de la existencia de ambas cosas.

—No lo he abierto, debe pertenecer a tus padres.

Adriana observa entre las manos de Catherine el libro, bastante viejo, pero muy bien conservado, ya que está envuelto en plástico. Una vez lo ha desenvuelto, ve que no es un ejemplar literario...

— ¡Catherine!, no es un libro —exclama tras abrir la tapa—, es un diario. Está escrito a mano y, al parecer, es de mi madre porque está escrito en lengua castellana, pone «Madrid, 25 de diciembre de 1933... —y más adelante— mi hermana María Cristina y yo hemos salido esta tarde a pasear por El Retiro con Salvador, mi prometido, un hombre al que debo amar y con el que me obligan a casarme, pero ambos sabemos que no será así»... —Adriana deja de leer y sorprendida mira a Catherine.

— ¡Muchas gracias por haberme avisado, mi madre va a tener que darme muchas explicaciones sobre este diario... nunca me contó que tuvo una hermana, y menos que se comprometiera con un hombre!

—Al parecer tu madre te ha ocultado algo que no sabes. Cuando volváis de España, el escritorio ya estará listo y se pondrá muy contenta.

Adriana se despide de Cris y se dirige a su casa con el diario tirado en el asiento del acompañante del coche, hacia el cual gira la cabeza para mirarlo varias veces, con evidentes ganas de saber cual es su contenido...

## Capítulo 3

### Diario personal

Claudia, con semblante serio, está preparando la maleta cuando oye el ruido de la puerta y sale a recibir a su hija, pero observa cómo ésta se dirige hacia

ella con una expresión de sorpresa en la cara y con lo que parece ser un libro entre las manos...

—Mamá, ¿por qué no me contó nunca que tuvo una hermana? —dice seria Adriana.

Claudia, cerrando los ojos por unos segundos y bajando la cabeza, tarda un tiempo breve en contestarle. El pulso se le acelera, lo único que oye es su propia respiración, e inspirando aire mira directamente a su hija, escuchándola...

—Mamá, encontré este diario entre los cajones de vuestro escritorio viejo que había en el desván y creo que le pertenece, ¿no es así?... Y ¿esta llave?, ¿pertenece a ese baúl?, ¿cuándo se puso ahí arriba?

—Hija mía, hace años que no me acordaba que escondí el diario en el fondo del cajón del escritorio. Yo misma lo puse allí... el baúl lo compró papá y lo dejamos arriba porque no me gustaba... y sobre el diario... —se hace el silencio y se siente nerviosa— ¿lo has leído?...

—No, mamá. ¡Cómo voy a leer un diario personal!, tan solo he leído unas palabras del principio, sobre una hermana suya y un hombre llamado Salvador, al que quieren casarle con usted aunque usted se niega. Pero quiero que me cuentes tu misma lo que contiene, apenas sé de mi familia española y siempre me dijo que fue hija única, ¿hay algo que me quiera ocultar de su pasado, madre?, ¿tan vergonzoso es para ti decirle a una hija lo que pasó en España antes de marcharse a América?, ¿acaso no tengo todo el derecho de saber cómo se portaron mis abuelos maternos contigo?... —pregunta, conteniendo las lágrimas de los ojos.

—No llores, hija mía —igualmente con los ojos enrojecidos—, te conté que todo lo que me quedaba allí me lo quitó la maldita Guerra Civil, te lo he dicho miles de veces...

—Pero ¿y tu hermana?, ¿debemos ir a verla cuando llegemos a España!, quiero conocerla, y a mis primos, sobrinos... seguro que tendrá mucha familia... —le dice entusiasmada Adriana a su madre.

—Hija, estoy muy cansada y necesito irme a dormir —con la mirada triste—. Mañana tenemos que madrugar mucho y cuando estemos en el avión te lo cuento todo, ¡todo lo que hay en mi diario! Y espero que sepas perdonarme después...

—Pero, mamá, ¡de qué voy yo a tener que perdonarle!, si lo ha dado todo en esta vida por mí, tan solo quiero que me cuente toda su verdad, que su legado pase a mí, y quién sabe, tal vez a su nieto —sonríe Adriana.

Claudia empieza a reírse por este último comentario que ha dicho su hija.

— ¡Tú siempre tan chistosa!, si consigues hacerme abuela a tu edad entrarás en el récord Guinness de los Estados Unidos —ríen madre e hija.

—De acuerdo, acuéstese que mañana tiene mucho vuelo por delante para contarme su pasado; y no se preocupe, la quiero más que a nadie en este mundo y por nada la dejaría ir de mi lado; te quiero mucho, mamá.

Las dos, abrazadas, se miran y se despiden hasta la mañana siguiente en que emprenderán su viaje de regreso a España, a sus orígenes.

Adriana, con el diario en la mano, ante la tentativa de abrirlo y empezar a leerlo, decide respetar a su madre y esperar a que se lo cuente en persona, lo cierra y lo guarda en su bolsa de viaje.

Al día siguiente, antes de marcharse hacia el aeropuerto, Claudia, con la llave en la mano, decide enseñarle a su hija Adriana el contenido del baúl. Una vez abierto, desenvuelve un plástico que parece contener un vestido, Adriana ve que es un uniforme muy viejo, parecía que fuese blanco, pero se había vuelto con el paso del tiempo de un blanco roto, y la tela bastante desgastada. También saca una capa azul marino y una cofia del mismo color del uniforme, con una cruz roja puesta en medio.

— ¡Mamá!, ¡tu uniforme de dama enfermera! —exclama sorprendida Adriana al ver que su madre aún lo conservaba.

—Hija mía, mientras fuiste adolescente siempre me subía al desván y me ponía a verlo. Me hacía recordar todo lo que pasé en esos años de guerra en España, y aunque quise quitármelo de mi mente siempre lo he conservado para no olvidar nada de todo lo que me ocurrió...

Claudia le da la vuelta al uniforme y Adriana, aturdida, ve toda la parte de atrás desgarrada y manchada de un color metálico.

— ¿Sabes qué es esto, hija mía? —señalándole la zona manchada.

—No, mamá —responde aturdida Adriana.

— ¡Sangre!, Adriana, esto es sangre, y es lo que me hace recordar que yo viví unos años de barbarie, cuidando, velando y curando a los heridos que caían en la batalla. En las muchas que hubo en España durante esos tres malditos años... —Adriana abraza muy fuerte a su madre.

—Mamá, no siga, ya me lo contará todo más adelante, dejemos el uniforme en su sitio.

Adriana, ruborizada, ve cómo su madre, arrugando el uniforme, besa donde tiempo atrás allí había una mancha de sangre y lo deposita en el baúl, volviéndolo a cerrar con llave...

## Capítulo 4

### Regreso al pasado

Son las doce del mediodía, aeropuerto John F. Kennedy, Claudia y su hija Adriana suben al avión con destino a España. Una vez las dos sentadas y en pleno vuelo, se sienten relajadas.

—Bueno, mamá —susurra Adriana—, ahora puede contármelo todo, no me ocultes ni se deje nada de lo que me tenga que contar, por favor...

—Adriana, no sé si podré acabar de explicarlo todo en el tiempo que dura el viaje, pero aun así no me hagas preguntas, ni me interrumpas, porque podría olvidarme de algunas cosas, ¡que una ya está muy vieja!

—Se lo prometo, seré toda oídos...

Acurrucándose en el brazo de su madre empieza a escucharla.

—Hija, como ya sabes, nací en el año 1916. Fue el día en que hubo elecciones generales convocadas en medio de la Gran Guerra, España se había declarado neutral. Por entonces reinaba Alfonso XIII de Borbón y Habsburgo-Lorena. Fue en casa de mis padres a las nueve horas y treinta minutos. Tu abuela Ana no pudo trasladar a mi madre al Hospital Clínico San Carlos porque no daba tiempo, aunque mi padre, Ignacio, tu abuelo, ya disponía de una comadrona y una dama de compañía durante todo el embarazo, así que nací sin complicación alguna...

## 9 de abril de 1916

Ana Mendizábal Arrieta nació en Guernica, un municipio de Vizcaya, hace veinticinco años. Tiene el pelo rizado de color miel y el tono de piel blanca, ojos verdes y labios finos. Está casada con un rico empresario, Ignacio Romo Scott-Ellis, de treinta y un años, ojos azules y con el tono de piel morena. Es un hombre alto, guapo, esbelto y de pelo color castaño repeinado hacia atrás. Su apellido inglés es por parte de su madre y tía de un conocido barón londinense.

Ana e Ignacio están a punto de tener a su primera hija pero, al ser muy tarde para ir al hospital ya que su bebé está en camino, deciden que nazca en casa.

La comadrona que ha estado casi todo el embarazo con Ana la asiste en el parto y fruto de ello nace en apenas unos segundos una preciosa niña de unos tres kilos de peso, pelona, con el mismo tono de piel que su madre y ojos claros, aún por definir. Sus padres le pondrán el nombre de Claudia, en honor a su fallecida bisabuela materna. Los padres, muy felices y asombrados, miran orgullosos a esa pequeña y delicada criatura que acaban de tener.

## 30 de junio de 1916

Casi tres meses después del nacimiento de Claudia, Ignacio recibe la visita de un militar amigo suyo, el cual le trae una mala noticia.

— ¡Ignacio! —Exclama Gaspar—, he recibido malas noticias, ha llegado un telegrama al cuartel, es nuestro amigo...

— ¡Dime, Gaspar!, ¿qué pasa?, ¿qué dice el telegrama?... —pregunta sorprendido.

—Nuestro amigo, Francisco Franco ¡está muy grave! Ayer, en una rafia en El-Biutz fue herido en el abdomen, de momento no sabemos nada más, sé que está en Cudia Federico y de momento no quieren trasladarle al hospital en las afueras de Ceuta ya que podría ser mortal para él, ¡a no ser que esté muerto ya!

Ignacio, cogiéndose la cabeza con las manos, no podía recibir peor noticia.

—Amigo, tenme informado del estado de Francisco. Ante cualquier novedad no dudes en volver a verme, que Dios no lo quiera y se salve... — Ignacio, con furia, arremete una copa llena de *whisky* contra su escritorio.

Más tarde, cuando llega a su casa, su cara malhumorada cambia por completo al ver a su hija en brazos de su esposa, las dos mujeres a las que más ama en este mundo.

Meses después, recibe una carta de Francisco Franco:

Mi querido amigo, Ignacio:

Espero que me sepas perdonar la tardanza de esta carta. Sé de buena mano que te interesaste mucho por mi estado de gravedad en Ceuta; ahora estoy bastante recuperado. Decirte que me han ascendido a comandante, ¡el más joven de España! Actualmente estoy destinado en Oviedo, estaré hospedado en el Hotel París y he entablado amistad con Joaquín Arrarás Iribarren, también he conocido a una mujer maravillosa que se llama Carmen. Te tendré informado, amigo mío.

Un saludo,

Francisco Franco

Ignacio, sonriendo, le enseña la carta a su mujer y ésta le felicita con un beso en los labios.

—Voy a acostar a nuestra pequeña y me quedaré leyendo un rato. Ya subirás, Ignacio.

—De acuerdo, Ana. No me esperes despierto, tengo que aclarar unas cuentas y tardaré en acostarme.

Ya en el dormitorio, Ana empieza a hablarle a su pequeña hija a la vez que escribe una carta a Argia, su viuda madre que vive en Guernica. Por más que le han propuesto su yerno y su hija que se vaya a vivir a Madrid con ellos, ella no quiere abandonar su pueblo.

«No me gusta la simpatía que le tiene mi marido a ese tal Francisco, tengo la sensación de que no es un hombre bueno; no me gustó la noche cuando lo invitó a cenar en casa estando yo embarazada de Claudia, ¡y de cómo hablaba de alguna gente que no simpatizaba con sus ideales políticos!, ¡y con qué prepotencia! Ese tal Francisco Franco da mala espina, mamá, no me gusta...»

## Capítulo 5

### La Segunda República

14 de abril de 1931

«Las elecciones celebradas el domingo reflejan claramente que no tengo el amor de mi pueblo». Así comenzaba el mensaje que Alfonso XIII entregó en abril de 1931 a su gobierno antes de salir hacia el exilio.

A primera hora de la tarde, unos funcionarios socialistas izan la bandera tricolor republicana en lo alto del edificio de Correos y Telégrafos de la plaza de Cibeles. Corre la noticia y una multitud se concentra en la plaza, para desde allí dirigirse por la calle de Alcalá hacia la Puerta del Sol, donde se encuentra el Ministerio de la Gobernación. Muchos portan banderas republicanas y algunos retratos de los capitanes Fermín-Galán y Ángel-García Hernández, ejecutados por la sublevación de Jaca. Un grupo derriba la estatua de la reina Isabel II de su pedestal y la arrastra hasta el convento de las Arrepentidas.

Otra muchedumbre se congrega frente al palacio de Oriente, pero decenas de jóvenes con brazaletes rojos, la mayoría de ellos obreros socialistas, forman un cordón uniendo sus brazos para impedir que la gente se aproxime, estarán allí de guardia durante toda la noche.

Enterados de lo que está ocurriendo, los miembros del comité revolucionario se dirigen a la Puerta del Sol. Una vez allí, Miguel Maura llama al portalón del Ministerio gritando: «Señores, paso al Gobierno de la República». Los guardias civiles de la entrada se cuadran y presentan armas. A continuación el comité revolucionario se constituye en «Gobierno Provisional» de la República y designa a Niceto Alcalá-Zamora como su presidente. Son las ocho de la tarde del 14 de abril. A esa misma hora el rey se despide de los nobles y grandes de España que han acudido al palacio de Oriente y abandona Madrid en coche dirección a Cartagena, donde hacia las cuatro de la madrugada embarca en el crucero Príncipe de Asturias con destino a Marsella. Pocas horas después, la reina y el resto de la familia real abandonan Madrid en tren dirección a la frontera con Francia.

El 16 de abril se hace público el siguiente manifiesto, redactado por el duque de Maura, hermano del líder republicano Miguel Maura, y que el 17 de abril sólo publicó el diario *ABC* en portada acompañado de una «Nota del Gobierno acerca del mensaje»:

Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo. Mi conciencia me dice que ese desvío no será definitivo, porque procuré siempre servir a España, puesto el único afán en el interés público hasta en las más críticas coyunturas. Un rey puede equivocarse, y sin duda erré yo alguna vez; pero sé bien que nuestra patria se mostró en todo tiempo generosa ante las culpas sin malicia.

Soy el rey de todos los españoles, y también un español. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero, resueltamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fratricida Guerra Civil. No renuncio a ninguno de mis derechos, porque más que míos son depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia ha de pedirme un día cuenta rigurosa.

Espero a conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, y mientras habla la nación suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder Real y me aparto de España, reconociéndola así como única señora de sus destinos.

También ahora creo cumplir el deber que me dicta mi amor a la Patria. Pido a Dios que tan hondo como yo lo sientan y lo cumplan los demás españoles.

Alfonso XIII abandona el país sin abdicar formalmente y se traslada desde Marsella a París (donde declara: «La República es una tormenta que pasará rápidamente»), fijando posteriormente su residencia en Roma.

Ignacio, que ha estado presente en su casa escuchándolo todo por la radio e incómodo con la situación, decide quedarse con su mujer Ana, obligando igualmente a permanecer en casa a sus dos hijas.

Dos años después de que naciera Claudia, tuvieron otra preciosa niña a la que pusieron el nombre de su abuela paterna, María Cristina, la cual ya tiene casi trece años y está a punto de acabar sus estudios de secundaria. La mayor, recién cumplidos los quince años, se ha convertido en una mujer bastante guapa, el color de sus ojos claros azules han permanecido en ella desde su nacimiento, con unos bellos labios carnosos y perfectos, pelo ondulado largo y rojizo, tal vez heredado de sus antepasados ingleses, y unas pecas que le salieron en la cara cuando aún era pequeña. Claudia está muy contenta porque solo le quedan dos cursos para terminar el bachillerato y poder comenzar sus estudios universitarios como dama enfermera, habiendo elegido para ello el Hospital de la Cruz Roja San José y Santa Adela de Madrid.

—No saldréis a la calle hasta que averigüe cómo está la situación —mirando a sus hijas, y a la vez dirigiéndose también a su mujer—. Parece ser que más de un trabajador de la fábrica ha comenzado a llenar la cabeza de pájaros a los demás compañeros y ello nos conducirá a la huelga, y si no al tiempo —dice indignado Ignacio—. Me marchó hacia la fábrica y, lo dicho, no quiero que salgáis de casa hasta que yo os lo diga, ni tampoco al colegio.

Ignacio, después de dar un beso a cada una de las niñas y a su mujer se dirige hacia su fábrica de calzado. Mientras tanto, en casa, Claudia y María Cristina están muy asustadas por todo lo que pueda suceder a partir de ahora.

—No temáis, niñas, no hemos entrado en ninguna guerra —les explica su madre—, solamente que a partir de ahora hay que ir con mucho cuidado, ya que muchos conocen a papá y saben que es un hombre ligado a la monarquía y de derechas. El ambiente está muy alterado, pero ya veréis como en dos días volvéis al colegio.

Las dos hermanas, cogidas de la mano, se miran una a la otra, tal vez prediciendo lo que en breves años iba a suceder...

Así, y tras unos primeros meses de desconcierto, 1932 fue el año en el que el sueño republicano para muchos chocó con la realidad. A comienzos de año, Josep Pla, cronista en Madrid de *La Veu de Catalunya*, hacía un diagnóstico pesimista: «Estamos pasando por una fase verdaderamente dramática por lo que al orden público se refiere».

Una de las causas de esa inestabilidad fue una orden del director general de Primera Enseñanza que obligaba a los maestros a retirar de las escuelas cualquier señal de tema religioso, como la supresión de los crucifijos, lo que derivó en una especie de guerra de guerrillas simbólica e incansable. En la prensa informan de incidentes a lo largo y ancho del país: manifestaciones, detenciones, protestas y dimisiones desde las capitales hasta los pueblos más remotos. En algunos lugares se cumplió la ley y en otros se hizo caso omiso para evitar altercados.

Ignacio ha puesto a disposición de las niñas y de su mujer un chofer llamado Benito, con el fin de acompañarlas al colegio y traerlas de vuelta a casa al término de éste, así como llevar a su mujer a efectuar sus compras y demás quehaceres...

## Capítulo 6

### Claudia

#### Septiembre de 1933

Una vez terminados los estudios de bachillerato, Claudia está cada vez más convencida de aprender Enfermería, y para ello, acompañada de sus padres y su hermana, se dirigen con su chofer Benito hacia el Hospital de la Cruz Roja de Madrid, pues tienen visita concertada para hablar con la dama enfermera de primera clase que lo ostenta, Mercedes Milá Nolla, y cuya autorización necesita para poder estudiar, así como el permiso de Ignacio, su padre, ya que todavía es menor de edad.

Cuando llegan al hospital, entran todos en su despacho. Claudia observa a una señora bastante agradable, vestida de blanco con cofia blanca y una cruz roja en medio, así como también una capa azul marino, complementos estos que la hacen muy elegante.

—Hola, señora Milá, soy Ignacio Romo Scott-Ellis. Teníamos cita con usted para hablar sobre los estudios que debe empezar en breves días mi hija Claudia. Estas señoritas que tengo a mis costados son mis hijas; a mi izquierda, Claudia, y a mi derecha mi otra hija, María Cristina; mi esposa, Ana Mendizábal —Esta le sonrío a la dama enfermera.

—Siéntense donde puedan —dice Mercedes mirando a Claudia, percibiendo en ella una muy buena sensación—. En principio y para que su hija que es menor de edad pueda realizar los estudios de Enfermería aquí en la Cruz Roja, necesitamos la autorización de usted, señor Romo, así como a ti, Claudia, exigirte... —mirándola directamente a los ojos, mientras ella, visiblemente nerviosa, asiente, mientras Mercedes sigue hablando —debes comprometerte mucho con la labor que vas a realizar durante los siguientes tres años. Así como con nuestros principios fundamentales: unidad, humanidad, imparcialidad, neutralidad, independencia, voluntariado y universalidad. La reina Victoria Eugenia se empeñó mucho para que la mujer española pudiera obtener esta enseñanza, aquí se viene a estudiar y sobre todo a realizar prácticas en este mismo hospital, así como ayudar en las visitas domiciliarias. ¿Qué piensa de todo lo que le he dicho, señorita Claudia?, ¿Se ve capacitada para ejercer como dama enfermera y poder servir su país?, ¿está dispuesta a curar a los enfermos y a la vez empatizar con ellos? Piénselo, si no se ve capacitada es que es su profesión equivocada —Termina diciendo

Mercedes mientras pone los ojos en ella.

—Claro que sí, señora Milá—asiente.

—Puedes llamarme Mercedes, aunque vaya a ser tu profesora y tutora durante tu formación en este hospital, vamos a pasar muchas horas juntas.

—Voy a estudiar mucho y trabajar duro, desde que tengo uso de razón me ha gustado cuidar de la gente, tener cura de ellos y dar el máximo apoyo a los familiares de los enfermos —sonríe.

Mercedes saca del cajón de su escritorio unos papeles con una ficha con el nombre de Claudia Romo Mendizábal, ella muy contenta mira a su padre mientras éste le devuelve la mirada orgulloso.

—Aquí tengo todos los papeles para su matriculación en la carrera de Enfermería, igualmente también tiene que firmar estos otros papeles para la realización de las prácticas correspondientes a sus años de estudio, señor Romo.

Acercándole los papeles a Ignacio, éste empieza a firmar hoja por hoja, hasta que por fin Claudia, muy contenta por haber sido aceptada, abraza con fuerza a sus padres y a su hermana.

—Enhorabuena, en dos días vas a empezar tus estudios de Enfermería, espero que estés muy a gusto en este hospital mientras dure tu formación.

—Voy a darlo todo de mí, Mercedes, espero no defraudarla y convertirme en dama enfermera como usted —sonríe mientras mira a sus padres y a su hermana.

Una vez han salido las hijas y la mujer de Ignacio del despacho de Mercedes, éste se dirige a ella de forma cariñosa.

—Gracias por hacer tan feliz a mi hija, le estoy muy agradecido. Señora Milá... —cogiéndola de la mano, le da un beso y se marcha...

A las afueras del Hospital de la Cruz Roja se encuentran las hijas y la mujer de Ignacio, Claudia, al ver aparecer a su padre lo abraza entusiasmada tan pronto lo ve, dándole las gracias por todo su apoyo.

—Hija mía, tan solo pido que te centres en los estudios y llegues a ser una gran dama enfermera.

Ya en el coche, se dirigen hacia su casa. Las dos hermanas, cogidas de la mano, disfrutan de las preciosas vistas de la ciudad de Madrid.

## Capítulo 7

## Nuevas amigas

Claudia, dos días después de su visita al Hospital de la Cruz Roja San José y Santa Adela, se adentra hacia su nueva aventura: su inicio en los estudios de Enfermería, con sus dos libros de Fisiología y Anatomía, su uniforme y la cofia con su cruz roja en el centro. Buscando el aula para los alumnos de primer curso y después de pasar varias puertas, lee el cartel: «Alumnas de primer curso de Enfermería. Hoy, introducción de la dama enfermera por Mercedes Milá».

Quedando aún varios minutos para el comienzo de la clase, entra en el aula, donde observa las mesas con sus correspondientes sillas vacías, decide escoger una que está al lado de los grandes ventanales y se sienta. Nerviosa ante el inicio de las clases, ve que dos muchachas aproximadamente de su edad entran en la sala hablando y caminando hacia ella. Claudia se coloca bien la cofia, esperando que esté en su sitio; y por supuesto el pelo, bien arreglado.

—Hola —se presenta una de las muchachas, dándole un beso efusivamente en la mejilla—. Soy Olga Pérez-Montes Erin, tengo dieciocho años y soy de Astorga, también es nuestro primer día para nosotras, ¿y tú, cómo te llamas?

—Hola, me llamo Claudia Romo Mendizábal, soy de aquí de Madrid y tengo diecisiete años, encantada de conoceros, ¿y tú, cómo te llamas? — mirando a la muchacha que está al lado de Olga.

—Hola, me llamo Pilar Gullón, también soy de Astorga, pero hace tiempo que vivo aquí en Madrid. Soy mayor que vosotras —sonríe—, tengo veintidós años y ya conocía a Olga, es encantadora, y al parecer tú también —A la vez que le da dos besos.

—Encantada de conoceros, esperemos que este sea el comienzo de una gran amistad, tendremos que compartir muchas horas juntas para estudiar y ejercer nuestra labor de prácticas —Comenta Claudia.

— ¡Sí! —Exclama encantada Olga—, vamos a ser muy buenas amigas, ya lo veréis.

Las tres se sientan juntas en el pupitre largo mientras empiezan a entrar las demás muchachas, a las que les sigue Mercedes Milá.

—Bienvenidas, damas enfermeras, porque es así como debéis sentirnos desde ahora mismo. No sé cómo será vuestra formación final, cuando acabéis dentro de dos años, pero os aseguro que si podéis seguir el tercer año os convertiréis en damas enfermeras de primera clase, y espero poder verlo con

mis propios ojos.

Claudia, mirando a sus dos nuevas amigas, Olga y Pilar, se siente muy confortada y cómoda, presintiendo que su formación junto a ellas será mucho más fácil.

Mercedes sigue hablando sobre la formación que deben realizar para poder ejercer de enfermeras, les comenta a las chicas que deben realizar como mínimo dos semanas de prácticas asistenciales en el mismo hospital, así como también en el dispensario más próximo a sus casas, igualmente les comenta que todos los servicios y funciones confiados a ellas se efectuarán voluntariamente...

Un total de quince chicas escuchan atentamente y en silencio a Mercedes:

—Conviene resaltar que, según el reglamento, los tres primeros meses se considerarán de prueba. Pasado este periodo, si mostráis las aptitudes y actitudes necesarias, adquiriréis la condición de alumnas oficiales. Las que dejéis de asistir a las lecciones teóricas quince o treinta días seguidos durante todo el curso sin causa justificada perderéis el derecho a presentaros al examen final, por supuesto con la correspondiente imposibilidad de poder acceder al título —expone rotundamente Mercedes mientras observa una a una a las chicas—. En el momento de recibir el título como damas enfermeras, aceptaréis el compromiso de prestar los servicios sanitarios que se os pidan —En ese momento una de las estudiantes interrumpe levantando la mano—. Dígame, señorita, ¿qué desea preguntar? —dice Mercedes, señalándola con el dedo.

—Hola, me llamo Olga, me gustaría saber qué prácticas vamos a desempeñar compaginando con la teórica de Anatomía y Fisiología y de Salud Pública...

—Si no me hubiera cortado lo iba a decir ahora mismo, señorita Pérez — Mercedes sigue con su introducción mientras Olga se pone colorada—. Tal como dice vuestra compañera, vais a hacer prácticas, como hacer una cama de hospital, higiene de los enfermos encamados, aplicación de vendajes sobre un maniquí, inyecciones hipodérmicas, así como la asistencia durante cincuenta días en centros sanitarios de la Cruz Roja.

Pasados varios meses y antes de la entrada del nuevo año 1934, Claudia ya se ha habituado a las clases teóricas, así como a las prácticas, donde se siente totalmente realizada, descubriendo que ama esa profesión como nunca antes lo hubiera pensado. Desde el primer día cuando conoció en clase a Olga y a

Pilar, siempre han estado muy unidas.

Una vez finalizada la clase, al salir por la puerta del hospital ve a Benito que está esperándola.

—Benito, ¿pasa algo? —balbucea, asustada.

—No, señorita, sus padres me han dicho que viniera a buscarla porque quieren que vaya a casa directamente, ya que necesitan urgentemente hablar con usted.

—No entiendo nada, ¿de verdad que no ha pasado nada, Benito?

—No, señorita, puede estar tranquila.

Claudia, mientras observa por la ventana del coche las calles de Madrid y sus edificios, no para de pensar y darle vueltas a la cabeza.

Una vez en casa y al abrir la puerta del salón, empieza a oír risas de varias personas; extrañada, entra en el salón y, con los ojos como órbitas, no puede creer lo que está viendo: delante de ella tiene a unos amigos de sus padres y a su hijo, dos años mayor que ella, llamado Salvador González Fernández.

—Parece que hayas visto a un fantasma, hija, ¿no vienes a saludar a mis amigos?, y a tu amigo de la infancia... —dice entusiasmada Ana—. Disculpáda —dirigiéndose a Mario y Fernanda, los padres de Salvador—, no le habíamos dicho nada de vuestra visita.

Claudia se acerca y les da un beso en la mejilla a cada uno, así como a Salvador. Mientras, él aprovecha el beso para decirle en la oreja...

— ¡Estás muy guapa...!

—Gracias, Salvador —responde.

— ¿Papá?, ¿a qué se debe tanta urgencia como para que me viniera a buscar Benito al hospital? —pregunta sorprendida.

Sus padres se miran y empiezan a hablarle...

—Claudia, nos hemos reunido con los padres de Salvador para comunicaros que una vez acabe éste sus estudios de Derecho en la universidad, empezaremos con los preparativos de la boda, claro está, cuando también termines los tuyos en la primavera de 1936.

Claudia, que no da razones a lo que está oyendo, empieza a sudar y a inquietarse, sus piernas se debilitan y se zarandea como si fuera a perder el conocimiento. Salvador la socorre, con delicadeza la coge de la mano para que no pierda el equilibrio y la ayuda a sentarse en el sofá, ante las miradas atónitas de sus futuros suegros.

—Claudia, hija mía, Salvador y tú ya os conocíais de pequeños y en aquel entonces habíamos convenido este enlace en cuanto llegarais a la mayoría de

edad, una vez hubierais terminado vuestros estudios —Ana se sienta a su lado y le coge la mano para que deje de temblar—. Ahora tenéis tres años para poder reforzar vuestra amistad, estoy segura de que os vais a enamorar locamente —afirma Ana.

—Pero... mamá —le susurra bajito, con el fin de que el resto no la oyera—, ¡no podéis hacerme esto papá y tú!, ¡no lo podéis permitir!...

Desde la puerta del comedor, que no está del todo cerrada, María Cristina, con los ojos llorosos, está mirando y oyendo todo lo que le sucede a su hermana.

## **Capítulo 8**

### **El rechazo**

**23 de diciembre de 1933**

A falta de un día para las vacaciones de Navidad en la escuela de Enfermería del Hospital de la Cruz Roja, Olga y Pilar, en un momento de descanso de las

prácticas escuchan atentamente a Claudia, quien casi faltándole el aliento les cuenta todo lo sucedido varios días atrás:

—No puedo creer que mi madre permita a mi padre que me ordene casar con un hombre al que tan solo veía de pequeña en las vacaciones en Inglaterra, si apenas conversábamos ni pasábamos el tiempo juntos, ya que él se pasaba todo el santo día con sus amigos ingleses jugando al fútbol, mientras yo pasaba toda la mañana con mi prima, que se llamaba Pip. Y ahora, tan solo porque su padre, por ser un alto mando militar, y que junto con el mío tienen una empresa que les genera mucho dinero deciden que me case con Salvador... —dice muy nerviosa Claudia.

—Pero ¿has hablado con él? —Comenta Olga—. A lo mejor tampoco le parece buena idea... ¿y si no os gustáis?, ¿no tenéis por qué aceptar esta decisión de vuestros padres! —afirma.

—No es así, Olga, ¡no será tan fácil, amigas!

—¿Y cuándo es la próxima vez que os tenéis que ver? —pregunta Pilar.

—Mis padres les han invitado para la cena de Nochebuena. Un futuro militar nacional como su padre, ¡Dios mío, lo que me faltaba como novio!, yo no lo quiero, ¡no quiero que me obliguen a casarme con él! —casi sin voz, susurra Claudia.

—Pero, como bien nos has dicho, no vais a casaros hasta que acabéis vuestros estudios, y para entonces pueden pasar muchas cosas —intentando Olga animar a Claudia—, a lo mejor te enamoras y nos vienes diciendo un día de estos que cómo pudiste pensar así de él...

—No, amigas, mi futuro marido no va a ser Salvador, un hombre como su padre, que adora al presidente alemán Adolf Hitler, ese fascista que tanto odia a los judíos y... ¡que no me caso si no estoy enamorada!, me niego —dice llorando, abrazándose a Olga y a Pilar.

En ese instante las interrumpe sor Benedicta para decirles que ya habían tenido más rato de descanso del que deberían. Las tres, cabizbajas, con sus trajes de enfermera blanco impoluto, sus cofias con la cruz roja en medio y sus capas azul marino por encima de los hombros se marchan hacia uno de los departamentos de enfermos de tuberculosis del hospital.

Al día siguiente, estando en su casa, María Cristina está haciéndole un recogido en el pelo a su hermana...

—¿Estás nerviosa, Claudia? Dentro de un rato iremos a ver a Salvador, ¡qué guapo es!, ¡qué alto y qué pelo tan liso tiene!, ¿te has fijado en sus ojazos negros? —me tiene enamorada, suspira María Cristina...

—Pues te lo regalo, hermana, yo no lo quiero, no me gusta nada, y de verdad no sé cómo voy a hacerlo pero se lo tengo que decir, que entre nosotros no va a haber nada ni ahora ni dentro de tres años —le suelta, enfadada.

—Solamente era un comentario, no te enfades conmigo. Sé que estás afectada y que lo que han hecho papá y mamá no es lo más acertado, pero ¿qué mujer no se enamoraría de ese hombre? —dice mientras acaba de peinarla.

—Pues yo, María Cristina, debo de ser la única mujer a la que no le gusta absolutamente nada —Claudia se levanta de la silla y coge sus zapatos de tacón alto brillante color grisáceo para ponérselos.

—Estás preciosa, Claudia, no me extraña que Salvador sólo tenga ojos para ti.

—Pues hoy se va a decepcionar, que conmigo poco tiene que hacer... así tenga que marcharme de casa si padres si no aceptan mi renuncia a casarme en un futuro con ese... —corta la frase Claudia.

—Dale una oportunidad, habla con el muchacho... Tal vez, durante este tiempo, con vuestros encuentros y paseos acabas aceptándolo...

Claudia se pone delante de su hermana, la coge de los hombros y mira directamente a sus verdes ojos:

— ¡María Cristina!, no pienso casarme con el, recuerda lo que te digo, ¡nunca!

En ese momento oyen el timbre de la puerta, las dos, nerviosas, se dirigen hacia el comedor...

## Capítulo 9

### El compromiso

Mario, su esposa Fernanda y su hijo entran en el gran salón, acompañados de Ignacio y su mujer, saludan afectuosamente a las hijas de estos, que están allí de pie, para darles la bienvenida y pasar la Nochebuena juntos. Claudia está muy nerviosa, se le nota, no sabe disimularlo, el día de Navidad todo Madrid sabrá de su compromiso con Salvador, hijo de un alto mando militar, muy conocido en la ciudad.

—Me fascina cómo has decorado la casa, Ana —Dice Fernanda observando escrupulosamente todos los detalles—. Y la mesa, adornada con detalles navideños; y ese árbol enorme, con todos esos regalos debajo... muy bonito, de verdad.

Fernanda se pone frente a Claudia, la coge de ambas manos con delicadeza y la mira a los ojos; ésta, nerviosa, también lo hace, recuerda que su madre le dijo siempre desde pequeña que en todo momento se tenía que mirar a los ojos de la persona a la que se hablaba.

—Estoy muy contenta de que mi futura nuera vaya a ser enfermera, pero cuando acabe Salvador sus estudios de Derecho, creo que no hará falta que tengas que cuidar a ningún enfermo, porque tu futuro marido sabrá mantenerte como una auténtica señora y podrás quedarte en casa cuidando de él y de mis futuros nietos.

Claudia asiente mirando a Salvador que está a unos metros de ella, él también la mira sonriendo sin saber de qué están hablando; Claudia no le contesta a Fernanda, ya que podría decirle cualquier barbaridad y causar problemas a sus padres.

Todos se sientan alrededor de la gran mesa redonda adornada con cinco velas doradas en el centro y con sus respectivos cubiertos de plata, una copa para el champán, una copa para el vino y otra para el agua, así como una servilleta de tela, bastante suave y adornada encima del plato dorado en forma de oca.

Ignacio se sienta junto a Mario, siguiéndoles a su lado su mujer Fernanda, María Cristina, Salvador, Claudia y su madre, y Ana.

—Antes de empezar a comer, quiero agradeceros —dirigiéndose Ignacio a los tres invitados— que hayáis aceptado esta invitación en una noche tan especial como es la de hoy, Nochebuena, espero que disfrutéis de la cena —efectuando un brindis alzando la copa hacia el centro de la mesa.

—Y nosotros muy gustosos de poder compartir la cena y la compañía con vosotros, nuestra futura familia —dice Mario.

Salvador y Claudia se miran aunque ninguno de los dos sonría.

— ¿Salvador?, ¿todavía no le has dicho nada a Claudia!, se os nota muy nerviosos —murmura Fernanda.

—Hablabamos después en el postre —mirándola— ¿verdad, Claudia?

Intentando romper el hielo, Ignacio se dirige a su futuro yerno para que le informe cómo le van sus estudios de Derecho.

—La verdad, señor Romo, es que el amigo de papá, José Antonio Primo de

Rivera, me está ayudando bastante. Cualquier duda que tengo cuando salgo de la facultad, pido cita para ir a hablar con él en su despacho y me la soluciona. Es un hombre maravilloso, como ya sabéis creó a finales de octubre la Falange, y en la ocasión que fui con padre al discurso que hizo, en el teatro de la Comedia, me fascinó aquel momento que dijo: «La Patria es una síntesis trascendente, una síntesis indivisible, con fines propios que cumplir; y nosotros lo que queremos es que el movimiento de este día, y el Estado que cree, sea el instrumento eficaz, autoritario, al servicio de una unidad indiscutible, de esa unidad permanente, de esa unidad irrevocable que se llama Patria». Ahí me di cuenta de que quería formar parte de su partido político y unirme a él —en ese instante su padre le corta la conversación.

—Ya te dije, Salvador, que nada de partidos políticos hasta que no acabes la carrera —dice seriamente su padre—. Sabes que quiero que te centres en tus estudios y después ya decidirás lo que más te convenga. Ya lo hablé con José Antonio y está de acuerdo, cuando seas abogado yo seré el primero en unirme contigo y con el fundador de la Falange.

— ¡Dejad ya de hablar de política, dejadlo para después en el café! Ahora quiero preguntarte, Claudia, ¿cómo te van los estudios? —curioseas Fernanda.

—Bastante bien, me gusta mucho, señora, no sabe cuánto; ahora estamos haciendo las prácticas en la unidad de tuberculosos, en el Hospital de la Cruz Roja —coge un pañuelo y se lo pone en la boca para toser, adrede...

Fernanda, mirándola, y después a Salvador y a los demás, coge la servilleta y empieza a sacudirla para que no le llegue el resto del aliento que pudiera llegarle a ella. María Cristina suelta un esbozo de sonrisa, mientras le da una patada por debajo de la mesa a su hermana, Salvador, intentando esconder una leve carcajada, la mira.

— ¡Claudia! —Riñe Ana a su hija— ¡no creo que sea la noche para que le cuentes a Fernanda que estás con esas personas enfermas!

—Me lo ha preguntado, mamá, y le he dicho la verdad.

—Bueno, déjalo, me doy cuenta —dice Fernanda— que tienes que ser muy especial para que estés con esa gente y que necesite de tu atención.

—Muchas gracias, señora, tarde o temprano todos nosotros necesitaremos de un médico, y detrás de ese médico estamos nosotras, las damas enfermeras, para disminuir en lo máximo posible el dolor, con nuestro acompañamiento, cuidado y cura del enfermo —mirando a su hermana María Cristina.

Una vez acabado el postre, se levantan de la mesa para sentarse en los grandes sofás de cuero de color marrón, junto al árbol de Navidad, con sus

regalos debajo, Claudia empieza a coger el primero de ellos.

— ¡El que has elegido ahora mismo es el mío! — exclama contenta María Cristina a su hermana.

Al abrir el envoltorio, observa un hermoso diario personal pequeño, forrado en piel de color marrón y con un dibujo grabado de la ciudad de París, pero observa que hay otra sorpresa: un libro de Federico García Lorca del año 1928 titulado *Romancero gitano*.

— Sé que te encanta este poeta y esa obra aún no la tienes, el diario es para que escribas lo que quieras recordar y tenerlo guardado, algo que a partir de ahora te vendrá muy bien — sonríe.

— Muchas gracias, esta noche antes de acostarme voy a empezar a escribir y tú, María Cristina, serás la primera que aparecerá en él.

— ¡Feliz Navidad, Claudia! — las dos se abrazan y se dan un beso.

Salvador le coge a Claudia el libro de García Lorca y mirándola le comenta:

— Dicen de este señor que es homosexual, es un rumor que se va extendiendo cada vez más, pero la verdad es que debe ser envidia, ya que me he cruzado con él un par de veces los viernes, saliendo del despacho de José Antonio Primo de Rivera, a quien le gusta mucho la poesía, él mismo me lo ha dicho...

— ¿De verdad has visto a García Lorca en persona? — le sonríe a Salvador.

— Claro, si quieres puedo decirle a José Antonio que me haga el favor de intermediar para que lo conozcas y te pueda firmar el regalo de tu hermana.

María Cristina y su madre observan anonadadas cómo Claudia se abraza a Salvador, cosa impensable cuando hacía menos de cuatro horas hablaba bastante mal de él.

Mario le susurra a Ignacio:

— De ese poeta más bien me fio poco, también se rumorea que es simpatizante comunista, anarquista y muchas cosas más, incluso de que si es amigo de José Antonio es porque lo está espionando para los rusos, así me lo hizo saber Francisco Franco en una llamada privada a mi despacho — afirma Mario.

— Me encanta ver feliz a mi hija con el regalo que le ha hecho su hermana, eso es lo que me importa — responde Ignacio.

Ana les regala a sus hijas un collar de perlas heredado de su abuela Argia, y quiere que ahora pase a ellas para que lo disfruten los domingos, el día en que suelen ir a misa, al cine y pasear por el Parque del Retiro.

Por último, Salvador saca de su bolsillo un pequeño paquete envuelto en papel de regalo plateado con una cinta dorada acabada en flor; es un regalo para Claudia y se lo acerca.

—Espero que te guste y que a partir de hoy quieras ser mi amiga y, cómo no, que quieras ser mi futura mujer.

Claudia se siente observada y como si la devoraran por sus padres, su hermana y sus futuros suegros. Quita el envoltorio y descubre una pequeña caja pequeña metálica de color bronce.

—Ábrela, la cajita no es el regalo, está en su interior.

Un brillo cual resplandeciente en sus ojos va apareciendo. Ve que es un anillo de oro que contiene una esmeralda azul y alrededor doce pequeños brillantes, que realzan aún más esa maravilla.

—Espero que te guste —insinúa Fernanda—, mi hijo tiene muy buen gusto, lo eligió él.

Ana e Ignacio se miran, ya que saben que eso vale una fortuna.

— ¿Te gusta? —pregunta Salvador—, ¿no dices nada?... Este es mi regalo de compromiso contigo, y me gustaría que lo aceptaras.

—Yo... No sé, es precioso, pero... —mirando a sus padres, y estos asintiendo con la cabeza— si me ven con esto por la calle me lo robarán... — sin saber qué más decir, no tiene palabras.

—Hermana, los domingos podrás llevarlo, o cuando salgas a pasear con Salvador por Madrid, ¡serás la envidia de tus amigas!...

—No creo, ellas se deben a Dios.

Salvador le coloca el anillo en el dedo índice derecho. Ella se lo queda mirando como hipnotizada, sin poder hablar, pero sintiendo todavía en el fondo que ese no es el hombre de su vida.

Cogiendo Ana del brazo a María Cristina se marchan hacia el otro lado del salón con Fernanda, dejándolos solos allí, al lado del árbol de Navidad.

— ¡Salvador! —Claudia decide sincerarse de una vez— voy a serte sincera, no te quiero, no voy a comprometerme tan joven a que me obliguen a casarme por intereses sociales o económicos; yo quiero estar enamorada de mi prometido, y no me gusta lo que nos han hecho a los dos.

Salvador coge las manos de Claudia y se las aprieta para sí, acto que observan sus madres y su hermana desde el otro rincón del salón.

—Claudia, no sé si es apropiado decirte lo que yo siento respecto a ti, pero solo quiero que seas mi confidente y me ayudes, que disimules nuestro compromiso, y también que me quieras, que seas mi amiga, porque sé que eres

muy buena persona y sabrás ayudarme...

Un tanto aturdida, no llega a comprender lo que quiere decir Salvador...

— ¿Cómo?, ¿me estás diciendo que mantengamos una farsa?, ¿hasta cuándo?, no entiendo nada, ¿qué me estas queriendo decir?

—Tenemos tres años por delante para planificarlo todo, para deshacer nuestro compromiso, pero tengo que acabar mis estudios de Derecho y hacer lo que tengo en mente... te lo pido por favor, Claudia, necesito tu ayuda, ¡yo ya estoy enamorado! —ella palidece, se queda mirándolo, sin poder articular palabra, apretujándole más las manos; es ahora él quien necesita toda su comprensión—, pero este amor no lo puedo compartir con mis padres, Claudia, prométeme que no se lo dirás a nadie porque me condenarías al infierno eterno, ya que la persona de la que estoy enamorado es un hombre...

## Capítulo 10

### La confesión

Claudia, aturdida y paralizada, se queda pensando unos segundos en lo que acaba de decir Salvador y empieza a atar cabos...

— ¡No me digas que ese hombre es...!

Salvador, con el dedo índice de la mano izquierda, le roza suavemente los labios para que se calle y no pronuncie su nombre.

—Sí, nos queremos ir a vivir para siempre a Nueva York. Estuvo allí casi un año y dice que es todo tan diferente a España... pero no quiere que nos vayamos hasta que acabe mis estudios de Derecho, por eso durante estos tres años que me quedan quiero disfrutar al máximo de mi familia.

Las tres mujeres continúan mirándoles.

—Parece ser que congenian mucho, ¿no? —Sugiere Fernanda—.

Querida María Cristina, creo que gracias a la novela de García Lorca que le has regalado, y que mi hijo lo conozca y se lo quiera presentar, ha hecho que Claudia le tenga más confianza.

—Eso parece —opina Ana.

Mientras, su hermana pequeña sigue sorprendida al ver cómo ha reaccionado para mejor su hermana mayor con Salvador.

Éste se interesa por los estudios de Claudia y la escucha muy atentamente, mirándola a los ojos, mientras que ella se lo cuenta todo, desde que Mercedes Milá la aceptó para estudiar como dama enfermera en el Hospital de la Cruz Roja, las prácticas que realiza, hasta de sus mejores amigas Pilar y Olga.

—... Y así las dejé —dice riendo Claudia—, asegurándoles que te iba a dar esquinazo y que te olvidarías de mí para siempre... ¡pero cómo se van a reír cuando les diga que voy a salir contigo!

—Por favor, no les dirás... —en ese momento le corta ella.

—Tranquilo, Salvador, tienes mi palabra. Tu secreto se quedará conmigo; ni mi hermana, que es a la que más quiero, y por mucho que me hayan criado en el catolicismo, soy una mujer que quiere avanzar en esta sociedad en la que solo parece que es el hombre el que debe llevar el dinero. Si estoy estudiando, es porque quiero ejercer mi profesión, para lo bueno o para lo malo —afirma Claudia.

Ignacio y Mario, ajenos a la conversación de los demás, están hablando de

la que se avecina con el tema de las huelgas generales que se van a producir en el año que van a entrar, 1934, lo que pueda llevar así a consecuencias desastrosas en su empresa de zapatos y a la disminución de producción y pedidos internacionales.

Pasada la medianoche, Claudia y Salvador siguen hablando a solas hasta que les interrumpe Ana, mirándolos con una cara de satisfacción no venida a menos.

—Chicos, nunca pensaría que en vuestra primera noche de prometidos ya congeniarais tan bien, pero se ha hecho tarde, y sintiéndolo mucho ya se marchan tus padres, Salvador.

Éste mira a Claudia a los ojos; ella, también mientras acaban abrazándose. Todos los demás miran a la pareja recién comprometida y María Cristina está ansiosa de quedarse a solas con su hermana para que le cuente el repentino cambio hacia Salvador.

—Claudia, me gustaría que mañana quedáramos para pasear por El Retiro después de comer, ¿te apetece?

Claudia mira a sus padres...

—Hija, es tu prometido y estamos muy orgullosos de que este futuro abogado —cogiéndole de los hombros a Salvador— lleve a pasear a nuestra hija, también al cine, a tomar un helado, a la feria, ¿no es así?

—Claro, señor, después de comer paso a buscarte, ¿te gusta la idea, Claudia?

—De acuerdo, Salvador, pero también quisiera que viniera con nosotros mi hermana. Ella para mí es también mi amiga y me gustaría que nos acompañaras, hermana —María Cristina la coge de la mano y se la aprieta sonriendo, esperando la respuesta de su futuro cuñado.

—Para mí será un placer que tu hermana venga con nosotros —mirándola.

Mario, Fernanda y Salvador se despiden de todos y se marchan.

Ignacio y Ana se abrazan a Claudia por la sorpresa que han tenido al saber que ha congeniado tan bien con su prometido, algo que no esperaban después de todo lo que armó cuando le dijeron que debía comprometerse con él.

—Hija mía, estoy muy orgulloso de ti, me has sorprendido plenamente, te agradezco mucho que te hayas comportado como una verdadera mujer —afirma su padre.

—Nosotras —cogiéndole de la mano a María Cristina— os estábamos viendo cómo hablabais tan cerca uno del otro y lo cómodos que os sentíais. Con esas sonrisas que os deleitabais. Yo también estoy muy orgullosa de ti —

comenta su madre.

—Mamá, papá, no os prometo nada, pero Salvador es un buen chico, y aunque no esté enamorada de él, sí siento que he estado hoy muy bien a su lado y no pienso desaprovecharlo. Perdonad si en algún momento os he puesto nerviosos.

Claudia le da un beso en la mejilla a su padre, después a su madre, y cogida de la mano de su hermana se marchan hacia su habitación.

—Ignacio —murmura cansada Ana—, yo también me marcho a dormir, estoy destrozada, ¿te vienes conmigo?, hoy es Nochebuena... —quitándole la pajarita muy despacio mientras se lo comenta—. Ya recogerá todo esto Conchita mañana por la mañana cuando venga.

Él, que no desaprovecha el momento, se le acerca a los labios...

— ¡Vámonos a la cama, mi amor!...

Ignacio la coge en sus brazos y se la lleva a la habitación, mientras que en el otro cuarto sus hijas ya se han puesto el camisón y están sentadas cara a cara en la cama de Claudia. María Cristina le hace un gesto, que ella ya conoce, y que significa que empiece a explicar lo que le ha ocurrido, ese cambio de comportamiento en apenas unas horas, pues estaba convencida de que lo iba a mandar a freír espárragos.

— ¿Qué te ha pasado?, ¿no decías que ni lo ibas a mirar?, ¡y lo primero que haces!, darte mi regalo y vas a abrazarlo a él, vas a encontrarte con tu ¡poeta preferido!

—Hermana, escúchame, sabes que no me gusta para nada su postura ni tampoco sus ideales políticos, pero cuando me habló de esa manera tan tranquila, tan simpática, y para colmo de males que conoce a mi Federico García Lorca... fue ya cuando cambié completamente mi parecer hacia Salvador, con lo que me dije: « ¿por qué no dejar pasar el tiempo y ver qué ocurre entre nosotros dos? ».

—Pero cuenta ¿de qué hablabais?, esas sonrisas, vuestras manos, ¡os cogíais de las manos! Qué envidia, hermana, pensar que hace nada me dijiste que me lo regalabas —ambas se abrazan riendo.

—María Cristina, es un chico muy sensible, con eso basta, esa es la única parte que me interesa y mucho en un hombre. He visto y he podido apreciar que trata muy bien a las mujeres, en este caso a mí, ¡me he sentido tan cómoda hablando con él!, escuchándome cuando le contaba todo sobre mis estudios, lo buena dama enfermera que iba a ser y que para nada del mundo iba a dejar mi profesión si me casaba algún día con él —en este caso, miente a su hermana,

ya que como le ha prometido a Salvador no va a descubrirlo a nadie, por mucho que la quiera—, así que mañana ya verás lo bien que habla y lo simpático y agradable que es...

María Cristina oye un ruido que las interrumpe, abre un poco la puerta de la habitación y escucha como gemidos. Se pone toda colorada, mira a su hermana y con la mano la hace venir con el fin de que Claudia también lo escuchara.

—Son papá y mamá —susurra a su hermana—, y están...

— ¡Qué asco! —pronuncia escrupulosa María Cristina— ¿Ellos también hacen eso? —le pregunta a su hermana.

—Claro que sí, todavía son muy jóvenes y se quieren mucho —dice mientras cierra la puerta—. Venga, vamos a la cama a dormir que mañana tenemos que madrugar y ponernos muy guapas para Salvador.

—Según mamá, una mujer católica aún comprometida no puede perder su virginidad hasta el día de su matrimonio, pero no lo entiendo... —dice María Cristina.

—Eres muy joven todavía. En un par de años lo hablamos, ahora cierra los ojos y a dormir, hermana, buenas noches.

—Buenas noches, Claudia.

La habitación oscurece por completo cuando apagan la luz, pasados unos segundos dejan de oír el gemido de sus padres, quedándose dormidas unos minutos después.

—*Ufff*... ha estado fantástico, espero que no nos hayan oído las niñas — exclama una acalorada y excitada Ana.

—Seguramente, no has parado de gemir... Hacía meses que no me hacías el amor de una forma tan salvaje como hoy. Y, por cierto —mirando seriamente a su mujer—, temo fastidiarte la noche pero Conchita mañana no te recogerá la mesa, ni te limpiará los platos, ni tendrás la casa ordenada, ya que el día de Navidad le dimos permiso para que se marchara junto con Benito a su pueblo para ver a su familia —empieza a reír Ignacio.

Ana cambia el semblante de su cara, y empieza a carcajear junto con su marido.

— ¡Es verdad!, no lo recordaba... pues nada, a dormir, que tendré que levantarme nada más amanezca para dejarlo todo limpio... y tengo que ponerme guapa para irnos a comer a la Taberna La bola.

## Capítulo 11

## Un paseo por El Retiro

El día de Navidad ha llegado a la ciudad de Madrid y, tras comer la familia Romo-Mendizábal en la Taberna La Bola, Ignacio junto con su mujer y sus hijas suben al coche, un hispano-suiza *H6B* del año 1924, de color blanco e importado de Francia, para dirigirse a su hogar a descansar, aunque no va a ser así para Claudia y María Cristina, ya que Salvador las irá a buscar a la hora de la merienda con el fin de dar un paseo.

Una vez en casa, las dos hermanas entran en el baño para acabar de acicalarse. Hoy estrenan uno de los varios vestidos que se han comprado para las fiestas navideñas, parecen unas princesas, que es así como sus padres las ven. Una hora más tarde, suena el timbre y María Cristina, agitada y nerviosa (y no entiende por qué está así) se dirige a abrir la puerta, tras ella aparece Salvador, elegantísimo, con un traje negro, camisa blanca lisa y pajarita a topos blancos y negros, quien una vez dentro la saluda con tres rosas en la mano, una para cada mujer de la casa.

—Buenas tardes María Cristina, ¿estáis ya preparadas? —dice un atractivo Salvador.

— ¡Hola! —tartamudea María Cristina—, pasa, por favor, mis padres están en el salón.

—Gracias. Toma, una rosa para otra rosa.

—Salvador, no tenías porqué, yo no soy tu prometida —sonríe avergonzada.

Cuando pasan al salón Claudia todavía no ha salido de la habitación, pero si está Ana que saluda a Salvador dándole dos besos, correspondiendo éste también con otra rosa y diciéndole lo mismo que a su hija. Ésta, sintiéndose halagada, le da las gracias y excusa a Claudia de que no se haya presentado, pues se está cambiando de ropa. En ese instante llama a Ignacio que está sentado en el sofá dándoles la espalda muy concentrado leyendo un libro en inglés, sin percatarse de la presencia de su futuro yerno.

—Perdona, hijo, estaba tan entusiasmado leyendo este libro... —a la vez que le da un fuerte abrazo—. Me lo envió de Inglaterra mi primo segundo, Thomas, barón Howard de Walden; supongo que ya lo conoces de cuando íbamos a veranear junto con tus padres a la Isla Brownsea.

Salvador observa el libro buscando el autor y su título, pero es Ignacio quien se lo explica, ante tal interés. Mientras tanto, Ana mira a María Cristina y le hace un gesto diciéndole que tiene que ir a buscar a su hermana, ya que

está tardando más de lo debido.

—Verás, te contaré la historia de este libro. Su título es *The Hobbit*, que como comprobarás no tiene el nombre de ninguna editorial. Su autor es John Ronald Reuel Tolkien, quien fue anotando en un diario los lugares y personajes de la historia en la Gran Guerra, mientras estaba en un hospital cuando cayó enfermo. Es un libro impreso personalmente por el autor con una tirada limitada, enviando varias copias a sus mejores amigos, siendo yo mismo uno de ellos. Lo hizo para que lo leyéramos a nuestros hijos con la intención de divertirlos con la historia que cuenta..., pero yo no lo hice. Hace ya casi tres años que lo tenía guardado, hasta que unos días atrás lo encontré buscando otra lectura y decidí sacarlo de la estantería y leerlo. Te digo, Salvador, que este tal Tolkien, amigo mío, va a llegar muy lejos, más que para niños, *The Hobbit* parece una historia para mayores, no sabes cómo lo estoy disfrutando, y aún más cuando hace poco, en la felicitación de Navidad, me dijo que estaba en la creación de nuevos personajes e historias para continuarla. En principio me dijo que lo titularía *El libro de los cuentos perdidos*, ¡qué lástima que hasta el momento ninguna editorial inglesa se haya interesado por su libro!... tan pronto lo acabe te lo presto —en ese instante, entra en el salón Claudia, radiante, con un vestido de seda color marfil—. Estás preciosa, hija, este vestido te sienta de maravilla —dándole un beso en la mejilla.

—Gracias, papá, pero no le des la vara con lo de tu amigo escritor —mirando a Salvador.

Salvador y Claudia se dan dos besos y él le entrega la rosa. Claudia se la acerca a su nariz e inspira para olerla...

—Hace unos días que no suelta el libro que tiene entre manos, el de su amigo, el profesor inglés que ahora quiere ser escritor —mirando a su padre—, no veas cómo nos da la lata para que lo leamos, dice que nos va a encantar... pero a mí no me gustan las historias de hadas, elfos, hombres pequeños y enanos —le murmura a Salvador.

—Pues anda que tú, leyendo siempre tragicomedia de ese poeta llamado García Lorca, además, ¡Nunca te he dicho que haya hadas! —Exclama su padre—, pero ya verás como algún día van a hacer una gran película sobre el libro.

Ana apacigua la discusión entre padre e hija y cogiendo los abrigos de sus hijas las ayuda a ponérselos mientras abre la puerta para que se vayan.

—Hace mucho frío. Espero que no estéis mucho tiempo paseando por la intemperie y os sentéis a tomar un chocolate calentito en alguna cafetería

cercana a donde vayáis —les dice su madre.

—No se preocupe, señora, ya estarán de vuelta en cuanto oscurezca.

Ana les da un beso a cada una de sus hijas y a su futuro yerno y una vez han salido de la casa cierra la puerta. Ana se gira con la intención de hablar con Ignacio pero lo ve de nuevo concentrado leyendo *The Hobbit*...

Salvador lleva a su prometida y a su hermana a pasear por El Retiro y entran por la puerta de España, la que tiene una verja monumental. Los tres se dirigen hacia el estanque por unos caminos repletos de árboles a ambos lados, así atraviesan el paseo de las estatuas, dedicadas a los monarcas de España, hasta llegar al centro del parque, donde está el monumento del rey Alfonso XII, un gran estanque lleno de agua con barcas que se alquilan para pasear.

— ¿Queréis que demos un paseo con una barca antes de ir a tomar algo? — les pregunta Salvador a las dos hermanas.

—¡¡Me encantaría!! —grita María Cristina saltando de alegría, cogiendo de los brazos a su hermana Claudia.

Cuando Salvador se encuentra en el bote las ayuda a subir. Después, empieza a remar y dan un paseo por el estanque.

—Qué vistas más bonitas, desde aquí podemos ver los cuatro puntos de El Retiro y sus preciosos monumentos —comenta Claudia, mirando a Salvador y a su hermana.

Después de realizar el paseo con barca, se paran a merendar en la Chocolatería La Escondida, donde piden tres chocolates con churros y se sientan en una mesa grande de mármol blanco.

—Al parecer —mirando a las dos hermanas directamente a los ojos—, este mesón ha sido rebautizado una vez instaurada la Segunda República, antes se llamaba San Ginés.

—Mis padres nos traían de pequeñas, pero de repente dejamos de venir, tampoco nunca les preguntamos porqué —dice Claudia observando la belleza del local, tal como lo recordaba en su infancia.

El camarero les deja las tres tazas de chocolate con sus correspondientes seis churros, excepto para María Cristina, que había pedido porras y se tenía que contentar con dos.

—Con estas dos porras no tengo ni para empezar —resopla enfadada.

—A veces sacas la niña que todavía eres. Salvador y yo te daremos los churros que quieras, si antes no te has acabado el chocolate, claro está —mirando desafiante Claudia a su hermana.

Salvador se pone a reír y, avergonzada, María Cristina se sonroja y empapa

su porra con el chocolate dándole un mordisco.

—*Mmmm*, ¡qué rico!, está igual que como lo recuerdo de pequeña.

—Claudia, anoche me hablaste de dos amigas que hiciste al comienzo de curso, se llaman... Clara y Pilar, ¿no es así? —Comenta un tanto confundido Salvador—. Las podías haber invitado a que vinieran a merendar con nosotros...

—Clara no, Olga —comenta riendo Claudia— y la otra sí, se llama Pilar. Se marcharon hace dos días hacía Astorga. Son de allí y han ido a pasar las Navidades con sus familiares, la verdad es que ahora que las has mencionado las hecho mucho de menos. Mañana mismo les escribiré una carta para contarles todo lo sucedido en la Nochebuena —guiñando un ojo a Salvador—, estaban muy preocupadas por mí, ya que como bien te dije la iba a armar y bien gorda, por suerte me alegro que no fuera así.

—Perdonad que os moleste —dice María Cristina con la boca llena de una mezcla de porra y chocolate y la comisura del labio manchada—, pero si hacéis una pareja tan bonita...

Su hermana y su futuro cuñado ríen a carcajadas al ver que tiene todos los dientes manchados de chocolate.

—Salvador, ¿has seguido yendo cada verano a la Isla Brownsea? —le pregunta Claudia.

—No —responde él—, hace mucho tiempo que no voy por ese lugar donde de pequeños compartíamos junto a tus padres y los míos ese castillo tan bonito, junto a esos dos lagos enormes. ¡Sabes!, siendo propiedad de los Van Raalte, el barón Thomas quiso comprarlo pero sin éxito, además era una isla de ensueño. ¿Y vosotras seguís yendo?, ¿cómo está tu prima Pip?

A Claudia le vienen a la mente recuerdos de su infancia, cuando sus padres iban a visitar a un primo lejano. Se llamaba Thomas Evelyn Scott-Ellis, estaba casado con una mujer muy esnob, por lo menos así lo veía ella, llamada Margot y apodada Ms. Van Royalty. Tuvieron seis hijos, aunque los dos primeros fueron gemelos. Margot tenía amistades con la familia real española, la infanta Eulalia de Borbón era una de las personas que más los visitaba, diríamos que con bastante frecuencia, mientras que Alfonso y Luis (sus hijos) estudiaban en Inglaterra. A su vez, una serie de personajes españoles llegaban a completar las vacaciones veraniegas de la familia de Pip. Entre ellos se encontraban el infante Alfonso de Orleans-Borbón, también llamado Ali, su esposa Beatrice de Sajonia-Coburgo-Gotha (Bee) y sus tres guapos hijos: Álvaro, Alonso y Ataúlfo. Ethel-Priscilla, llamada cariñosamente Pip por la

familia, nació unos meses después que Claudia.

— ¡Me acuerdo tanto de ella! —Suspira Claudia—. Era muy guapa, crecimos juntas durante muchos veranos, yo era solamente seis meses mayor que ella, pero ahora hace unos años que no sé nada, dejó de escribirme, y además dejamos de ir a veranear tan pronto se instauró la República. Lo último que sé es que en la última carta me dijo que se marchaba a estudiar a París, para perfeccionar el idioma, y que tal vez en un futuro decidiría si querría estudiar Enfermería, ya que ambas siempre jugábamos a curaros a vosotros —mirando a Salvador—, lo recuerdas, ¿verdad?

—*Siiii*, es verdad, lo recuerdo, ahora que lo mencionas, así como que apenas os hacíamos caso...

—Ni que lo digas, ¡me caías fatal! —ríen los tres.

—Pues sería ideal que cuando os caséis vayáis a pasar una temporadita allí para recordar viejos tiempos, sería precioso —dice María Cristina.

Claudia y Salvador se miran y sonríen, cómplices del secreto de éste mientras se cogen de la mano.

—Sin duda lo haremos, hermana.

Por la noche, saca del cajón del escritorio el diario que le regaló su hermana y empieza a escribir en él:

Madrid, 25 de diciembre de 1933

Mi hermana María Cristina y yo hemos salido esta tarde a pasear por El Retiro, con Salvador, mi prometido, un hombre al que debo amar y con el que me obligan a casarme, pero ambos sabemos que no será así...

## Capítulo 12

### Malas noticias

Enero de 1934

Una vez iniciado el curso, después de las vacaciones, las tres amigas se alegran mucho de verse. Tan pronto llegada la hora de comer, Olga y Pilar quieren que su amiga Claudia les vuelva a contar en persona todo lo que sucedió en Nochebuena, el paseo del día de Navidad y cómo se interesó Salvador por ellas...

—Me alegro un montón que hayáis podido congeniar tan bien —le dice contenta Pilar—, ya te lo advertimos Olga y yo que tenías que darle una oportunidad a Salvador y que se presentara tal como es.

—Tenéis toda la razón, me equivoqué; ha cambiado mucho de cuando era pequeño, nunca más voy a juzgar a una persona por su apariencia.

Las tres, una vez han acabado su último bocado, se marchan a una clase de vendajes realizado por su tutora, Mercedes Milá.

Salvador y Claudia se siguen viendo cada domingo, unas veces por las mañanas en misa, otras por las tardes de paseo, y otras para tomar el típico chocolate con churros en la Chocolatería San Ginés, ahora llamada La Escondida. Cada vez se hacen más amigos y ya se van contando el uno al otro todo lo que les ocurre durante la semana.

Ana, estando en su casa, recibe una llamada del colegio privado donde estudia su hija María Cristina, para informarle de que vayan a recogerla, pues tiene mucha fiebre. Ignacio también ha sido avisado por Benito, acuden a buscarla al colegio. Una vez allí Ana ve que su hija se encuentra mal y se la llevan rápidamente a casa, donde la acuestan en la cama, avisando al instante al pediatra de las niñas, el doctor García-Duarte Salcedo, uno de los mejores de Madrid, el cual acude acompañado de su enfermera Isabella. En la habitación donde está la niña, la enfermera saca un termómetro de mercurio de su maletín de cuero blanco y se lo pone en la axila a María Cristina, todavía tiritando. Pasado un minuto, mira el resultado...

—Está llegando a los cuarenta grados centígrados de temperatura —le dice al doctor, alarmada.

—De acuerdo, ahora le daremos este jarabe para que le baje la temperatura, y empezad a llenar la bañera con agua templada, más fría que caliente, ¿de

acuerdo?...

— ¡Conchita!, haz lo que pide el doctor, ¡ya! —grita una nerviosa y preocupada Ana—. Dígame, doctor, ¿qué le pasa a mi hija?, ¿nunca ha tenido tanta fiebre en su vida!

—Le dará este jarabe después de cada comida, y este otro si le vuelve a subir la temperatura al poco tiempo. Si así no mejora, me vuelve a llamar y le haremos una extracción de sangre para analizarla y comprobar qué infección es la que produce la fiebre y poder darle un antibiótico... pero no se preocupe, señora Mendizábal, tal vez sea una gripe pasajera.

Cuando María Cristina se encuentra en la bañera, cubriéndole el agua hasta el cuello, entra su hermana que acaba de llegar del hospital visiblemente preocupada. Le ha bajado la fiebre y ya no tiritita, así se lo hace saber la enfermera.

—Tu hermana es muy fuerte, ya verás que en nada va a poder ir a las clases de nuevo —le dice Isabella.

—Muchas gracias por atenderla y cuidarla, y por hacer lo que usted está haciendo por mi hermana. ¿sabe que yo también estoy estudiando para ser enfermera? —Claudia la abraza sin que la otra se lo esperara.

—Hermanita, ¿me oyes?, abre los ojos, estoy aquí contigo, ¡responde!, mamá y papá están muy preocupados por ti.

María Cristina abre los ojos despacio, ojerosa, mientras sonrío al ver a Claudia.

—Hola, hermana, ¿qué me ha pasado?, ¿por qué estoy en la bañera?, ¡hace mucho frío! —exclama tiritando.

Isabella, la enfermera, decide que ya es el momento de que salga del agua y le pone un albornoz. Claudia le enrolla una toalla en el pelo. En ese momento entra su padre Ignacio y la abraza.

—No te preocupes, mi amor, tan solo es una gripe, enseguida te pondrás mejor. Ahora tendrás que estar unos días en casa hasta que recuperes las fuerzas.

—Conchita te ha preparado tu sopa favorita. Venga, ven a la cocina y come un poco —comenta su madre.

—Hala, mi niña, vente; verás qué rica está la sopa —añade Conchita.

Claudia la acompaña hacia la cocina, María Cristina empieza a cenar.

—Papá, mamá, no os preocupéis. Estaré pendiente de ella toda la noche y le daré la medicación que nos ha prescrito el médico.

Los padres, muy preocupados, asienten y besan a sus dos hijas, a quienes

dejan en la cama. Mientras tanto, Claudia, para no quedarse dormida, empieza a escribir en su diario todo lo que le ha pasado estos días atrás, ya que últimamente, con los estudios y las prácticas en el hospital, no le ha dado tiempo.

Pasados unos treinta minutos, María Cristina empieza a temblar mientras duerme y a decir cosas incoherentes; su hermana, que se gira, observa que está toda empapada de sudor, y al tocarla en la cara nota que está caliente, horrorizada, sale corriendo de la habitación llamando a sus padres...

— ¡Papá, mamá!, María Cristina está tiritando y con mucha fiebre —llora Claudia.

Entra Ignacio en la habitación y avisa a su mujer que llene de agua la bañera de nuevo. Con su camisón blanco de seda la introduce rápidamente y los chorros de agua que caen le salpican todo el cuerpo, hasta que le cubre el cuello.

—Acabo de llamar al médico, enseguida viene —dice Ana mirando a su hija mientras abraza llorando a Claudia—, ¡pero qué le pasa a María Cristina!, hijita, cariño, responde, mi amor, ¡abre los ojos!, niñita mía, soy tu mamá... ¡papá está aquí!, ¡y tu hermana!

Sin responder, Claudia le palpa el pulso radial y percibe que va disminuyendo, también parece haber bajado su fiebre. Le pone el termómetro y está solamente con treinta y siete grados centígrados, pero sigue sin responder. Pasados unos minutos, llega el médico y con la ayuda de su enfermera, Isabella, la vuelven a sacar de la bañera y acto seguido le ponen una inyección...

—Hemos llamado a una ambulancia —dirigiéndose a Ignacio y Ana—, la llevaremos al Hospital Clínico San Carlos. La ingresaremos y le haremos unos análisis; tan solo puedo decirles que su hija tiene que estar las veinticuatro horas en observación hasta que se estabilice totalmente.

—Lo que tenga que hacer, doctor, estamos muy agradecidos, pero cure a mi hija, por favor —le dice triste Ignacio, abrazado a su mujer y a Claudia.

Ignacio se marcha al hospital para estar al lado de su hija enferma, mientras que Ana se queda con Claudia en casa; cuando amanezca irán a la clínica para estar con María Cristina.

— ¡Dios!, salva a mi niña, te lo ruego por todos los santos, cura a mi hija —Claudia la abraza y ambas se echan a llorar.

A la mañana siguiente Benito las lleva al hospital, allí se reencuentran con María Cristina, despierta y desayunando junto a su padre Ignacio.

Ana, cuando la ve despierta, se lanza en los brazos de su hija, llorando; luego lo hace su hermana Claudia.

— ¿Cuándo despertó? —le pregunta Ana a su marido.

—Nada más llegar le pusieron un tubito en la vena, empezaron a ponerle líquidos y entonces se despertó de repente y preguntando qué le había pasado.

—Lo siento, mamá —añade María Cristina, mirando también a Claudia—, gracias también a ti, Claudia, por estar a mi lado sin dormir estando pendiente de mí.

El doctor García-Duarte entra y hace ir a sus padres hacia su despacho mientras Claudia se queda con su hermana.

—Tenemos los resultados de la analítica de sangre y han salido alterados...

— ¿Cómo de alterados? —Le corta Ignacio—, explíquese, por favor...

—Les hablaré de un modo más claro para que me entiendan —sigue el médico—. Los números anormales de células sanguíneas y los cambios en la manera en que estas células lucen, me hacen sospechar de cierto diagnóstico, aunque hasta que no le realice una segunda prueba a su hija no estaré seguro y, para ello, necesito que me firmen esta hoja, es un consentimiento para practicarle una biopsia de la médula ósea, además de otra analítica de sangre para contabilizar los glóbulos blancos, ya que han salido pocos glóbulos rojos y pocas plaquetas en su primera analítica.

Ana no entiende nada y se queda mirando a Ignacio.

—Firmaremos lo que haga falta, pero cure a mi hija, por favor, cúrela.

Sin poder responderle el doctor, Ignacio coge la hoja y firma el consentimiento, mientras pregunta cómo se lo van a hacer y si va a sufrir daño.

—Le practicaremos una punción lumbar. Esta prueba se usa para detectar ciertas células en el líquido cefalorraquídeo, que es el que baña el cerebro y la médula espinal. Respecto al dolor, su hija no sufrirá, ya que la sedaremos y no notará el mínimo daño, se lo aseguro —mirando a Ignacio y Ana.

— ¿Y, cuándo estará el resultado? —añade Ignacio.

—Probablemente en una semana, que será el tiempo que su hija permanezca ingresada para el tratamiento de su infección.

De nuevo en la habitación, intentan mantenerse alegres con el fin de que María Cristina no note nada.

Hasta obtener el resultado, Claudia acude diariamente al Hospital de la Cruz Roja y hace saber a sus amigas que su hermana está ingresada por fiebre tras una infección. Salvador y sus padres también han ido a visitarla al hospital; su abuela materna, Argia, de Guernica, también; así como muchos

amigos de Ignacio y Ana.

Pasados unos cinco días, el doctor García-Duarte ya tiene un primer diagnóstico de su hija.

—Tenemos los resultados y debo decirles que no son nada buenos — sostiene cabizbajo el doctor—. No me gusta dar malas noticias, pero en este caso he de sincerarme con ustedes.

Ana mira a su marido y de nuevo dirige la mirada hacia el doctor. De repente se levanta llorando y nerviosa, lo coge por el cuello de la bata médica mientras Ignacio intenta persuadirla cogiéndola por el brazo y la hace sentar.

—Perdone a mi mujer, doctor, está nerviosa —abrazándola—, pero qué le pasa a mi hija, ¡dígame!

— ¡Su hija padece leucemia!...

El médico lo suelta así, de golpe. Ignacio y Ana se quedan sin poder gesticular ni hablar hasta que Ana estalla llorando, mientras palidece y maldice a Dios por el regalo que le ha dado a su hija.

—Mi *hijaaaa*, *nooo*... Dios, ¿por qué lo has permitido? —llora desgarradamente en los hombros de Ignacio, mientras a este, sin poder hablar, le caen varias lágrimas.

Unos minutos después, Ignacio recupera el habla y le pregunta al doctor...

— ¿Cuánto tiempo de vida le queda a mi pequeña?, ¿qué podemos hacer ahora?

—Es una enfermedad en estudio, todavía se sabe muy poco de su cura. No la podríamos llevar a ningún lugar del mundo porque todavía está en manos de científicos e investigadores —continúa el doctor—, pero no podría decirle con exactitud el tiempo de vida que le queda, igual podrían ser tres meses como varios años... Por ello, el único tratamiento que existe es disminuir sus síntomas con antipiréticos y analgésicos cada vez que le suba la fiebre, e ingresarla hasta que vuelva a mejorar...

—Mi niña, mi niña *noooo*, no quiero que se muera, mi niña *nooo*... —repite constantemente Ana.

— ¿Y va a sufrir mi hija, doctor?

—No, tienen que hacer vida normal con ella, ustedes no tienen que demostrar preocupación alguna delante de ella, sino todo lo contrario, disfrútenla lo que puedan y quieranla mucho, es lo único que puedo decirles para consolarles. Mañana le daré el alta y el tratamiento para que puedan dárselo en su casa... además, tiene a su hermana que es estudiante enfermera y que igualmente puede darle el medicamento.

—Gracias doctor por todo lo que ha hecho por ella —dice Ignacio, medio afónico—. Dígame, ¿es Madrid un buen sitio para el tiempo de vida que le queda a mi hija?

—No puedo decírselo, pero sé que un sitio donde haya menos contaminación puede alargarle la vida.

Ana, levanta la cabeza, ojerosa y llena de lágrimas se queda pensando mientras mira a Ignacio...

— ¡Guernica!, podemos irnos a vivir allí. Respirará aire puro, podemos instalarnos en casa de mi madre, Ignacio, ¡Guernica!...

—Si tienen la posibilidad de irse, llévenla, no lo duden, yo lo haría.

—Pero, Ana, ¿y mi trabajo? ¡Y mi empresa!

—Ignacio, me iré yo con ella. Claudia tiene que acabar sus estudios. No sabemos el tiempo que le queda, así que déjame disfrutar un poquito más de mi pequeña... —volviéndose a abrazar a su marido.

—Claro que sí, mi amor... María Cristina, mi niña, llévatela a Guernica, Ana, llévatela...

El doctor les deja a ambos en su despacho solos para que acaben de llorar por su hija.

## Capítulo 13

### Traslado a Guernica

Varias semanas después de la mala noticia, Ignacio y Ana intentan disimular todo lo que pueden para que ninguna de sus hijas pueda sospechar algo. María Cristina sigue con su tratamiento, de momento no ha recaído y Claudia asiste diariamente a sus clases. En el momento que lleguen a casa recibirán una noticia de sus padres que las pondrá tristes, ya que les van a comunicar que han tomado la decisión de mudarse Ana y María Cristina a Guernica junto con la abuela Argia, quien ya las está esperando con los brazos abiertos.

La puerta de la entrada se abre y aparecen ellas riendo, pero de repente dejan de hacerlo cuando ven a sus padres allí de pie, delante mismo de ellas. Se miran porque saben que es muy raro que Ignacio esté en casa, ya que a esas horas siempre está trabajando.

— ¡Papá!, ¿pasa algo? —dice Claudia un tanto asustada.

Ana las hace pasar al salón para empezar a explicarles la decisión de mudarse a Guernica, una vez en el salón Ignacio empieza a hablar...

—María Cristina —ella dirige la mirada hacia su padre—, después de veranear en Guernica, mamá y tú os quedaréis con la abuela todo el invierno.

María Cristina se queda mirando a su hermana a la vez que le aprieta la mano...

—Pero, papá, ¿por qué nos tenemos que quedar con la abuela! —Expone resignada, mirando a su madre—, dadme una explicación.

—El médico nos dijo que la infección que tienes se curará mejor en un ambiente donde no haya polución, y Madrid no es un buen sitio para que se cure del todo —le explica su padre mientras la abraza—. Claudia y yo viviremos juntos e iremos a visitaros todos los fines de semana que me permita el trabajo. Ya hemos hablado con el director de la escuela de Guernica y el próximo septiembre empezarás las clases allí.

—Pero... ¡no quiero separarme de vosotros!, ¡ni de mi hermana! —dice llorando María Cristina.

—Hija —interviene Ana—, allí también tienes a tus primas y podrás salir con ellas. El invierno es precioso, ya verás cómo acabas acostumbrándote.

— ¿Y cuánto tiempo tenemos que estar en Guernica? —dice, mientras sigue llorando.

—Hasta que el doctor te dé el alta —asegura su padre—, entonces tu madre y tú os volveréis para Madrid.

María Cristina, triste, se levanta del sofá y, llorando todavía, se marcha a su habitación sin decir nada. Claudia la sigue con la intención de consolarla mientras sus padres, una vez solos, se abrazan con lágrimas en los ojos.

—María Cristina, no llores; te prometo que Salvador y yo vendremos a visitarte las veces que podamos junto con papá, y nos iremos al cine todos juntos —Claudia hace lo posible por animarla—. Guernica es preciosa, durante el invierno la nieve dura mucho más que aquí en Madrid..., venga, ahora tómate el medicamento, que ya es la hora.

Ana le contó todo a su madre sobre la enfermedad de María Cristina y ya tiene acomodada la casa para que puedan vivir en ella, dispondrán de una

habitación con dos camas y grandes ventanales que dan a un hermoso paisaje. En ese dormitorio dormía Argia, pero prefiere que ahora lo hagan sus nietas.

Ya se va acabando la primavera y en el pequeño descanso de teórica, Claudia, Pilar y Olga, que están en el pasillo del aula, ven pasar a un chico que las saluda levantando la mano tímidamente, con una bata blanca, más bien de estatura mediana, pelo moreno y ondulado, con una mecha que le cae por la frente, ojos verdes, unos dientes blancos como el marfil y labios carnosos.

— ¡Qué guapo! —suspira Claudia—, ¿de dónde ha salido?, nunca lo habíamos visto por aquí.

Olga y Pilar, que ambas a la vez le tocan el hombro, ponen cara de extrañeza.

— ¡Claudia!, por Dios —dice Olga—, ¡que estás comprometida!

—Olga tiene toda la razón —añade Pilar—, ahora solo debes tener ojos para Salvador... y sí, es un estudiante de Medicina que se ha trasladado aquí desde Barcelona para acabar sus estudios, según hablaban Adela y Piedad esta mañana en la clase de Fisiología, pero no saben su nombre.

— ¡Chicas!, tengo ojos y puedo decir lo que me plazca, Salvador seguro no se enfadaría —pensando que todo lo contrario, pues seguramente él también le daría la razón por lo guapo que es—. Además, vosotras también lo podéis ver y opinar, no creo yo que porque vayáis a servir a Dios no podáis decir lo que pensáis.

Pilar y Olga se santiguan como si no hubieran escuchado lo que acababa de decir Claudia. Ésta, sin decirles nada a sus amigas, ha sentido algo que nunca había notado, y no precisamente por lo guapo que era.

Al llegar a casa y entrar en la habitación, ve que su hermana María Cristina está más animada, tras lo de su traslado a Guernica.

— ¡Hermana! —Dice Claudia exaltada—, hoy he visto a un chico con bata blanca..., dicen que es estudiante de Medicina, y he sentido algo en mi estómago como un cosquilleo... no sé, no puedo explicártelo, pero no es normal...

— ¡Claudia! —Le riñe su hermana—, ¡estás comprometida!, ¿y Salvador?

— ¡Ja, ja, ja!... no te preocupes, tan solo digo que la sensación que sentí al verlo no me ha pasado con ningún otro, ni con el propio Salvador.

—Pues será mejor que no se lo cuentes, o vas a tener problemas.

Claudia coge a su hermana de los brazos y empieza a hacerle cosquillas riendo a carcajadas, cuando de repente empieza a rabiarse de dolor de cabeza,

lo cual asusta a su hermana.

— ¡María Cristina!, ¿qué te pasa?

—Me duele mucho la cabeza, muchísimo, no lo puedo soportar.

—Pero ¿te has tomado la medicina este mediodía?

—No, lo olvidé.

Claudia busca en la caja de medicamentos y le da una pastilla.

—Intenta no olvidarte tomarla tres veces al día, hermana —le recuerda asustada Claudia.

—Ha sido un descuido, creo que papá y mamá tienen razón, el bullicio de Madrid no me sienta bien, lo noto.

—El mes que viene nos marcharemos juntas, ya verás qué bien lo pasaremos en verano junto con la abuela, ya añoro su comida.

—Por favor, Claudia —dice María Cristina—, no les digas nada a papá y a mamá o me llevarán al hospital —Claudia, ya más calmada, asiente y le promete no comentar nada a sus padres para que no se asusten.

La Dirección General de Sanidad nombra el 1 de julio de 1934 a Mercedes Milá Nolla presidenta de la Asociación Profesional de Visitadoras Sanitarias, por lo que se ve obligada a dejar el Hospital de la Cruz Roja. Recibe el encargo de realizar viajes de estudios y visitar las escuelas de Enfermería de Varsovia, Budapest, Lyon y Viena, fundando a su vez la revista *La Visitadora Sanitaria*.

Claudia, Olga y Pilar se muestran muy tristes ante la marcha de Mercedes mientras esta se despide de ellas...

—Sé que vais a ser unas damas enfermeras de primera clase, y no me cabe duda de que sois las tres mejores alumnas de todo el hospital, no dudéis en escribirme si me necesitáis —declara, mientras seca las lágrimas a una llorosa Olga.

A ti, Pilar, y a ti, Olga, que sois de acción católica, os guío a seguir en vuestro camino de la fe, y que nadie os pare en el camino hacia Dios y en especial a ti, Claudia, comprometida, pobre niña mía, tan joven, pero los tiempos son así, y hay que acatar la decisión de nuestros padres... mi niña, aunque aún puedes buscar el camino de tus amigas Olga y Pilar, piénsatelo bien, Claudia, sé feliz, y ante todo sé una buena dama enfermera, no dejes tu profesión por casarte, él tiene que aceptar lo que acabarás siendo —afirma mientras la abraza.

—Muchas gracias, Mercedes, seguiré su consejo, le haremos llegar la

noticia cuando seamos damas enfermeras, no lo dude —medio sonrío Claudia.

—Eso espero chicas, estudiad mucho. Os veré cuando seáis damas enfermeras de primera clase, no lo dudéis. Os quiero.

Salvador, que está fuera, en el aparcamiento del Hospital de la Cruz Roja, ve salir a su prometida junto con sus dos amigas. Claudia no esperaba su visita y él les hace un gesto para que suban al coche, cosa que hacen. Una vez dentro, en el asiento del copiloto se sienta Claudia, quien le da dos besos, a la vez que mirando por la ventanilla ve salir el chico tan guapo que a ella la tiene encandilada.

— ¡Mira, Salvador! —Exclama Claudia, mirándolo—, ése de ahí — señalando al chico del cual desconoce su nombre— es el estudiante de Medicina del que te hablé hace unas semanas.

Salvador lo mira y sigue la mirada a Claudia, mientras Olga y Pilar se quedan observando mudas.

—Tranquilas, señoritas —dirigiéndose a ellas—, Claudia y yo prometimos que nos lo contaríamos todo, y todo significa tener confianza mutua y nada de secretos.

— ¡Será que están cambiando los tiempos!, porque no conozco a ningún hombre que no se pusiera celoso —sostiene Olga.

—Bueno, el motivo por el que os he venido a buscar es que vamos a visitar a alguien en la Chocolatería La Escondida —les desvela contento Salvador—, pero primero pasaremos por tu casa, Claudia, ya que quiero que tu hermana también venga.

Sin entender nada, cuando llegan a casa de María Cristina ven que está en la puerta esperándoles, sube en el asiento trasero con Pilar y Olga mientras saluda a ambas. Consigo trae un libro.

— ¿Qué libro estás leyendo? —pregunta Pilar.

—Es el libro que le regalé a mi hermana —Claudia se gira mirándola, sorprendida—, y lo traigo porque por fin vas a conocer a García Lorca para que te firme tu libro.

Claudia, Pilar y Olga se ponen a chillar de alegría, aplaudiendo.

— ¡Qué sorpresa!, no me lo esperaba, pensaba que te habías olvidado de lo que te pedí en Nochebuena, Salvador.

—Pues ya ves que no, así que vámonos que seguro nos estará esperando en la chocolatería.

Una vez que han llegado, allí de pie, en la barra de mármol blanco, está

Federico García Lorca. Claudia, cogida de los brazos de sus amigas, le sonrío y Salvador les presenta a todas.

—Así que eres una admiradora mía, ¿no? —dice Federico.

—A todas nosotras nos encanta su obra, y esperamos que saque muchas más —alude Claudia.

Mientras tanto, le coge el libro de las manos, se trata de *Romancero gitano* y empieza a dedicárselo. Mientras, le va contando que está escribiendo unos poemas dedicados a la ciudad de Nueva York, donde estuvo hace tres años.

—Encantada estaré de comprarlo también —comenta entusiasmada Claudia—, y con muchas ganas de ir al teatro para ver representadas sus obras.

—Pero, no me llame de usted —le dice mirándola—, siendo la novia de mi amigo Salvador será un placer dedicarle todos mis libros.

Días después, una vez finalizado el primer curso de dama enfermera, Claudia se despide de Olga y Pilar con un fuerte abrazo, ya que al día siguiente se marcha a Guernica para pasar el verano junto a su madre Ana y su hermana María Cristina, y donde recibirá las breves visitas de Salvador. Asimismo, Olga y Pilar parten hacia su pueblo natal, Astorga, también para estar con su familia.

## Capítulo 14

### Atrapada sin salida

Claudia y su hermana María Cristina han pasado un verano estupendo. Pocos han sido los días en que ha tenido fiebre, y el tiempo del norte le ha ido de maravilla. Sin embargo, ya ha llegado el momento de que su padre y su hermana se marchen hacia Madrid. Claudia va a empezar su segundo año de estudios teóricos y prácticos como dama enfermera.

—Te voy a echar mucho de menos, hermana, escíbeme a menudo y

cuéntame cómo están Pilar y Olga —María Cristina la abraza llorando.

—Lo haré, ellas también te escribirán, y Salvador, todos lo haremos. Ya verás que para el curso que viene mamá y tú regresaréis a Madrid y volveremos a tomar ese chocolate calentito que tanto te gusta con esos churros tan crujientes.

Ana se abraza a su hija Claudia, besa a su marido y los ve subir al coche. Cogiendo a María Cristina del brazo, entran en la casa, mientras Claudia las mira desde el cristal de la parte trasera del coche con lágrimas en los ojos.

—Espero que pronto el médico le dé el alta —mirando a su padre— y el próximo curso volvamos a estar juntas.

Ignacio, observándola de reojo por el retrovisor, no dice nada. Todavía no es el momento de contárselo, ya que así lo ha decidido junto a su mujer Ana, pues podría perjudicar seriamente los estudios que está efectuando de dama enfermera. No lo harán hasta que ella acabe, solamente entonces será cuando sepa la enfermedad terminal que tiene su hermana.

#### **4 de octubre de 1934**

Claudia se despide hasta el día siguiente de sus amigas Olga y Pilar. Han acabado las clases teóricas antes de lo previsto, y sin esperar la llegada de Benito se va andando de camino hacia su casa.

Ese día, la organización sindical UGT ha decidido declarar una huelga general en la medianoche del 4 al 5 de octubre, esta vez sin apoyo de la CNT.

La situación en Madrid y en varias comunidades de España sigue muy tensa. La empresa de Ignacio se verá muy afectada porque la mayoría de sus trabajadores hacen huelga, ya que una decena de ellos habían sido despedidos días atrás.

Andando por la avenida del Doctor Federico Rubio y Galí, Claudia se percata de que alguien la está siguiendo. Tras sus pasos, nota que alguien va detrás, sigue caminando más despacio y se da cuenta de que la persona que va siguiéndola pretende algo de ella, por lo que empieza a caminar más rápido. Está en lo cierto, un extraño la sigue hasta que consigue alcanzarla, la coge del cuello y la lleva a un callejón próximo. El rostro de Claudia es de auténtico pánico, nunca había vivido una situación como la que le estaba ocurriendo. En unos segundos cree que está viviendo una pesadilla, aunque sabe que no es así, pero va a ser muy difícil escapar de las manos de ese hombre de quien ignora lo que quiere hacer con ella. El extraño que acosa a Claudia la tiene cogida de

la garganta con ambas manos, es un poco más alto que ella, aparentemente de unos treinta años.

—Sé quién eres —susurrando el extraño al oído de Claudia, salpicándole su saliva—, por culpa de tu padre me he quedado sin trabajo, y tengo tres hijos que alimentar... la situación está muy mal, pero peor va a ir cuando vea aparecer aquí muerta a una de sus hijas...

El hombre acosador saca un cuchillo y, en el momento que se dispone a clavarlo por debajo del vientre de Claudia, aparece Benito por detrás, quien coge el brazo derecho del extraño, el mismo que sostiene el arma blanca. Éste, en un momento de desesperación y confusión, le clava a Benito el cuchillo, y al momento Benito cae al suelo, inconsciente, con sangre en el brazo.

— ¡Benitoooo! —grita Claudia—, ¡has matado a Benito! —mirando con miedo y a la vez con rabia al misterioso hombre.

El extraño le estira del pelo y la empuja con todas sus fuerzas contra la pared, provocándole a Claudia un fuerte golpe en la cabeza. El hombre retira rápido el cuchillo clavado en el brazo de Benito con el fin de matar a Claudia, pero una voz cercana hace detener al matón, un ex trabajador de Ignacio.

— ¡Detente, *maldito hijo de puta!* —Dice una voz a escasos metros, una voz que no reconoce Claudia al encontrarse en ese momento aturdida—, ¡detente o seré yo quien te mate! —grita sacando una pistola *Astra 400* y dirigirla al pecho del matón.

Éste, al ver que no tiene nada que hacer su cuchillo contra esa pistola, consigue escabullirse por una salida contraria al callejón donde se encuentran.

El hombre, salvador de Claudia, saca su pañuelo del bolsillo y empieza a taponar la herida producida por el arma blanca que le clavaron hace escasos minutos a Benito. Ella, una vez consigue levantarse y siendo su visión más nítida, ve perfectamente quién es el hombre que la ha ayudado, y a quien reconoce al momento:

— ¡Usted!, ¡el estudiante de Medicina!...

Él, mirándola a los ojos, asiente con la cabeza.

## Capítulo 15

## Gerard

El 21 de febrero de 1912 nacía Gerard Barrat Ulldemolins, en una masía entre las poblaciones de Vinaroz y San Carlos de la Rápita; a la vez, su madre, Marieta Ulldemolins, moría en el parto. Ricard Barrat, su padre, también falleció a los pocos meses, pero fue de amor: se encerró en sí mismo y fue consumiéndose hasta que una noche dejó de respirar. Esa fue la explicación que siempre le contaba su tía Mercedes Ulldemolins, aunque la versión oficial nunca se supo. Las malas lenguas decían que si Ricard contrajo una enfermedad por beber demasiado y llevar una mala vida con mujeres de alterne. Así que Gerard, con tan solo tres meses, fue creciendo en la casa de su padrino, *Ramonet* Chimeno, marido de Mercedes, así le llamaban sus amigos y conocidos. Profesor y *pagès*, así se les denomina a los campesinos catalanes, compaginaba ambas facetas, siendo la de *pagès* cuando acababa sus clases. Gerard además vivía junto con su primo segundo, Emilio, hijo de Mercedes y *Ramonet*.

A sus dieciséis años, su vocación siempre había sido ayudar a los demás. La herencia que había cobrado de sus padres el día de su cumpleaños fue mucho dinero en metálico y muchas hectáreas de tierra para cultivo. Decidió vender estas y, con todo lo que obtuvo, se fue a estudiar Medicina a la ciudad de Barcelona. Para ello, se preparó durante todo un año el examen para entrar en la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona, y con sólo diecisiete años consiguió entrar con una nota excelente.

Gerard, introvertido, se relacionaba poco en la universidad, repleta esta de chicos como él. Repudiaba la ideología y política fascistas, no se consideraba para nada un hombre de derechas, ahora solamente le interesaba poder estudiar lo que más amaba en ese momento, medicina, y poder especializarse en el campo de la Cirugía.

Cuando en 1933 consiguió el título de Medicina un profesor suyo le aconsejó marcharse a Madrid para cursar la especialidad de Cirugía en el Hospital de la Cruz Roja.

Instaurado en un hostel de Madrid, empezó sus días en el hospital haciendo lo que más le gustaba: aprender de sus pacientes a la vez que ayudaba en la sala de quirófano, mientras siempre aprendía.

Una mañana, observó a una chica saliendo del aula que le robó el corazón, era estudiante de dama enfermera. Su corazón le palpitaba a mil, de estatura

mediana, pelo rojizo recogido por una cofia blanca con una cruz roja en medio, tez blanquecina y unos ojos claros preciosos que no lograba ver de qué color eran, llevaba un vestido blanco y capa de color azulado. Era la mujer más hermosa que jamás había visto, nunca sintió lo que su cuerpo estaba sintiendo, temblores, nervios y hasta tenía taquicardia.

Así que, sin dejar de lado sus estudios, preguntó a sus compañeros si conocían a esa muchacha. Unos le respondían que si iba para monja; otros, que era una niña pija, de un *hijo de la gran puta* que esclavizaba a sus trabajadores en su empresa, ya que su padre era uno de ellos; otros, que si era hija de un falangista, y amigo de Hitler... y más y más, pero nunca daba el paso de acercarse a ella. Excepto una mañana, cuando de nuevo la ve salir del aula junto con otras dos muchachas, también muy guapas, le saludaron, él las miró y levantó la mano levemente y acto seguido miró al suelo, pero luego se dio un manotazo en la cara por haber actuado de esa manera tan introvertida; ese era el momento de poder presentarse a ella, invitarla a pasear, a conocerse y tal vez a casarse con ella si lograba enamorarla; pero no, solo había sabido levantar la mano levemente para saludarla.

Sin embargo, para su suerte, unos días después, al salir del hospital, un hombre joven trajeado y con aspecto adinerado se le acercó y empezó a comentarle que conocía a una joven estudiante enfermera que se había interesado por él, ya que se lo había contado, le dijo el nombre de la chica, se llamaba Claudia, y que también era bastante tímida. Así que antes de poder acercarse quería saber más sobre ella. Por casualidad, mientras bebía agua de la fuente que había en el pasillo del hospital, observó que no subía al coche que normalmente venía a buscarla y pensó en seguirla al ver que se iba andando, pero decidió esperar a que el chofer llegara para decirle por dónde se había ido, que seguramente sería de camino a su casa; y así fue, ese chofer llegó en unos minutos y le contó que Claudia se había ido andando por la avenida del Doctor Federico Rubio y Galí, le dio las gracias y se marchó tras ella, cosa que también hizo Gerard, ya que la curiosidad de saber dónde vivía podía con él. Se subió a su motocicleta *DKW* y siguió al chofer, con suerte, lo tenía a la vista. Para su desesperación, fue testigo de cómo la mujer que le había robado el corazón y para quien todavía era un extraño estaba en peligro, tirada en el suelo y casi inconsciente, el chofer ensangrentado y un hombre, también joven, con un cuchillo en la mano, a punto de matarla. Gerard, que por suerte llevaba un arma escondida, decidió sacar su pistola *Astra 400* y empezó a gritarle para que se diera la vuelta; nada más ver el trabajador despedido el

arma no dudó en soltar a Claudia de entre sus manos sucias, aunque antes de que Gerard pudiera detenerle, éste se escabulló por una salida minúscula que había en ese callejón. Rápidamente, Gerard sacó su pañuelo del bolsillo y, corriendo hacia el hombre malherido, empezó a taponarle la herida; mientras tanto, Claudia empezó a tomar conciencia de la situación y fue cuando vio a Gerard. Fue una grata sorpresa cuando ella le dijo:

— ¡Usted!, ¡el estudiante de Medicina!...

Él, mirándola a los ojos, asintió con la cabeza.

—Gerard Barrat Uldemolins, encantado señorita —le cogió la mano y la besó.

## Capítulo 16

### Esperanza

El taponamiento que le ha puesto Gerard en el brazo a Benito ha sido efectivo y la herida ha dejado de sangrar, éste, que ha recuperado la conciencia, está aturdido y mira a Claudia.

— ¿Está bien, señorita?, ¿le ha hecho daño ese hombre?

Claudia, mirando a Gerard ayuda a levantar a Benito del suelo.

—No sabe lo agradecida que le estoy, Benito. Si no fuera por usted estaría muerta.

—Este hombre que está a tu lado me advirtió que te habías marchado sin esperarme, cuando llegué me dijo por dónde te habías ido y entonces fui a buscarte —mirando a Gerard.

Claudia no entiende lo que acaba de decirle el chofer.

—Ya se lo explicaré, señorita —dice Gerard—, ahora lo que debemos

hacer es llevar a Benito al hospital para que le curen la herida y que la atiendan a usted también, al parecer tiene un fuerte golpe en la cabeza y tenemos que avisar a sus padres.

Los tres se suben al coche que conducía Benito, camino al Hospital General. Allí le atienden, van a operarle para cerrarle bien la herida, con la ayuda voluntaria de Gerard. Una vez atendida Claudia, cuando le dan el alta hace una llamada a la casa de sus padres, desde la recepción del hospital.

—Señorita —le pide a la telefonista—, necesito contactar con mi padre.

Ésta le pide la localización, la pone en llamada, y le da el interfono.

—Casa de los señores Romo-Mendizábal —responde Concha—,  
¿con quién hablo?

—Hola, Concha, soy yo, Claudia. ¿Están mis padres en casa?

— ¿Está bien, señorita? —pregunta extrañada Concha—, hace unos veinte minutos que debería haber llegado a casa... y sí, su padre hace escasamente unos momentos que está aquí.

—Bien Concha, necesito que usted y mi padre vengan lo más pronto posible al Hospital General.

—Señorita, me está usted asustando, ¿ha sucedido algo?, ¿yo?, ¿por qué tengo que ir con su padre?

Ignacio, que está oyendo la voz alterada de Concha, coge el interfono.

— ¿Claudia, eres tú?

—Papá, estoy bien, no te preocupes, te lo explicaré todo cuando vengáis al hospital, pero necesito que Concha te acompañe.

—De acuerdo, vamos para allá ahora mismo.

—Os estaré esperando en la entrada... un beso, papá.

Ignacio y la sirvienta salen rápidamente de la casa en dirección al Hospital General.

— ¡Dios mío!, si su hija está bien y voy con usted al hospital es porque le ha pasado algo a mi marido —empieza a llorar Concha.

—Claudia no ha dicho nada, pero tranquilícese, ahora saldremos de dudas —sacando un pañuelo de la chaqueta, se lo ofrece a Concha para que se seque las lágrimas.

Esperando en la puerta del hospital, Claudia ve llegar a su padre y a Concha. Ignacio deja allí mismo el coche y abraza a su hija, igualmente también lo hace Concha.

—Señorita, ¿qué les ha pasado?, ¡lleva manchado de sangre su vestido! —

Concha, aturdida, mira a ver si ve a su marido—, ¿dónde está Benito?

— ¿Estás bien, hija mía? —Le pregunta Ignacio a Claudia mientras le acaricia la cara.

—Sí, papá, gracias a Benito y a otro hombre.

Se sientan en el sofá de la sala de espera y Claudia les empieza a contar:

—Hace menos de una hora acabé las clases y decidí ir a casa andando, pensando que Benito me vería por la calle, pero no fue así. Un hombre extraño empezó a seguirme hasta que me acorraló en un callejón, sacando un cuchillo dijo que era un trabajador tuyo y que lo habías despedido... pero en el momento en que me lo iba a clavar, Benito se interpuso y el malhechor le clavó la navaja en la parte alta del brazo. Yo estaba aturdida porque me di un golpe en la pared, cuando me recuperé del todo vi que ese mal hombre se marchaba corriendo por una salida que había en el callejón al ver que le estaba apuntando con una pistola otro que apareció en ese instante también... y que yo conocía, era un estudiante de Medicina en el Hospital de la Cruz Roja.

Ignacio y Concha, la escuchan atónitos y no dan crédito a lo que les está contando Claudia.

— ¿Y dónde está Benito, señorita?, ¿está muerto? —pregunta llorando Concha.

—No... está en la sala de quirófano. Recuperó la consciencia, ese hombre le taponó la herida y empezó a restablecerse.

—Dios mío, gracias, gracias, ¡sálvalo! —abrazándose a Claudia.

—*Hijo de la gran puta* —dice, rabioso, Ignacio—, ¡como coja a ese malnacido se va a pudrir en la cárcel, maldita huelga, maldito todo, a partir de ahora te llevaré yo y vendré a buscarte al hospital!

—Lo siento, papá, nos dijiste que eran tiempos difíciles, pero no pensé en las consecuencias.

Gerard ha ayudado en la operación que le han realizado a Benito, todo ha salido muy bien, así que se va al vestuario a cambiarse de ropa. Saliendo, en la sala de espera, ve a Claudia acompañada de otras dos personas y se aproxima hacia ellos.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

—Sí, muchas gracias. Papá, Concha, éste es el señor que nos ayudó a Benito y a mí.

Concha lo abraza, dándole las gracias.

— ¿Cómo está mi marido, doctor?

—Hola, me llamo Gerard. Respecto a su marido, tenía una herida muy profunda y decidieron operarle, yo tan solo ayudé, pero se encuentra muy bien, dentro de un rato pasará a una habitación y lo podrá ver.

Ignacio observa a Gerard y viendo lo educado que éste es le da la mano...

—Le estoy muy agradecido, mi hija me ha dicho que si no fuera por Benito y por usted estaría muerta.

—De nada, señor —mirando a Claudia.

—Mi hija me ha dicho que es médico.

—Sí, acabé mis estudios en Barcelona y vine a Madrid el año pasado, actualmente estoy preparando la especialidad de Cirugía en el mismo lugar que estudia su hija.

—Venga a mi casa cuando quiera, está usted invitado; es lo menos que puedo hacer para agradecerle todo lo que ha hecho por ella.

—Ahora hay que procurar que no se vuelva a repetir, y no será fácil, mañana empieza una huelga que no sabemos cuánto va a durar, así que ya le he dicho que la llevaré y la iré a buscar yo mismo —dice Ignacio.

—Señor, si usted me lo permite, yo mismo puedo acompañarla a su casa al término de sus clases.

—Sí, papá, no hace falta que te dejes el trabajo, ya me llevará a casa Gerard.

—Hija, no sé si será buena idea, todo Madrid sabe que estás comprometida con Salvador y no creo que sea conveniente que te vean con otro hombre joven.

Gerard mira a Claudia atónito cuando oye de su padre que está comprometida con otro, su sangre se se le queda helada.

—Hablaré con Salvador, papá —Claudia intenta quitarle importancia al asunto para que Gerard no pierda el interés por ella, precisamente ahora que iba a entablar amistad con él—, seguro que lo entenderá y no le importará.

Concha sale corriendo al ver a su marido Benito salir del quirófano consciente en una camilla.

— ¡Amor mío!, ¿estás bien? —le dice al mismo tiempo que le llena la cara de besos.

—Hola, Concha, ¡qué guapa estás!, tenía que ayudar a Claudia...

—*Shhhh*, no hables, Benito; eres un héroe, mi héroe.

Concha le coge de la mano mientras van a la habitación, donde quedará ingresado unos días.

—Bueno, yo me voy a mi casa, mañana hay examen y tengo que estudiar

mucho —dice Gerard.

—Muchas gracias de nuevo, intentaré convencer a mi padre para que me lleve usted a casa.

—Hija, no lo sé, ya lo hablaremos con más calma, por el momento no debemos contarle nada a tu madre ni a tu hermana, no me gustaría que se preocuparan.

Gerard les da la mano a Ignacio y a Claudia y se marcha, al momento éstos suben a la habitación donde está Benito. Una vez allí Ignacio lo abraza, Claudia hace lo mismo con Concha.

—Entre usted y yo, señorita, y no se enfade —susurrándole al oído de Claudia—, ese chico es muy guapo y me gusta más que Salvador...

Riéndose, Claudia mira a los ojos de Concha y asiente con la cabeza.

— ¡Sabe!, creo que me he enamorado.

Ignacio y Benito ignoran de qué están hablando sus seres queridos.

—Cójase el tiempo de recuperación que sea necesario —menciona Ignacio.

—Gracias, señor Romo. Tan pronto me quiten el vendaje y pueda coger el volante volveré a estar a su servicio. Lo lamento, señor.

—No lo lamente, Benito; salvó la vida de mi hija y eso no se lo puedo pagar ni con todo el dinero del mundo.

Ignacio y su hija se marchan a su casa, ésta se acuesta muy cansada y se duerme dándole vueltas a la cabeza pensando en la bonita sonrisa de Gerard, lo simpático que es y lo bien que la trata. No era una casualidad que él estuviera allí tras seguir a Benito: había un motivo y ese solo podía ser que Gerard también pudiera estar interesado en ella...

## Capítulo 17

### La fuga

Ignacio ha empezado a mover los hilos para saber qué trabajador fue el que acosó a su hija y estuvo a punto de asesinarla. Aparte de hacérselo saber a Gaspar, su amigo teniente coronel, él y su secretaria empiezan a buscar todas las fichas de los trabajadores que fueron despedidos en los últimos tres meses. Pocas son las que contienen fotos de ellos y eso dificultará que su hija Claudia pueda reconocerlo. Una vez clasificados, Ignacio y Gaspar, llegan a casa donde están esperándolos Claudia y Salvador.

Ignacio ha podido traer consigo doce fichas con fotos de los veinte trabajadores que despidieron. Visionándolas una a una, Salvador coge a Claudia de la mano, pues la nota muy nerviosa al temer que vuelva a repetirse.

— ¡Claudia!, no temas, ahora estamos todos aquí contigo —la anima Salvador—, ese malnacido tiene que acabar entre rejas por haber hecho lo que hizo, además de malherir a Benito.

—Hija mía —dice Ignacio—, te prometo que nunca más ese hombre volverá a hacerte daño y, aunque no lo reconozcas en ninguna de estas doce fotos, acabaremos encontrándole gracias a la ayuda de Gaspar y sus contactos.

Claudia, que sigue mirando las fotos, al ver la décima, la expresión de su cara cambia radicalmente y mirando a su padre señala con el dedo la foto...

—Este, es este, ese pelo tan negro peinado hacia atrás, y esos ojos saltones —exclama mientras aprieta la mano de Salvador.

Gaspar, inmediatamente coge la ficha y empieza a leer su nombre...

—Hermenegildo Ventura Sáez, de treinta y nueve años, vive en la calle San Gil. Empezó a trabajar en la empresa hará unos cinco años.

—Tengo tantos trabajadores que no sé ni quién es —Ignacio intenta recordar si lo tiene visto—, pero le voy a poner la cara como un mapa a ese *hijo de la gran puta*.

—Vamos a efectuar la denuncia rápidamente al segundo jefe de la guardia de asalto, Agustín Muñoz Grande para que su equipo de cuerpo policial vaya a

su casa a detenerlo —dice Gaspar mientras mira a Ignacio.

Una vez interpuesta la denuncia, Claudia es conducida junto a Salvador a su casa, mientras que su padre prefiere acompañar a Muñoz y a Gaspar, esperando ver al mal nacido que pegó a su hija.

—Salvador, ahora que estamos en casa solos, he de confesarte que siento algo muy especial por Gerard, pero además tengo una duda y quiero que me digas una cosa, ¿tú ya lo conocías?

—Así es, Claudia. Antes del verano estaba esperándote por los pasillos del hospital y le vi desesperado preguntar a sus compañeros sobre una muchacha estudiante de dama enfermera y, tal como te describía y escuchando la respuesta de los otros, sabía que a la persona que se refería era a ti. Por eso, até cabos cuando también me hablaste de él y me lo señalaste el día que nos fuimos con tus amigas a tomar un chocolate. Una mañana me acerqué a él diciéndole que le querías conocer y le dije tu nombre, perdóname si no hice lo correcto.

—No te faltó tiempo, ¿eh? —Sonríe Claudia—, te lo agradezco de verdad. Tal vez si no hubieras intermediado entre nosotros, ahora no estaría aquí hablando contigo. Salvador, tengo que pedirte un favor.

—Dime.

—Tenemos que explicarle que lo nuestro es solamente por interés. Cuando mi padre le dijo que estaba comprometida, en ese momento me dio mucha lástima al ver su cara de sorprendido, y no quiero perderlo.

—Solo necesito saber si es una persona de fiar, si me dices que sí quiero que tengas claro que no le diremos nada sobre mi orientación sexual, Claudia.

—Lo que tú digas —responde Claudia mientras le da un beso en la mejilla.

—¿Y tú, qué te cuentas?, ¿cómo está él? —pregunta Claudia.

—Se marchó a México, espero que vuelva antes de que acabe el año, le echo tanto de menos...

El cuerpo de seguridad y asalto derrumba la puerta de la casa donde vive Hermenegildo, pero en la casa no hay nadie. En la portería del piso donde están Gaspar e Ignacio ven entrar a un vecino y le paran.

—Somos la guardia de asalto, ¿vio usted ayer u hoy a Hermenegildo? —pregunta Gaspar enseñando su identificación.

—Hace días que no veo a ese hombre, pero me dijo mi mujer esta mañana cuando estaba desayunando que los vio salir rápido a él y a su esposa con su hija recién nacida y con una maleta a las siete de la mañana.

—Así es —aparece en ese momento Muñoz Grandes, dirigiéndose a Gaspar e Ignacio—, no hay nadie en la casa, han vaciado toda la ropa de los armarios, parece ser que se ha fugado con su familia.

—*Maldito hijo de puta* —dice airadamente Ignacio—, esto no va a quedar así.

—En estos tiempos difíciles y con todo lo que se avecina va a ser muy difícil poder encontrarlo —advierte Muñoz—, pero haremos todo lo que podamos, empezaremos por enviar carteles con su fotografía a todas las comisarías de España.

Ignacio se siente triste porque no sabe cómo decirle a su hija que no ha podido detenerlo porque ha escapado de la justicia.

Claudia y Salvador se levantan cuando oyen abrirse la puerta de la casa, al ver la cara de su padre Claudia sabe que la cosa ha ido mal.

—Se ha fugado —así de conciso le habla a su hija—, lo siento, hija, te he fallado.

Claudia, abraza a su padre a la vez que lo mira orgullosa y sin lágrimas en los ojos.

—No digas eso, papá, has hecho mucho más de lo que podías, sé que algún día lo encontrarán y estoy segura de que no volverá a Madrid después de estar en búsqueda y captura.

—Gaspar y Muñoz me han dicho que no dejarán de buscarlo por muchos años que pasen.

—Señor —propone Salvador mirando a Ignacio— puede contar conmigo para ir a buscar a su hija a la salida de sus clases y llevarla directamente aquí.

—Gracias, Salvador, te lo agradezco mucho —mirando a su hija—, ¿te parece bien que vaya a buscarte?

—Claro que sí, papá, es mi novio.

—Salvador —dice Ignacio—, quisiera invitar a comer a mi casa a Gerard Barrat la próxima semana como agradecimiento por salvarle la vida a mi hija, me gustaría que también estuvieras.

—Claro que sí, yo también tengo muchas ganas de conocerle, es un héroe, y más en estos tiempos que corren, me parece perfecto, así podremos hablar sobre las diferentes posturas ideológicas que hay entre él y yo.

— ¡Salvador! —le riñe Claudia.

—Perdona si te has sentido ofendida, no era mi intención —sintiéndose avergonzado.

Suena el teléfono de la casa y contesta Claudia, que se alegra al reconocer la voz de su madre y la de su hermana.

—Este fin de semana iremos a veros, tengo muchas ganas, mamá —exclama contenta Claudia—, ¿cómo está María Cristina?

—Muy bien, hija, tengo muchas ganas de verte. Tu hermana apenas ha tenido recaídas y está muy ansiosa de que vayas.

— En un momento María Cristina le quita el teléfono a su madre— Hola, hermana, he hecho muchas amigas, son muy buenas. Me encanta vivir en Guernica, aunque me hacéis mucha falta papá y tú.

— ¡Qué envidia, hermana! —exclama contenta Claudia.

## **Capítulo 18**

## La Escondida

Una semana después Gaspar le comunica a su amigo Ignacio que Hermenegildo todavía está en paradero desconocido. No hay pistas sobre él, parece como si se lo hubiera tragado la tierra. El cuerpo de asalto fue a visitar a los familiares que vivían en Madrid, tanto de él como de su esposa, y no sabían absolutamente nada de lo que había sucedido, ni se habían puesto en contacto con ellos.

Gerard fue invitado a casa de Claudia el último domingo del mes de octubre, con Ignacio y Salvador, y mantuvieron una agradable comida. Éste último se percató de cómo ella no dejaba de mirar a Gerard y pensó en llevárselos a merendar a La Escondida, con la idea de que éste se diera cuenta que Claudia y él estaban comprometidos por interés de la familia.

Ya en la chocolatería, Claudia y Salvador se sincerarán con Gerard.

—No había estado aquí desde que llegué a Madrid —mirando el local—, es muy bonito, todo de mármol blanco, y qué olor a chocolate, qué rico... *mmm*.

—Nosotros no venimos tanto desde que mi hermana María Cristina se quedó en Guernica junto a mi madre —dice, triste, Claudia.

—Pronto se recuperará, ya verás —intenta animarla Salvador.

—Gerard, quiero hablarte de la relación entre Claudia y yo.

— ¡No entiendo qué quieres decir, Salvador!

Claudia no quiere participar en la conversación, tan solo oír.

—Verás... mis padres, Mario y Fernanda, convinieron este matrimonio con los padres de Claudia desde que éramos pequeños —Gerard escucha atentamente—. Esta Navidad pasada nos comprometimos oficialmente, pero tan solo a los ojos de ellos y de los demás.

—Sigo sin entender —Gerard sigue extrañado y mirando a Claudia.

—Sencillamente que ella y yo, hablándolo esa noche, pactamos estar juntos, pero entre nosotros tan solo existe una amistad. No estamos enamorados, yo lo estoy de otra persona y ella...

Claudia corta la conversación de Salvador tosiendo ligeramente...

— ¿Y hasta cuándo pensáis haceros pasar por novios? —dice Gerard, mirando a los dos a la vez.

—Cuando acabe mis estudios —toma la palabra Claudia— decidiremos qué hacer.

—Yo tengo pensado marcharme a Nueva York —continúa hablando Salvador—, la persona con la que estoy está esperando también a que acabe mis estudios de Derecho y deje España. Seguramente mis padres me repudiarán, y a Claudia también, pero los dos tenemos claro que viviremos con la persona a la que amemos y no por interés de ellos.

Mientras sigue hablando Salvador, Gerard nota un alivio enorme y la ilusión de poder acercarse a Claudia crece por momentos.

—Veo que los dos hacéis una pareja magnífica —Salvador coge la mano de Claudia y la une junto a la de Gerard—, y voy a ser vuestro celestino.

Con las manos unidas, se miran enamorados sin decirse nada.

«La huelga en Madrid ha sido un completo desastre, por la poca preparación militar y los huelguistas que no supieron qué hacer con su huelga», ese es el titular que lee Ignacio estando en su despacho.

## Guernica

Cuando María Cristina regresa del colegio a la casa de su abuela, recibe de su madre Ana una carta enviada de Madrid, es de su hermana Claudia.

— ¡Una carta de mi hermana!, ¡qué ilusión!... Mamá, me voy a la habitación a leerla.

—Yo también he recibido una de tu hermana y de tu padre que me da muchos besos para ti, dicen que tienen muchas ganas de que llegue la Navidad para poder estar muchos días a nuestro lado.

—Yo también deseo que estén aquí —mientras la abre, se marcha a leer la carta a su habitación:

Madrid, 5 de noviembre de 1934

Querida hermana, María Cristina:

Deseo que a la llegada de esta carta te encuentres muy bien. Aunque hablamos cada semana por teléfono, lo que voy a contarte tan solo puedo hacerlo escribiéndote y espero que guardes esta carta y no le cuentes a mamá lo que voy a decirte a continuación. Verás, estoy muy ilusionada con un estudiante de Medicina que también estudia en el Hospital de la Cruz Roja. Se llama Gerard, es catalán y él también está muy ilusionado conmigo. Llevamos apenas unos días viéndonos juntos, gracias a Salvador que es nuestro cómplice. Tenemos mucho en común, tanto que me ha dicho que cuando acabemos sería muy bonito poder trabajar juntos, pero eso aún está por llegar. Tengo muchas ganas de que lo conozcas en cuanto vengas a Madrid, que espero sea muy pronto.

Mis amigas Pilar y Olga te mandan muchos recuerdos, y desean que te recuperes muy pronto, tienen muchas ganas de verte. Nosotras tres ahora estamos extasiadas de tantos exámenes, compaginándolo con las prácticas en el hospital; llego a casa pasadas las nueve de la noche y bastante cansada.

Un beso enorme y otro para mamá.  
Os echo mucho de menos.  
Tu hermana que te quiere,  
Claudia

María Cristina, sorprendida por la revelación que le hace su hermana en la carta la guarda bajo llave en un baúl; se sienta, coge una pluma y un folio y, apoyando su mano en el escritorio, empieza a escribirle a su hermana.

## **Hospital de la Cruz Roja, Madrid**

Claudia les cuenta a Olga y a Pilar todo lo acontecido con Gerard. A éstas, que ya habían hablado entre ellas, no les venía de nuevo, ya que les parecía muy raro que Salvador no se molestara ni mostrara celos, cuando solamente hablaba de Gerard estando todos juntos.

Todos los días posibles, él desayuna con las tres en el descanso a media mañana, y las hace reír muchísimo. Claudia recibe cada tarde la visita de Gerard en su lugar de prácticas y la ayuda a curar a los enfermos que tiene a su cuidado. En un descanso ambos se van a la cafetería y se sientan juntos.

—Claudia, quiero que sepas que te quiero, y mucho, pienso en ti cada noche y acabo durmiéndome pensando en ti.

—Gerard, sabes que yo siento lo mismo, pero no podemos proclamarlo a los cuatro vientos —responde Claudia mientras le cae una lágrima—, mi padre no sé cómo reaccionaría si se enterara, pero sí sé que el padre de Salvador nos separaría, o harían que te expulsaran del colegio, ese hombre tiene algo que no me gusta.

—Tu padre, sin embargo, es una buena persona, lo admiro mucho; me puse muy contento cuando me dijiste esta mañana que te daba permiso para que yo pudiera llevarte a casa en la ocasión en que no pueda hacerlo él por motivos laborales.

Y esa noche es una de ellas. Gerard acompaña a Claudia a su casa. En el momento que abre la puerta ve que aún no está su padre:

—No ha llegado todavía, muchas gracias por traerme, Gerard.

Gerard mira por las escaleras y empieza a acariciarle la cara acercando sus labios a los de Claudia. Ambos se dan su primer beso.

—Nos hemos arriesgado mucho —dice Claudia, nerviosa, refiriéndose a su padre por si se presentara en ese instante—, podría haberse personado en este

momento.

—He estado alerta y no vi a nadie en las escaleras, tenía muchas ganas de besarte, ha sido precioso.

—Sí, me ha encantado. Te quiero mucho, Gerard — los dos se abrazan.

—Y yo también, no lo olvides...

Cuando él se marcha, Claudia cierra la puerta y, estando en la habitación, se percata de que en la mesita de noche hay una carta. Le da la vuelta y ve que es de su hermana María Cristina. Contenta, la abre para leerla:

Guernica, 24 de noviembre de 1934

Querida hermana, Claudia:

Espero que te encuentres bien al recibo de esta carta. Yo no he tenido ninguna recaída desde la última vez que nos vimos, pero el médico todavía dice que no me quiere dar el alta y no lo entiendo, pero seguro que mamá y papá quieren lo mejor para mí. La abuela está muy contenta de que vivamos con ella y siempre está haciéndome galletas y pasteles, querrá que me ponga gorda como una vaca, como la prima Aurelia, que cada mes tienen que arreglar su vestido de los domingos para que quepa en él. Respecto a lo de tu amigo Gerard, me quedé estupefacta, pero quiero que seas feliz y me alegro mucho de que hayas encontrado a tu alma gemela, y espero que me traigas una foto para verlo en Navidad, que estoy ansiosa que ya llegue para verte y estar contigo quince días. Vaya, mamá me está llamando, no sé qué quiere, dejo de escribir.

Tu hermana María Cristina,

PD: Muchos besos y dales recuerdos a tus amigas.

Claudia besa la carta escrita por su hermana y la guarda en su cajón bajo llave. De pronto oye el ruido de unas llaves y abrirse la puerta principal de la casa, va hacia el salón y ve que es su padre.

—Hola, hija, ¿cómo ha ido hoy?

—Muy bien, papá, Gerard se ha portado muy bien conmigo. Papá — mirándolo muy seria—, hoy recibí una carta de mi hermana María Cristina.

— ¿Sí?, ¿cómo está?... —Ignacio comprueba que su hija sigue callada y no le contesta— Claudia, ¿te pasa algo?, te veo muy seria.

—Me ha dicho que no ha tenido ninguna recaída desde la última vez que la vimos, pero su médico no quiere darle el alta, y ahora dime la verdad, papá, ¿qué le pasa a mi hermana?, ¿por qué se marcharon a Guernica? —su padre la mira atónito, sin saber qué contestarle—. Sabía que a María Cristina le iría bien irse un verano, pero pensé que no era normal quedarse allí, y después de lo que me ha contado... no sé, creo que mamá y tú me estáis ocultando algo... y por eso, si confías en mí, ¡quiero que me cuentes la verdad!

—Tu hermana está enferma.

—Eso ya lo sé, papá, pero ahora ya está recuperada.

—No, hija —mientras la coge de las manos y mirándola directamente a los ojos, acaba confesárselo—, tu hermana María Cristina tiene leucemia...

## Capítulo 19

### Hasta siempre

Claudia lloró toda la noche cuando su padre le dijo la verdad sobre la enfermedad de su hermana María Cristina. Tan pronto como se lo contó a Gerard, éste le dijo que no se podía hacer nada por ella, y que fue muy buena idea el que se marchara a vivir al norte de España.

Navidad de 1934, la familia Romo-Mendizábal la celebró en Guernica. María Cristina estaba muy feliz por tener a toda la familia junta. Claudia le enseñó esa misma noche a su hermana una foto de Gerard que estaba junto a sus amigas Olga y Pilar, vestidas con el uniforme de la Cruz Roja.

Por esas fechas Ignacio le confesaba a su mujer que su hija Claudia estaba enterada de la enfermedad de María Cristina.

En febrero de 1935, Ignacio y Claudia estaban pasando el fin de semana en Guernica junto a María Cristina, cuando recibieron una grata noticia de su madre Ana: estaba embarazada de apenas dos meses...

### Madrid, mayo de 1935

En el Hospital de la Cruz Roja se están ultimando los detalles para la celebración en menos de una hora del fin de su carrera. Pilar, Olga y Claudia tienen muy claro que quieren continuar trabajando para ser damas enfermeras de primera clase y por ello se van a formar en los diferentes hospitales de Madrid, así como ir por las casas de visitadoras y ayudar a las comadronas.

Son quince las mujeres a quienes se les dará el título y casi todos los familiares ya están sentados en los asientos que se les ha reservado.

—Espero que llegue mi padre a tiempo —dice mirando Claudia a sus amigas.

—Ahí está entrando por la puerta —señala Olga con el dedo—, y al parecer no viene solo...

Claudia se emociona en cuanto ve entrar junto a su padre a su abuela Argia, a su madre y a su hermana. Levantándose del sillón, corre hacia ellos para abrazarles.

— ¡Mamá!, ¡María Cristina!, ¡abuela!, qué sorpresa más grande —las abraza emocionada.

—Hermana, no quería por nada del mundo perderme tu graduación.

Claudia toca la barriga de su madre, la cual está de avanzada gestación.

—Más que su hermana mayor pareceré su madre —se ríen las tres.

—Tienes que presentarme a Gerard —le susurra al oído María Cristina—, estoy buscándolo pero no lo veo.

—Sentaos aquí, que ya va a empezar —indica Salvador, que acaba de saludarles.

Claudia está muy contenta cuando otra sorpresa se añade, y es que Mercedes Milá Nolla ha venido a clausurar la ceremonia. Una vez la nombra y le da el título se lo comenta:

—Me alegro mucho, Claudia, sabía que ibas a llegar lejos, y ahora toca prepararte para hacerlo aún más.

—Gracias, señora Milá, siempre seguí sus consejos.

Ambas se abrazan y su familia les aplaude pavorosamente.

Tan pronto como el acto se acaba pasan a un gran salón del hospital acondicionado con mesas llenas de tentempiés, bebidas y un hombre tocando el piano.

María Cristina encuentra el momento que puede estar a solas con su hermana para preguntarle sobre Gerard.

—Cada día estamos más enamorados, y todo gracias a la complicidad de Salvador, sin su ayuda no hubiera sido posible.

—¿Y cuándo pensáis hacerlo formal? —pregunta María Cristina.

—No hasta el año que viene, cuando Salvador acabe su carrera.

Un fotógrafo reúne a la familia y todos ellos, incluido Gerard (que así se lo pide Ignacio), son immortalizados.

Olga y Pilar se despiden de su amiga Claudia, a la cual volverán a ver en septiembre, momento en que tendrán que empezar a trabajar oficialmente. Las tres, junto a otras dos compañeras llamadas Antonia y Aurelia, han sido elegidas para continuar su tercer año y poder obtener el título de dama enfermera de primera clase.

A Gerard le quedan apenas ocho meses para acabar la especialidad de Cirugía y poder trasladarse al Hospital San Carlos para continuar su residencia, así lo comenta en la Chocolatería San Ginés, donde está con Claudia y Salvador. Éste último se va a hablar con otro amigo que acaba de sentarse en otra mesa y les deja solos para que puedan despedirse.

—Me gustaría que te quedaras en mi piso, pero sé que es imposible— Gerard le coge la mano a Claudia—. Te voy a extrañar durante estos tres meses.

—Acuérdate de escribirme todos los días y, como siempre, a nombre de Salvador para que mis padres no sospechen nada.

—Tu padre seguro que lo sabe —confiesa Gerard—, siempre me mira cuando coincidimos en ciertos lugares, pero no dice nada...

—No es verdad, no sospecha nada —dice Claudia, nerviosa.

Salvador deja de hablar con su amigo y vuelve a la mesa de Claudia y Gerard.

—Habrá que marcharse ya.

De camino a casa y ya en el coche, estando los dos sentados detrás, se dan otro beso mientras Salvador mira de reojo desde el retrovisor sonriendo.

## **Guernica, julio de 1935**

María Cristina lleva dos días con fiebre y Ana ha avisado a su marido para que vaya a Guernica urgentemente, su hija no se recupera y está cada vez peor.

El médico acaba de visitarla y sale de la habitación con Ana.

—Le voy a ser sincero, Ana. Cuando estuvo hospitalizada por fiebre, con el tratamiento que le dieron logró remontar tardando bastante tiempo en volver a recaer. Por lo tanto, no puedo decirle nada más que siga con el medicamento y que le hagan baños de agua templada para bajarle la temperatura. No dude en volver a llamarme si empeora.

—Muchas gracias, doctor —le dice Ana, llorando.

Estando Claudia en la habitación, su hermana parece querer hablar.

—Claudia... —titubea, visiblemente fatigada.

—Descansa, María Cristina, todo va bien —dice tocándole la piel sudorosa—. El medicamento que te ha dado el doctor está haciendo efecto y te está bajando la temperatura.

—Me siento rara, hermana, creo que Dios me está llamando para que vaya con él.

—No digas eso, no lo digas —intentando no llorar para que su hermana no se percate de ello—, es tan solo fiebre.

—Claudia, quiero que sepas que si me muero, no dejes escapar a Gerard, cástate con él si te lo pide —esa frase es escuchada por su madre que acaba de entrar en su habitación.

—¿Quién es Gerard? —Pregunta Ana, extrañada tras escuchar lo que le ha dicho su hija a Claudia—, ¿y casarte?

—Ahora no es el momento, mamá —sentencia Claudia.

Esa noche, Argia, junto con su hija y su nieta, deciden quedarse con María Cristina, mientras que Benito lleva a Ignacio de Madrid a Guernica.

Claudia pasa los segundos, los minutos y las horas mirando a su hermana cómo duerme y sus labios se mueven como si estuviera hablando con alguien en sus sueños, está sudorosa, pero tranquila. Su abuela Argia no para de rezar con el rosario que lleva entre sus manos una y otra vez mientras que Ana está ya sin lágrimas, con la cara pálida y destrozada.

A las seis y media de la mañana un rayo de sol entra por la ventana entreabierta de la habitación, la estancia aún está poco iluminada, pero se puede ver perfectamente el rostro de María Cristina. En ese instante, Claudia ve que la sábana que protege del frío a su hermana y que se movía con su respiración dificultosa deja de hacerlo, y cautelosa se aproxima a ella para poner su oreja cerca de la boca y la nariz de María Cristina, y sentir si aún sigue respirando. Una sensación fría recorre todo el cuerpo de Claudia. No quiere reconocerlo. Por unos segundos, no quiere darse cuenta de que su hermana acaba de morir.

—Mi ángel, hermanita mía, descansa en paz. Te echaré tanto de menos... — y la abraza.

Ana empieza a gritar cuando se da cuenta de que su hija pequeña acaba de morir.

— ¡Hijita *míaaa!*, ¿por qué te has ido?, ¿por qué nos has dejado? —Ana besa la mejilla fría de su hija María Cristina.

Pasados unos minutos, Ignacio, que ya ha llegado de Madrid, entra en la habitación y Claudia lo abraza.

—Mi hermanita se ha marchado, papá, para siempre.

Ignacio, con los ojos llorosos y temblando, ve a su mujer Ana desconsolada y se acerca al cuerpo inerte de su hija pequeña, se sienta en la cama y la coge en los brazos como cuando tenía dos años, se la acurruca para él y empieza a llorar desesperadamente.

—Hijita, que los ángeles te cuiden, que te hagan ángel a ti también, y cuídanos tú a nosotros desde el cielo...

Dos meses después, ya en Madrid, Ana da a luz a un niño, pelón y de tez blanquecina, al que le han puesto de nombre Alberto, quien trae de nuevo las sonrisas a la familia Romo-Mendizábal que en su día les arrebató la muerte de María Cristina...

## Capítulo 20

### Gerard y Claudia

Ignacio y Ana se desviven por el pequeño Alberto. Claudia, aún con el recuerdo presente de su adorada hermana María Cristina, pasa muchos momentos junto a su hermanito.

Ana está amamantando a Alberto con la compañía de Claudia, que está escuchando la radio.

—Claudia —Ana mira seriamente a su hija—, ¿tienes que contarme algo?

—¿Yo? ¡No te entiendo, madre!

—Unas horas antes de que tu hermana falleciera, estabas junto a ella en la habitación y le oí pedirte que le prometieras que te casarías con un hombre llamado Gerard.

Claudia, sorprendida, no sabe cómo hacer para salir de la situación, no esperaba que su madre después de todo lo que ha pasado se acordara de aquello.

—Mamá —acariciando Claudia la cabecita de su hermano—, lo que te voy a contar no quiero que aún lo sepa papá, todavía no es el momento, sobre todo con la situación que está viviendo en su empresa y sus trabajadores.

Ana asiente con la cabeza. Claudia le cuenta cómo Salvador y ella mantienen un pacto desde la Nochebuena de 1933, ya que él está enamorado

de otra persona. También le explica cómo ella conoció a Gerard, y cómo la salvó de ser asesinada. Desde entonces supo que era el hombre con quien quería compartir su vida el resto de sus días. Sus paseos junto con Gerard y Salvador, los desayunos y las comidas en el hospital donde hace las prácticas reforzaron su amor por él.

—Lo amo más que a nadie en el mundo, y él también me ama —aferrándose Claudia a su madre—. El año que viene cuando acabemos nuestros estudios, Salvador y yo anularemos nuestro compromiso.

Ana acuesta en la cuna a Alberto, que se ha dormido y seguidamente abraza a Claudia entusiasmada.

—Quiero que seas feliz, hija mía, ¡te apoyaré en todo!

—Gracias, mamá —sorprendida ante lo bien que se lo ha tomado—. Te quiero muchísimo.

—Si tu hermana María Cristina te pidió que le prometieras que te casaras con Gerard, que así sea.

Tras unos meses de aumento de la violencia política provocada y desplegada por el partido fascista Falange Española, tras el triunfo del Frente Popular, recibió una avalancha de afiliaciones de jóvenes de derechas dispuestos a la acción violenta. Claudia quería hacer recapacitar a Salvador sobre su ideología política para que dejara la Falange, pero no pudo convencerle, su gran amigo José Antonio Primo de Rivera ansiaba que entrara a formar parte con él.

## **14 de marzo de 1936**

El gobierno del Frente Popular encarcela a José Antonio Primo de Rivera con la excusa de una posesión ilegal de armas de fuego. Al no haber salido elegido diputado en las elecciones de febrero, José Antonio carecía de la inmunidad que daba un acta parlamentaria. El gobierno de izquierdas también impide que se pueda presentar como candidato de las derechas a las elecciones repetidas de Cuenca en mayo. El Gobierno ordena su traslado a la cárcel de Alicante a comienzos de junio, donde se le someterá a un juicio farsa, en el que los partidos del Frente Popular se vuelcan para conseguir la condena del falangista, hasta el punto de coaccionar al jurado. La sentencia es de pena capital, pues se le considera culpable del delito de rebelión militar. Lo más curioso es que aún faltaban cuatro meses para que esa rebelión se produjera, ¿premonición?...

Claudia ha cumplido los veinte años y está a punto de terminar sus prácticas definitivas y convertirse en dama enfermera de primera clase, junto con sus dos grandes amigas, Olga y Pilar.

El 12 de julio, el teniente de la guardia de asalto, Sáenz de Tejada, es asesinado por cuatro pistoleros de extrema derecha y el teniente Muñoz llama al despacho de su amigo Ignacio para informarle del hecho acaecido, ya que uno de los pistoleros era amigo de ambos, Alfonso Gómez y que se quedara allí en la empresa esa noche y procurara que su familia estuviera en casa. Habían recibido amenazas en la comisaría e iban a haber más asesinatos por venganza, incluso secuestros, y desencadenar más violencia en las calles de Madrid. Rápidamente, Ignacio llama al Hospital San Carlos para que localicen a Gerard Barrat...

— ¿Señor Romo?, ¿qué sucede?

— ¡Doctor Barrat!, tengo que pedirle un favor muy importante.

— Dígame, en qué puedo ayudarle.

— Acaban de asesinar a un teniente de asalto de izquierdas, y me ha llamado mi amigo Muñoz. No puedo ir a mi casa y sé que mi hija Claudia está contigo en el hospital, ¿es así?

— Sí, señor, hoy hemos coincidido en la misma planta.

— Bien, necesito que la aloje esta noche en su casa y, a medida que avancen las horas, Benito y yo pasaríamos mañana a buscarla cuando termine su turno de la tarde.

En ese instante Claudia pasa por el lado de Gerard y éste al darse cuenta le da un toque en su hombro derecho. Claudia se gira con su expresiva cara sonriente y le saluda.

— Señor, tengo a su hija delante de mí — Claudia lo mira con cara de sorpresa, preguntándole a Gerard con quién habla.

— ¡Pásemela, por favor!

Gerard le pasa el teléfono a Claudia.

— ¡Es tu padre!

Ignacio le cuenta a su hija todo lo que le ha dicho a Gerard mientras ella mira a este con una expresión entre miedo y sonrisa a la vez.

— Hasta mañana, papá — se despide Claudia a la vez que le pasa el teléfono a Gerard.

— Protégemela, muchacho, te debo dos.

— Gracias a usted por confiar en mí.

Ignacio llama seguidamente a su mujer, a la que le informa de todo, y hace quedar en la casa a pasar la noche a Benito y Concha.

Gerard y Claudia terminan su turno en el hospital, y ya estando en el piso pequeño de éste ella inspecciona la entrada, su cocina y el comedor, escaso de muebles.

—Ya veo que no necesitas grandes cosas para vivir solo —mirándose cara a cara.

—Me encuentro bastante cómodo en este piso... y ahora, mucho más... estando tú en él —acercando Gerard sus labios a los de Claudia—, al fin solos tú y yo.

Ambos se dan un beso, hasta que ella aparta sus labios de los de él.

—No entiendo cómo mi padre ha querido confiarte a mí y no a Salvador —dice, extrañada.

—Asesinaron a un hombre de izquierdas, y ahora los idealistas de derechas estáis en peligro, según me ha comentado tu padre, y con Salvador perteneciendo a la Falange no te encontrarías a salvo.

—Yo no me siento ni de derechas ni de izquierdas, solo quiero que no haya guerras y que la gente conviva en paz. Y si tengo que ejercer mi profesión, no miraré a qué partido político pertenece ese enfermo, lo haré por amor y por profesionalidad, no por ideales políticos —exclama efusiva Claudia.

— ¡Me encanta cómo eres!, por eso te quiero tanto.

Después de la cena que le prepara Claudia a Gerard, éste le enseña la habitación en la que dormirá.

—Esta es mi cama, pero puedes dormir tú, yo dormiré en el sofá.

—Qué caballeroso es mi Gerard —acercándose a él y volviéndolo a besar.

Claudia nota cómo él le toca un pecho por primera vez y deja que lo haga, luego el otro, masajeándolos, y empieza a desabrocharle los botones de su vestido de enfermera. Ella se quita la cofia de su cabeza, cayendo su larga melena pelirroja sobre sus hombros mientras Gerard empieza a quitarle la camisa.

Dejándose caer ambos en la cama, empiezan a explorar sus cuerpos desnudos. Excitados, acaban haciendo el amor por primera vez.

—Nunca pensé que me haría tanto daño... —dice suspirando Claudia—, pero ha sido muy bonito.

—Gracias por lo de bonito —ríe Gerard.

—Quiero que te quedes a dormir conmigo en esta cama, los dos juntos —

añade Claudia.

— ¿Te quieres casar conmigo ya mismo? —le pregunta así de repente Gerard.

Claudia le mira directamente a los ojos.

—Sí, sí, sí —besándole de alegría—, pero... ¿y mis padres?, ¿y Salvador? ... no creo que les guste que lo haga, y menos así de repente.

—Si se lo decimos antes de que nos casemos, es más que probable que no lleguemos a hacerlo porque tal vez nos separen o hagan que te destinen de voluntaria a cualquier punto de España lejos de mí; y de esta manera ya estaremos unidos para siempre, amor mío.

—Haré lo que me pidas, iré a donde tú vayas siempre...

Estando en la cama con las manos cogidas, Gerard y Claudia se quedan dormidos.

Madrid amanece con la noticia en varios periódicos del fatal asesinato de José del Castillo Sáenz de Tejada.

Los compañeros y correligionarios del finado se conjuran para asesinar a alguien importante derechista esa noche y eligen a José Calvo Sotelo, tras no encontrar en casa a otros dos derechistas. El pistolero Victoriano Cuenca, con su pistola *Astra*, le descerraja un tiro en la nuca, se vuelve a inclinar sobre él y le vuelve a disparar una segunda bala, dejándolo en manos de dos vigilantes del cementerio del Este, el 13 de julio.

—Este atentado significa la guerra —dice Martínez Barrio, ex presidente de la República, ante la cruel noticia de ambos asesinatos.

## Capítulo 21

## La ruptura

Claudia les cuenta a sus amigas Pilar y Olga todo lo relacionado con Gerard y su falso compromiso con Salvador, así como su inminente boda secreta que se celebrará el día 17 de julio de 1936.

— ¿Pasado mañana? —dice sorprendida Olga.

—Sí, y quiero que, antes de que os marchéis a Astorga, seáis mis testigos.

Pilar y Olga se quedan mudas, se miran y se abrazan con su amiga.

—Debes estar muy enamorada para hacer esta locura —sostiene Pilar—, ¿cómo ha reaccionado la familia?

—Esta noche vienen a cenar los padres de Salvador, quieren poner fecha para nuestro enlace y prepararlo todo... entonces les diremos que no queremos casarnos.

— ¡Ay, Dios bendito! —Exclama Olga, santiguándose—, que no os pase nada, mi querida amiga.

—Sé que mis padres me apoyarán —les sonríe Claudia—, y no me importa cómo reaccionen Mario y Fernanda, tan solo deseo que Salvador pueda cumplir su sueño de marcharse a Nueva York con la persona que también ama, aunque sé que no tendrá el apoyo de sus padres.

Gerard ya ha hablado con el párroco del Hospital San Carlos para que les case en la capilla el día acordado, y así se lo hace saber a Claudia cuando la ve en la sala de descanso junto a sus amigas.

— ¡Hola, señoritas! —Gerard saluda a Olga y Pilar—. Hola, Claudia.

—No hace falta que disimules con nosotras, Claudia nos lo ha contado todo, mañana Pilar y yo seremos testigos y damas de honor de tu amada.

—Pues eso venía a decirte, Claudia, a las once de la mañana el párroco nos casará.

Claudia se levanta de la silla y sin importarle quién pueda verla se abraza a Gerard y le besa en los labios.

—Esta noche estaré esperando fuera de tu casa hasta que vea que Salvador salga, y que no te haya ocurrido nada malo —manifiesta Gerard.

—No sucederá nada, pero me gusta que hagas eso por mí —Claudia le coge las manos a Gerard—, siempre tan atento.

Olga y Pilar se miran sonrojadas.

—Nos vemos mañana —articula Pilar, estirando la mano de Olga para marcharse y dejarles solos.

—Hasta mañana —dice Olga.

Claudia y Gerard se ríen ante tal situación cómica mientras ven cómo se marchan, dejándolos solos.

A las nueve de la noche, en casa de los Romo-Mendizábal, reciben a Mario, Fernanda y Salvador para cenar.

—Hace meses que no sé nada de Francisco Franco... —le sugiere Ignacio a Mario.

—Está en Marruecos, según me comentó la última vez que lo vi iba a distanciarse de mucha gente porque tramaba algún plan, parece ser que está en conversaciones con el general Mola. Nosotros estamos en alerta ya que se habla de un posible golpe militar —dice Mario.

Entran Salvador y Claudia en el salón mirándose, es el momento de contarles la verdad.

—Y ahora es hora de hablar de ellos, nuestros chicos, y de poner fecha para la boda. Ya acabaron sus estudios y tenemos a un hombre que será un excelente abogado y a una dama enfermera de primera clase —menciona alzando la copa de *whisky* que lleva entre las manos Mario.

— ¡No nos vamos a casar! —exhala de golpe Claudia.

Fernanda, Mario e Ignacio se la quedan mirando y de pronto empiezan a reír.

—Es verdad lo que afirma Claudia, no nos vamos a casar —sentencia Salvador serio—, dejadme hablar.

Todos permanecen callados.

—Durante estos tres años hemos pasado mucho tiempo juntos y nos queremos mucho, pero no estamos enamorados el uno del otro, y ya va siendo hora de que se rompa esa dichosa tradición de casar a vuestros hijos por la fortuna que podáis tener unos u otros.

Mario se levanta enloquecido y tira con todas sus fuerzas su copa de cristal contra el suelo, que estalla en mil pedazos, haciendo despertar al pequeño Alberto que estaba durmiendo en su cuna. Al momento, estira el brazo de su mujer Fernanda y se marchan de la casa diciendo unas últimas palabras y mirando a Ignacio:

— ¡Esto no va a quedar así!...

— ¡Mario! —Le llama Ignacio, furioso, viendo cómo cierra la puerta fuertemente—, no entiendo qué tipo de amenaza ha querido dar a entender —mirando a Salvador.

—No se preocupe, señor, mañana se le pasará todo, ya sabe cómo es mi

padre —dice triste Salvador.

Ignacio mira a su mujer, Ana, que ha cogido a Alberto en sus brazos y lo ha calmado, a la vez que se aproxima a Claudia y la abraza.

—Sufrió el alejamiento con tu hermana María Cristina por una maldita enfermedad que acabó arrebatándonosla y tu madre y yo vamos a respetar vuestra decisión.

Ignacio le da la mano a Salvador...

—Muchacho, agradezco el respeto que has tenido con mi familia y tu buen comportamiento con mi hija estos tres años, espero que tu futuro como abogado te depare muchos éxitos —dándole un abrazo.

—Claudia, te dije que tu padre lo aceptaría muy bien —expresa emocionada Ana.

Ana e Ignacio se marchan a la habitación con el pequeño quedándose solos Salvador y Claudia.

— ¡Al fin libres! —suspira Salvador.

—Tengo miedo de que tu padre tome represalias sobre ti —le desvela temerosa Claudia.

—Sé defenderme. De todas maneras me voy a ir de casa. Cuando visité en la cárcel a José Antonio Primo de Rivera, me habló de un buen puesto en sus oficinas y no lo voy a rechazar.

—Gracias por todo, Salvador —Claudia le da un beso en la mejilla.

—Nos vemos mañana —dice cerrando la puerta.

Mario, una vez se ha acostado su mujer, llama por teléfono a un amigo militar suyo de confianza llamado Rodrigo Heredia.

—Necesito que sigas de incógnito a la hija de mi amigo Ignacio, se llama Claudia, ¿la conoces? —le pregunta Mario.

—Sí, mi teniente coronel —le responde Rodrigo.

—Quiero saber quién es el hombre con el que se ve, estarán en el Hospital San Carlos, haz una visita ¡mañana mismo! —exclama colgando el teléfono, furioso...

## Capítulo 22

### Una boda y un asesinato

El día antes de su enlace, Claudia es espiada por Rodrigo en el hospital. Ve cómo habla con un joven que lleva una bata blanca, por lo que deduce que es médico, y al que logra reconocer por ser quien la salvó de ser asesinada por un trabajador de Ignacio, todavía en paradero desconocido.

—Señor, he estado toda la mañana en el hospital y le puedo decir con certeza que esa muchacha se ve con un médico cirujano llamado Gerard Barrat...

— ¡Pero ese...! —Intentando recordar de qué le suena el nombre—, ¿es el médico que salvó a Claudia de una muerte segura?

—Así es —dice Rodrigo.

— *¡Hijo de la gran puta!* —Exclama al tiempo que da un puñetazo en la mesa—, ese médico es rojo, según tengo entendido, mañana mismo Ignacio se va a enterar con quién se relaciona su hija.

— ¿Quiere que continúe vigilándola, señor?

—No hace falta, muchas gracias, Rodrigo.

El día tan ansiado ha llegado, ya es 17 de julio y Claudia se despierta radiante a las diez de la mañana. Sabe que hoy va a ser un gran día, por fin va a unirse para siempre a su adorado Gerard.

— ¡Te has levantado muy alegre esta mañana! —alaba su madre.

—Soy muy feliz, mamá, mucho —y le da un beso y otro a su hermano pequeño Alberto, que lo tiene entre sus brazos.

—Voy a comprar ropa para tu hermanito con Benito y Concha, ¿te vienes con nosotros? —Le pregunta Ana a su hija.

—No, mamá, hoy es mi último día en el Hospital San Carlos y tengo que despedirme de mis amigas Olga y Pilar.

—Tu padre aún está durmiendo en la habitación, parece ser que no se encuentra bien y ha llamado a la fábrica para decirles que no iría.

—Mamá, ¡llama al médico! —le dice nerviosa Claudia.

—Se ha negado a que le vea un médico, dice que solo tiene anginas y que mañana ya irá a trabajar —comenta su madre para quitarle importancia al asunto.

Benito y Concha llegan a la casa, Ana y su bebé se marchan con ellos mientras Claudia acaba de desayunar. Después, entra en la habitación para ver a su padre.

—Hija, pasa — Le indica Ignacio, que ya está despierto.

— ¡Papá!, tan solo entraba para ver si estabas bien, perdona...

—No tengo sueño —Le pide a Claudia que se siente a su lado—. Dime, hija... tu madre me contó anoche cuando nos acostamos que te habías enamorado de alguien, pero no quiso desvelarme de quién... ahora te lo pregunto yo, ¿lo conozco?

—Sí, papá —afirma cabizbaja sin mirarlo, pero no sabe si decirle el nombre—, es maravilloso, me trata muy bien.

—Mírame a los ojos, qué mayor te has hecho, mi dama enfermera de primera clase, conseguiste tu propósito y luchando siempre para que tus sueños se hagan realidad... Dime, ¿cómo se llama?

—Es Gerard —desvela mirándole esta vez a los ojos—. Mi estima por él fue creciendo cada vez más desde que me salvó de ese... bueno, qué más da... sólo quiero decirte que estoy enamoradísima de él.

Ignacio permanece unos segundos callado mientras se miran mutuamente sin decirse nada.

—Papá, no voy a *consen*... —cortándole la conversación Ignacio.

—Tienes mi beneplácito para que estéis juntos, y ¿sabes?, nunca me gustó Mario como consuegro, aunque fuéramos amigos de jóvenes nos fuimos distanciando desde que me casé con tu madre, aunque Salvador por suerte no se parece a él en nada.

Claudia se abraza orgullosa a su padre y, mirando el reloj, ve que se le está haciendo tarde, se despide de su padre y se marcha rápidamente de la casa hacia el Hospital San Carlos.

Bajando las escaleras se tropieza con otro hombre al que apenas mira, éste, que la conoce, no la saluda. Sin embargo, mientras está en el taxi de camino

hacia el hospital, razona pensativa: « ¡jera Mario!».

Desde la habitación, Ignacio oye el timbre de la puerta y se levanta. Al espiar por la mirilla de la puerta ve que es Mario.

— ¿Qué haces tú aquí? —pregunta serio Ignacio—, no eres bienvenido después de lo que nos hicisteis ayer, no tenías derecho a asustar a mi familia en mi casa...

— ¿Puedo entrar? —pregunta Mario.

Ignacio le deja pasar al recibidor y cierra la puerta mientras van pasando posteriormente al salón.

—Me dijeron en tu empresa que estabas enfermo y he venido para decirte que tu hija se está viendo con Gerard Barrat, un *maldito hijo de puta* rojo —expone Mario, un tanto ofuscado.

—Lo sé —dice tranquilo Ignacio, ante los nervios de Mario—, me lo ha dicho ella misma esta mañana y no me importa, está enamorada de ese hombre y la apoyaré en todo, así que agradecería que te marcharas de esta casa y no volvieras.

— ¡*Ahhh*, sí!... —hablando de manera chulesca Mario—, ¡qué flojo te has vuelto, Ignacio, ya no eres el mismo, y aún más desde la muerte de tu hija María Cristina!

Ignacio, cabreado y apretando su mano, le da un puñetazo en la cara...

—A mi santa hija en paz descanse no me la nombres, *hijo de puta* —manifiesta Ignacio, visiblemente furioso.

Mario, fuera de sí extrae su pistola *Astra* del nueve largo de la funda que está adherida a su cinturón y le apunta al pecho.

Mientras tanto, Claudia, con la misma ropa que salía de casa, un traje chaqueta y falda de color grisáceo, está con Olga y Pilar, esperando que Salvador les diga cuándo pueden entrar para dar comienzo a la ceremonia. Gerard ya está dentro y su amigo Salvador le tiene guardada una grata sorpresa a Claudia como regalo de bodas, una sorpresa que nunca olvidará.

—Cuando suene el órgano con la marcha nupcial será el momento indicado para que entres —le especifica Salvador a Claudia mientras le da un beso.

— ¡Qué nerviosa estoy! —expresa mientras mira a sus mejores amigas.

La música empieza a sonar y Claudia coge el ramillete de rosas blancas entre sus manos. Una vez en el interior de la capilla del hospital ve a su amado Gerard en el altar con un traje negro que todavía le hace más guapo. A su derecha, ve a Salvador y, emocionada y sorprendida, ve a su izquierda a

Federico García Lorca, el cual la saluda. Claudia mira a su amigo y éste lee en los labios de su gran amiga un «gracias».

Cuando llega junto a Gerard le da dos besos y se sientan mientras el párroco empieza a officiar la ceremonia...

—Y ahora es el momento de que os pongáis los anillos.

Olga y Pilar les entregan la caja que contiene las alianzas y el novio pronuncia unas palabras mientras le pone el anillo en el dedo anular de la mano izquierda a Claudia.

—Yo, Gerard Barrat Ulldemolins, prometo que te cuidaré, en lo bueno y en lo malo, que pasaré junto a ti el resto de mis días, hasta que la muerte nos separe.

—Yo, Claudia Romo Mendizábal —ahora es ella quien le pone el anillo a él—, prometo que te cuidaré, en lo bueno y en lo malo, que pasaré junto a ti el resto de mis días, hasta que la muerte nos separe.

—Que el amor que os profesáis no os lo quite nadie. Yo os declaro marido y mujer —sentencia finalmente el párroco.

Ambos, cogidos de las manos, sellan con un beso sus labios de amor para siempre...

Ignacio siente miedo al ver que Mario ha sacado su pistola y le apunta en el pecho.

— ¿Qué vas a hacer?, ¡baja el arma! —Dice nervioso Ignacio— ¿Acaso te has vuelto loco?

—Tú y yo vamos a ir en busca de ese tal Gerard y nos lo quitamos de en medio, ¡mi hijo tiene que casarse con tu hija! —grita Mario en medio de su locura.

— ¡No sabes lo que dices!, no estás bien, tu hijo está enamorado de otra persona, baja el arma y entonces hablaremos.

Ignacio intenta mediar con Mario, acercándose a él para quitarle la pistola, y éste, que no oye más allá de su rabia y locura, acciona el gatillo y le dispara en el tórax, provocándole una herida mortal en el acto.

Ignacio, con los ojos desorbitados, pone su mano en la zona donde le ha disparado Mario. El dolor es insoportable. Le falta el aire, nota que se ahoga y lo mira estupefacto, se le va nublando la vista y sus piernas se debilitan cayendo de rodillas al suelo, antes de empezar a sangrar se desploma muerto.

Mario, asustado por si los vecinos han oído el estruendo del disparo, se marcha corriendo de la casa, nadie se ha dado cuenta. Media hora después,

Ana llega al piso junto con Benito y Concha, ve que la puerta de su casa está abierta, por lo que empieza a ponerse nerviosa. Con miedo, se dirige al salón y ve a Ignacio estirado en el suelo. Cuando se acerca, ve horrorizada cómo su marido yace muerto, cubierto por un charco de sangre...

— ¡Ignacioooo...! —Ana grita desesperada intentando reanimarle—, ¿qué te han hecho?, ¿quién ha sido?...

Benito coge al pequeño Alberto en brazos mientras llama a la guardia de asalto, mientras Concha intenta consolar a Ana que está abrazada junto a su marido manchada de su sangre.

—Toma, es un manuscrito de mi próximo libro que quiero que tengas en primicia, se titula *La casa de Bernarda Alba* —le regala Lorca a Claudia recién impreso un ejemplar, antes de una primera edición en una pequeña imprenta de Madrid, a la espera de su salida a la venta.

—Muchas gracias, señor Lorca —le agradece Claudia, emocionada—, ¿me podría adelantar algo de qué va su obra?

—Es un drama de mujeres en los pueblos de España —dice Lorca orgulloso de lo que ha escrito—. Me inspiré en una persona llamada Francisquita Alba y sus hijas que vivían cerca de mi casa cuando veraneaba en Valderrubio. Compartíamos hasta el pozo de agua. Descubrí a esa extraña familia de muchachas que sufrían la vigilancia tiránica de la madre, viuda desde hacía muchos años. Por eso no dudé en utilizar el pozo de agua como puesto de observación, donde las espíe, estudié y tomé notas. La mayoría de los nombres de la novela son reales. Tan pronto la acabes de leer, me gustaría que me escribieras y me dieras tu opinión.

—Eso está hecho, tengo muchas ganas de empezar a leerla. Además, la semana que viene Gerard me llevará a ver la representación de su maravillosa obra *Yerma*, que me encanta.

—Que seas muy feliz, Claudia, pero ahora tengo que dejarte, me marcho a Granada —comenta Lorca mientras mira a Salvador.

Claudia abraza a Federico y cogida del brazo de Gerard se dirige a sus amigas.

—Os voy a echar mucho de menos —les dice Claudia—, estos tres años con vosotras han sido maravillosos, espero que algún día podamos coincidir y trabajar juntas.

—Ya verás como sí —afirma Pilar—, además, me voy a Astorga sólo de vacaciones, luego vendré de nuevo a Madrid.

Las tres se despiden y luego Gerard la lleva a comer a la Taberna La bola.

—Esta noche anunciaremos a mis padres que nos hemos casado —le propone Claudia a Gerard, ignorando todavía que su padre ha sido asesinado, así como que en ese día tan señalado, el 17 de julio de 1936, el de su boda junto con el asesinato de su padre, se inicia la Guerra Civil Española.

## Capítulo 23

### El funeral

Claudia llega a su casa acompañada de Gerard y observan que la entrada de su piso está llena de agentes que no les permiten la entrada.

—Yo vivo en este piso —dice Claudia angustiada a la guardia de asalto, y ve en ese momento a Benito, a quien le llama alzando la voz.

Éste se gira y se dirige hacia ella.

—Dejadles entrar, van conmigo —les indica Benito a los guardias.

— ¿Qué ha pasado?, ¿ha ocurrido algo en casa? —pregunta Claudia cogida de la mano de Gerard.

Nada más llegar al portal, sin decir nada, Claudia oye llorar a su madre en el salón y al entrar ve una sábana manchada de sangre que tapa lo que parece ser un cuerpo.

— ¡Mamá! —exclama jadeando Claudia intentado reaccionar y entender quién es el que se encuentra debajo de la sábana—, ¿qué sucede?...

Gerard, que está junto a ellas, intenta permanecer al margen pero sin soltarle la mano a su mujer.

—Claudia... tu padre, ¡lo han asesinado mientras estábamos fuera!, gracias a Dios que no estabas en casa —Al instante Ana abraza a su hija.

Claudia se acerca al cuerpo de su padre y sin poder evitarlo levanta la sábana.

—Señorita, perdone —dice un guardia— pero no puede tocar el cadáver hasta que el juez dictamine su levantamiento.

— ¡Es mi padre! —exclama seria y con lágrimas en los ojos mirando al guardia.

Acerca sus labios a la mejilla de su padre y le da un beso.

—Papá —respirando fuerte, faltándole el aire y susurrándole al oído—, María Cristina seguro que ahora estará abrazada a ti.

Gerard, sin parar de llorar, abraza a Claudia intensamente.

El juez llega para hacer el levantamiento del cadáver junto con Muñoz Grandes, el jefe del cuerpo de seguridad, amigo de Ignacio, quien le da el pésame a madre e hija.

— ¡Esto no va a quedar así!, todo hace pensar que quienes asesinaron a su marido fueron los mismos pistoleros que mataron a Calvo Sotelo la semana pasada.

Al día siguiente es enterrado en el cementerio de La Almudena, ante miles de personas que tenían amistad con Ignacio, así como todos los trabajadores de su empresa. Ésta pasará a ser dirigida por su mujer Ana, hasta que su hijo a su mayoría de edad pueda obtener el cargo de dirección, si así lo desea su madre.

Ana no se percata de que ni Mario ni Fernanda han ido al funeral de su amigo, pero Claudia al ver solo a Salvador sí se da cuenta y entonces recuerda a Mario cuando ella se tropezó con él por las escaleras. Seguramente iba a visitar a su padre, al instante un escalofrío recorre todo su cuerpo.

—Te acompaño en el sentimiento, era un buen hombre —Le dice Salvador a Claudia mientras la abraza.

— ¿Y tus padres? —pregunta ella.

—Desgraciadamente se marcharon ayer a Sevilla, les envié un telegrama urgente en el hotel donde se hospedan pero todavía no habían llegado cuando llamé por teléfono. Nada más pisar el hotel me llamaron y les conté lo sucedido, se sienten bastante afectados y me dijeron que os diera yo el pésame también por ellos, ya que no llegarían a tiempo para el entierro.

Claudia, incrédula, no se cree ni una palabra de lo que dice Salvador, está segura de que Mario ha mentado a su hijo. Es mucha casualidad que su padre muriera asesinado el mismo día en que Mario y Fernanda se marchaban a Sevilla...

El ataúd de color blanco marfil, con Ignacio dentro, es introducido en uno de los nichos del panteón familiar. Ana, que lleva en brazos a Alberto, es arropada por su hija Claudia mientras reciben la condolencia de un hombre que parece ser extranjero, ya que su habla castellana es bastante mala.

—Yo *ser* John Ronald Reuel Tolkien, amigo de su esposo —besando la mano de Ana y Claudia—, un amigo en común me envió un telegrama urgente y

yo *coger* avión lo más pronto posible, yo *venir* para despedirme de él.

—Muchas gracias —corresponde Claudia—, su amigo Ignacio le estaría muy satisfecho por este gesto, y sepa que estaba muy entusiasmado con su libro... *The Hobbit* se llama, ¿verdad?

—*Yes, thanks...* gracias, ahora *tener* que marchar, o voy a perder mi vuelo.

Ana recibe allí mismo en el cementerio de La Almudena un telegrama de la familia anglosajona de Ignacio, en el que le daba también sus condolencias y que les era imposible ir a su funeral por encontrarse en América.

—Hasta su familia lejana se ha acordado de tu padre. Hija mía, nos hemos quedado solas —llora Ana.

—Mamá, tenemos que ser fuertes, ya verás como pronto encontrarán al asesino y se hará justicia.

El teniente Muñoz llega con buenas noticias.

—Ana, se ha detenido al posible asesino de su marido. Son dos, el capitán Condes ha admitido que su pistolero Victoriano Cuenca asesinó a Calvo Sotelo, pero estamos esperando la respuesta respecto al asesinato de su marido Ignacio, que Dios lo tenga en su gloria.

—Que se pudran en la cárcel o peor aún, ¡que los ejecuten ya! —sentencia Ana, marchándose con Benito a su casa.

—Mamá, yo me quedo con Gerard, él me llevará a casa más tarde.

—Yo también tengo que marcharme... —dice Salvador cuando le interrumpe Claudia.

—Ví a tu padre subiendo las escaleras de mi piso cuando salía hacia el hospital ayer por la mañana, supongo que iba a mi casa a verse con mi padre —Le insinúa Claudia a Salvador.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta extrañado Salvador, a la vez que pensativo—, ¿estás queriendo decir que mi padre mató a tu padre?

—No lo sé, pero ha sido mucha casualidad.

—Están interrogando al asesino de Calvo Sotelo, si él niega dicha acción, hablaré con mi padre de lo sucedido.

—Muchas gracias, sé de verdad que no me fallarás, Salvador —le dice, a la vez que le abraza.

En el calabozo, el teniente coronel Mario González, que ha vuelto de Sevilla urgentemente, se entrevista con Victoriano Cuenca.

—Su amigo el capitán le ha delatado, no tiene nada que hacer, y mañana mismo será fusilado a no ser qué... —le corta Victoriano.

—*Hijo de la gran puta* —refiriéndose al capitán—. ¿Qué opciones tengo?

—Sí, las hay, tan solo tiene que confesar ser el asesino de Ignacio Romo Scott-Ellis y su vida será ofrecida en la Guerra Civil que se avecina.

— ¡Pero yo no he sido! —grita Victoriano.

—Es su única opción si quiere seguir vivo, o de lo contrario lo ejecutarán mañana.

—Así será, yo asesiné a Ignacio, pero ¿cómo?

—Con una pistola *Astra* del 9 largo, de un tiro en el pecho, ¿de acuerdo?, no hagas ni una pregunta y que esto quede entre nosotros —acaba diciendo Mario.

En ese instante llega Muñoz, quien se encuentra con Mario.

—Mi comandante, ha confesado, lo asesinó a sangre fría, bastará con que ofrezca su vida por España.

—Así será, junto con su capitán Condés lo trasladaremos a Somosierra, punto clave de estrategia de combate.

—Me vuelvo para Sevilla, el general Mola nos ha reunido de nuevo.

Concha coge el teléfono y recibe la llamada del teniente Muñoz, pero le pasa el teléfono a Claudia.

—Señorita, Victoriano ha confesado ser el asesino de su padre. Todo acabó. Dígaselo a su madre. Un abrazo, lo siento mucho.

—Gracias, señor.

Claudia se lo hace saber a su madre Ana y a Gerard, que está con ellas.

—Mamá —Claudia coge las manos de su madre—, tenemos que confesarte una cosa.

—Dime, hija —casi sin fuerzas para hablar.

—Ayer por la mañana, Gerard y yo nos casamos en la capilla del hospital y os lo íbamos a contar esa misma noche, pero...

Ana, mira a los dos y les abraza llorando.

— ¡Os quiero tanto!, ¡tanto! Claudia, Gerard, parece ser que una guerra civil está a punto de estallar si no lo ha hecho ya, he pensado que seáis vosotros quienes disfrutéis de esta casa. Yo me iré a Guernica junto a Alberto y tu abuela, que la pobre ya necesita de alguien para los quehaceres de la casa. De la empresa se ocupará el vicepresidente y me hará llegar los documentos que como propietaria que soy tenga que firmar.

— ¡Mamá! —se lamenta Claudia—, creo que haga lo que haga será lo mejor para Alberto y para usted.

Ese día, el general Mola envía mensajes cifrados fijando el alzamiento militar en la Península como lo hizo el día anterior en Marruecos.

## Capítulo 24

### Una carta y un adiós

Las principales ciudades, Madrid, Bilbao, Barcelona y Valencia, se mantienen fieles al Gobierno mientras Franco busca ayuda de los países que pueden simpatizar con la causa rebelde, ya que la única esperanza de los golpistas reside en las tropas de África, la élite del ejército español, miles de soldados curtidos en las guerras de Marruecos.

El 22 de julio de 1936, Salvador está en su casa y recibe una carta de la persona que ama, la abre y empieza a leer:

En tu carta hay cosas que no debes, que no puedes pensar. Tú vales mucho y tienes que tener tu recompensa. Piensa en lo que puedas hacer y comunícamelo enseguida para ayudarte en lo que sea, pero obra con gran cautela. Estoy muy preocupado pero como te conozco sé que vencerás todas las dificultades porque te sobra energía, gracia y alegría, como decimos los flamencos, para parar un tren.

Salvador, que la lee dos veces, introduce la carta de nuevo en su sobre en el momento que suena el teléfono.

—Casa de los García, ¿con quién hablo?

—Salvador, soy José Antonio, tengo dos minutos de permiso para hablar contigo, necesito que vayas a tu puesto de trabajo, hay cambios que tienen que formalizar contigo, mi hombre de confianza te dirá lo que tiene preparado para ti, ¿puedes pasarme ahora a tu padre?

—Se ha marchado a Sevilla, el general Mola tenía una reunión con él, al parecer volverá mañana, pero no estoy seguro —dice Salvador—. ¿Está usted bien? —le pregunta Salvador, preocupado.

—Después del juicio no mucho, espero que intervengan para salir absuelto de todo esto.

Salvador se marcha rápido de la casa, sin darse cuenta que su padre estaba saliendo de un taxi en la puerta. Mario cuando entra en su casa deja el maletín en la entrada y va directamente a la habitación de su hijo pensando que a esas horas ya estaría, pero ve que no es así. En la cama ve tirado un sobre abierto y, extrañado, ve que no hay escrito ningún remitente, así que saca la carta del

sobre y empieza a leerla. Su pulso se acelera al leer su contenido y el nombre de quien la escribe y empieza a hablar solo en su estado de locura: «Así que Ignacio tenía razón y estabas enamorado de otra persona, ¡pero que esa persona sea otro hombre, es de enfermos!, mi hijo, un desviado, un maricón, no lo voy a consentir... tengo que hablar con el general Mola para mandarte lejos de ese malnacido, ya va siendo hora de que te formes en alguna línea fronteriza en estado de guerra activa».

Volviendo a poner la carta en su sitio, decide no hablar con su hijo de lo que ha descubierto, bastante le caerá con lo que su padre le tiene preparado para él, así que descuelga el teléfono y llama a su amigo el general Mola...

Salvador regresa a su casa media hora después, donde se encuentra con su padre, pero cuando va a saludarlo y darle un apretón de manos Mario le esquiva.

— ¿Y mamá? —le pregunta Salvador, visiblemente molesto.

—Decidió quedarse unos días más en casa de sus primas, está bastante disgustada contigo, eso no se le hace a una madre —le recrimina Mario.

—No es el momento de reproches. Claudia está bastante decaída, primero la muerte de su hermana y ahora su padre en apenas unos meses de diferencia —se defiende Salvador, mirando serio a su padre—, en el cementerio me dijo que se tropezó contigo en las escaleras minutos antes de su asesinato.

— ¡Me estás diciendo que esa niñata me acusa de algo! —dice enfurecido Mario, mirando a los ojos directamente de su hijo a la vez que una gota de sudor le cae por la mejilla.

—Tranquilo, el asesino fue el mismo hombre que mató a Calvo Sotelo, suponía que ya te lo habían dicho —Le dice sarcástico Salvador.

—Pues no, todavía no he pasado por la comisaría —miente Mario.

— ¿Y tú?, ¿no piensas hablar con Claudia y arreglar lo vuestro? —pregunta insistiendo irónicamente su padre.

—Claudia se casó la mañana de la muerte de su padre.

Mario se queda estupefacto ante la revelación de su hijo.

— ¡Esa niña malcriada! —grita indignado y fuera de sí Mario.

—No hables así, papá, su madre lo sabe y la ha apoyado, con tal de que sea feliz —defendiendo Salvador a su amiga—, además, ayer la señora Mendizábal se marchó de nuevo a Guernica con su hijo pequeño tras el inicio de la guerra, lejos de los bombardeos que seguramente asolarán ciudades como Madrid.

—El general Mola quiere reunirse conmigo mañana, me ha dicho que necesita tu ayuda y no tenemos que negarnos. Tenemos que dejar Madrid, aquí podemos ser atacados por los *rojos de mierda*.

—Márchate tú, yo no me voy a ir a ningún sitio hasta que no me reúna con Primo de Rivera.

— ¡Está en prisión!, ya no nos sirve de nada.

—Yo me quedo.

Salvador se marcha a su habitación, ve la carta en la cama, la coge y la guarda en una caja de acero parecido a un cofre y la cierra con llave.

## 17 de agosto de 1936

—Estamos vigilando a ese hombre —dice el general Mola por teléfono a su amigo el teniente coronel Mario—, al parecer está ayudando a los rusos con el fin de espiarnos, también creemos que tiene bastante información gracias a su amistad con José Antonio Primo de Rivera cuando estuvo por Madrid, y que éste le habría podido revelar cosas importantes. Sabemos que está en Granada en estos momentos con unos amigos falangistas.

—Escoria y nada más, espero que la próxima vez que sepas noticias de él sea que ha desaparecido —murmulla Mario.

Tres días después Salvador se presenta en el piso de Claudia, le reciben ella y su marido, Gerard; ésta, cuando lo ve, intuye que trae malas noticias por la expresión de su cara, se le ve demacrado y con signos de haber llorado bastante.

— ¿Pasa algo, Salvador?, me estás asustando —pregunta Claudia, nerviosa, invitándole a sentarse en el sofá del salón.

Salvador, mirando a sus amigos y casi sin poder pronunciar palabra alguna, les desvela finalmente con voz temblorosa lo acaecido el día anterior.

—Nuestro amigo Lorca ha sido fusilado... —las lágrimas de Salvador vuelven a brotar en sus ojos.

Claudia y Gerard se miran mientras ella se acerca y abraza a Salvador; éste sigue hablando.

—Mi padre, el muy *hijo de perra*, me contó hace apenas una hora, riéndose, que los de mi partido, la Falange y la CEDA, lo detuvieron ayer en la casa de sus amigos los Rosales, donde estaba refugiado, y lo fusilaron horas después en el barranco de Víznar, a unos pocos kilómetros de Granada —Claudia y

Gerard escuchan atentamente con los ojos llorosos—; al parecer lo han enterrado allí mismo en una fosa común junto a otros dos banderilleros del Frente Popular.

—Lo siento mucho, de veras, era un gran hombre —dice Gerard.

—Pero no he acabado todavía —Salvador sorprende a Claudia—, voy a dejar el trabajo, he de irme a cubrir un puesto de teniente en el frente, es por orden estricta del general Mola, mi padre dice que si no acato la orden que me ha dado el general puede que haya consecuencias negativas para nuestra familia. ¡Pero que conste que si lo hago es solamente por mi madre Fernanda!

Claudia lo vuelve a abrazar sin saber qué más decirle.

—Aquí te dejo un recorte de una entrevista hecha por el ilustrador Bagaría a Lorca para el periódico *El Sol* —comenta Salvador mientras saca el recorte de papel del bolsillo y se lo entrega a Claudia.

Claudia lo despliega y se lo entrega a Gerard.

—Toma, ahora no puedo leer, estoy muy emocionada —mirando a Salvador triste.

Gerard se pone a leerlo en voz alta:

Pregunta de Bagaría a Lorca: ¿No crees, Federico, que la patria no es nada, que las fronteras están llamadas a desaparecer? ¿Por qué un español malo tiene que ser más hermano nuestro que un chino bueno?

Respuesta de García Lorca: Yo soy español integral, y me sería imposible vivir fuera de mis límites geográficos; odio al que es español por ser español nada más. Yo soy hermano de todos y execro al hombre que se sacrifica por una idea nacionalista abstracta por el solo hecho de que ama a su patria con una venda en los ojos. El chino bueno está más cerca de mí que el español malo. Canto a España y la siento hasta la médula; pero antes que esto soy hombre de mundo y hermano de todos. Desde luego, no creo en la frontera política.

—Lorca, que tan bien se llevaba con unos y con otros y los de mi propio partido ¡se lo han cargado!, eso no va conmigo, siento vergüenza de ser parte de la Falange. ¡Yo no quiero una guerra!

— ¡Márchate lejos! ¡Vete de España!

— ¡No, Gerard! —Salvador baja la cara para disimular las lágrimas—. Ahora tengo que irme, mañana tengo que presentarme ante el general Mola e instruirme para luego partir al destino que tengan encomendado para mí—dice triste mientras mira a sus dos mejores amigos.

—Escribenos muy a menudo —Le dice Gerard mientras le abraza.

Claudia contiene la respiración, se abraza de nuevo a Salvador y se marcha corriendo hacia su habitación.

—No se lo tengas en cuenta —comenta Gerard— todavía tiene muy presente el recuerdo de su padre y de su hermana, también añora mucho a su madre y a su pequeño hermano Alberto. Además, ayer Claudia se encontró muy mal en el bajo vientre, por lo que fue visitada por un ginecólogo que conozco del hospital y nos sorprendió con una noticia que no esperábamos.

— ¿Qué noticia? —pregunta Salvador.

— ¡Vamos a ser papás! dice el médico que Claudia podría estar embarazada de dos meses y que tendríamos el bebé en abril del año que viene, aunque ella tiene mucho miedo por el inicio de la guerra.

—Pero, eso es una buena noticia —sonríe Salvador por primera vez desde que conoció la mala noticia de Lorca mientras abraza efusivamente a Gerard —, no hay por qué tener miedo; y deciros también que me encantaría ser el padrino de la criatura que tengáis.

—No tengas ninguna duda, dalo por hecho.

—Despídete de Claudia de mi parte.

Salvador se marcha de la casa y Gerard entra en la habitación a consolar a su esposa y contarle que Salvador ya sabe toda la verdad sobre su embarazo.

## Capítulo 25

### La separación

El verano del 36 se está acabando y ya son varios los puntos de España donde cientos de civiles mueren, entre ellos muchas mujeres y niños. Se crean hospitales de sangre en los frentes de batalla, donde se realizan cirugías y curas a todos los soldados que resultan heridos en combate. Ante la falta de enfermeras, se crean cursos rápidos de dama de enfermería auxiliar para muchas mujeres que se han presentado y han decidido ser voluntarias y ayudar.

Claudia, embarazada de tres meses, está en su casa escribiendo una carta a su madre en la que le cuenta que se encuentra bien y que la gestación sigue su curso; de pronto, recibe una llamada inesperada y descuelga el teléfono, se sorprende al oír la voz de Mercedes Milá Nolla.

—Me alegro mucho de poder oír su voz —exclama contenta Claudia—, ¿cuál es el motivo de su llamada, señora Milá?

—Todas mis condolencias —es lo primero que le dice Mercedes— por su hermana María Cristina y su padre Ignacio. Me enteré en cuanto le hablé de usted al general Franco y éste, que era amigo de su padre, me lo contó.

—Muchas gracias, todavía continúo afectada y *esp...* —al momento la corta Mercedes.

—Claudia, necesito que vayas a enseñar a mujeres que se han prestado como voluntarias de damas auxiliares enfermeras —Claudia, mientras piensa en Gerard y en el futuro bebé, sigue escuchándola—. Ya dijiste en el momento en que me marché que cuando necesitara tu ayuda allí estarías, y ahora la necesito; y quién mejor que tú, Claudia.

Claudia, un poco asustada, le da una rápida respuesta:

—Lo haré, señora Milá, solamente dígame dónde tengo que ir.

—Sabía que no me fallarías, hija —dice orgullosa Mercedes—. Vendrá un chofer a buscarte el veintidós de septiembre; él sabe por qué caminos tiene que ir para traerte hasta el hospital, aunque no podemos asegurarte que en cualquier momento podáis encontrar algún que otro altercado. Te llevará a Somiedo, una zona de montaña limítrofe entre León y Asturias. Allí han ubicado un hospital de sangre, que así lo llaman, donde hay quirófano, una zona de curas y muchas camas para los heridos en combate —prosigue Mercedes— y, Claudia, será muy duro todo lo que verás allí, pero sé que eres

fuerte y, aparte de enseñar y formar a otras mujeres, dirigirás a todo el personal sanitario que estará a tu cargo.

— ¡Pero eso es una responsabilidad muy grande! —responde Claudia.

—Por eso te elegí, hija.

— ¿A qué hora vendrán a buscarme?, tengo que hacer la maleta y hablar con mi marido Gerard.

— ¿Al final te casaste? —pregunta sorprendida Mercedes.

—Sí, con un hombre maravilloso al que amo con locura; no es el hombre con el que mis padres me obligaron a casar.

—Me alegro mucho, Claudia. Vendrán a primera hora de la mañana y, sobre la maleta, no tienes que hacer ninguna, ya que te proporcionarán dos uniformes de dama enfermera de primera clase tan pronto llegues a Somiedo.

—Haré todo lo que usted me enseñó, señora Milá.

—Lo sé, en el hospital encontrarás todos los documentos que necesitarás para saber cómo debes actuar con cada herido que llegue y dónde debe ubicarse, pero no tendrás problemas ya que estarás con médicos muy cualificados y otras enfermeras, además de alguna sorpresa que otra —acaba diciendo Mercedes.

Claudia, extrañada por lo de la sorpresa, se despide de ella, y cuando cuelga el teléfono ve entrar a Gerard, quien le toca su barriga aún poco prominente y le da un beso.

—Tengo que decirte algo, Claudia —comenta serio Gerard mirándola.

— ¡No me asustes!, ¿le ha pasado algo a mi madre?, ¿han atacado Guernica? —pregunta nerviosa ella.

—*Nooo...* tu madre y tu hermanito están a salvo en Guernica, no creo que Franco sea capaz de atacar pueblos pequeños, tanto los soldados republicanos como los falangistas están repartidos por ciudades o zonas de campo.

—Yo también tengo que decirte algo —le anuncia Claudia—, pero dime tú primero.

—Esta mañana me han designado para ir a otro hospital a ayudar a la gente caída en combate.

Claudia se sienta en el sofá del salón, baja la mirada y Gerard, con la mano, le toca el mentón, haciéndole subir la cabeza para que la mire:

— ¡Iremos juntos, tú podrás colaborar como dama enfermera que eres! — exclama Gerard.

—No puedo acompañarte, hace escasos minutos me llamó mi antigua directora del Hospital de la Cruz Roja, Mercedes Milá, y me ha seleccionado

para dirigir el hospital de sangre que han instalado en Somiedo.

A Gerard se le pasan miles de imágenes por la cabeza y sigue hablando mientras entrelaza los dedos de sus manos con los de ella:

—España ha entrado en guerra, los falangistas no quieren la República, y éstos se defienden para que continúe como está, pero yo lo que veo es destrucción, muerte de vidas inocentes, barbarie y más barbarie... Y, como personas de la sanidad, juramos ayudar a los heridos en combate en estado de guerra, y así lo tenemos que acatar —exhala en un suspiro Gerard.

—Por eso acepté, mi amor, me encuentro bien, y allí estaré hasta que nuestro bebé esté a punto de nacer.

—Nuestro bebé, ¡qué ganitas de verle la carita!, tiene que ser una niña, una niña tan guapa como tú —fantasea, besándola.

—¿Y dónde te han destinado, en qué hospital? —le pregunta Claudia.

—Es un hospital situado en Valdediós, en Asturias, que no está muy lejos de Somiedo al parecer.

—El destino quiere que no nos separemos del todo —sonríe de nuevo Claudia—, ¿y cuándo tienes que marcharte?

—Mañana mismo vendrán a buscarme en una furgoneta; conmigo vendrán otro médico y un enfermero.

—Yo me marcharé dentro de tres días, aunque ya te estoy echando de menos —lo abraza sin desear separarse de él.

—Nos escribiremos continuamente, iré a verte tan pronto pueda y cuando estés a punto de tener a nuestro bebé iremos a Madrid para que nazca allí, o a Guernica, junto a tu madre y tu abuela, a salvo de las armas.

Al día siguiente, Claudia y Gerard se despiden abrazados en la puerta de la casa, donde esperan a la furgoneta.

—Escríbeme tú primero —dice él—, ya que yo no sé la dirección exacta donde se ubicará el hospital de sangre donde estarás tú.

—Nada más entre en casa empezaré a hacerlo —Claudia ve que una furgoneta se para, de la cual bajan dos hombres.

Se presentan ante ellos como el médico Rodolfo Terrás, un hombre de unos cuarenta años, y el enfermero Emilio Montoto, de la misma quinta que Gerard. Ambos, con lágrimas en los ojos, se funden en un abrazo.

—Te quiero, no lo olvides nunca —enuncia ella como si fuera la última vez que fueran a verse.

La furgoneta arranca de nuevo, y Gerard saca de su dedo su anillo de casado y, cogiendo la mano de Claudia, se lo pone en el dedo corazón:

—Con esta alianza estaré siempre contigo, no lo olvides.

Ella hace lo mismo y pone su anillo en el dedo meñique de Gerard. Y ya a una distancia lejana, cuando la figura de Claudia parece muy pequeña, le grita que la ama muchísimo.

Al atardecer, cuando llegan, lo primero que hacen los tres es afiliarse al Socorro Rojo Internacional, sección Villaviciosa.

## **21 de septiembre de 1936**

Tan pronto como Pilar y Olga llegaron a Astorga, entraron a formar parte en la congregación de las hermanas de María, donde también enseñaban a formar damas enfermeras auxiliares voluntarias. Una de ellas era Octavia Iglesias, de unos cuarenta años, con la que se habían hecho amigas inseparables.

Después de orar, las tres están en el patio del monasterio:

—He recibido una notificación de la Cruz Roja —indica Olga—. Necesitan urgentemente damas enfermeras en el hospital de sangre que han situado en Somiedo.

—Debemos ir —responden Pilar y Octavia a la vez.

—Le comunicaremos a la madre superiora que en octubre nos marcharemos a realizar nuestra labor de damas enfermeras voluntarias para prestar cura y asistencia a los soldados heridos en combate —Olga y Pilar ignoran que allí se encontrarán con una persona a la que quieren mucho...

## **Capítulo 26**

### **El reencuentro**

Somiedo está en el límite entre dos provincias: trágico frente de guerra, la de León, los falangistas; y la otra, Asturias, envenenada según Franco por los enemigos de Dios.

En aquellas solitarias montañas se hospeda la comandancia militar y el hospital de sangre de los fieles nacionales bajo la bandera de la Cruz Roja.

Claudia llega un veintidós de septiembre acompañada por un militar hasta la comandancia; cuando entra se sorprende al ver a un soldado que se parece muchísimo a Salvador y que está frente a ella, el militar, que se queda mirando a la mujer con el uniforme de dama enfermera, cambia su rostro serio por el de emoción:

— ¡Claudia! —exclama feliz Salvador.

Ella se aproxima hacia él y lo abraza en el acto.

— ¡Eres tú!, ¡Salvador!, qué alegría me has dado —sonríe feliz Claudia—. ¿Así que fue aquí donde te destinaron?

—Sí, ahora estoy de guardia, y he venido a apuntarme en el registro ¡por si me matan! —suelta riéndose irónicamente Salvador.

—Qué cosas dices, ¡estás muy guapo!

—Muchas gracias, amiga mía, tú también lo estás a pesar de todo lo que has sufrido, pero veo que el embarazo te sienta genial —dice Salvador tocando su vientre—. ¿Cómo te has atrevido a venir en tu estado?

—Estoy embarazada, no enferma, me siento fenomenal, y los enfermos y heridos me necesitan, cuando me ponga gorda como una foca me retiraré con mi madre a Guernica.

— ¿Y Gerard? —pregunta Salvador a Claudia sobre su marido.

—Lo destinaron al Hospital de Valdediós, allí le necesitan, está muy cerca de aquí.

—De momento no tengo noticias de que el general Mola ordene atacar la zona de Gijón —Salvador mira serio a Claudia—, pero hay que estar atentos y sacarlo de allí si logran entrar.

Claudia se instala en el hospital, coge el libro de actuación en caso de guerra y se pone a leerlo hasta que sus párpados se cierran relajados y quedándose dormida.

En octubre, Pilar, Olga y Octavia han llegado muy alegres, pero con escaso ropaje. El hospitalillo, que es así como lo llamaban los que ya estaban allí antes que ellas, está formado por tabiques de madera y pocas comodidades. Pilar pregunta a una muchacha vestida con el uniforme de la Cruz Roja por la persona que dirige dicho hospital.

—Un momento, voy a buscarla; debe de estar en el ala derecha donde está el quirófano, acaban de operar a un soldado malherido en el frente —dice Irene.

Ésta se adentra en la zona de quirófano y ve a la dama enfermera de primera clase.

—Señora Romo, tres enfermeras preguntan por usted en la entrada.

—Irene, te he dicho montones de veces que no me llames señora, llámame por mi nombre de pila, Claudia —sonríe—, díles que ahora salgo.

—De acuerdo —baja Irene la cabeza.

Cuando se presenta ante ellas de nuevo, les comenta que las atenderá en

breve.

—Muchas gracias, señorita, ¿y usted se llama...? —pregunta Octavia.

—Me llamo Irene y estoy aquí como dama auxiliar enfermera, disculpen pero he de marcharme, me esperan varios enfermos impedidos para hacerles la higiene.

Mientras las tres hablan entre ellas no se percatan de la presencia de Claudia.

—¿Olga?, ¿Pilar? Oh, Dios mío... —dice sorprendida Claudia a la vez que éstas se giran al escuchar su nombre—, ¡vosotras aquí!

Claudia se abraza a sus mejores amigas.

—¡No puedo creérmelo! —exclaman Pilar y Olga a la vez.

—¿Diriges tú este hospital de sangre? —pregunta asombrada Pilar.

—Sí, nuestra directora Mercedes Milá me llamó para atenderlo y hace apenas unos días que llegué —sonríe Claudia—, me comentó que vendrían tres enfermeras más, pero no me dijo que erais vosotras... ahora entiendo lo de la sorpresa...

—¡Qué calladito lo tenía! —exclama Olga.

Emocionadas con el reencuentro sus amigas le presentan a Octavia.

—La hemos formado en el monasterio y ha querido venir a colaborar con nosotras, le estamos muy agradecidas —confiesa Pilar.

—Bienvenida, Octavia, cualquier duda que tengas me lo dices y lo solucionaremos —Claudia le da dos besos en las mejillas.

—Pilar y Olga me han hablado maravillas de usted, y por lo que he visto no han exagerado nada, es buena gente y preciosa —opina Octavia.

—Mis amigas me quieren mucho —afirma sonriente Claudia mirando a las dos.

—¿Y, Gerard?, ¿está aquí contigo? —pregunta Pilar.

—Está a unos doscientos kilómetros de aquí, en el Hospital de Valdediós.

—Dios mío, cómo ha podido España llegar a este extremo. En esta guerra sólo caen inocentes, da igual de qué bando sean, todos son personas de Dios —Octavia se santigua—. Yo voy a atender al herido, sea falangista, rojo o ateo, y que se acabe pronto todo esto...

—Me gusta cómo piensa Octavia —dice Claudia—. Ayer mismo recibí una carta de Gerard, donde cuenta que son varios los heridos que llegan muy mal, pero las operaciones no son muy complicadas y logra salvar a la mayoría de ellos.

Claudia les enseña las zonas del hospital, donde están las camas, el

quirófano y el mortuorio, aparte del material que utilizarán cuando se pongan a trabajar al día siguiente.

## Capítulo 27

### Almas

27 de octubre de 1936

En el hospital de sangre, Claudia tiene una mañana ajetreada de malheridos; les han llegado cuatro del frente con muy mal pronóstico, y en el quirófano un médico y Pilar están atendiendo al más grave. En total tienen catorce heridos y no dan abasto, aun habiendo bastantes enfermeras. A las tres de la tarde llegan las otras damas enfermeras a relevar a Claudia, Pilar, Olga y Octavia.

—Yo me voy a quedar —sostiene firme Claudia mirando a sus amigas—, nuestras compañeras necesitan ayuda y todavía están con el último herido grave. Descansaré un rato ahora, pero en diez minutos me pongo de nuevo en marcha.

—Yo también me quedo —dice Olga.

Y así, tanto Pilar como Octavia deciden quedarse, hasta que la cosa se haya disipado un poco.

Unas horas después, al caer la noche, los cuatro que han pasado por quirófano están estables, junto con los otros diez heridos. Claudia y sus amigas, con sendos uniformes manchados, se disponen a ir a descansar cuando oyen disparos y alboroto fuera del hospital.

—¿Qué está pasando? —pregunta Claudia, aturdida y nerviosa.

—Nos están atacando —dice Salvador, entrando con su fusil en el hombro para salvaguardar la vida de sus amigas, que pueden correr peligro.

Las milicias locales pertenecientes a la UGT, comandadas por Genaro Arias Herrero, *El Patas*, inician una modesta ofensiva. Los soldados que se encuentran allí, alrededor de veintiuno, retienen por poco tiempo a los milicianos con la intención de que el personal sanitario pueda escapar y no sufran ningún ataque por parte de los milicianos.

—Yo no pienso dejar abandonados a estos enfermos, pero tampoco nos los podemos llevar —profiere el jefe médico—, así que haced vuestra labor —refiriéndose a los soldados— y retened a esos malditos antes de que entren y les hagan daño.

Todas las enfermeras se han reunido y han decidido también quedarse para cuidar de los enfermos, pero desgraciadamente los milicianos recuperan el control del terreno perdido y se adentran más en la zona del hospital de sangre, donde se oyen disparos por todas partes. Mientras están todos dentro

del hospital ven entrar a sus enemigos, los cuales asestan sendos disparos contra el sacerdote y el jefe médico, Viñuela. Las enfermeras, asustadas, creen que va a ser su final; Claudia se coge de la mano de su amiga Pilar y ésta de Olga, a la vez que ésta de Octavia.

—No temáis, aparentad no tener miedo y no digáis nada —susurra con entereza Claudia, tocándose su vientre al notar cómo su bebé se mueve.

Los soldados rasos y suboficiales son conducidos a retaguardia para ser fusilados, quedando el comandante Berrocal, el teniente García y el Cabo Fernández junto con todas las damas enfermeras.

—A éstos dejadlos con las muchachas, vamos a necesitarlos —dice un miliciano llamado Hermenegildo Ventura.

Claudia lo observa horrorizada conteniendo la respiración, es el ex trabajador de su padre que intentó asesinarla en aquel callejón.

— ¡Muchacha, veo que es verdad que los caminos llegan a Roma! — exclama acercándose a ella y con su mano le roza la mejilla.

— *¡Maldito hijo de puta!* —chilla Claudia, mientras recibe una sonora bofetada de parte de Hermenegildo—, ya nada me hace daño.

— ¡Muy pronto estarás muerta! —sentencia el miliciano.

Éste y otros más se adentran en el ala donde están los catorce enfermos y heridos, y lanza una orden gritando:

— ¡Rematadlos a *todoooss!*

Claudia no puede acercarse a ellos para impedir que hagan lo que ella piensa que van a hacer, Hermenegildo la empuja hacia donde están todas las demás compañeras y dispara al techo de madera, tras lo que se tapan los oídos, asustadas, la mayoría de las damas enfermeras.

Los enfermos, conscientes y sin poder defenderse, son acribillados por algunos milicianos incluido Hermenegildo. Después, aun viendo brotar sangre de la boca de los enfermos, los rematan a cuchilladas.

— ¿Estáis todas bien? —pregunta Claudia, mientras observa si alguna ha podido ser alcanzada por algún disparo.

Olga se acerca a ella un poco aturdida, sangrando por la ceja derecha y cayéndole un hilo de sangre por su mejilla.

— ¡Oh, Dios mío, Olga! —Claudia, nerviosa, se acerca al armario y saca unas gasas para taponarle la herida—. Aprieta fuerte, cariño.

—Sólo ha sido un roce, Dios está con nosotras.

En el ala de las camas ya no se oye nada, los milicianos empiezan a salir todos riendo y gritando "*escoria*".

— ¡Están todos muertos! —dice Rafael.

Los milicianos secuestran a todas las damas enfermeras y a los tres falangistas. Una vez están todos fuera del hospital, ya endeble de recibir tantos disparos en la madera, un pequeño fuego asoma por encima del edificio. Granadas de mano acompañadas de una lluvia de explosivos caen en las tejas, los adobes de la comandancia y el hospitalillo se derrumban bajo el ataque excesivo de material de artillería.

Reuniéndoles a todos en medio de la noche y el intenso frío del monte mientras contemplan el destrozo del hospitalillo, El Patas quiere hacerles un favor para que sigan con vida:

—Os dejamos libres a las que renieguen de su fe y se sumen a nuestro partido.

Así, de las diez damas enfermeras que hay, se incorporan junto a ellos seis de ellas, y en voz alta las hacen renegar de su fe, y las dejan marchar acompañadas de una miliciana.

—Olga, estás malherida, huye —murmura Pilar—reniega de la fe.

—Ya estoy muerta, no hay tiempo, vamos a morir —mirando a sus amigas con lágrimas en los ojos—, nos separaremos apenas unos instantes para reunirnos de nuevo eternamente.

Claudia, Pilar, Olga y Octavia, unidas, no quieren renunciar de su fe, a lo que contestan que «no» juntas en una sola negativa.

Salvador mira triste a Claudia, mientras El patas y los milicianos las conducen por el monte en plena noche sin saber cuál sería su destino.

— ¡Claudia! ¡Escápate! Si no lo haces te matarán como harán con todos nosotros —afirma Salvador intentando convencerla.

—Tengo fe, amigo mío —dice tranquila, como si todo lo que estuviera viviendo fuera un mal sueño—, esos hombres se darán cuenta del error y nos dejarán libres.

Salvador coge la mano de Claudia.

—Ojalá tengas razón, amiga mía.

Al amanecer del día veintiocho los cuerpos inertes del médico Luis Viñuela y del sacerdote son quemados delante de todas las enfermeras.

Claudia, ante lo fuerte que está siendo, no puede reprimir que se le caigan varias lágrimas, intuye que no va a salir viva de ese sitio.

Ante los milicianos y El patas, llega el capitán Sánchez junto a varias milicianas vestidas con un mono y el pelo enredado. Llevan días sin lavarse, tienen aires de venganza, insultan a los tres falangistas y también les estiran la

cofia a las cuatro enfermeras para dejarles el pelo suelto. Claudia lo lleva largo, pero Olga, Pilar y Octavia lo llevan corto. Las milicianas se llevan consigo un botín del saqueo: un abrigo largo, chaquetas de cuero, un bolso elegante... y entre burlas se lo reparten allí mismo. Entonces empiezan a quitarles a las enfermeras las capas de color azul marino que llevan encima del uniforme, desprotegiéndolas del frío...

## Capítulo 28

### Bárbaros

28 de octubre de 1936

En el monte de Pola de Somiedo hace mucho frío y las cuatro enfermeras, con entereza, saben aguantarlo ante las miradas odiosas hacia ellas por parte de las milicianas.

Pasan varias horas y faltan aún unos dos kilómetros para llegar, llevan andando unos nueve desde los escombros del hospitalillo. Ya va anocheciendo, el húmedo frío penetra entre los ropajes de Claudia, Pilar, Olga y Octavia.

—Sienten frío —ríe sarcástica Evangelina, una miliciana, mientras se codea con los hombres con una de las capas azules del uniforme de la Cruz Roja.

Ellas están temblando e intentan calentarse estando juntas cuerpo con cuerpo siempre que pueden, cuando no las apartan a patadas como si fueran animales.

Felisa Fresnadillo, Josefa Santos, María Sánchez, María Soto, Consuelo Vázquez, Lola Sierra, Evangelina Arienza, Emilia Gómez —la más joven de las milicianas— y Milagros Espina, viuda de un caído en el ataque al hospitalillo, apodado Menazas. Ésta última se acerca al capitán Sánchez.

— ¿Quién mató a mi marido Menazas? —le pregunta chulescamente Milagros Espina al capitán.

—Seguramente ya lo habremos fusilado, pero, Milagros, yo te dejo escoger ahora a quien quieras de esos tres —señalando al comandante Berrocal, a Salvador y José— haz lo que te venga en gana con uno de ellos.

— ¡Esos dos jóvenes no valen nada! —grita sarcástica Milagros, girando su mirada hacia el comandante Berrocal.

Cogiendo una *parabellum*, apunta en la cabeza del comandante y, ante la mirada de todos y la de él, con terror, dispara no una sino dos veces en su cabeza, penetrando una bala en la zona frontal que le hace un agujero limpio en el cráneo, y otra en su ojo derecho, cayendo Berrocal muerto boca abajo.

«Menazas, ahora estás vengado», dice Milagros.

Estando ya en el pie del monte de Pola de Somiedo, donde hay una casa hecha de piedra y abandonada, separan a Claudia, Olga, Pilar y Octavia de Salvador y José.

A ellas las conducen dentro de la casa a una habitación superior que días

antes fue ocupada por unos prisioneros, que seguramente también fueron fusilados por otros milicianos; y a los dos soldados falangistas, a otra habitación debajo de las de ellas.

—Sé fuerte, Claudia —rozando los dedos de Salvador con los de ella—; gracias amiga por todos estos años, hemos pasado unos años felices, me quedo con ese recuerdo.

—Te quiero, Salvador, no lo olvides —dice llorando Claudia, viendo cómo lo alejan de ella a empujones.

—Vamos arriba —Hermenegildo empuja a patadas a Claudia.

Y así otros tres milicianos hacen lo mismo con Olga, Pilar y Octavia. Entran en una misma habitación, y empiezan a quitarles el uniforme a estirones, quedando desnudas, por lo que ellas intentan taparse sus vergüenzas. Las tres procuran disimular su miedo mientras los milicianos las atan de las manos por detrás, en la espalda. Acto seguido, empiezan a masajearles los pechos, suaves y aún con olor a jabón, les chupan los pezones, se sacan su miembro viril y las penetran ferozmente. Las tres solo hacen que rezar un padrenuestro y un avemaría mientras son violadas salvajemente. Olga, la más joven de las tres allí presentes, todavía con dolor en la cabeza por el roce de la bala, parece meditar, ya que cuando su violador jadea, ella parece no estar consciente de lo que le están haciendo, parece no estar en esa realidad y se ha desconectado por completo, así como sus otras amigas, Pilar y Octavia.

« ¿Me has abandonado, Dios?», piensa Pilar en sus adentros: « ¿por qué permites que nos hagan esto?». Pero no obtiene respuesta.

En la otra habitación contigua se halla Claudia, que es despojada de su uniforme por Hermenegildo hasta quedar también desnuda, con su ya prominente barriga. Ella también parece haberse rendido como sus amigas y no muestra defensa alguna. Lo único que oye es su propia respiración. La visión con la que se topa es tan violenta que se tambalea y tiene que buscar apoyo en la pared para poder sujetarse de pie.

— ¡Vaya, si estás embarazada! —Dice Hermenegildo—, pero aun así tienes un cuerpo precioso.

Ella no suelta palabra porque tampoco le escucha, tan solo quiere reunirse con Dios y que se acabe su calvario.

— ¿Quién es el padre?, seguro que es el que te salvó de que yo te matara, ¿verdad? —suelta Hermenegildo, excitado y bajándose los pantalones, sacando su gran miembro viril erecto.

Ella sigue sin hablar, sus ojos están perdidos, no parpadea, no siente ni el

frío de la noche, ni como él le ata las manos por la espalda. Entonces empieza a masajearle los pechos; con su lengua, a chuparle los pezones, mete dos dedos de su mano derecha en la vagina de Claudia que está seca, se los humedece con la lengua y los vuelve a introducir en la vagina; luego la penetra, jadeando y babeando con los ojos en blanco, a la vez que sonrío escuchando los gemidos de sus colegas milicianos en la habitación contigua.

Claudia ve acercarse las figuras de su hermana María Cristina cogida del brazo de su padre Ignacio, y siente que la abrazan.

— ¡Cuánto os echo de menos! María Cristina, qué guapa estás —sonríe Claudia.

—Hermana, sé valiente. Todavía tienes que luchar, encuentra a Gerard y quédate junto a él hasta que termine esta maldita guerra.

—Hija mía, busca a mamá y dile que nos tiene cerca siempre. Y cuando tengas a tu hijo, llámale Ignacio, como a mí.

—Papá, no sé si es niño o niña lo que llevo en mi vientre —dice Claudia.

—Vas a tener un niño precioso, como tú, hija mía.

— ¡Quiero ir con vosotros!, ¡llevadme! —susurra Claudia, viéndoles marchar, como si de una nube alejándose en pleno día se tratara.

Sin embargo, en ese momento abre los ojos al sentir un golpe en su cara muy fuerte.

— ¡Despierta, *hija de la gran puta!* —grita Hermenegildo, furioso, quien acaba de asestarle un puñetazo en la mejilla izquierda que le hace sangrar por la boca.

Claudia escupe la sangre, su vuelta a la realidad la deja más trastornada y a la vez enfadada porque su padre y su hermana no quisieron llevársela.

Mientras todo esto sucede, en el pueblo de Pola de Somiedo un vecino llamado Tonisio, propietario de una cantina que está cerrando, ve pasar por la calle una carreta de bueyes. No sabe identificar a la persona que la lleva en plena oscuridad nocturna, y que levanta un estridente chirrido para que los vecinos no perciban los lamentos de alguna voz humana y delatadora.

Salvador y José, que están en el piso de abajo, oyen los jadeos de los milicianos pero ningún grito.

— ¿Las están...? —dice José mirando a Salvador.

—*Malditos cabrones, hijos de puta.* Pobres chicas, pobre Claudia — pensando en ella cuando la conoció por primera vez de pequeños, luego en la Segunda República, sus buenos ratos en la Chocolatería La Escondida—. Aguanta, amiga, aguanta... sé fuerte, nos vengaremos de ellos.

José abraza a Salvador en cuanto éste empieza a llorar, mientras los oyen jadear cada vez más...

Los milicianos salen todos a la vez abrochándose los pantalones, y mofándose de las enfermeras. En absoluto arrepentidos van a contarles a sus camaradas las mujeres lo sucedido. Mientras tanto, Claudia entra en la estancia donde están sus amigas, Olga, Pilar y Octavia. Todavía en la lejanía del presente, se colocan sus uniformes manchados de sangre, y se juntan las cuatro para resguardarse del frío intenso, sin pronunciar siquiera una palabra hasta la entrada del amanecer del veintinueve con su primer rayo de luz, directo a las cuatro damas enfermeras.

Las milicianas, Milagros, Evangelina, Emilia, Lola y otras más, han dormido bien y entran en la habitación de las jóvenes brutalmente violadas, a las que ordenan levantarse, y ven cómo sus amigos se han enseñado salvajemente con ellas, todas magulladas, especialmente Claudia, con un hematoma en la mejilla.

— ¡Bárbaros!... vamos, enfermeritas, tenemos que seguir el camino —dice Emilia, la miliciana más joven, con un lenguaje basto.

Una vez de pie, les cuesta andar, el dolor que sienten entre sus piernas es inmenso, pero Hermenegildo las azota con una vara de madera en la espalda, lo que les provoca mucho dolor y las hace salir de la barraca.

— ¿A dónde nos llevarán? —pregunta Octavia susurrando a sus amigas.

— ¿A dónde?... A matarnos —asegura Pilar.

— Sí... —afirma Olga.

Las tres miran a Claudia esperando una respuesta, pero ésta sigue callada, mientras delante de ella aparece de nuevo María Cristina que la acompaña, quien le señala un monte verde y húmedo.

— ¿Qué me quieres decir con eso, hermana? —pregunta Claudia.

— En ese monte caerás rendida, devastada, pero te levantarás y ya no serás la misma —dice María Cristina.

— ¿Claudia? —Pregunta Olga, que la hace volver al mundo real—, ¿con quién hablas?

Claudia ve desaparecer de nuevo a su hermana y nota que alguien le está sacudiendo el hombro, y se da cuenta de que es su amiga Olga.

— ¡Es María Cristina!, ¿no habéis visto qué guapa está mi hermana? — Claudia habla riendo a sus amigas.

Olga, Pilar y Octavia se miran, y ven que Claudia no está bien.

— ¡Tienes que salvarte por tu hijo, Claudia! —dice Pilar.

—No, amigas —indica sonriendo—, me voy con mi padre y mi hermana para siempre...

## Capítulo 29

### Enfermeras del martirio

29 de octubre de 1936

El capitán Sánchez y todo su séquito cantan a media voz para no quebrar el alborozo público junto con sus cuatro prisioneras, las damas enfermeras y los dos soldados.

—Y van como si tal cosa —dice el capitán Sánchez chulescamente y riéndose—. Miradlas, después de esta noche que todavía se tengan en pie... ¿es una provocación? —le salen gotas de saliva de la boca que estallan en la cara de Olga.

El sargento Riera, que iba al lado del capitán, balbucea entre dientes:

— ¡Lástima de enfermeras!

Claudia, Pilar, Olga y Octavia se encuentran en estado de *shock*. Viven dentro de su conciencia.

En la proximidad del río Pigüeña hay un campo y una barraca. Se detienen y el capitán se dirige hacia los dos soldados, Salvador y José, mientras saca del carro que tiraban los dos burros robados dos picos y dos palas.

— ¡Tomad, uno para cada uno! —Dándoles a ambos el pico y la pala—, empezad a cavar seis fosas, ¡yaaa!

Sin atreverse a enfrentarse, a unos metros de ellos empiezan a sacar tierra. De los ojos de Claudia, como si ya hubiera vuelto en sí, empiezan a salirle lágrimas al ver a Salvador excavando sus propias tumbas.

En el campo de Somiedo, entre arbustos y matorrales, y la barraca que se les olvida saquear porque están demasiado ocupados con los secuestrados, no son alertados que los nacionales están apenas a unos veinte kilómetros de ellos para salvaguardar el hospital de sangre y su gente.

Las milicianas se acercan a las enfermeras, empiezan a quitarles el uniforme y las dejan de nuevo desnudas completamente en medio del campo. Ellas se tapan lo que pueden con sus manos y sus brazos, pero aun así las milicianas comprueban sus bellos y delgados cuerpos, excepto el de Claudia, que ya tiene una prominente barriga, lo que les sorprende.

—Esta muchacha está embarazada —dirige la mirada Emilia a Hermenegildo—, ¿la has violado embarazada?

Hermenegildo se ríe sin parar tocándose sus genitales con ambas manos delante de Emilia.

— ¡Eres un cerdo, cabrón! —dice ella con cara de mala baba—, te disparaba en la polla, *hijo de puta*.

Hermenegildo, a punto de darle una bofetada a Emilia, es apartado brutalmente por el capitán Sánchez.

—No es momento de mataros entre vosotros... ahora les toca a ellas, ¿quién mata a quién? —mirando Sánchez a las milicianas.

Claudia y sus amigas, desnudas, temblando de frío aunque aparezca un hilo de luz del sol, tan solo rezan y esperan su muerte.

—Yo quiero ser una, traedme el fusil —ordena Evangelina.

—Y yo —señala Lola.

—Yo también —repite Emilia, que se acerca al capitán y roza sus labios con los de él, visiblemente excitada—, pero a esa enfermera embarazada no la va a matar nadie. Esa criatura que tiene en su vientre ya es casi una persona y yo no mato niños.

—Estoy de acuerdo, un escarmiento se merece y nada más, después si se acuerda que cuente, que cuente quiénes mandan en esta España —dice gritando Felisa.

— ¿Será así, capitán? —Emilia besa al capitán mientras le toca suavemente los genitales.

—Muy bien, coged vuestros fusiles y matadlas de una vez —ordena el capitán repartiéndoles las armas a las tres milicianas—, ¡y atadlos a los seis!

Salvador y José ya han terminado de cavar las fosas y son atados junto con Octavia, Pilar, Olga y Claudia. A ésta la colocan al lado de Salvador, también desnudo.

—Dile a Gerard que te lleve lejos, muy lejos de aquí, criad a vuestro hijo sin esta guerra — le susurra Salvador cansado y sediento a Claudia—. Y sé feliz, yo me reuniré con quien tú ya sabes.

Olga, Octavia y Pilar la miran y le sonrían.

Las tres milicianas se ponen delante de ellas, a unos tres metros, cogiendo su fusil. El Capitán Sánchez se pone delante de las armas y mirando a las enfermeras:

—Se me ha olvidado. Si levantáis el puño y decís el grito nuestro os perdonamos, de momento, la vida.

Con fuerza y todavía con entereza, levantan los brazos erguidos y con la mano abierta Claudia, Pilar, Octavia, Olga, José y Salvador:

—Baja el brazo —le indica Salvador mirando a Claudia—, tú no vas a morir.

Claudia baja el brazo. Los demás, cinco voces juntas, gritan:

— ¡Arriba España! ¡Viva Cristo Rey!

Los fusiles apuntan.

Pilar tiene una gran opresión en el corazón, Octavia reza con los ojos mirando al cielo, Olga mira fijamente a las milicianas y a los hombres:

— ¡Hasta para matar sois cobardes! —exclama abruptamente Olga.

—Primero a los soldados falangistas —ordena el capitán Sánchez.

El sargento Riera y el soldado Hermenegildo apuntan con su fusil a Salvador y a José y les disparan a la cabeza, acabando con su vida en el acto y desplomándose al suelo, aunque sin deshacerse la cuerda que todavía les une a sus fieles amigas.

Claudia, salpicada de la sangre del que fue tres años su prometido, se queda paralizada. Al caer Salvador a tierra, le tensa las manos la cuerda que lo unía a ella, haciendo saltar al aire el anillo que tenía en su dedo, el de su amado esposo Gerard.

—*Salvadoooooorrrr...* —grita desgarrada mirando su cuerpo inerte, desnudo y lleno de sangre.

— ¿Os entregáis o no? —continúa dándoles una oportunidad el capitán Sánchez.

Olga, Pilar y Octavia, las tres juntas y al unísono, vuelven a repetir:

— ¡Viva Cristo Rey! ¡Arriba España!

Las milicianas, Evangelina, Emilia y Lola, con las manos temblorosas cogen el fusil y se ponen detrás de ellas. Sánchez, Riera y Hermenegildo las ayudan a colocar los brazos en posición apuntando a las tres damas enfermeras, de las que se salva Claudia del punto de mira, aunque no la apartan.

—Deberíamos desatar a la preñada por si nos falla la puntería —dice Evangelina.

— ¡Es tarde!, el enemigo debe estar ya muy cerca, debemos apresurarnos — exclama Sánchez.

— ¿Disparáis o no? —gruñe el sargento Riera.

Las milicianas, apuntando cada una a Pilar, Octavia y Olga, disparan temblando, haciendo blanco en cada una de ellas.

Los chasquidos metálicos se suceden por unos segundos hasta que se vacía el cargador.

Claudia jadea de dolor y solloza desesperadamente al ver que es la única que se queda en pie y viva, tras ver caer a tierra a sus amigas del alma.

Al acercarse las milicianas a ellas para cerciorarse de que están

verdaderamente muertas, ven a Claudia llorando sin parar cogiendo la mano de su amiga Olga, quien todavía tiene un hilo de aliento.

— ¡Mirad a esa, todavía respira! —grita Emilia cabreada.

El capitán Sánchez se acerca y le da el tiro de gracia en la cabeza, mientras trozos de cráneo y restos de sesos salpican el cuerpo desnudo y frío de Claudia.

—Desatadlos a todos y enterrad a los cinco en las fosas para que cuando vengan los nacionales encuentren solamente tres cruces de madera — ordena el capitán Sánchez.

Claudia, aturdida, más muerta que viva, ve acercarse al capitán portando consigo un fusil, quien estampa la culata contra su cara, lo que la hace caer en la tierra húmeda, inconsciente, apareciendo un hilo de sangre que sale de su nariz.

—No te mataremos, pero te acordarás toda tu vida de nosotros —le afirma Sánchez.

En mitad del campo todos se marchan mientras escupen el cuerpo frío desnudo de Claudia, todavía viva, desmayada, siendo abandonada a su suerte en la frialdad de la noche de Pola de Somiedo.

Claudia no sabe cuántas horas o días han podido pasar cuando vuelve a la realidad, ha perdido la noción del tiempo y abre los ojos...

— ¡Mamá! —Exclama Claudia viendo la silueta de una mujer—, por fin estamos juntas...

## Capítulo 30

### El anillo y el asesino

Una bandera de la Falange, la séptima de León, al mando del jefe José María Domínguez Alonso, toma la villa de Pola de Somiedo al amanecer del día treinta, y ven tres cruces de madera. Los acompaña el teniente Mario González. Los soldados empiezan a cavar en la tierra húmeda y escarchada debido al fuerte frío.

—Aquí están —dice uno de ellos.

Mario ve un reflejo que brilla en la tierra, cerca de las cruces de madera, parece ser algo dorado y redondo. «Es un anillo», lo coge y ve que hay una inscripción grabada quedando atónito nada más leerla: «De Claudia a Gerard».

— ¡Cavad y desenterrad los cuerpos! —Mario exclama furioso a sus soldados.

Una vez sacados los cinco cuerpos inertes de las fosas, ve a las damas enfermeras pero entre ellas no está Claudia. Arrodillándose en la tierra, ve el cuerpo sin vida de su hijo Salvador, lo coge apretádoselo contra su cuerpo mientras exclama furioso:

— *¡Malditos hijos de la gran puta!*

Pensando en el anillo encontrado, ata cabos y piensa que Gerard ha estado involucrado en la muerte de su hijo y las damas enfermeras, llevándose a Claudia con él.

—Este anillo lo delata como uno de los asesinos de mi hijo —comenta Mario mirando al jefe de mando—, no pararé hasta encontrarlo y matarlo con mis propias manos.

Los soldados cogen los cuerpos sin vida de las damas enfermeras. Olga, Pilar y Octavia son repatriadas a Astorga. El pueblo entero llora la muerte de las jóvenes damas enfermeras de acción católica.

Igualmente, el cadáver de José es trasladado a su pueblo natal, mientras el de Salvador es enterrado en el cementerio de La Almudena, ante el sollozo de su madre Fernanda y un vengativo Mario.

### 10 de diciembre de 1936

El capitán Sánchez, el sargento Riera, el soldado Hermenegildo y El Patas

combaten en Asturias y Euskadi en el transcurso de un ataque franquista en el frente de Lillo (León). El capitán Sánchez y el sargento Riera caen mortalmente en combate, Hermenegildo es herido por el estallido de una granada, ocasionándole heridas de metralla en la cara y los ojos, mientras que Genaro Arias, *El patas* es hecho prisionero y trasladado a la prisión de San Marcos de la capital leonesa, donde, inmediatamente, se le forma consejo de guerra por ordenar la muerte a las damas enfermeras y soldados del hospital de sangre de Somiedo.

Hermenegildo, que ha quedado inconsciente, se libra de una muerte segura y, dado por muerto, logra ser rescatado por un camarada que lo lleva malherido al hospital más cercano, Valdediós.

Gerard está nervioso al no recibir carta alguna de Claudia desde finales de octubre, piensa que han podido perderse por el camino debido a los ataques fronterizos que se producen constantemente. De pronto, ve entrar por la puerta del hospital a un hombre con la cara ensangrentada y los ojos tapados con un trozo de tela vieja y sucia.

—Pasadlo a quirófano, necesito dos enfermeras conmigo, ¡ya!

Con todo preparado en la sala de operaciones, le destapa el trapo que lleva alrededor de los ojos y no reconoce al hombre que un día estuvo a punto de asesinar a su esposa. Tiene toda la cara ensangrentada y empieza a extraer una a una, con una pinza, la abundante metralla incrustada en la piel y parte de los músculos faciales, inclusive en ambos ojos.

—Este soldado nunca más podrá ver —le habla a las enfermeras que le ayudan en la intervención—, pero se salvará.

Cuando Gerard acaba de operarlo, lo trasladan, todavía sedado, a una cama donde también hay unos veinte soldados heridos de guerra.

— ¿Habéis encontrado documentación alguna para saber quién es ese hombre? —Le pregunta Gerard a su amigo enfermero, Emilio Montoto.

—Sí —afirma él—, hemos encontrado en sus pantalones un carné de la UGT a la que está afiliado.

— ¿Y cómo se llama el pobre hombre? —pregunta Gerard.

Emilio limpia el carné lleno de barro seco donde está escrito el nombre:

—Hermenegildo Ventura Pérez.

Gerard mira a Emilio mientras éste ve cómo Gerard contiene la respiración y se tambalea, inmediatamente este le busca una silla para que se siente.

— ¡Siéntate! ¿Estás bien? —pregunta Emilio preocupado.

—Sí, Emilio, solo estoy aturdido, ¡el mundo es un pañuelo!, ese hombre al que acabamos de salvarle la vida está en búsqueda y captura por herir a un hombre llamado Benito y casi mata a mi esposa, Claudia... yo lo ahuyenté cuando estuve a punto de dispararle.

— *¡Hijo de puta!* —exclama con furor Emilio.

—Solo tú y yo sabemos quién es —dice Gerard mientras se guarda el carné en el bolsillo de su pantalón—dejaremos que se despierte y lo interrogaremos.

—Pero puede que te reconozca.

—No lo creo, Emilio, ese malnacido no volverá a ver nunca más, por cierto ¿ha llegado hoy el mensajero?

—Sí, pero no ha llegado ninguna carta de su esposa.

— ¡Maldita sea!, necesito saber de ella o tendré que ir a verla —refunfuña cabizbajo Gerard—, quiero saber cómo se encuentra y si la criaturita que lleva en su vientre está bien.

—Tranquilo, Gerard, verás como está bien—le anima Emilio—, seguramente los nacionales retienen las cartas y las queman.

Una dama auxiliar enfermera se presenta ante ellos:

—El soldado acaba de despertar, pero está delirando —dirigiéndose a Gerard.

—Vamos para allá, Emilio.

Estando ya en la sala junto a Hermenegildo, éste, que no puede ver, siente angustia y oye cómo alguien se le ha acercado.

— ¿Dónde estoy? —pregunta desorientado.

—Está en el Hospital de Valdediós —dice Emilio—, soy el enfermero, ha sido atacado por las tropas del general Mola.

— *¡Hijos de puta!*, mataron a todos mis camaradas y lo último que recuerdo fue una explosión muy cerca de mí. Pero... —tocándose la venda de la cara— ¿qué me ha pasado?

—Soy el doctor, le atendí cuando llegó malherido; tuvimos que extraerle mucha metralla de la cara y sus ojos han sido afectados; desgraciadamente no podemos asegurarle que vuelva a ver.

— *¡¡Nooo...* —grita Hermenegildo—, *malditos hijos de la gran puta!!*

—Intente calmarse, acaba de pasar por una cirugía complicada; descanse y mañana hablaremos.

Emilio mira a Gerard subiendo sus hombros, y éste, apartándole de Hermenegildo, le dice:

—No es el momento de interrogarlo, todavía está bajo los efectos de la

anestesia; hablará con más tranquilidad en cuanto amanezca.

Al día siguiente Gerard acaba de coser un corte profundo en el pie de un soldado, y entra Emilio sudoroso y con la voz temblorosa:

—¡Gerard!, tiene que venir enseguida a la sala de los heridos, Hermenegildo está contando allí a todos los demás soldados enfermos que estuvo a finales de octubre en el hospital de sangre que ubicaron en Somiedo.

— ¡Es donde está Claudia! —exclama, mirando preocupado a su amigo.

Se lava las manos y acompaña a Emilio hasta la sala de los enfermos. Gerard, angustiado por lo que pueda oír, llega a tiempo cuando todavía Hermenegildo está hablando del ataque al hospitalillo junto a sus camaradas ya asesinados:

—Matamos a todos los falangistas, más de veinte eran —cuenta Hermenegildo con rabia y orgullo a la vez como si nada le hubiera pasado, mientras Gerard escucha atónito—, quemamos el hospitalillo, levantado con madera... ardió en segundos e hicimos prisioneras a un montón de enfermeras, pero les dimos la oportunidad para que pasaran a nuestro bando. Tan solo cuatro de ellas, cual más bella... no quisieron y prefirieron ser mártires. Las hicimos nuestras.

Los otros enfermos, riéndose, aplauden con algarabía.

— ¿Qué hicisteis con ellas? —pregunta Teodoro, un soldado enfermo.

—Lo recuerdo muy bien, nos las follamos a todas. Yo en particular me llevé a una muchacha, que tiempo atrás estuve a punto de asesinarla... y por casualidades del azar allí la vi de nuevo, era una de las enfermeras —Gerard, de pie, impotente, sabe que está hablando de su esposa y sigue escuchando a Hermenegildo, mientras que Emilio intenta detenerlo para que no vaya a hacer algo de lo que se pueda arrepentir, al menos no delante de los demás enfermos —, me la subí a un cuarto, la desnudé, y vi que tenía una barriga enorme, ¡estaba embarazada!, *chicosss*, qué morboso, ¡ella ni se movía!, estaba ida, así que la tiré al suelo y me la follé hasta saciarme...

—Voy a matar a ese *hijo de la gran puta* —le susurra a Emilio, que le sostiene del brazo.

—Aguante, doctor, si quiere seguir sabiendo qué le ocurrió a su esposa, si lo mata ahora a lo mejor ya no la verá nunca más.

Gerard, con los ojos rojos inundados de lágrimas, mira a Emilio y ambos siguen escuchándole...

—A la mañana siguiente, nuestras camaradas milicianas las desnudaron y las ataron junto a otros dos falangistas, a uno de los cuales yo tuve el placer de

matar mientras nuestras chicas mataban a las enfermeras, ¡bueno, no a todas!, la preñada se libró de ser asesinada —Gerard inspira aire al escuchar que su mujer sigue viva—. Las enterramos allí mismo en la fosa mientras a la otra la abandonamos a su suerte en la intemperie, desnuda, en su estado seguramente no habrá sobrevivido al frío, *la muy hija de puta*.

— ¡Cállate ya! —exclama Emilio acercándose y gritándole en el oído a Hermenegildo—, y tómate el desayuno...

— ¡Malnacido el hombre que viola a una mujer inocente, y además embarazada! —dice enfurecido Emilio, viendo cómo Gerard impotente no puede hacer nada—, al próximo que oiga cómo disfruta contando cómo viola a las mujeres será abandonado en la puerta del hospital; aquí dentro no hay bandos ni guerra que valga, ¿entendido?

La sala enmudece y Emilio se lleva a Gerard afuera.

— ¡Mi Claudia!, ese indeseable... —llora Gerard— ¿dónde estarás, querida mía?, ¿dónde?...

—Doctor, ¡escúcheme!, ¡váyase a buscarla!, coja un fusil y vaya a Somiedo.

—Así lo haré, amigo, debo ir allí... a saber qué será de su paradero, ahora después de mes y medio.

—Pregunte en el pueblo, ¡pero encuéntrela!, aquí no va a poder hacer nada sabiendo que su mujer pueda estar herida en alguna casa, embarazada ya de seis meses.

—Me iré mañana al amanecer —mira Gerard a Emilio—, dígame que voy en su búsqueda al doctor Terrás cuando pregunte por mí.

Emilio abraza a Gerard y éste le corresponde con otro abrazo efusivo.

Son las tres de la madrugada, alrededor del hospital cesan los combates y el silencio se apodera del lugar. En la habitación donde se ubican los enfermos, que están durmiendo, Gerard se dirige a la cama donde está Hermenegildo, coge la almohada que tiene debajo de su cabeza y se la pone encima de la cara vendada, éste, casi sin fuerzas intenta defenderse y grita, pero no le sale voz alguna que con la que le puedan oír. Gerard hace más fuerza, apretándole más y más, sin que ningún enfermo se percate de ello, mientras le susurra al oído:

—Esa a la que violaste era mi mujer, *hijo de puta*...

Gerard sigue oprimiendo con más ímpetu la almohada contra la cara de Hermenegildo, nota cómo se va asfixiando, cómo el color de sus uñas quebradizas y rosadas se van convirtiendo en un azul morado, en unos pocos segundos deja de mover los brazos.

Al quitar la almohada, Gerard ve cómo yace muerto. Aun así, espera unos

segundos y le palpa el pulso en la zona de la yugular, asegurándose de su muerte.

«Claudia, voy en tu búsqueda», dice para sí mismo Gerard, una vez que se ha vengado.

Coge una bolsa con apenas dos mudas de ropa y antes de la salida del sol deja atrás el hospital.

A las ocho de la mañana Emilio observa que una enfermera auxiliar lleva el carro de los desayunos...

—Ya llevaré yo hoy el desayuno a los enfermos, necesito que vayas a limpiar y a desinfectar las cuñas que dejaron pendientes ayer tus compañeras —le ordena Emilio.

Éste se dirige hacia la cama de Hermenegildo y lo ve muerto, con una amplia sonrisa le cierra los párpados con pegamento sin que los demás se den cuenta de lo que está haciendo.

—*Maldito hijo de puta*, se acabó el violar a tanta mujer inocente —le susurra Emilio al muerto.

Presentándose delante del doctor Terrás le informa de la ausencia de Gerard:

—Le llegó una carta de su esposa —miente Emilio—. Al parecer, el embarazo de Claudia tiene mal pronóstico y se marchó esta misma mañana. También decirle que el soldado malherido ha fallecido, nos lo hemos encontrado muerto al ir a darle el desayuno.

— ¡Otro más!, ¡caen como moscas!, que lo entierren y envíen una carta a su familia sobre su fallecimiento en combate —ordena sin escrúpulos el doctor Terrás.

Emilio, al salir del despacho del doctor, se va a curar a un soldado herido, pensando: «Amigo Gerard, espero que encuentres a tu esposa y a tu hijo o hija, aquí esperaré para verte llegar con ellos»...

## **Capítulo 31**

## Esperanza

Noche del 29 al 30 de octubre de 1936

Una mujer llamada Griselda, aparentemente de unos sesenta años, con la cara arrugada, el pelo blanco desaliñado y grasiento, vestida de luto riguroso tras la muerte reciente de su marido, vive en la barraca situada en el monte de Pola de Somiedo, hecha de piedras y con el tejado de madera recubierto por paja. Desde una pequeña ventana rota, observa la atrocidad con que unos milicianos actúan contra unas muchachas desnudas, que matan a sangre fría, así como su posterior entierro en fosas. Observa que allí, en el húmedo y frío suelo dejan tirada a una joven. Decide esperar a que nadie merodee alrededor pero empieza a llover; cuando sale de la barraca para socorrerla, la ve muy pálida y con un vientre prominente, por lo que deduce que está embarazada. «¡Dios mío, pero qué te han hecho esos brutos!», piensa.

Claudia abre despacio los ojos y delirando la llama mamá; de su cuero cabelludo pelirrojo sigue manando sangre de la herida que le produjo el golpe del fusil.

Griselda vuelve a su casa para coger una sábana grande y cuando regresa de nuevo Claudia se encuentra inconsciente; la coloca encima de la tela y empieza a arrastrarla, pero es demasiado pesada para la mujer mayor y con la lluvia aún le imposibilita moverla más, ya que sus pies se hunden en el barro del monte. Griselda se gira al oír unos gritos que se oyen a su espalda.

— ¡Mamáaa!

Griselda logra reconocer a la mujer que cada vez se le acerca más: es su hija.

— ¡Nuriiiii! —Grita su madre levantando el brazo y agitando la mano— ¡¡Ven, por favor, necesito tu ayuda!!

Nuria es una mujer igual de joven que Claudia, de pelo castaño, piel bronceada por el verano y poco agraciada, se sorprende al ver a su madre arrastrando el cuerpo de una muchacha con la cara pálida y tapada con una sábana.

—Ayúdame a llevar el cuerpo a casa, hija —dice cansada Griselda—, está muy fría, podría morirse con el frío que hace.

—Pero... ¿qué ha pasado?

—Cuando entremos te lo cuento todo, ¡ahora ayúdame a arrastrar su cuerpo!

Ya dentro, con el calor del fuego de la chimenea que acaba de encender,

Griselda y Nuria la ponen en una cama que está situada en un rincón, tras una cortina que la separa de la cocina y de una mesa y dos sillas de madera bastante dañadas.

La secan con trapos, le ponen ropa de lana y la tapan con mantas.

— ¡Voy a curarle esa herida de la cabeza! —Nuria coge una tela y le venda la zona sangrante—. Mañana iré al hospitalillo para que venga un médico a verla.

— ¡No! —exclama su madre—, ni se te ocurra, esta niña todavía respira, delirando me ha llamado mamá; al parecer unos milicianos han ocupado nuestro territorio y es peligroso salir por ese monte.

— ¿Qué ha pasado, mamá?

—Vi cómo mataban a tres mujeres jóvenes como tú y dos hombres. ¡Esos malnacidos!, en las tres cruces de madera que puedes ver desde la ventana los han enterrado dejando tirada a su suerte a esta preciosa joven.

— ¡Está embarazada!

—Sí, al parecer tuvieron compasión por ella —Griselda pone su oreja en el vientre de Claudia y sonrío—, esa personita que lleva dentro está bien, noto que se está moviendo. Cuando despierte nos dirá cómo se llama y qué le pasó a la pobre, tendrá familia, marido...

Nuria se pone a llorar y su madre la mira preocupada.

—Algún día tú también te quedarás encinta de nuevo y saldrá adelante, ya lo verás —dice Griselda, cogiendo la mano a su hija.

—Casi tengo treinta y un años y ya son dos embarazos que no han llegado a buen término... viendo a esta chica en su estado me puse melancólica, pero no lo tengas en cuenta, mamá.

Claudia se ha recuperado de la hipotermia, pero sigue todavía inconsciente.

— ¿Y tú para qué has venido, hija mía? —pregunta Griselda.

—Me dijeron en la panificadora del pueblo que hace unas horas hubo muchos tiros por estos parajes y me asusté pensando que te podría suceder algo, por eso vine a ver si te encontrabas bien.

—Tuve miedo cuando miraron la casa, pero estaban demasiado ocupados con sus prisioneros. Esta niña necesitará de nuestra ayuda, a saber de cuántos meses está y cuándo nacerá la criatura.

—Por la herida que tiene en la cabeza, parece ser que le dieron un buen golpe con algo duro.

— ¡Salvajes! —exclama furiosa Griselda.

## 1 de noviembre de 1936

Por la mañana, estando Griselda en otra cama de la barraca, oye a Claudia por primera vez. Se levanta rápido hasta donde se encuentra y la ve moviendo la cabeza de un lado para otro, como si tuviera una pesadilla...

—Muchacha, ¡despierta!, ¿estás bien?... Yo no te haré daño, estás a salvo, ¡despierta! —agarrándole la mano con fuerza, nota cómo ella también se la aprieta.

Pasados unos minutos, se vuelve a tranquilizar y Griselda, desilusionada, vuelve para su cama cuando de nuevo la vuelve a oír...

—¿Mamá...?

De nuevo regresa a donde está Claudia y la ve con los ojos abiertos y mirándola.

—Hola, muchacha, ¿cómo estás?

—Usted no es mi madre, ¿dónde estoy? —dice confundida Claudia.

—Me llamo Griselda, has sufrido una fuerte conmoción —trae consigo un cuenco con sopa, migas de pan y una cuchara—. Te he preparado un poco de comida para que tomes fuerzas, hace tres días que no comes nada y ambos necesitáis alimentarnos.

Claudia, aturdida todavía, se toca el vientre porque nota a su bebé.

— ¡Oh, Dios mío!, ¡se mueve!

—Sí, muchacha, se mueve, ¿de cuántos meses estas? —pregunta Griselda.

—Nacerá en marzo... ¿puede decirme en qué mes estamos? —pregunta incorporándose lentamente de la cama mientras coge la cuchara y empieza a dar sorbos a la sopa y a masticar las migas de pan.

—Estamos a uno de noviembre. Dime, preciosa, ¿cómo te llamas?

—Claudia —murmura con voz desquebrajada.

—Precioso nombre, Claudia, ¿te acuerdas de lo que te ha ocurrido?

—Soy dama enfermera, estaba en el hospitalillo cuando nos atacaron unos milicianos —enmudece unos segundos y niega con la cabeza—. No, no recuerdo cómo he llegado hasta aquí...

—Te encontré fuera de la casa, anocheciendo, estabas inconsciente en el monte. Mi hija Nuria y yo te trajimos hasta aquí y hemos cuidado de ti, tenía la esperanza de que despertaras.

— ¿Pero, por qué estaba sola fuera?, ¿y mis amigas, las otras enfermeras?

—Será mejor que descanses, poco a poco irás recordándolo todo...

— ¿Y mi marido?, ¿sabe dónde está?

—Eso esperaba que me lo respondieras tú, muchacha.

—Tengo que irme —Exclama Claudia incorporándose de la cama, pero se marea y Griselda la auxilia para que no caiga al suelo.

—Estás muy débil todavía, no puedes marcharte... además, fuera puede que te encuentres con... —corta Griselda la conversación pensando en los milicianos.

— ¿Con quién, señora?

—Vuélvete a dormir, ya hablaremos cuando hayas descansado un poco más.

Claudia asiente con la cabeza, se acurruca, cierra los ojos y se queda dormida.

Nuria entra por la puerta y ve a su madre que va directamente hacia ella con el dedo en los labios como señal de silencio...

— ¿Se ha despertado? —pregunta susurrando a su madre.

—Sí, la muchacha se llama Claudia, pero debido al fuerte golpe que recibió no recuerda todavía lo que le pasó y continúa muy débil.

—Madre, le he dicho a Juan que me quedaré contigo esta noche.

Mientras están haciendo la comida madre e hija escuchan de nuevo un grito y van rápido a ver qué le pasa, viendo que está teniendo pesadillas. La calman tocándole la cabeza y se le aproxima al oído Griselda:

—Todo está bien, intenta calmarte.

Claudia abre los ojos y ve que al lado de esa mujer que le ha dado cobijo hay una muchacha...

— ¡Griselda! —Exclama Claudia con los labios secos y la lengua áspera, mientras rompe a llorar a lágrima viva—, ¡ya lo recuerdo todo!

—Trae el caldito recién hecho para la muchacha —dice a su hija Nuria—, ahora te vas a tomar este caldito y te ayudaremos a levantarte.

Cuando ya está más relajada, empieza a contarles el horror vivido en el hospitalillo, así como el secuestro, su violación y la de sus amigas. También, el posterior fusilamiento, ante las atentas miradas de Griselda y Nuria que escuchan horrorizadas lo que vivió la muchacha hace apenas cuatro días.

—Desgraciadamente pude ser testigo del asesinato de tus amigas y cómo te golpearon —sostiene Griselda llorando.

Las dos se abrazan a ella mientras la sostiene cada una por un lado y empiezan a pasearla por la barraca, aunque Claudia todavía está bastante débil.

## **Una semana después**

Griselda y Nuria, a sabiendas ya de todo el pasado de Claudia, intentan convencerla para que no se marche en su actual estado, ya que tal como está la situación en el País Vasco, entrar en Guernica es bastante peligroso, según las noticias que Nuria ha escuchado en el pueblo. Todavía no ha sido ocupado por los nacionales y están intentándolo a toda costa sin poder lograrlo de momento...

—Tengo miedo de que le haya pasado algo a mi marido Gerard. Tengo que ir a visitarlo y decirle que nuestro hijo y yo estamos bien.

—Quédate de momento aquí con nosotras, enviaremos las cartas desde el pueblo y esperaremos a ver si llegan para que pueda venir a buscarte, es muy peligroso ir sola por estos parajes —dice Nuria.

—Lo siento pero no puedo, os estoy muy agradecida pero tengo que marcharme.

Griselda coge una sábana y mudas de su hija, las mete dentro y hace un nudo.

—Toma, esta ropa amplia te servirá hasta que llegues a Valdediós.

Claudia se despide de madre e hija cuando un fuerte dolor en el vientre hace que no se pueda mantener en pie y se agacha sobre sus rodillas, saliéndole sangre de entre las piernas.

— ¡Oh, Dios mío!, ¡estás sangrando! —exclama Nuria mirando a su madre.

—Llévemola a la cama —dice Griselda ayudada por su hija mientras sus vestidos se manchan de la sangre de Claudia.

— ¡Mi bebé, no!, ¡mi bebé, *nooo!*... —grita de dolor y rabia, cogiendo su vientre abultado.

—Ve a buscar al pueblo al doctor Ribaroja, el que te atendió a ti —le ordena Griselda a Nuria.

Ésta sale corriendo hacia el pueblo mientras Claudia, pensando: « ¡Dios mío! No dejes que este bebé muera», se desmaya del intenso dolor.

Pasada una hora ha dejado de sangrar, aunque todavía está inconsciente. A su llegada el doctor Ribaroja saca de su maletín marrón de cuero todos los instrumentos ginecológicos y los coloca encima de la cama, procediendo acto seguido a examinarla.

—Parece ser que todo está bien —concluye mirando a Claudia, ya recuperada—. El feto tiene latido, pero has perdido mucha sangre y necesitarás reposo en cama hasta que nazca la criatura si quieres que viva, y piensa que también tu salud puede encontrarse en peligro.

—Te quedarás aquí hasta que nazca —decide firme Griselda.

Claudia, con lágrimas en los ojos, asiente y la abraza.

—Hasta que nazca el bebé —repite el doctor—, no podrás levantarte de la cama para nada.

—Así será, doctor, ella es dama enfermera y lo sabe muy bien —dice Nuria.

—Cualquier percance me vuelven a buscar al pueblo —deja claro mientras se despide el doctor Ribaraja.

—Ya has oído al doctor —mirando Griselda a Claudia—, tendrás que posponer el viaje, si es que no te encuentra antes Gerard.

Griselda ve a su hija Nuria llorar en el otro rincón de la casa y va en su búsqueda para abrazarla.

—Dios le ha dado una oportunidad al bebé de Claudia, ¿por qué a mí no?... —llora su hija.

—¿Es que no entiendes que Dios sí te ha dado una oportunidad? ¡Ella es tu oportunidad! —mirando Griselda al fondo de la estancia donde está Claudia...

## Capítulo 32

### El nacimiento

20 de diciembre de 1936

Gerard ha podido pasar a la zona ocupada por los nacionales sin problema alguno, portando ropa civil y no la de su uniforme militar médico perteneciente a la afiliación del Socorro Rojo. Finalmente ha llegado al lugar donde se encontraba el Hospital de la Cruz Roja, y ve los daños causados mes y medio atrás. Prosigue su andadura por el monte hacia Pola de Somiedo sin encontrar pistas de dónde puede estar su mujer. Cuando ya, con los últimos

rayos de la luz del sol, ve a lo lejos una barraca de madera solitaria en medio de todo ese paraje, se acerca para ver si allí vive alguien. Una vez delante, percibe que hay una luz que parece ser una llama de candela. Golpea con su puño derecho la puerta de madera y escucha cómo unos pasos se acercan.

Gerard saluda a la señora que vive en la barraca:

—Hola, me llamo Gerard y estoy buscando a esta persona, es mi mujer — señalando en la foto a Claudia—, es dama enfermera y colaboró en el Hospital de la Cruz Roja a unos kilómetros de aquí, antes de que lo destrozaran.

—Siento no poder ayudarle, pero no la conozco... y ahora, váyase.

—Muchas gracias, señora.

Con la foto de su amada entre las manos abandona el sitio. A lo lejos ve Pola de Somiedo y se dirige hacia allí, donde espera poder pasar la noche en un hostel, mientras se pregunta a sí mismo: « ¿Dónde estás, Claudia? ».

Griselda le trae la cena a Claudia a la cama, y ésta le pregunta:

— ¿Quién era el que llamaba a la puerta?, por un momento me pareció escuchar la voz de mi marido —acierta ella.

—Muchacha, todas las voces de hombre te parecen la de tu marido, como cuando escuchaste a mi yerno Juan. Era un mozuelo perdido que buscaba comida y aquí ya no nos sobra nada —mintiéndole Griselda—, le cerré la puerta... Venga, y ahora vamos a cenar que esa barriga ya está creciendo mucho últimamente.

Claudia, triste, se sienta en la cama incorporándose lentamente y empieza a comer, recordando a su familia.

A la mañana siguiente, Gerard, preguntando y enseñando la foto a la gente del pueblo, no obtiene respuesta y decide marcharse a Guernica por si Claudia estuviera allí con su madre Ana y su hermano Alberto.

Durante más de seis días viajando a pie, sin fiarse de los campesinos que le ofrecen llevarle en su carro tirado por asnos, se hospeda en Piedrafita de Babia, San Emiliano, Boñar y Aguilar del Campo. Entra en el País Vasco a tan solo cuatro días para el nuevo año 1937 y finalmente llega sin problemas al pueblo de Guernica.

Viendo a un hombre mayor pasar por su lado, le enseña una foto familiar de Claudia con su madre Ana, su padre Ignacio y María Cristina.

—Esta mujer de aquí —dice Gerard señalándole a Claudia con el dedo— es mi mujer, hija de Ana Mendizábal e Ignacio Romo.

— ¡Claro que la conozco y a su madre, pobre! —Exclama el viejo—, se

le murió aquí la hija y enviudó seguidamente, vive dos calles más allá a la derecha, doblando la esquina, y pregunte de nuevo para que le señalen el portal.

Gerard se despide agradeciéndole la información y va en busca de la casa de su suegra, Ana.

Al llegar donde el viejo le había indicado, una calle asfaltada con piedras y edificios en ambos lados de dos pisos de altura, vuelve a preguntar a una niña ya entrada casi en la pubertad que está saltando a la comba.

—Es esa casa de ahí —le señala con el dedo Adela.

—Muchas gracias, guapa.

Cuando se planta delante de la puerta llama y abre Ana, quien no puede creer lo que está viendo delante de ella.

— ¡Gerard!... —grita de alegría, abrazándole con entusiasmo, y sale Argia también a recibirle, mirando ambas emocionadas hacia la calle para ver si aparece Claudia—, ¿dónde está Claudia?, ¿no te acompaña?

Gerard se muestra serio cuando Ana le pregunta sobre Claudia y, decepcionado, se da cuenta de que no está con ellas.

—No, señora, he venido porque pensaba que estaría con Argia y usted.

—Pasa, hijo, no nos quedemos en la calle, hace mucho frío —indica Argia.

Gerard ve en la estancia una cuna grande de madera donde está el pequeño Alberto durmiendo.

— ¡Me estás asustando!, ¿qué le ha pasado a mi hija?

—Claudia ha desaparecido —responde Gerard de golpe, mientras ve palidecer a madre e hija.

Ana deja de hacer el café que le está preparando a Gerard y se sienta delante de él:

— ¿Qué ha pasado con mi hija, Gerard?, ¿si sabes algo, dímelo!, mi segunda hija se murió de leucemia, a mi marido lo asesinaron y ya no tengo miedo a nada. Esta guerra está matando a miles de personas inocentes, ¿está muerta mi hija? —pregunta Ana mirando fija y fríamente a Gerard.

— ¡No!, o eso espero, no lo sé —responde confundido con los ojos llorosos.

Gerard empieza a contarles todo lo que sucedió tras la llegada de Hermenegildo al Hospital de Valdediós y escuchó sobre lo que les hicieron a Claudia y sus amigas...

Ana, sin poder evitarlo rompe llorar amargamente en los brazos de Gerard, mientras Argia tiene que sentarse sin apenas fuerzas para sostenerse de pie.

— ¿Acaso merece mi familia tanta desgracia junta, Dios mío? Si existes ¡por qué lo permites! —exclama Ana con rabia.

—Cada día enviaré un telegrama a todos los hospitales —opina Gerard mirando a las dos—, por si nuestra Claudia está en uno de ellos, ya que de lo contrario alguien tiene que estar reteniéndola, no hay otra explicación.

## 12 de marzo de 1937

Claudia, en un avanzado estado de embarazo no se encuentra bien. Todavía no ha llegado la hora del nacimiento del bebé, pero rompe aguas. Griselda y Nuria la oyen gritar y van rápidamente a ver qué le sucede, encontrándosela pálida en la cama y llena de sangre...

—Calienta agua y trae toallas, va a tener al bebé, ¡está sangrando muchísimo!

Nuria, mientras lo prepara todo, escucha cómo Claudia sigue gritando de dolor.

—Empuja fuerte, muchacha...

Griselda, angustiada, ve que la criatura viene de nalgas y se santigua, ya que si tarda mucho en nacer puede morir asfixiada.

—Empuja, muchacha, ¡empuja!... —grita nerviosa Griselda.

Ante un baño de sangre, finalmente sale el pequeño, completamente morado y sin respirar, su madre, Claudia, se desmaya extenuada a la vez que Nuria le seca con un trapo el frío sudor...

Veinticuatro horas después, Claudia se despierta y, mirándose, ve que está en la cama, limpia y aseada, pero angustiada cuando ve que su hijo no está junto a ella. Aún dolorida, se le acerca Griselda.

—Muchacha —asegura con la mirada baja—, fue un parto complicado, tu hijo venía de nalgas y estuvo mucho tiempo sin oxígeno cuando pude lograr sacar la cabecita, pero ya era demasiado tarde...

Claudia mira a Griselda, y zarandeándole los brazos empieza a gritarle desesperada...

— ¿Qué le ha pasado a mi bebé?, ¿dónde está? —pregunta llorando a lágrima viva.

—No pude hacer nada, tu hijo se ahogó, nació con dos vueltas del cordón umbilical alrededor de su cuello... Lo siento muchísimo.

— ¡No me lo creo! —Exclama incrédula mirando a Nuria—. Tú, ¿dónde tienes escondido a mi pequeñito?

— ¡Cálmate, muchacha!, ¿así es como nos pagas después de haberte acogido todos estos meses?, mi hija no ha hecho nada más que ayudarte todo este tiempo —dice enfadada Griselda.

Pasados unos minutos, Claudia, calmada, rendida e impotente ante la situación, le pregunta a Griselda ya sin aliento...

— ¿Era un niño?

— Sí.

— Le iba a llamar Ignacio, ¿sabe?, como mi padre en paz descansa... ¡Quiero verlo! —insiste de nuevo.

— Muchacha, su cuerpo estaba en muy mal estado y ha pasado más de un día. Se lo llevaron unos monjes y no puedo decirte dónde, porque ni a mí me lo han dicho. Seguramente lo incinerarían porque un niño nonato nace con el pecado original, están sujetos a las llamas del infierno.

Lágrimas vuelven a brotar en los ojos de Claudia mientras se abraza a Griselda.

— Lo siento, de nuevo la vida es injusta contigo, querida muchacha.

### **Días después...**

— Me voy a Guernica —Les dice Claudia a Griselda y a Nuria, con ojeras y aún con el peso de la tristeza—. Necesito saber si mi madre y mi hermano están bien. No entiendo cómo no han recibido ni los telegramas ni las cartas.

— España está en guerra, ninguna carta seguramente llega a su destino — sostiene Nuria.

— Quédate unos días más hasta que acabes de recuperarte del todo, muchacha.

— ¿Para qué?, ahora solamente deseo reunirme con mi madre y mi hermano, y buscar a Gerard si es que no ha sufrido la misma suerte que yo, ¡los hecho tanto de menos!

Con un vestido prestado de Nuria se despide de las dos.

— Estoy muy agradecida por compartir con vosotras esas noches de largas charlas e interesaros por mi vida —abrazándose a Nuria—, perdona por haberte juzgado, ojalá el bebé que estás esperando tenga mejor suerte que el mío, pobrecito, se llevarían de dos meses....

— Ánimo, Claudia, verás cómo encontrarás a tu marido y volverás a quedarte embarazada —comenta sonriendo Nuria.

—Y usted, Griselda, se ha portado como mi segunda madre estos meses y que ni decir cabe que me salvó de una muerte segura esa noche maldita.

—No me las des, muchacha, has sido también para mí una segunda hija.

Ambas se abrazan. Sale Claudia de la barraca y se sube a un carro sujetado por dos burros, en el cual Juan la llevará hasta el País Vasco tras despedirse éste también de su mujer y suegra. Alejándose cada vez más, Claudia no puede evitar llorar al cruzar por el camino donde sus tan adoradas amigas, Olga, Pilar y Octavia, así como su mejor amigo Salvador, perecieron, y aún más ante la pena de no saber dónde estará enterrado su primer hijo, al que iba a llamar, en honor a su padre, Ignacio.

Cuando llevan dos horas de camino, Claudia ve un monasterio solitario en medio del inmenso monte.

— ¿Viven ahí monjes? —pregunta a Juan.

—Sí, creo recordar que deben vivir unos veinte.

—Déjeme bajar —Claudia se incorpora y salta del carro todavía en movimiento.

— ¡Claudia, se hará daño! ¿Pero, a dónde va? —pregunta exaltado Juan.

—Espéreme aquí, ahora vengo.

Juan mueve la cabeza de un lado para otro y, resignado, se queda en el carro esperando a que regrese.

En una parte del inmenso monasterio, de unos doscientos años de antigüedad, Claudia encuentra un enorme portón de madera con una arilla gruesa de metal y empieza a dar golpes en la madera, insistiendo cada vez más hasta que nota cómo la puerta se abre.

— ¿Qué quiere, señorita? —pregunta un monje con la mirada baja, vestido con su túnica marrón desde los tobillos hasta la cabeza, tapada esta con una capucha del mismo color.

— ¿Se llevaron ustedes un bebé muerto de una barraca, a dos horas de camino, en Pola de Somiedo? —pregunta Claudia, aún con la esperanza de que su hijo estuviera vivo.

—Señorita, aquí nos llegan bebés muertos cada día, y también tenemos que ir a buscarlos cuando así nos lo solicitan —dice el monje.

Claudia lo mira, se le corta la respiración, se da la vuelta y se va en dirección al carro donde le espera Juan.

— ¿A qué ha ido ahí, Claudia?

—Quería asegurarme de que no mintió su suegra con respecto a la muerte de mi criatura.

Juan deja de hablar y por el rabillo del ojo ve cómo Claudia se acurruca sobre sí misma escondiendo su cabeza entre sus brazos y piernas...

## Capítulo 33

### *Ramonet*

15 de marzo de 1937

Gerard está jugando con Alberto, quien tiene ya casi dos años y se ha convertido en un niño bastante guapo, con mucho parecido a su hermana Claudia. En la casa también están Ana y Argia, que se encuentran haciendo la comida cuando llaman a la puerta. Abre Gerard, y una mezcla de miedo y alegría al mismo tiempo se refleja en su cara, al ver a un mensajero que trae un telegrama urgente por primera vez...

—Estoy enviando telegramas y cartas y ¿por qué no llegan a su destino? — pregunta Gerard al mensajero.

—Estamos haciendo todo lo posible para recuperar las cartas que nos llegan y llevarlas a su destinatario, pero son muchas las que tal vez se pierdan por el camino... que como bien usted ya sabe España está en guerra —dice irónicamente el cartero.

—Lo sé, muchacho, gracias.

Ana y Argia se acercan eufóricas pensando que la remitente pueda ser Claudia, pero sus caras les cambian al oír a Gerard...

—Lo siento, pero es un telegrama de mi familia —desplegando la hoja para empezar a leerla—, yo deseaba que fuera de ella, pero no es así...

— ¡Léela, Gerard! —insiste Ana—, algo grave debe pasar.

—A pesar de ser un telegrama, la fecha es de hace unos diez días, y pertenece a mi primo Emilio...

Papá está muy enfermo, está delirando y no para de nombrarte, ven a verlo.

Tu primo Emilio

—Al parecer mi tío se está muriendo —mirando triste a Ana y Argia—, pero ¡Claudia!...

—Márchate a visitar a tu moribundo tío —le propone Argia.

—Haz caso a mi madre. Fue el hombre que te crió y hace años que no vas a visitarlos. Si ve que apareces se alegrará mucho.

Gerard, con lágrimas en los ojos, empieza a recordar su infancia junto a su primo, en esa barraca, rodeado de campos de arroz y cómo sus tíos se empeñaron en que estudiara Medicina.

—Va a ser un viaje muy largo —les dice a la madre y a la hija—, compraré un burro y puedo llegar aproximadamente si no pasa nada en dos semanas, y estar de vuelta en mayo, pero... ¿y si aparece Claudia?

—Si tu mujer llega, ten por seguro que no la dejaremos ni un momento hasta que regreses, hijo mío —le abraza Ana.

Gerard se pone en contacto con Germán, un pastor de Guernica muy conocido, quien le presta un burro. Junto con un mapa, va señalando las zonas ocupadas por los nacionales para no pasar por ellas ni desviarse del camino hasta llegar a la barraca de su tío, situada al sur de Tarragona, en San Carlos de la Rápita.

## Sevilla

**18 de marzo de 1937**

Mario, furioso y vengativo, sujeta en su mano el anillo que encontró en el monte de Somiedo, creyendo que es el que pertenece a Gerard. En ese momento recibe la visita de un soldado.

—Señor, ese tal Gerard y Claudia están en paradero desconocido —dice el cabo Jorge.

—Seguid buscándoles, ¡os lo ordeno! —Exclama, lanzando su vaso lleno de alcohol contra la pared con rabia y estallando en mil pedazos pequeños—. Esos malnacidos mataron a mi hijo y los quiero vivos para despellejarlos yo mismo.

El cabo asiente y se marcha.

«Algún día os atraparé y vengaré a mi hijo con vuestra vida», piensa para sí mismo.

Gerard ignora que su esposa está con orden de busca y captura por parte del teniente coronel Mario González, por pensar que ellos estuvieron involucrados en el asesinato de Salvador, ni tampoco puede imaginarse que su alianza está en poder de su enemigo Mario.

### **Días después...**

Emilio está labrando la tierra en el momento en que percibe a lo lejos la presencia de un animal que parece ser un burro y un hombre montado en él, al reconocer que es su primo Gerard deja caer el pico de madera y va a su encuentro.

— ¡Es Gerard! —Grita para que lo oigan sus padres desde la barraca—, ¡primooo!...

Cuando está junto a él, lo ayuda a bajar y se dan un fuerte abrazo.

— ¡Emilio, cómo has cambiado, primo! —Gerard vuelve a abrazarlo.  
—Y tú también, estás muy feo —se ríen ambos, mientras van acercándose a la barraca.

Gerard se percata de que su tía ha salido para recibirle y que a su lado hay una muchacha joven y guapa con un bebé en brazos y otras dos pequeñas.

— ¡Tía Mercedes! —Se abraza a ella—, cómo os he echado de menos.

—No te voy a perdonar que vengas tan poco a vernos, la ciudad ya te cree un engreído —se ríe su tía volviéndolo a abrazar—, pero entremos, no nos quedemos aquí fuera, hace un poco de frío todavía.

— ¿Y el tío? —pregunta Gerard mirando a su primo.

—Está en la cama, hace casi dos meses que no se levanta, parece ser que el médico ya no puede hacer nada por él porque lo que tiene no se puede curar.

Entra solo en la habitación de sus tíos, lo ve bastante delgado y se aproxima a él. *Ramonet* abre los ojos y ve a Gerard delante de él.

— ¡Tío!, soy yo, Gerard —le da un beso en la mejilla, y nota que tiene la piel bastante fría.

— ¡Gerard, hijo mío!, has venido, qué alegría.

—He venido nada más recibir el telegrama.

—El tabaco, hijo mío, el tabaco ha sido mi perdición y ahora mi

desgracia... no fumes o acabarás como yo —le aconseja mientras tose *Ramonet*.

—Lo dejaré, tío, te lo prometo.

*Ramonet* se levanta y, con cuidado, se aguanta en el hombro de su sobrino, salen de la habitación, y se sientan junto al resto de su familia.

—Voy a ver si pueden hacer algo por ti —mirando a sus tíos, a su primo y a la joven guapa desconocida que todavía, por descuido, no se la han presentado—, conozco a un amigo con el que estudié en Barcelona y su especialidad es el mal que tienes en la garganta. Tal vez exista un tratamiento y yo pueda pagar su coste. Tenemos que viajar hasta Vinaroz para que te vea.

—Pero ya nos dijo el médico del pueblo que no había nada que hacer —insiste su tía.

—No viene mal la opinión de otro médico y además especialista, y por lo que me dijo antes de marcharme a Madrid quería montarse una consulta propia.

Gerard mira a las dos pequeñas que están jugando con una muñequita de trapo y coge en brazos al bebé que tiene en brazos Emilio.

— ¡Qué niñas más guapas! —Mirando a Emilio y haciendo un gesto con la cabeza hacia la joven—, ¡ejem...!

— ¡Que me parta un rayo, Gerard!, no te he presentado a mi mujer —poniéndose al lado de la joven—, se llama Victoria y esta pequeñita de dos años que tienes en brazos se llama Emilia, bueno la llamamos *Milieta*. La mayor, que tiene siete años, se llama como su madre, Victoria, pero la llamamos *Victorieta*, y Teresa, que tiene cinco años.

—Dadle un beso a vuestro tío —dice Victoria a las niñas.

Ellas, sonrojadas, se aproximan a Gerard y le dan un beso en la mejilla, y después lo hace la mujer de Emilio.

—Un placer conocerte, tu primo me ha hablado mucho de ti.

—Igualmente, te has casado con un trasto —ríen todos.

— ¿Y qué hay de tu vida?, ¿dónde está Claudia? —pregunta Emilio.

—El hospital de sangre donde ella trabajaba fue atacado y desde entonces no sé nada —comenta tragando saliva y poniéndose serio—, no hago otra cosa que enviar telegramas y cartas a casi todos los hospitales pero no recibo respuesta, aunque veo que cuando me preguntas por ella es que aquí sí te llegó la carta que te envié desde Valdediós.

—Lo siento mucho, Gerard, seguro que aparecerá, estará curando heridos y tampoco podrá ponerse en contacto contigo. Te envié dos telegramas, uno al

hospital donde te destinaron y el otro a Guernica, por si estabas viviendo allí.

A las seis de la mañana del día siguiente, Gerard y Emilio se marchan a Vinaroz con un carro llevado por dos burros. Al llegar por la tarde, logran saber dónde se ubica el despacho del amigo de Gerard, el doctor Peralta Gómez, en la calle Mayor, muy cerca de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, un templo fortificado del siglo XVI.

Cuando éste les recibe, se abrazan y Gerard empieza a hablarle del caso de su tío. Lo cita el doctor Peralta en unos diez días para hacerle una analítica y comprobar posteriormente si pueden extirparle el tumor.

## **Guernica**

**20 de marzo de 1937**

Claudia llega a su pueblo y, olvidando por unos segundos todas las atrocidades que le han ocurrido estos últimos meses, por fin se encuentra delante de la puerta de su casa, a la cual golpea con su mano...

## **Capítulo 34**

### **Una visita inesperada**

Claudia, visiblemente nerviosa, está esperando a que alguien de la casa de Guernica le abra y tan solo piensa en poder encontrarse con su madre, su abuela, su hermanito y su esposo Gerard. Al instante, oye unos pasos en el interior de la vivienda y el balbuceo de un niño pequeño, lo que la hace sonreír mientras se abre la puerta y aparece su madre. Ana se queda paralizada y mirando si realmente la joven que tiene delante es su hija, y viceversa. Ambas, con lágrimas en los ojos, tras unos segundos eternos mirándose, se funden en un fuerte abrazo, mientras aparece el pequeño Alberto en los brazos de Argia, quien se abraza también a ellos.

— ¡Qué grande está mi hermanito! —lo coge en los brazos y lo achucha.

Ana, eufórica por reencontrarse con su hija mayor, se da cuenta de que no tiene el vientre prominente.

— ¿Hija mía?, ¿has...? —habla antes de cortar la frase su hija.

—Sí, estuve al cuidado de una señora y su hija, que amablemente me acogieron en su casa, el parto fue complicado y mi pequeño murió asfixiado —explica Claudia conteniendo las lágrimas mientras escuchan serias y a su vez llorosas Ana y Argia.

—Lo siento tanto, mi niña —Ana abraza de nuevo Ana a su hija—. Gerard nos contó que estuvo en el Hospital de la Cruz Roja pero ya lo habían arrasado y no pudo encontrarte.

— ¿Está bien? —Claudia sonríe al saber que no le ha pasado nada a Gerard — ¿y por qué vino a buscarme?

—Tu esposo vino a principio de año, estaba buscándote. Desesperado, mandó miles de telegramas pero no recibíamos respuesta, luego nos contó todo lo que te pasó, ¡qué desgracia, hija mía!, tu abuela y yo hemos rezado mucho para que estuvieras bien y así ha sido, por mucho que se nos lleve lo que más queremos, al menos nos ha traído a ti, mi preciosa Claudia.

— ¿Y cómo sabe lo que me pasó? —pregunta nerviosa sin entender nada.

—Ese malnacido de *Hermene*...

—No, mamá, no me lo nombres, por favor.

—Cayó herido en combate y lo llevaron al Hospital de Valdediós, casualmente fue intervenido quirúrgicamente por Gerard, y al día siguiente estuvo contando a todos los heridos lo que... ya sabes... y él se enteró de todo. Nos dijo que esa noche no pudo sobrevivir a las heridas y murió.

—Así se pudra ese malnacido, no me da ninguna lástima, pero dime, madre, ¿a dónde se ha ido Gerard?

—Llegó un telegrama de su primo Emilio diciendo que su tío estaba muy

enfermo y que quería verlo.

—Te hemos echado tanto de menos, hija, él se alegrará cuando vuelva y te encuentre aquí.

— ¿Volverá?

—Claro que sí, sabía en lo más profundo que estabas viva y que tarde o temprano vendrías a Guernica, nos dijo que si así sucediera que no te dejáramos marchar —dice Argia.

—Se parece mucho a papá —opina Claudia mirando a su hermanito Alberto —, qué mayor está.

—Tu hermana María Cristina debe guiarle porque hace lo mismo que ella, ya te irás dando cuenta ahora que empieza a decir *frasecitas*.

—Hola, Alberto, soy tu hermana mayor, Claudia, ¿me das un beso? —éste, muy tímido, se le acerca muy lentamente y se deja dar un beso en la mejilla, después le da otro a su hermana.

—Claudia, hermanita... —balbucea Alberto.

Ella lo coge y, alzándolo en el aire, ríen los dos. Ana y Argia están contentas de tener a Claudia en casa, y viva.

## 5 de abril de 1937

Claudia, ya recuperada totalmente y relajada en la casa de su abuela, con su madre y su hermanito, no hace más que pensar en que muy pronto regrese Gerard, pero también está desilusionada al ver que no recibe respuesta tras las dos cartas que ya le ha enviado.

—No desesperes, hija, cualquier día de estos se presentará y nos dará una enorme sorpresa, como la que nos diste tú hace pocos días —sonríe Ana.

En ese instante, alguien llama a la puerta y va a abrir Claudia, esperando que sea Gerard, pero todavía se sorprende más cuando ve que es una mujer con el pelo largo y rubio, de piel blanca, ojos azules y vestida con una camisa y falda a conjunto muy ceñida al cuerpo.

— ¿Pip? —pregunta Claudia a la persona que ha llamado a la puerta.

— ¡Claudia, qué sorpresa!, me has reconocido, con los años que llevamos sin vernos.

Ambas se abrazan y entran en la casa. Claudia llama a su madre y a su abuela para que vean quién se ha presentado por sorpresa en su casa.

— ¿Pero y tú, que haces aquí? ¡Si estamos en guerra, cómo te has atrevido a venir! —exclama Claudia, cogiendo de las manos a su prima lejana Pip.

Ana y Argia también abrazan a Pip.

—Siento mucho lo de mi prima María Cristina y mi tío Ignacio, ¡qué lástima! —Acariciando el cabello de Alberto—, ¿me vas a presentar a tu marido Gerard o no?

—Está lejos de aquí, ya te contaré... pero ¿qué te ha llevado venir a España y por qué aquí, en Guernica? —pregunta Claudia.

—Eres dama enfermera de primera, ¿no, prima? —pregunta Pip.

—Sí, pero sigo sin entenderte —Las tres la miran confundidas y extrañadas.

— ¡Quiero que me formes, prima!, quiero ser dama auxiliar enfermera para poder ayudar a los heridos que caen en combate junto a ti...

## Capítulo 35

### Priscilla Scott-Ellis

Esyllt Priscilla Scott-Ellis nació el 15 de noviembre de 1916 en Londres, aunque más tarde todos la llamarían Pip.

Siempre veraneaba en la isla de Brownsea con su prima lejana Claudia. Allí podían caminar con independencia por los campos, bosques y arroyos. Pip también era una niña sensible e insegura, por ello mostraba bastante deseo de agradar a los demás; después se convirtió en una optimista infatigable. En 1933 abandonó París, su francés ya era bueno, había mejorado mucho. Pip había heredado de su madre la pasión por la ópera, pero sus estudios de violín no habían dado muchos frutos. En 1934 empezó a fijarse en Ataúlfo (hijo de Alfonso de Orleans Borbón, primo de Alfonso XIII), que era uno de los niños que en su infancia ignoraba en la isla de Brownsea, como Claudia hacía con Salvador, aunque luego le pareciera un hombre muy apuesto.

En el momento de estallar la Guerra Civil, Alfonso de Orleans Borbón y sus tres hijos intentaron unirse a la aviación nacional, pero cual decepción tuvieron cuando el general Mola no quería que el alzamiento militar adquiriera carácter monárquico.

A finales de 1936, estando en Nueva York, Pip se despertaba cada noche debido a las pesadillas que sufría. Soñaba que Ataúlfo estaba gravemente enfermo y pálido como la muerte, y deseaba que España no estuviera en

guerra. Aun así, eran escasas las cartas que recibía de él, nada en absoluto reflejaba que pudiera sentir algo por ella. Pip insistía escribiéndole, ya que tenía un halo de esperanza en que se fijara en ella algún día, tal vez después de la guerra española.

Pero, a pesar de todo, Pip no desaprovechó un escaqueo, aunque claramente sin sexo, con un joven neoyorkino. A su regreso de Nueva York en crucero hacia París, odiaba estar sola. Se sentía atemorizada y deprimida, volviendo a caer esta vez en brazos de un parisino. Y esta vez sí consumió su virginidad, fue maravilloso para ella, aunque aterrador. Salió del camarote sintiéndose muy avergonzada, pero visiblemente emocionada, e incluso feliz. El acontecimiento pareció desatar una pasión reprimida hasta el momento. Lo último que supo de Ataúlfo es que se había unido a la Legión Cóndor y estaba volando como observador en bombarderos alemanes.

El 6 de julio se llenó de esperanza al poder encontrarse con él en España, ya que había aprobado los exámenes de primeros auxilios con buenas notas y le hablaron de su prima Claudia, que estaba por terminar los estudios de dama enfermera de primera clase. Fue entonces cuando más sintió el deseo de irse hacia ese país en guerra.

Empezó a escribir en septiembre a su prima, pero no obtenía respuesta, así que a pesar de su angustia escribió a Ataúlfo y éste le respondió pidiéndole que le enviara una fotografía. A Pip le entusiasmaba la idea de ir a España y estaba decidida a superar todos los obstáculos. Anhelaba sentirse útil, que realmente creyeran que era capaz de hacer cualquier cosa. Ataúlfo la visitó, pero se fue igual que vino: sin sentir nada por ella, lo cual hizo que se deprimiera bastante. Su interés por España lo encontró en un libro que cayó en sus manos, *Red, White and Spain*, de Nigel Tangye, periodista de aviación. En él se hablaba de su simpatía con los pronazis. Su relato partidista sobre historias como atrocidades rojas, que si ganaban habría un estado comunista, como la supresión de la Iglesia, asesinatos en masa de empresarios, oficiales, curas, abolición de toda la libertad, siendo así que a Pip le pareció que la izquierda en general, simpatizó con la República, mientras que la derecha lo hizo con los nacionales, cuyo indiscutible líder era el general Franco. Sin embargo, ella no tenía convicciones políticas o religiosas fuertes, para aguardar las apariencias asistía a misa con sus amigos, los cuales compartían la creencia de que la guerra era una cruzada contra los ateos, masones y comunistas de la República. Sus convicciones políticas eran extremadamente ingenuas y se creyó la propaganda franquista, compartiendo así las

convicciones monárquicas de sus amigos; los republicanos eran rojos y bárbaros y quemaban iglesias; por ello encontró Franco el total apoyo de las Brigadas Internacionales, junto con Peter Kemp y Gabriela Herbert.

La alegría de Pip era enorme, no solo se iba a España, sino que probablemente siempre estaría junto a Ataúlfo.

Los preparativos se volvieron frenéticos, las vacunas, los papeleos para el pasaporte y el visado de entrada en España. Acudió asimismo al Ministerio de Asuntos Exteriores y posteriormente visitó a la ex reina de España, Victoria Eugenia.

Estaba claro que Pip iba a España por amor a Ataúlfo y, lista con baúles y demás enseres, partió de Inglaterra en una limusina. Fue recibida en Dover llegando posteriormente a París. Desde París Pip fue conducida hasta Biarritz, donde la estaba esperando sir Henry Chilton, el embajador británico en la España republicana. Éste estaba de vacaciones en San Sebastián cuando estalló la Guerra Civil y se negó a volver a Madrid, y con la ayuda del embajador francés consiguió cruzar la frontera con San Sebastián al día siguiente.

Pip entonces vio la primera señal de la guerra, mientras iban en coche a Guernica por la ruta de los nacionales que habían tomado en su campaña del norte a principios de 1937. Llegando al pueblo, le dijo al chofer que le acercara a la casa de su prima lejana Claudia. Al bajar del coche, se aproximó a la puerta, a la cual llamó dos veces con su propia mano...

—¿Pip? —pregunta Claudia con cara de asombro, mirándola.

—¡Claudia, qué sorpresa!, ¡me has reconocido, con los años que llevamos sin vernos...! —dice Pip, con un excelente acento castellano.

## Capítulo 36

### En el lugar equivocado

Claudia, tras la visita de Pip, le cuenta con calma todo lo sucedido desde que

fue atacada por Hermenegildo en aquel callejón de Madrid, su posterior violación por parte de éste en Pola de Somiedo, el asesinato de sus amigas, la muerte de su primogénito, y la desesperación por no volver a ver a Gerard nunca más...

—Prima, eres una mujer muy valiente —dice orgullosa Pip.

—Después de lo de mi hijo pensé que no iba a salir de ese infierno que llevaba arrastrando tanto tiempo, pero mi madre, mi abuela y mi hermanito, y la esperanza de que Gerard tal vez regrese pronto, me dieron fuerzas para seguir adelante e intentar dejar todo lo malo de lado. Aunque las cicatrices que llevo en el alma nunca se borrarán, está claro, es algo que no voy a poder olvidar en la vida.

— ¡Claudia! —Exclama Pip, sentándose en la cama—, ¿me puedo quedar en tu casa hasta finales de abril?

— ¡Claro que sí!, aunque tendremos que compartir cama, si antes no viene Gerard —sonríe Claudia—. Mañana se lo diremos a mi abuela, se que ella estará encantada de tener a una inglesa en casa.

—*¡Oh, my god!, thanks*, gracias. Quiero que me enseñes todo lo que una dama auxiliar enfermera tiene que aprender para llevarlo a la práctica. A finales de abril tengo que ir a Sanlúcar de Barrameda, donde me acogerá la familia Orleáns. La reina Victoria Eugenia me dio instrucciones sobre dónde tenía que impartir el curso para capacitarme como auxiliar enfermera, ya que los estudios de primeros auxilios en Inglaterra fueron muy básicos y sé que contigo comprenderé mucho mejor que cien días de teoría lo que tengo que hacer ante un herido de guerra.

—Mañana por la mañana nos ponemos en ello, iremos al consultorio que tenemos aquí en Guernica y empezará a hacer vendajes, va a ser lo que más hagas en los hospitales de sangre.

Pip abraza a su prima y cierran los ojos, a la vez que el sueño se apodera de ellas.

**15 de abril de 1937**

**San Carlos de la Rápita**

*Ramonet* no ha superado el dolor de garganta que sufría ya hace meses. La visita con el Dr. Peralta Gómez de Vinaroz fue también un fracaso tras efectuarle un tratamiento, pues la enfermedad estaba muy avanzada y no se podía hacer nada, tan solo que no sufriera llegado el momento, y así fue.

Gerard y Emilio cogen en brazos a la mujer que compartió tantos años con *Ramonet*, débil y cansada, apenas sin poder andar. Casi todo el pueblo está en el funeral y aplauden a la viuda por el magnífico marido que ha tenido, y se oyen voces como «viva *Ramonet*», respondiendo todos vitoreándole con un «viva»...

— ¡Oye, mamá!, todo el pueblo ha venido a rendir homenaje a papá.

—Sí, hijo mío, tu padre era un hombre que se hacía querer, como tú.

*Milieta*, su nietecita, empieza a estirarle de la falda negra (ella va de luto riguroso) para que la coja en brazos, cosa que hace mientras le sonrío para no verla triste.

—Eres muy guapa, *Milieta*, igualita que tu madre —sonrío su abuela.

Al día siguiente, Emilio le deja un carro con dos burros a su primo, para ese largo y peligroso viaje de regreso...

—Espero verte muy pronto, primo, y deseo que cuando llegues a Guernica esté Claudia esperándote.

—Así lo espero yo también, la echo tanto de menos...

—Nos vamos a trasladar a una masía a las afueras de Amposta, muy cerquita del puente colgante. La hemos conseguido a muy buen precio, con varias hectáreas de campos de arroz y un lugar mejor donde criar a nuestros hijos.

—Me alegra saberlo, tendréis noticias nuestras si nos trasladamos por aquí.

Ambos se abrazan y se despide de su tía, su esposa e hijas.

De camino hacia Guernica se siente esperanzado por encontrarse con su esposa Claudia y su hijo...

El veintidós de abril, el Generalísimo Francisco Franco presentó al general Kindelán, jefe de las fuerzas aéreas rebeldes, un esbozo de sus planes inmediatos, que consistían en reunir un enorme contingente para atacar y conquistar Bilbao. Los detalles de la operación se ultimaron entre el veinticuatro y veintiséis de abril, en los que participaron Kindelán, Solchaga y Pinto en calidad de mandos operacionales, Vigón como jefe del Estado Mayor de Mola y el coronel Wolfram von Rictshofen, jefe del Estado Mayor de la Legión Cóndor. Al final, el gran golpe a la moral republicana no caería sobre la capital vasca, sino sobre un objetivo más pequeño y manejable pero igual de significativo.

La noche del veinticinco de abril, supuestamente siguiendo las instrucciones del general Mola, la radio rebelde de Salamanca retransmitió la siguiente

advertencia al pueblo vasco:

Franco está a punto de asestar un poderoso golpe contra el cual toda resistencia será inútil.  
¡Vascos, rendíos ahora y salvaréis la vida!...

Esa noche, Pip junto con Claudia no estaban oyendo la radio, y la Legión Cóndor donde pertenecía su amado Ataúlfo iba a atacar Guernica en menos de veinticuatro horas...

## 26 de abril de 1937

Gerard está apenas a una hora de llegar a Guernica, esperanzado por saber si hay noticias de Claudia. Su viaje ha sido largo y nada fácil. Mientras, en casa de Argia, su nieta y Pip se ponen guapas para salir esa tarde. Es día de mercado, así que a las cuatro de la tarde, cogidas del brazo, salen de la casa sin que las acompañen Ana y Argia, ya que el pequeño Alberto se ha dormido y no quieren despertarlo hasta pasadas las cinco de la tarde.

—Adiós, mamá... adiós, abuela... nos vemos en un rato —dice Claudia moviendo la mano hacia ellas mientras se marcha con Pip.

Paseando por el mercado, ambas no paran de toquetear ropa, y un campesino que atiende un puesto de frutas les hace probar sus manzanas rojas y brillantes recién cogidas. El mercado está lleno de gente, el pueblo se ampliaba a unas tres mil personas más, aparte de la autóctona, refugiados y campesinos que intentan ganarse unas pesetas vendiendo su cosecha.

A las cinco menos veinte de la tarde, Demetrio observa horrorizado desde el tejado de su casa aviones a lo lejos y, corriendo hacia el Ayuntamiento, desesperado, da la voz de alarma y tocan la sirena, que es escuchada por la gente que está dentro de sus casas así como por los transeúntes que se concentran desgraciadamente en el mercado...

Gerard está a media hora de Guernica y de pronto nota una ráfaga de aire sobre su cuerpo, que le tambalea de su burro hasta casi hacerle caer. Aparecen delante de su vista, ante su asombro, dos aviones con las insignias de la Legión Cóndor y la Aviazione Legionario italiana, dirección Guernica.

«No, no, no» se dice para sí mismo Gerard, asustado y con las manos en la cabeza...

## Capítulo 37

### Bombas sobre Guernica

Tras oír el sonido de la sirena, Claudia y Pip se miran y ven cómo la gente del mercado sale despavorida de allí, chocándose unos con otros, mujeres que se caen y son aplastadas por la demás gente, que sin darse cuenta van en direcciones opuestas sin saber en qué lugar estarán más protegidas, si en la calle, si en casa o en el convento.

— ¡Vamos a mi casa, Pip! —grita asustada Claudia, cogida de su brazo.

—Será una falsa alarma —dice Pip, nerviosa— ¿quién va a querer bombardear un pueblo pequeño? Además seguramente habrán salido de la casa, tenemos que ir hacia campo abierto y buscar un refugio.

Ambas corren sin control, desesperadas, les pasan por encima de sus cabezas cuatro aviones Heinkel *He III* que dejan caer sus bombas encima de la población de Guernica, sobre cientos de aldeanos inocentes, ocasionando una gran explosión, a la que siguen inmediatamente más bombas.

El pánico se apodera de ellos en los primeros momentos. La gente sigue abandonando las calles, Claudia y Pip logran salir de la zona bombardeada sin rasguño alguno aparentemente. Observan a un hombre que las llama y se cobijan bajo los árboles, en pleno campo, echadas a tierra. Mirando al cielo, distinguen muchos más aviones sobrevolando Guernica.

Claudia solo hace que pensar en su madre y su hermanito, pero va viendo sueltas a las bestias del mercado: burros, cerdos, gallinas... gente corriendo, rezando; a un hombre que no conoce le cuelga medio brazo quemado; otros, con heridas muy graves; una mujer mayor, con un ojo colgando fuera de su órbita y la cara quemada, cae herida de muerte cuando se aproximaba pidiendo ayuda hacia ellas.

Alejándose un poco más del lugar, el hombre las lleva cerca de un riachuelo con un puentecillo de losas y se protegen debajo del mismo. A pocos metros siguen estallando bombas que levantan una polvareda que las ciega por momentos.

— ¡Mi familia...! ¡Dios, no permitas que mueran, no permitas que me quede sola! —exclama llorando Claudia, muerta de miedo y abrazada a Pip.

—Se habrán refugiado en un sitio mejor, ya lo verás.

Ante la atrocidad que está viendo en esos momentos, Gerard está llegando a Guernica, todavía le falta camino, pero ve a unos doscientos metros de altura

otro avión que no identifica y nota cómo la tierra empieza a levantarse. Están ametrallando a la gente que sale del pueblo alcanzando a varios en la cabeza, e incluso le llegan a salpicar con la sangre de un inocente. Buscando refugio y dejando a su suerte a los burros que lo llevaban en ese largo viaje, no hace otra cosa que pensar en Ana, Argia y el pequeño Alberto, esperando que puedan encontrar un lugar a salvo. Sin embargo, ignora que su esposa también está en peligro.

Ana coge desesperada al pequeño Alberto en brazos al oír la sirena del pueblo y junto con su madre salen corriendo de la casa para encontrar refugio...

— ¡*Claudiaaaa!*, mi niña, ¿dónde estará mi pequeña? —Le pregunta Ana a su madre— ¡Dios mío no *permit*...

Ana, con Alberto en sus brazos, no acaba de decir la frase; en un cielo despejado y abierto una bomba descargada por un avión que volaba sobre ellas estalla a escasos metros; la onda expansiva las hace volar por los aires a los tres, para después ser golpeados sus cuerpos fuertemente en la tierra ya levantada. Ana, aún con Alberto bien cogido entre sus brazos, y Argia, bastante lejos de ellos, perecen allí mismo (a punto estaban de llegar al convento Madres Mercedarias), con una expresión de terror en sus caras y saliendo abundante sangre de sus bocas.

Gerard ya no ve Guernica, hay mucho humo que se cierne sobre la población, y fuego, mucho fuego. Cierra los ojos por las muchas vidas inocentes que acaban de morir. Sin saber cuánto tiempo ha pasado desde el primer bombardeo, observa cómo los aviones se retiran y reemprende la marcha hacia Guernica, con la cara y las manos negras a causa del polvo que se ha adherido a él, en busca de su familia.

Claudia y Pip siguen bajo el cobijo que las mantiene a salvo, gracias a Matías que las había llamado para que fueran con él.

— ¡Eran aviones extranjeros! —exclama el viejo hombre, mirando a las dos muchachas.

—No puede ser, no creo que Franco ordenara esta brutalidad —sostiene convencida Pip, también con la cara negra por el polvo.

—Yo sí me lo creo, el País Vasco todavía no había caído en sus manos; pero ni por la cabeza pensaría que llegaran a arrasarse un pueblo que ni sale en los mapas —dice Claudia mientras intenta levantarse y un alarido de dolor

sale de su boca.

— ¿Qué te pasa? —pregunta Pip cuando percibe que sale bastante sangre de la pierna de su prima.

Claudia, serena, limpia la sangre con su falda, pues tan solo son pequeñas heridas.

—Metralla, niña, te ha salpicado. Metralla de alguna bomba y ni te has enterado, déjame ver.

—Ya casi ni sale sangre, no tiene importancia, ni me duele. Vamos a buscarlas —refiriéndose a su abuela, madre y hermanito.

Claudia se rasga un trozo de su vestido y se tapa las pequeñas heridas. Se levantan las dos y, apoyada sobre el hombro de su prima, se acercan al pueblo, donde lo único que ven es fuego en casi todas las casas, así como terror, mucho terror...

Caminando entre los escombros donde estaba ubicado el mercado, horrorizadas y con lágrimas en los ojos, ven yacer cientos de personas muertas con múltiples heridas, amputaciones y otras a quienes las simples ondas expansivas de las bombas han reventado sus órganos interiores.

— ¡Mamáaaa!... ¡Albertoooo!... ¡Abuela!... —grita desesperadamente Claudia, entre la gente vagando como ellas sin poder identificarlos por estar también inmersos en polvo.

— ¡Vamos a la casa de tu abuela!

— ¡Qué casa!, ¿hay alguna que quede en pie? —pregunta irónicamente Claudia a su prima.

Sigue gritando sin obtener respuesta por parte de su madre, oye el llanto de un niño, y junto con Pip, angustiadas, van en su busca, pero cuando están casi cerca lo ven en brazos de un hombre consolándole.

—Ese hombre seguro que debe estar buscando a su mujer.

Claudia, que cojea levemente, se dirige a la casa de su abuela cuando en ese momento Pip se para.

—Escucha —dice mirando a su prima.

—Sólo escucho llantos, Pip, desgracias...

—Escucha bien.

Claudia la mira y sus ojos cada vez brillan más.

—Sí, ahora, Pip. Oigo cómo una voz está llamando a mi madre, a mi abuela y a mi hermanito.

— ¿Entonces, Claudia?, ¿quién es ese que les nombra?

Pip ve que su prima cierra los ojos y los aprieta, escuchando cada vez más

cerca esa voz, identificándola...

— ¡Gerard!, ¡Gerard! —exclama varias veces en un grito Claudia.

— ¡Anaaa!, ¡Argiaaaa!, ¡Albertoooo! —grita fuerte Gerard para saber si le escuchan.

Acercándose cada vez más al convento, oye de lejos una voz femenina que pronuncia su nombre y, todavía ante mucho humo y fuego, reconoce su voz.

— ¡Claudiaaaa!, ¡Claudiaaaa!...

## Capítulo 38

### Sin mirar atrás

En medio de una cortina de humo que sale de entre los escombros de las casas derruidas por las bombas y el fuego en Guernica, Claudia y Gerard apenas pueden verse, pero sí oírse e intentan encontrarse guiándose por sus voces, hasta que ya ambos a escasos centímetros pueden al fin ver sus rostros.

Sin decirse nada, se miran con los ojos rojos y llorosos, sorprendidos, como si fueran una aparición fantasmal. No pueden creérselo y se funden en un abrazo eterno, por no temer a separarse nunca más.

— ¡Claudia! —Separándose del abrazo y mirándola a la cara—, qué bella estás, temía mucho por ti, pero estaba seguro que sobrevivirías a pesar de todo lo que te ocurrió.

— ¡Gerard!, te he echado tanto de menos, nunca más, nunca más me separaré de ti, te lo juro —Le asegura Claudia mientras seca las lágrimas de los ojos a su marido y volviendo de nuevo a abrazarlo—. Estoy buscando a mi madre, a mi abuela y a mi hermano. No estábamos juntos cuando empezó el bombardeo, pero va a ser tan difícil... los estoy llamando pero nada, sólo se oyen lamentos, gritos, pero no me contestan.

—Vamos hasta la casa de tu abuela, tal vez haya quedado intacta, como el convento —en ella no ha caído ningún artefacto aéreo durante las más de tres horas que ha durado el bombardeo.

—Gerard, nuestro bebé... tuvimos un niño, pero el parto fue mal, y no sobrevivió —dice triste Claudia.

Gerard siente una opresión en su vientre y sus ojos se humedecen, no esperaba esta fatal noticia de su pobre primogénito, pero con valor intenta

disimular para no preocuparla aún más.

—Mi amor, ahora no es el momento de recordar todo aquello, lo importante es que tú estás bien y que yo estoy contigo —Claudia se da cuenta de que Gerard mira a la chica que está a su lado.

—Perdona, se llama Pip, es mi prima inglesa, ya te hablé de ella.

—Encantada de conocerte, estoy muy contenta de que mi prima y tú al fin os hayáis encontrado.

—Muchas gracias, Pip, doy por seguro que has sido un gran apoyo para Claudia.

Cogidos los dos de la cintura, caminan tristes entre los escombros observando a cada paso que dan la gran barbarie ocurrida.

Madres abrazadas a sus hijos muertos, otros mutilados, niños que lloran caminando perdidos, desorientados. Al girar el convento, el humo se está disipando y el polvo ya casi es inexistente. Claudia y Gerard ven a más gente en el suelo, pero les llama la atención cuando ven a lo lejos un cuerpo yacente que al parecer es de una mujer adulta. Está de lado, abrazada a lo que parece ser un niño pequeño. Están envueltos por la suciedad, el polvo y los trozos de piedra de casas derruidas. Sus caras cambian a medida que se van acercando. Claudia mira a Gerard y, volviendo a observar a los cuerpos, se acerca más y les da la vuelta, reconociéndolos al instante, en el momento que emite un grito tan desgarrador como el estruendo de una bomba al alcanzar la tierra:

— ¡Mamáaa!...! Albertooo!, nooo...

Gerard presencia la siniestra imagen: Ana está con la cara llena de polvo pero aún reconocible, con lo que parece ser sangre seca en la zona de la boca, la nariz y los oídos, abrazada a su hijo, lleno igualmente de polvo y con la cabeza pegada al pecho de su madre.

Claudia intenta coger a su hermano pequeño fallecido, pero le es imposible, su madre lo tiene tan bien agarrado, que el rigor mortis ha dejado rígidos los músculos de ambos y no hay manera de separarlos, por lo que se limita a abrazar a los dos a la vez sin parar de llorar. Pip, que no puede soportar tal situación, se aparta de ellos disimulando y vomitando varias veces seguidas encogida sobre sí misma.

Gerard coge de la cintura a Claudia y pega su cabeza a su pecho.

— ¡Tranquilízate, amor mio!, ahora yo estoy contigo, no temas.

— ¿Por qué?, ¡mi abuela!, debe estar por aquí también.

Separándose de él bruscamente, busca más cuerpos fallecidos alrededor pero casi todos son muy parecidos.

—Claudia, si tu abuela iba con tu madre y tu hermano, tampoco se habrá salvado de esta barbarie.

Ella, volviéndose a abrazar a su marido, cierra los ojos, se queda en trance y nota que alguien le toca la espalda.

— ¡Hermana!...

— ¡María Cristina!, ¡eres tú!

—No temas, Alberto está jugando con papá. Mamá y la abuela están esperándome para abrazarme, sigue adelante y no te derrumbes, tienes que ser fuerte para afrontar lo que está por llegar.

— ¡Claudia!, ¡Claudia! —Gerard intenta reanimar a su mujer, la cual había caído desfallecida mientras estaba abrazada a él.

Claudia abre los ojos... se da cuenta de que está en brazos de su marido y debajo de un techo.

— ¡Gerard!, mi hermana ha venido, la he vuelto a ver...

— ¡Mi vida, te has desmayado!, ahora estamos dentro del convento. Toma —le da un vaso con agua—, hace horas que no has bebido y puede ser que estés deshidratada.

Claudia vuelve a recordar a su madre y a su hermano y se pone a llorar de nuevo, se abraza a Gerard mientras Pip le coge su mano para darle todo su afecto.

— ¿Dónde están?

—Los han depositado en el Ayuntamiento, mañana podremos enterrarlos junto a tu hermana.

—Pero, ¿y mi abuela?, mi hermana me ha dicho que también ha muerto porque estaba junto con Alberto y mi madre, me lo dijo María Cristina.

—Claudia —Gerard le separa el flequillo pelirrojo de los ojos—, ahora debes descansar, mañana iré personalmente a reconocer los cadáveres sin identificar.

— ¡Yo también quiero ir, Gerard!

—No, voy a ir solo, no quiero que sufras más de lo que ya estás sufriendo.

—Tu marido tiene razón, no vayas con él —le aconseja Pip.

Son las diez de la noche y Guernica yace en silencio. Todavía queda alguna llama por extinguirse, pero mientras, en el convento, Gerard atiende a todos los malheridos que se encuentran con ellos, realizándoles los primeros auxilios hasta que llegue la ayuda del gobierno vasco. En cambio, Claudia y Pip se quedan dormidas como el resto de gente que se ha protegido del frío de la noche, ignorando qué será de ellos, sin casa donde vivir ni lugar a donde ir.

## Sevilla

Al día siguiente del bombardeo de Guernica, el teniente coronel Mario González recibe un comunicado que ha emitido el presidente Aguirre de la prensa vasca:

Los aviadores alemanes al servicio de los rebeldes españoles han bombardeado Guernica y han incendiado la ciudad histórica que tanto veneran todos los vascos. Han intentado herir el más sensible de nuestros sentimientos patrióticos, dejando claro una vez más qué puede esperar Euzkadi de quienes no dudan en destruir incluso el mismísimo santuario que documenta nuestros siglos de libertad y democracia. Ante esta atrocidad, todos los vascos debemos reaccionar con violencia, jurando de todo corazón que defenderemos los principios de nuestro pueblo, si es necesario, con una tenacidad y un heroísmo sin parangón. No podemos ocultar la gravedad del momento, pero el invasor nunca podrá alzarse con la victoria si, apelando a nuestra máxima fortaleza y determinación, lo conducimos a la derrota. El enemigo ha avanzado en muchos lugares y ha acabado siendo expulsado. No dudo en afirmar que aquí ocurrirá lo mismo. Que la atrocidad de hoy sea un acicate más para hacerlo con suma presteza.

Después de leer el comunicado Mario hace una llamada a Luís Bolín, jefe de prensa extranjera:

—Teniente coronel González, ¿dígame?

—Luis, acabo de leer en la prensa vasca lo que el presidente Aguirre ha escrito sobre Guernica. Quiero que redactes un artículo desmintiéndolo todo, negar que el bombardeo se haya producido... he recibido órdenes del general Mola, así que ¡hazlo!

Las retransmisiones de Radio Nacional desde Salamanca aseguraban que en la España rebelde no había ningún avión alemán ni extranjero, publicando que la mala climatología había impedido que las fuerzas aéreas despegaran el veintisiete de abril y que, por tanto, era imposible que hubieran podido bombardear Guernica.

Al poco tiempo se demostró que una negativa así de tajante era insostenible, los nacionales aseguraron que Guernica había sido dinamitada por los propios vascos, todo esto apoyado por el general Mola y el Generalísimo Franco.

## Guernica

Gerard, sin dormir en toda la noche, atiende al último herido que se encuentra con ellos y se marcha al Ayuntamiento, uno de los pocos edificios no derruidos por el bombardeo, donde ante decenas de cadáveres se encuentra

con el de Argia. Junto con Ana y Alberto son introducidos en ataúdes de maderas hechas con tablas por carpinteros que aún están trabajando.

En el momento del entierro en el cementerio, Claudia, con la cara visiblemente demacrada y triste, se ha enterado de que su abuela pereció en el bombardeo y se abraza a Gerard llorando desconsoladamente.

— ¡Mi pequeño hermanito, tan pequeñito!, casi no he podido disfrutar de él. Entonces Gerard ve aparecer a Pip andando rápido...

—Ha venido el chofer después de escuchar las noticias en la radio, parece ser que los propios vascos han bombardeado Guernica para culpar a Franco de tal atrocidad.

— ¡No me lo creo!, todo es una manipulación —dice cabreado Gerard.

—Mi chofer ha venido a buscarme. Venid conmigo, iremos a Bilbao, allí tengo a mi amigo el embajador de Londres quien os llevará lejos. Tendréis a disposición su chofer para que os lleve adonde le indiquéis, pero mi tiempo aquí terminó, yo tengo que marcharme a Andalucía.

Gerard sigue sosteniendo a Claudia, ya que casi no se mantiene en pie. Está tan afectada que no ha oído nada ni se ha percatado de la presencia de su prima Pip. Se la llevan al coche y, ya en marcha en dirección Bilbao, dejan atrás un paisaje desolador y devastado al que nunca más volverán...

## Capítulo 39

### Agonía

**1 de mayo de 1937**

Tres días después de haberse instalado en la embajada londinense de Bilbao, Pip le ha comprado una maleta y ropa nueva a Claudia, quien aún continúa en trance. Gerard agradece el gesto de su prima.

—Yo tengo que marcharme hoy mismo hacia Andalucía. Deseo que cuando sepáis dónde os vais a vivir me mandéis un telegrama y así os podré visitar tan pronto pueda —expresa Pip, dándole a Gerard la dirección.

Claudia está como ausente, desde el entierro no es la misma persona. Al parecer todo lo que ha arrastrado estos meses ha podido con su cabeza y sin ninguna expresión en su cara se abraza a su prima Pip, pero no le dice nada.

— ¡Claudia! —Exclama Pip mirándola a los ojos—. Ahora tienes a Gerard, te sentará bien trabajar de nuevo y ocuparte de los heridos, como hiciste en el

hospital de sangre.

Claudia sigue con su mirada vacía y Pip mira triste a Gerard, mientras, éste coge de lado a Pip y le susurra al oído:

—Volveremos al Hospital de Valdediós, allí tengo un amigo que es doctor en Psiquiatría, y la ayudará. Parece que ha caído en un grave estado de *shock* después de todo lo que le ha pasado, así que espero que la ayude, aunque no a olvidarlo sí a superarlo.

Pip localiza a una de las criadas de la embajada para que fuera a buscar al chofer de la misma.

—Dígame, señora Priscilla, ¿en qué la puedo ayudar?

—Lleva a mis primos a Villaviciosa, una vez allí te guiarán hasta donde desean hospedarse.

— ¿Pero y tú?

—El viaje sólo durará unas horas, yo puedo esperarme aquí un día más.

—Muchas gracias, no sabes lo agradecidos que estamos contigo.

Cogen dos maletas que ha conseguido Pip en la embajada, con ropa dentro para ambos, y las ponen en la parte trasera del coche. Gerard abraza a Pip y seguidamente ésta coge a Claudia abrazándola muy fuerte, pero nota que ni apenas la acoge con los brazos por la espalda. Sin darle importancia, le da un beso en la mejilla, ante lo que resta inexpresiva, y la ayuda a sentarse en el asiento trasero del coche. A su lado se sienta su marido, que la coge de la mano.

—Espero veros muy pronto, cuídala mucho.

—No la dejaré ni un instante.

Pip ve marchar el coche, que se dirige hacia Asturias.

## Sevilla

—Mi teniente, todavía no se sabe el paradero de Gerard Barrat Ulldemolins —dice el cabo Tena, quien tiene la misión de buscarlo y apresarlo.

El teniente coronel Mario todavía no ha olvidado ni quiere perdonar al último de los que asesinaron a su hijo, y como prueba, el anillo que tiene en su poder. Acusa de ello a Gerard y no parará hasta poder encontrarlo y despellejarlo vivo.

—Colaboración es lo que necesito. Hay que remitir una carta con el nombre de ese malnacido a todos los sectores nacionales de cada provincia para que alguien pueda identificarlo.

## Hospital de Valdediós

Después de casi cuatro horas de viaje, por fin llegan al hospital. Durante el trayecto, Claudia no ha hablado nada con Gerard y éste la ayuda a bajar del coche. Él nota cómo Claudia le aprieta la mano fuertemente mientras este se despide del chofer.

Dentro del hospital una secretaria llamada Maribel ve entrar a Gerard y, con una alegría enorme, se acerca a él.

— ¡Dr. Barrat!, ¡Dios mío!, qué alegría verle.

—Hola, señorita Maribel. Como verá estoy bien, necesito saber si están el enfermero Emilio Montoto y el doctor Terrás.

—Sí, el doctor Terrás está en su despacho de siempre y Emilio debe de estar atendiendo a unos cuantos heridos que llegaron esta pasada madrugada.

—Muchas gracias, Maribel, me alegro de verla.

Los dos llegan al despacho y Gerard llama a la puerta.

—Pasen, por favor —contesta el doctor.

Éste, sorprendido al ver a Gerard, le abraza.

— ¡Emoción enorme es lo que siento, compañero!

Emilio entra en el despacho, ya que le avisó la secretaria de que su amigo había venido al hospital.

— ¡Gerard!... —abrazándole muy fuerte—, te dije que vendrías —mirando a la joven bella que tiene a su lado, quieta y sin sonreírle—, ¿y ella es tu esposa, Claudia?

—Sí —mirando a sus dos amigos—, estábamos en Guernica cuando fue arrasada por cientos de bombas expulsadas por decenas de aviones que no cesaban de volar por encima de nosotros. Seguro que os habréis enterado por la radio, en ese ataque, desgraciadamente, perecieron su abuela, su madre y su hermanito. Está en estado de *shock* desde que los enterramos y por ello, gracias a una prima lejana de Claudia, lograron traernos en coche hasta aquí desde Bilbao. Necesito tu ayuda — Le pide Gerard al doctor Terrás.

Emilio y el doctor Terrás se quedan pálidos:

— ¡Y la tendrás! —Exclama contundente—, Claudia, ¿quieres supervisar este hospital?

Ella solo le mira, se gira hacia Gerard y entonces, ante el asombro de éste, Claudia asiente con la cabeza.

—Os buscaremos un lugar donde podáis vivir en Villaviciosa para poder

quedaros a trabajar aquí.

Gerard abraza de nuevo a sus dos amigos.

—Doctor Barrat —dice Terrás—, mañana empezará ya en el hospital. Ella necesitará de unos días, tráigala mañana a mi despacho con usted y empezaré una primera sesión con ella. En cuanto esté mejor, Emilio le enseñará todo el hospital y cuando quiera empezar a trabajar ya lo dirá.

Tras unos días de terapia con el doctor Barrat, Claudia empieza a comunicarse más con él y con su marido Gerard.

—Necesito empezar a trabajar.

—Esperemos unos días más, sabes que es muy duro lo que vas a ver y tienes que sentirte fuerte.

—Ya lo estoy.

—Nuestro mejor enfermero, Emilio, le enseñará todo el hospital y usted, como dama enfermera de primera clase, supervisará las labores de todos sus compañeros, además de prestar sus servicios en el quirófano junto con su marido.

—No le defraudaré, Dr. Terrás.

—No tengo la menor duda.

Por la noche, Gerard y Claudia están en la cama de una casa muy modesta que ha podido conseguirles el hospital.

—Me ha dicho el Dr. Terrás que estás avanzando mucho en las terapias.

—Me hace recordar muchas cosas desde lo de Somiedo... pero sí, la verdad es que encerrándome en mí misma no hago bien a nadie... y a ti, que me quieres tanto, es al que más daño hago, y no te mereces verme hundida.

—Mi amor, estás pasando por una depresión y es lógico, lo entiendo.

Entonces, Claudia le mira a los ojos y se acerca a sus labios dándole un beso.

—Necesito preguntarte lo que hasta ahora no he podido hacer, solamente si quieres, quiero que me cuentes qué te pasó después de que te dejaran abandonada en medio del campo, ¿cómo lograste salir de allí?, ¿quién te ayudó?

—Griselda, una señora ya mayor lo vio todo desde la barraca donde vivía, muy cerca de allí.

Gerard, sobresaltado, se incorpora de la cama:

— ¿Cómo?, ¡no puede ser! —Pensando que era la misma casa a la que él acudió para pedir ayuda sobre su paradero—, yo estuve allí, antes de

Navidad. Llamé a la puerta y una señora con el pelo blanco recogido y vestida de negro con un delantal gris negó conocer a la joven de la foto, que eras tú.

—Tal vez no me reconociera, estaba tan demacrada que no tenía nada que ver con la Claudia de la foto —Ella misma le quita importancia al asunto.

— ¡No, Claudia!, cuando acabe esta maldita guerra iremos a visitarla y tendrá que darme explicaciones, ¡por todos los santos!, y pensar que estuve a unos metros de ti y hubiera podido llevarte conmigo.

—Los nacionales ya tenían Somiedo en sus manos y Griselda debería temer que dieran conmigo. Es una buena señora y me alojó en su casa por nada, me cuidó, me curó, su hija también, y me ayudaron en el parto.

Gerard se levanta y Claudia ve que del interior de su chaqueta saca lo que parece ser un pequeño libro, se vuelve hacia ella y se lo da. Ella está emocionada, es su diario, el que le regaló su hermana María Cristina.

— ¿Cómo has podido conseguirlo?

—Le envié una carta a tu prima Pip para decirle que estaríamos un tiempo aquí en Valdediós, y le pedí que si podía conseguírmelo a través de unos contactos que ella tiene. Fueron a tu casa y me envió el diario en un paquete a nombre del doctor Terrás, él ya estaba avisado, claro. Tu prima me envía muchos abrazos para ti. Le dije que ibas mejorando cada día más.

Claudia abraza a Gerard mientras aprieta en su mano el diario.

—Mañana mismo empezaré a escribir, el doctor dijo que sería bueno plasmar mi historia en un diario.

Abrazados en la cama cierran sus ojos y se quedan dormidos.

### **3 de junio de 1937**

Un avión pilotado por el general Mola, un *Airspeed Envoy*, se estrella en una colina de la localidad de Alcocero durante un temporal mientras regresaba a Vitoria. La muerte, tanto de Sanjurjo como de Mola, favorece a Franco al no tener ya rival. Éste se queda como único líder indiscutible de los militares golpistas. Bilbao cae definitivamente el diecinueve de junio. Franco le concede al general Mola la Gran Cruz Laureada de San Fernando el mismo día de su muerte.

### **20 de octubre de 1937**

Claudia, Gerard y todo el personal del hospital, enfermos y heridos en

combate, han tenido que abandonarlo para trasladarse al monasterio cisterciense de Valdediós, que ha sido habilitado por las autoridades sanitarias republicanas como hospital. Emilio, el enfermero, necesita hablar con el doctor Cañizares, uno de los médicos que ya asistía en el monasterio, para que le diga el tratamiento que le tiene que poner a uno de los enfermos. La puerta no está cerrada del todo y antes de entrar le escucha hablar por teléfono nombrando a Gerard, por lo que se queda allí mismo escuchando lo que está diciendo de su amigo y por qué motivos está hablando de él.

## Sevilla

—Muchas gracias, mantenme informado de todos sus pasos —dice satisfecho Mario.

El teniente coronel envía un telegrama al IV Batallón de Montaña de Arapiles nº 7 diciendo que le avisen en cuanto entren en la zona de Villaviciosa, para estar junto a ellos...

«Ya te tengo, *hijo de perra*».

## Monasterio-Hospital de Valdediós

Emilio va por el pasillo de piedra del monasterio corriendo. Desesperadamente, va en busca de Gerard y Claudia para decirles lo que ha escuchado por casualidad hace apenas un momento cuando de pronto logra verlos en los jardines del monasterio.

— ¡Gerard!...

— ¿Qué te pasa, Emilio?, ¿por qué vienes corriendo?...

—Acabo de escuchar mencionarte por el doctor Cañizares al teléfono... decía que estabas aquí, que era la oportunidad de poder arrestarte, hablaba con el teniente coronel González —dice Emilio nervioso.

— ¡El padre de Salvador! —Señala asustada Claudia—, veo que todavía no nos ha perdonado que su hijo y yo rompiéramos la relación y me casara contigo, Gerard.

—No me gusta la idea de podernos encontrar cara a cara, tendremos que marcharnos de aquí.

— ¿Y a dónde iremos?

—Hay un lugar adonde ir, mi primo nos ayudará, esta noche mientras duerman todos nos iremos... Tú, Emilio, debes vigilar que el doctor Cañizares

duerma y no se percate de que nos hemos marchado, o puede haber problemas...

Claudia se viste con la ropa que en su día le compró su prima Pip, y junto con Gerard se despiden de su amigo. Sólo él sabe que se marchan y salen del monasterio subidos a dos burros a la una de la madrugada, guiándose por la luz que emana la luna llena hacia Cataluña.

Aunque Emilio también puede avisar a todos sus compañeros y abandonar el hospital antes de la entrada de los nacionales, el sentimiento ético profesional «El deber de cuidar», así como el cumplimiento con su obligación como funcionario de la Consejería de Sanidad es más fuerte. Bajo ningún concepto piensa que él, sus compañeros y los enfermos puedan correr peligro, ya que están desempeñando su profesión y les ampara el Convenio de Ginebra para el Mejoramiento de la Condición de los Heridos y Enfermos de los Ejércitos en el Campo de Batalla.

## 27 de octubre de 1937

La VI Brigada se establece a lo largo y a lo ancho de la carretera que va de Oviedo a Villaviciosa. La primera Agrupación se sitúa en Valdediós y en pueblos inmediatos. En el monasterio se establece el IV Batallón Arapiles 7.

La Agrupación llega a Valdediós hacia las tres de la tarde.

El doctor Cañizares y Emilio los reciben continuando sus funciones en el hospital-monasterio. A las nueve de la noche ven llegar a un hombre vestido con un traje negro y corbata. Es el teniente coronel González, así se presenta, no va vestido de uniforme militar, cosa que ellos extrañan...

— ¡Que salga todo el personal! —grita Mario para que pueda ser escuchado por todos los trabajadores.

Van saliendo uno por uno, a veces dos a la vez.

—No podemos dejar desatendidos a los heridos —comenta Emilio mirando al teniente coronel.

Éste lo ignora y ve que faltan dos personas.

— ¡Gerard Barrat Uldemolins!, ¡salga ahora mismo! ¡Claudia Romo Mendizábal!, ¡salgan o mataré a sus compañeros! —grita agresivo Mario.

— ¡No están! —le dice Emilio, mirándolo directamente a sus ojos.

— ¿Cómo?, ¿qué me estás diciendo, *hijo de perra*?

—Tuve la suerte de escuchar cómo el doctor Cañizares —Emilio gira la cabeza hacia la derecha para mirarle y éste retorna la mirada enfurecido—,

hablaba de Gerard y se lo conté; hace más de doce horas que se marcharon, no lo alcanzará —sonríe satisfecho.

Mario, cabreado, coge su fusil alemán *Kar-98* y le asesta con la culata un golpe en la cabeza, tras lo cual cae Emilio aturdido al suelo.

— ¡Eres un *hijo de puta!*, antes de matarte espero que sufras con esto — Mario saca una hoja arrugada de su bolsillo, que al parecer contiene los nombres de los trabajadores que hay en el hospital—, ¡haga un paso adelante, David Cueva!

Éste, temblando de la cabeza a los pies, es un enfermero más. De repente, todos los soldados que están delante de él se ponen a reír, ya que ven cómo su uniforme blanco empieza a mojarse, y es del miedo que tiene. Se ha meado encima.

—Dale las gracias a tu amigo —Mario le apunta en la cabeza con su fusil y le asesta un tiro en medio de los ojos, haciéndole estallar la cabeza, salpicando con trozos de cráneo, cerebro y sangre a los compañeros que están a su lado—, si no me dices dónde se han ido mataré a otro...

—No sé a dónde se han marchado, no lo quería saber, por favor, usted está violando los derechos sobre el Convenio de Ginebra —dice nervioso Emilio.

—Oliva Fernández, un paso al frente.

Ésta da un paso adelante y cae inconsciente al suelo, se ha desmayado del miedo. Mario coge de nuevo el fusil y le dispara en la cabeza, tal como hizo con David. Sus compañeros miran horrorizados lo que está haciendo ese hombre.

—Hace un año, vosotros, los rojos republicanos de mierda, asesinasteis a mi hijo y a todo el personal del hospital de sangre de Somiedo.

—Nosotros no fuimos, quien lo hizo ya pagó por ello.

—¡No es verdad!, Gerard también estuvo involucrado porque encontré su anillo allí mismo en las fosas donde estaban enterrados —sin dejar de seguir hablándole a Emilio, Mario hace un gesto con la mano a sus soldados para que arresten a los hombres—. Ellos que empiecen a hacer fosas; y vosotras, las chicas, podéis empezar a hacernos la cena para todos nosotros, ¡y poned algo de música en el gramófono! —riendo fuera de sí un trastornado Mario.

Emilio, junto con sus demás compañeros cava veinte fosas, saben que son para ellos, pero ya nada pueden hacer. Mientras va anocheciendo, oyen música, y un sacerdote al que apenas han visto un par de veces los bendice a todos ellos. Entrando en el monasterio ven que las enfermeras están siendo brutalmente violadas por soldados, al igual que pasó en Somiedo. Ellas,

desnudas, lloran de dolor; unas son desgarradas por la vagina; otras, desgarradas por el ano, sangrando sin parar, pero aun así son penetradas una y otra vez, pasando por varios soldados nacionales.

Algunas son lavanderas, otras cocineras y las demás enfermeras. Unas mueren allí mismo desangradas; otras se desmayan; mientras que otras intentan defenderse de ellos arañándolos o mordiéndoles el miembro viril cuando éstos, con su pene erecto, quieren que se lo chupen.

— ¡Basta ya! —Dice Mario—, echadlos a todos en las fosas.

Los soldados se visten y junto con los otros que vigilan a los hombres que han acabado de hacer las fosas los empujan a las mismas. Se oyen lamentos y sollozos. Emilio, que también está en el interior de la fosa, ve caérsele encima a una enfermera, Rosa se llama. Él tan solo puede pensar en su mujer y en su hija mientras cierra los ojos...

Mario coge su fusil y situándose junto a todos los demás soldados da la orden:

— ¡Disparad a la cabeza! ¡Yaaa!...

No son veinte los cuerpos a los que disparan, sino diecisiete. No había más. Unas cuantas mujeres habían fallecido desangradas mientras eran violadas.

Mario se marcha de nuevo a Sevilla, exigiendo a sus cómplices que le mantengan al día si llegan a descubrir el paradero de Gerard y Claudia.

## Capítulo 40

### John

En 1908 en la ciudad de Brooklyn nacía John Wood, en la calle *93rd*, 225. Fue su propio padre, Michael Wood, quien le ayudó a dar a luz a su madre, Angela Wood. Vivió una infancia muy feliz, fue hijo único y tuvo muchas comodidades. Sin embargo, sus padres le inculcaron que tenía que ser

solidario y todas las Navidades compartía sus regalos con otros niños desfavorecidos. Junto con sus padres iba a un orfanato de Nueva York y dejaba allí casi todos los juguetes que recibía de Nochebuenas anteriores.

También era buen estudiante: se sacó con matrícula de honor primaria, secundaria y bachillerato. Después, entró a estudiar Medicina en la universidad más cara de los Estados Unidos, Harvard.

Se licenció en Cirugía en 1935 y dos años más tarde los norteamericanos crearon el American Hospital Group, partiendo posteriormente hacia España para ayudar a los republicanos.

Llegó un numeroso contingente compuesto por ciento diecisiete sanitarios, médicos y enfermeras. Trajeron consigo ambulancias, quirófanos y material sanitario en grandes cantidades al mando del doctor Barsky, el doctor Wood y la enfermera jefe Ave Bruzzichese. Intervinieron en las batallas de Teruel, y posteriormente montarían varios hospitales de sangre, uno en Vinaroz y otro entre Amposta y San Carlos de la Rápita, ante la próxima entrada de los nacionales para hacerse con Valencia y Barcelona.

John tuvo la suerte de que pudieran contar, en el American Hospital Group, con la colaboración de una pareja española de casados. Residían allí mismo: él, cirujano y ella dama enfermera, llamados Gerard y Claudia, que además pudieron hacerles de intérpretes con muchos enfermos.

## **5 de noviembre de 1937**

Cansados y sucios, llegan finalmente a la barraca de su primo Emilio, pero nadie contesta, parece ser que el lugar está abandonado y Gerard recuerda que le dijo que buscara una masía en las afueras del pueblo de Amposta. Media hora después, cuando llegan al pueblo, tienen la suerte de encontrarse con mucha gente: es día de mercado y empiezan a preguntar si conocen a Emilio Chimeno o a Victoria Reverté, su esposa.

Tras varios intentos fallidos, consiguen que una mujer les diga dónde viven:

—En las afueras, en una casa de madera. Pasado ese puente largo colgante de ahí —les señala la señora por dónde tienen que ir— verán un campo enorme de arrozales, es de ellos. Para llegar hay un camino estrecho en el que apenas puede pasar su carro y sus dos caballos.

—Soy primo de Emilio, ¿sabe? Muchas gracias por ayudarnos.

—De nada.

Cuando pasan por el puente colgante montados en sus burros, observan

maravillados el río Ebro a ambos lados, donde apenas a unos kilómetros desemboca en el mar Mediterráneo.

Próximos a la masía, Gerard ve a su primo labrando, y a su mujer al lado, todavía no se han percatado de su presencia.

— ¡Emilioooo! —Este se gira.

— ¡Victoria, es mi primo Gerard! —le dice Emilio a su mujer sonriendo de oreja a oreja, embarazada ésta de cinco meses.

Ambos primos se abrazan, y posteriormente Gerard le presenta a su mujer.

—Ella es Claudia, por fin la conocéis.

—Nos alegramos mucho de que al final estéis juntos.

Entrando en la masía, abraza a su tía Mercedes, ya muy mayor y cansada, sentada en una mecedora de paja, luego ve a los niños, la mayor *Victorieta*, jugando con sus dos otras hermanas más pequeñas, Teresa y *Milieta*.

—En abril volveremos a ser papás —Emilio acaricia la barriga de Victoria.

—Muchas felicidades —responden a la vez Gerard y Claudia.

—Me enteré por la radio que Guernica había sido bombardeada y recé para que todavía no hubieras llegado.

—Llegué el mismo día del bombardeo, Claudia junto con una amiga también se pudieron salvar. A ellas las cogió en pleno mercado, con cientos de personas, pero su abuela, su madre y su hermanito no lograron salir con vida de esa catástrofe.

—Lo siento mucho, Claudia —comenta Victoria.

—Muchas gracias, ahora ya me encuentro bien, pero fueron unos meses terribles para mí.

—Necesitamos que nos cobijéis hasta que encontremos un sitio donde podamos vivir, o nos vayamos a ayudar a algún hospital cercano.

—Claro que sí, podéis dormir en la cama de *Victorieta*, ella dormirá con nosotros. He oído rumores de que unos americanos instalarán por aquí cerca hospitales de campaña para cuando entren los nacionales, yo de ti iría al Ayuntamiento a preguntar.

La hija mayor prepara la mesa y todos se sientan a comer.

Al día siguiente, Gerard va al Ayuntamiento y se alista como médico cirujano para cuando sea necesario, interesándose por los americanos. A falta de que aún se lo confirmen, decide ayudar a su primo en el campo de arroz.

Claudia consigue, como dama enfermera de primera clase, asistir a las parturientas de Amposta y alrededores.

**10 de enero de 1938**

Pasadas las fiestas navideñas instalan un hospital de campaña a las afueras de Amposta. Hay un total de veinte sanitarios norteamericanos, entre ellos cirujanos y enfermeras.

Gerard recibe del Ayuntamiento una carta notificándole que se persone en dicho hospital lo más brevemente posible.

Claudia y Gerard se presentan juntos en el hospital y les recibe un médico que habla un pésimo castellano.

—*Ser* John Wood, ¿ustedes?

—Permítame que me presente, me llamo Gerard Barrat —hablando despacio para que el norteamericano le pudiera entender bien—, soy médico cirujano y ella es mi esposa, Claudia, dama enfermera de primera clase.

John se queda fascinado mirando la belleza de Claudia, tenía entendido que las españolas eran todas de piel morena, de ojos y pelo negros, pero estaba equivocado.

—Encantado, señora —comenta, besando la mano de Claudia.

—Muy agradecida.

—Está bien, os podéis quedar a trabajar con nosotros. Nuestros pacientes serán enfermos que no puedan asumir en Gandesa, Tortosa o Vinaroz —dice John con su pronunciación inglesa—, serán guardias de veinticuatro horas, con descanso al día siguiente.

—¿Cuándo podemos empezar?

—Mañana mismo.

## **Capítulo 41**

### **Batalla en el Ebro**

La batalla de Teruel muestra las debilidades del ejército republicano, lo que induce a Franco a posponer definitivamente el ataque a Madrid para en su

lugar lanzar la ofensiva de Aragón contra Cataluña y Valencia. El ataque comienza al sur del río Ebro el nueve de marzo, donde el frente se derrumba ante la gran concentración de fuego artillero y de aviación por parte de los sublevados.

En el Hospital Group no paran de recibir malheridos. Gerard y Claudia están exhaustos ante la avalancha de soldados que les viene y la que está por venir.

—Al parecer está más cerca de lo que nos creíamos, los nacionales quieren entrar por el puerto de Vinaroz y llegar a Barcelona por el Ebro en Amposta —dice Gerard mirando a John, con quien se ha hecho muy buen amigo.

—Tenemos que salvar a todos los que podamos, no podemos dejar que se mueran, tienen familia y estarán esperándoles en sus casas a la espera de que esta maldita guerra acabe de una vez —cuenta John con un castellano mejorado.

Claudia lleva todo el uniforme de la Cruz Roja manchado de sangre, así como su cofia. Ella está en el quirófano colaborando con otros médicos amputando brazos, piernas, y reconstruyendo muñones a los soldados.

## **10 de marzo de 1938**

—Claudia, tenemos que ir al pueblo a buscar provisiones, nos estamos quedando sin material de curas y han llegado de América, tenemos que ir a buscarlas al Ayuntamiento —le dice Ave, la enfermera jefe americana.

Claudia se pone un uniforme limpio, su capa azul, su cofia con la marca de la Cruz Roja y con la ambulancia se marchan hacia Amposta, pasando por el puente colgante.

—La calzada está formada por un forjado de hormigón armado de doce centímetros de canto, sobre el que se disponen losas de asfalto comprimido de cuatro centímetros de espesor. Los andenes son proyectados con chapa estriada de siete milímetros de espesor —les cuenta a las enfermeras, Isidoro, el chofer de la ambulancia—. Ribera fue el primer ingeniero del mundo en emplear el hormigón armado en estos cajones hincados, y así el puente finalmente se inauguró en 1919.

—Es precioso, me encanta pasear con mis sobrinas y ver el largo río Ebro —comenta sonriente Claudia.

Una vez han llegado al Ayuntamiento y mientras ponen todo el material en la ambulancia, oyen cómo un hombre grita el nombre de Claudia.

— ¡Es Emilio! —grita al ver que se le acerca corriendo.

— ¡Claudia!, está a punto de nacer, Victoria tiene muchos dolores y dice no poder moverse, que lo siente salir —manifiesta cansado y nervioso—. Marieta, la comadrona está atendiendo a otra que también está pariendo, me dijo que te buscara, que te había visto en la ambulancia.

—Vamos, no perdamos el tiempo, Isidoro, por favor, llévanos a su masía, cogemos a Victoria y la trasladaremos al hospital, yo te indico dónde está una vez pasado el puente colgante.

De repente oyen volar unos aviones por encima, Isidoro empieza a acelerar nervioso...

— ¡Oh, no!, la aviación al servicio del Ejército Nacional ha llegado a Amposta.

Claudia está horrorizada, vuelve a oír la sirena en el pueblo, está volviendo a vivir la barbarie que sufrió en Guernica y Emilio la coge en sus brazos para protegerla. Cuando ya están próximos al puente, oyen un gran estruendo detrás de ellos, uno de los aviones lanza una bomba a unos quinientos metros detrás de la ambulancia. La gente, a quien les ha cogido desprevenidos, corre sin parar hacia las zonas de refugio. Una vez ya han pasado el puente, otra bomba cae justo allí, destrozándolo. Miles de trozos de piedra caen al río, cientos de cuerdas de metal se disuelven ante la alta temperatura de las llamas de la propia bomba. El puente colgante ha quedado destruido. Los cristales de las ventanas de la ambulancia estallan en mil pedazos ante unos asustados Emilio, Claudia, Isidoro y Ave, a los que les llegan a alcanzar algunas minúsculas astillas de vidrio en la piel descubierta, en la cara y en las manos; las cuatro ruedas también revientan. Por segundos han podido salvarse, pero seis personas no han tenido tanta suerte en su intento de llegar al otro lado del puente colgante y han perecido.

— ¡Bajad todos de la ambulancia, tenemos que salir corriendo!

— ¡Allí está! —exclama temblorosa Claudia señalando la masía de Emilio.

Al parecer los aviones se han ido del pueblo, han dejado de bombardear Amposta y no se divisa ninguno en el cielo.

Entrando oyen a Victoria gemir de dolor, las niñas están a su lado, asustadas por el ruido de las bombas, temiendo que puedan destrozarse su casa.

—No temáis, ya se han ido —Emilio abraza a sus hijas.

Claudia, coge agua que había puesto a hervir y una toalla, se acerca a Victoria.

—Empuja, cariño, empuja, ya veo la cabecita del bebé... lo estás haciendo

muy bien, empuja...

Isidoro, que está fuera de la casa, ve llegar otra ambulancia; y de ella, bajar a Gerard nervioso y desesperado junto con John.

— ¿Estáis bien?

—Nos hemos salvado por los pelos, tan solo un segundo después de pasar el puente cayó una bomba encima de él.

— ¿Y mi esposa?

—Está dentro, la mujer de tu primo está pariendo.

Gerard suspira tranquilo al comprobar que Claudia, serena, está ayudando a dar a luz a Victoria. Ésta se gira, llena de gotas de sudor por toda la cara, y mira a Gerard sonriéndole...

— ¡Es un niño! —Dice emocionada Claudia, mirando a las niñas—, tenéis un hermanito. Victoria, exhausta, coge a su hijo de las manos de Claudia y se lo pone encima del pecho. Emilio se acerca junto a ella y sus hijas besando a Victoria en la frente, mientras, *Victorieta*, Teresa y *Milieta*, observan al recién nacido.

Gerard coge a Claudia y la abraza fuertemente sin parar de pensar que ha estado a punto de volver a perderla.

—Tenemos que curarnos, las ventanas de la ambulancia reventaron y pequeños cristales nos han hecho cortes.

Claudia sangra levemente en la mejilla derecha, mientras que Ave, Emilio e Isidoro tienen pequeños cortes en las manos y también en la cara.

— ¿Cómo le vais a llamar?

—Le llamaremos José María... o Pepito —afirma Victoria mirando a Claudia—, muchas gracias Claudia por tu ayuda.

—No tienes por qué dárme las, lo has hecho genial, por fin un niño en la familia.

Gerard abraza a su primo Emilio, orgulloso éste de que por fin tenga un varón en la familia después de haber tenido tres niñas.

A principios de abril las tropas nacionales llegan a Lérida y establecen cabezas de puente en Balaguer y Tremp. Una vez alcanzadas esas posiciones, Franco descarta dirigirse hacia Barcelona y opta por avanzar hacia el Mediterráneo, al sur de la desembocadura del Ebro, objetivo que alcanzan el quince de abril al llegar a Vinaroz, con lo que la zona republicana queda dividida en dos.

Ese mismo día, once *Savoia-Marchetti S.M.79* bombardean intensamente

Tortosa para destruir los puentes del río Ebro y cortar así la retirada del ejército republicano, por ser un nudo de comunicaciones importante con Valencia.

El 18 de abril, ante el avance enemigo, los republicanos destruyen los dos puentes (el de ferrocarril y el de la carretera) y la ciudad se convierte en frente de guerra. Entre su guarnición hay internacionales de la 45.<sup>a</sup> División republicana.

El 25 de julio, junto con numerosos integrantes internacionales de la XIV Brigada franco-belga, intentan cruzar el río por Campredó, utilizando veinte barcas, mientras que otros cruzan a nado, formándose una pequeña cabeza de puente entre el Ebro y su acequia lateral. Reforzada con tropas de la doce y la ciento treinta y nueve brigadas, resistirán hasta la caída de la tarde, cuando se ordena su repliegue debido al fuerte hostigamiento sufrido. Las tropas que operan en Amposta rechazan las bombas de mano y ametralladoras enemigas, y son hundidas algunas barcas. Los regulares marroquíes que se encuentran al otro lado les obligan a retroceder, provocando más de seiscientos muertos.

Cataluña también es bombardeada en junio y julio mientras se desarrolla la ofensiva del Levante hacia Valencia.

## **Enero de 1939**

En el hospital de sangre, ubicado en el Hotel Palace, necesitan refuerzo médico y personal sanitario cualificado, así que John, junto con unos veinte sanitarios más, es destinado a Madrid, la única ciudad que todavía no ha sido asediada por los nacionales. Gerard ha sido invitado por John, pero no se va solo. Claudia la acompañará, embarazada de cinco meses...

## Capítulo 42

### El fin de la guerra

20 de marzo de 1939

Claudia está cansada. No quiere dejar de realizar sus tareas, pero su enorme barriga de ocho meses de embarazo le imposibilita hacer trabajos que hacía cuando no lo estaba, y Gerard, siempre que puede, está junto a ella en el hospital. Esa mañana, una señora vestida de uniforme pregunta en la entrada a una secretaria por la dama enfermera Claudia y el doctor Barrat.

—Dígame su nombre, señorita.

—Soy su prima, dese prisa, por favor —dice con angustia Pip.

Al cabo de unos minutos, ambos se presentan ante ella, y Pip se abraza a Claudia fuertemente mientras le toca su vientre. Ya sabía de su embarazo en la última carta que le envió. Seguidamente se abraza a Gerard.

— ¡Van a entrar! —Les advierte Pip—, no podía enviaros una carta. En pocos días Franco entrará en Madrid y he venido porque Mario se ha enterado de que estáis aquí en el Hotel Palace.

— ¿Pero cómo puede saberlo? —pregunta nerviosa Claudia mientras coge la mano de Gerard.

— ¡Espías, prima! ¡Espías! Estaba en Cartagena, en el hospital de sangre y ha sido una masacre... no sabes la de muertos que ha habido. Bueno, allí, por casualidad, estaba el teniente coronel González, al que le curaban una herida superficial, y fue informado por un médico de que estabais aquí. Trabajó con vosotros, se puso muy histérico, destrozó todo lo que había, pero no se percató de mi presencia, y seguidamente dejé el puesto y cogí el coche para venir a

avisaros.

Claudia y Gerard se miran, tienen que hacer algo al respecto, pero ¿dónde esconderse?

—Yo os puedo ayudar —dice John, que ha escuchado la conversación.

— ¿Cómo nos puedes ayudar?

—En Gandía partirá un buque británico hacia Marsella, y desde allí vendréis conmigo a Nueva York, una nueva vida... Os daré trabajo, tendréis comodidades y vuestro bebé nacerá libre de guerra.

— ¿Cuándo sale el buque?

—El día veintiocho, hay que prepararlo todo y abandonar Madrid ya.

—Os llevaré yo misma con mi coche —se ofrece Pip.

— ¡No, Claudia! —Niega tajante Gerard ante la mirada asustadiza de ambas—, tengo que enfrentarme a ese hijo de mala madre.

—Si te quedas, te matarán, irás a prisión y después te fusilarán —afirma Pip, intentando convencer a Gerard—. Franco ganará la guerra, tengo entendido que el coronel de Caballería Casado está en negociaciones con Franco para la rendición, no podrás hacer nada, ¿quieres vivir así?, ¿no ha pasado bastantes desgracias tu esposa? ¿Tengo que recordártelo? —dice llorando y suplicando a Gerard, mirando a su prima.

— ¡No sigas, Pip! Claudia —cogiéndola de los hombros—, vamos a casa y recojamos lo que necesitamos, nos vamos de España.

—Muy bien, avisaré al buque británico —señala John.

## **28 de marzo de 1939**

### **5.00 h**

Claudia y Gerard, en el asiento de atrás; John, de copiloto; y Pip, conduciendo, viajan hacia Gandía durante toda la noche para poder estar allí a las tres de la tarde, hora de la salida del buque británico hacia Marsella.

— ¿Lleváis los documentos? —dice John.

—Sí —contestan a la vez los dos.

— ¿Qué pasará contigo, Pip? —pregunta Gerard.

—Seguramente después de la guerra regrese a casa y me dedique a estudiar Enfermería. Ahora, de momento, estaré hospedada en casa de Ataúlfo...

—explica mirando a Claudia.

— ¿Va todo bien con él? —pregunta susurrando Claudia.

Pip niega con la cabeza.

—Parece ser que después de estos dos años aquí en España ni tan siquiera muestra anhelo por mí. Al parecer quiere a otra, tengo entendido que se va a casar. Vaya, rumores que una escucha...

—Lo siento, prima.

—No lo sientas; él lo sentirá por dejar a una belleza como yo —ríe Pip.

El viaje transcurre con normalidad, y llegan al puerto de Gandía a las doce del mediodía.

— ¡Mirad! —Señala Gerard con el dedo a un hombre con gabardina y sombrero, casi tapándose el rostro, subiendo por la rampa del buque británico —, ¿no es ese el coronel Casado?

— ¡Sí, lo es!, eso significa que Franco está llegando a Madrid, y el coronel va a exiliarse —dice Pip, sorprendida.

—Es la hora de marcharnos —indica John.

Claudia, llorando, mira a Pip, y ésta le toca la barriga.

—Muchas gracias, prima, me has salvado dos veces la vida, te lo agradezco tanto...

—Cuida de Gerard y que seáis muy felices con el bebé que tendréis —Pip vuelve a abrazarse a ella muy fuerte y se marcha del lugar para que no la puedan reconocer e implicarla en la fuga de Gerard; sería para Franco una decepción y la culparía de espía.

Gerard y Claudia, antes de subir por la rampa hacia el buque, se abrazan.

— Nunca más volveremos a España.

—Nunca digas nunca jamás —abrazándose de nuevo, de pronto ambos oyen unos sonidos fuertes y ella siente una presión aguda, primero en el cuello y luego en la zona del brazo. La cara de Gerard se llena de sangre, pero no es de él, sino de ella...

Gerard no puede creer que está viendo, su mujer está sangrando en la parte del cuello y del brazo, sus ojos se cierran lentamente.

— ¡Claudia! —grita horrorizado Gerard. Su mujer acaba de ser alcanzada por un par de balas y se gira hacia donde provienen los disparos. A escasos metros delante de ellos distingue al teniente coronel Mario González...

## **Horas antes...**

El coronel, estando en Cartagena, recibe una llamada del hospital de sangre del Hotel Palace.

—Acaban de huir —dice Marta, una enfermera, otra espía más que se hizo

amiga de Claudia—, mañana zarpará un buque británico a las tres de la tarde del puerto de Gandía.

—Muchas gracias. Ha hecho muy bien su trabajo.

Mario, con un grupo de soldados, se marcha hacia Gandía con un camión militar, llevando consigo la orden de arresto contra Gerard Barrat Ulldemolins y Claudia Romo Mendizábal...

## **Puerto de Gandía**

Mario, con el fusil preparado, llega en el momento en que están empezando a subir por la rampa. Con su fusil apunta a la cabeza de Gerard y, recordando a su hijo, no puede evitar disparar, pero en ese momento Gerard se agacha para abrazar a Claudia, la bala impacta en el cuello de ella y una segunda en el brazo, tras lo que queda inconsciente en los brazos de Gerard.

Mario sale de su escondite hacia ellos con sus soldados, con un papel en la mano:

— ¡Alto ahí!, ¡Gerard Barrat, Claudia Romo, están ustedes detenidos! — Los demás soldados les apuntan con los fusiles—, no disparéis más hasta nueva orden.

John, que está subiendo la rampa, observa horrorizado toda la escena que apenas dura unos segundos y corre a socorrer a Claudia.

— ¡Sube, Gerard! —grita John, que tiene cogida a Claudia por los brazos, todavía sangrando e inconsciente.

— ¡Teniente Coronel!, ¿les disparamos? —pregunta un soldado.

— ¡*Nooo!*, desde allí arriba nos están apuntando, ella ya no nos interesa, debe estar muerta —sostiene Mario mirando luego a Gerard— ¡Si subes a ese barco te dispararemos!

Desde el buque, varios hombres están apuntando con su pistola a los soldados que van con Mario, por si tuvieran la idea de subir.

— ¡No disparéis! —Ordena el capitán del buque británico a sus hombres—, ese coronel lleva una orden de arresto en sus manos, o al menos eso parece.

Gerard está confundido y, manchado de la sangre de su esposa, levanta los brazos y mira a John.

— ¡Sálvalos la vida! —le grita mientras se va acercando a Mario.

—Ya te tengo, *maldito hijo de perra* —le dice Mario mientras le ata las manos a su espalda y llegan a la camioneta lejos del buque—, ¡apaleadlo!...

Éstos empiezan a pegarle puñetazos en la cara, le hacen saltar más de un

diente y sangrar por la boca. Le dan patadas en el vientre, en las piernas, los brazos, hasta que cae al suelo exhausto, dolorido e irreconocible, pero todavía consciente y pensando solo en su esposa.

«Vive, Claudia, y cuida de nuestro hijo», cerrando sus ojos pierde el conocimiento tras la última patada que recibe de un soldado en la cabeza...

Mario se lo lleva en el camión militar con destino a Madrid.

Una vez dentro del buque, un médico inglés llamado Brian y una enfermera inglesa llamada Susan guían a John, que lleva en los brazos a Claudia, sangrando todavía pero con pulso, hacia el botiquín. Cuando llegan al botiquín, la colocan encima de una mesa camilla y Susan empieza a desgarrar su uniforme blanco de enfermera manchado de sangre y dejando la herida a la vista. Con suero fisiológico empieza a limpiarle la herida y ven que en el cuello tiene mínimamente un roce de bala que no penetró, eso significa que es una simple erosión. No obstante, sí tiene una herida profunda en el brazo, pero la bala no se ha quedado dentro porque también tiene un orificio de salida.

— ¡Tenemos que pararle la hemorragia o perderá demasiada sangre y morirán tanto ella como el hijo que lleva en su vientre! —Dice nervioso John —, voy a cauterizarle la herida, enfermera Susan, prepáreme el instrumental mientras le acabo de limpiar bien la herida del brazo.

Delicadamente, entre la ayuda del doctor Brian y John finalmente logran controlar el sangrado y le cosen ambos orificios, el de entrada y el de salida de la bala. Claudia sigue inconsciente, su pulso es débil, pero están tranquilos porque todo ha ido muy bien y el feto tiene buen latido.

—Muchas gracias, habéis hecho una labor magnífica, compañeros, pero necesito que hagamos una última cosa —mirando a Susan—, quiero que prepares agujas, tubos y frascos, vamos a transfundirle sangre.

John se quita la camisa y se limpia el brazo con desinfectante, coge otra camilla del botiquín, se acuesta y empiezan con la transfusión. Parte de su sangre ahora es también la de Claudia.

Una hora después, Claudia está acostada en una cama situada en uno de los camarotes más grandes del buque, su color de piel ha vuelto a ser el que era, y está fuera de peligro.

Susan está a su lado en todo momento; en cambio John, que está todavía en el botiquín, recibe la visita del Capitán del buque.

— ¡Le ha salvado la vida a esta española! —exclama sonriendo el capitán.

—Temía por ella y por su hijo, que nacerá en breve, pero la transfusión la

ha ayudado más si cabe.

— ¿Ya hemos salido de España? —pregunta John.

—Salimos nada más subisteis al buque, temíamos que vinieran más sublevados y nos atacaran.

— ¿Sabe qué pasó con el chico que nos acompañaba?, ¿es el esposo de Claudia!

—Mis marineros dijeron que lo apalearon, y lo metieron en una furgoneta, pobre chico, Dios se apiade de su alma, pero mucho me temo que lo matarán.

John baja la mirada y mueve la cabeza pensando en cómo se lo dirá a Claudia en cuanto despierte...

Las tropas nacionales hacen su entrada en Madrid y rápidamente los sublevados en su ofensiva final ocupan prácticamente sin lucha toda la zona centro-sur, que había permanecido bajo la autoridad de la República durante toda la guerra.

El 1 de abril de 1939 la radio del bando rebelde «Radio Nacional de España» difunde el último parte de la Guerra Civil Española, que dice lo siguiente:

En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.

El Generalísimo Franco,

Burgos, 1 de abril de 1939

El 19 de abril de 1939 se celebra en Madrid el desfile de la Victoria presidido por el Caudillo. Antes de empezar la parada militar el general Varela le impone en nombre de la Patria a Franco la Gran Cruz Laureada de San Fernando, que tanto ha ambicionado desde sus campañas africanas y que tuvo que acabar auto otorgándosela en un decreto firmado por él mismo. El diario *ABC* de Madrid, al día siguiente titula así su crónica:

España, en el gran desfile militar ante el Caudillo, muestra al mundo el poderío de las armas forjadoras del nuevo Estado.

Gerard, solo, casi desnudo y desnutrido, está en un rincón de su celda, fría y sucia. Está malherido, sus contusiones no se han curado del todo y en su pierna derecha aún lleva una férula de madera. Todavía sigue confundido, piensa que está en un calabozo e ignora todavía que está en la cárcel Porlier de Madrid, a la espera de un juicio rápido en el que Mario espera ansioso que sea fusilado

por pena de muerte...

## Capítulo 43

### Adriana

El día que se proclama el fin de la guerra en España, Claudia despierta desorientada en el Clinique Bouchard de Marsella. Aturdida, ve a una joven que va vestida de uniforme y sale corriendo por la puerta blanca. Va mirando a su alrededor y descubre una habitación blanca, con apenas un armario, un gran ventanal con una cortina azulada y un palo a su lado, del que están colgadas unas bolsas con unos tubos a los que va siguiendo hasta ver que se unen a su brazo.

— ¡Gerard!

Al oírla entra John, que la encuentra un poco alterada:

— Tranquilízate, Claudia, ¡estás bien!

— ¿Qué ha pasado, John?, lo último que recuerdo fue un fuerte dolor en mi

cuello y en mi brazo cuando estaba abrazada a Gerard y nada más...

—Mario al parecer supo que ese día salíamos de Gandía, y al ver que estábamos a punto de embarcar apretó el gatillo de su fusil para disparar a Gerard —Claudia escucha a John aterrorizada, no puede creer lo que le está contando y brotan lágrimas de sus ojos—, pero debió fallar y te dio a ti.

— ¡Marta!, seguro que fue ella —mientras, mira triste a los ojos de John.

— ¿La enfermera?

—Sí, ¡no tuve que hacerlo!, pero cuando entró a trabajar hace dos meses me pareció una muchacha tan inteligente y lo daba todo con sus enfermos... no tuve que hacerlo, no tuve que hacerlo...

— ¿Qué hiciste, Claudia?

—Le dejé una carta en su mesita de noche antes de marcharnos, diciéndole que me iba para siempre, que salía de Gandía con un buque británico, pero no le dije el destino... ¡Marta!, ¿por qué me has traicionado? —Claudia sigue llorando mientras John, en un momento de cariño la abraza para consolarla.

— ¿Y Gerard... qué ha sido de él?

—Sólo sabemos que se lo llevó el teniente coronel González detenido, que lo metieron en un camión militar, pero no tenemos más noticias.

— ¡Dios mío!, que no le ocurra nada, no permitas que se mueran todos — implora, llorando mientras se toca la barriga.

—Intentaremos saber el paradero de Gerard tan pronto estés recuperada... intentaré localizarle, te lo prometo, pero hay una cosa, Claudia.

— ¿Qué más me puede pasar, John, qué más?

—Hoy han anunciado en la radio el final de la guerra en España, lo ha notificado el mismo Caudillo Franco; pero eso no es todo, hoy mismo también llegó una lista con los nombres de los que se tienen que repatriar a España para someterles a juicio por deslealtad a su patria, y tu nombre aparece en esa lista, pero la he roto, tenemos que irnos ya...

— ¿Y qué podemos hacer más?, al menos estaré con mi esposo —dice derrotada Claudia.

—No será así. Mañana saldremos en avión hacia Nueva York, allí te llevaré a un hospital hasta que tengas a tu bebé, pero vamos a necesitar material quirúrgico por si te pones de parto en el avión. En tu estado, no sería adecuado viajar a tantos metros de altura y con un viaje tan largo.

— ¡Gerard!, tiene que venir con nosotros.

—Tu marido estará detenido, no podemos hacer nada por él ahora mismo. Si te detienen a ti todo empeorará y a lo mejor te quitan a tu hijo.

Claudia escucha la barbaridad que le acaba de decir John y se abraza a él.

— ¡No me dejes sola!, no en esa ciudad tan grande.

—Claudia, no te dejaré sola —afirma John, mirando sus ojos azulados y llorosos.

— ¿Y mi uniforme?

—Sabía que lo preguntarías. Está envuelto en una sábana en el armario, y en el bolsillo también estaba tu diario.

—No lo tires, es lo único que puedo conservar de España, junto a mi hijo, si llega a nacer sano —sostiene, pensando en su primogénito Ignacio.

## **21 de abril de 1939, Nueva York**

### **Coler Goldwater-Hospital**

John se ha puesto a trabajar en el Coler Goldwater y, después de su turno, pasa todas las horas que puede con Claudia en la habitación donde está ingresada. Todavía no tienen noticias de Gerard. A las nueve de la mañana, mientras se está enjabonando en la ducha nota cómo un líquido caliente está deslizándose por sus piernas. Sabe que ha roto aguas y, una vez seca, llama al timbre de la habitación avisando a la enfermera en inglés sobre la situación.

Un camillero la traslada a la sala de paritorios. Claudia tiene mucho dolor, sus contracciones cada vez van a más y John, una vez localizado, va rápidamente a verla para estar a su lado.

Tras varios empujones, da a luz a su bebé y se lo ponen en su pecho desnudo para que le amamante enseguida.

— ¡Es una niña, Claudia!

Llorando, pero esta vez de alegría, ve cómo enseguida se ha cogido a su pezón y empieza a succionarlo, mientras Claudia la mira sin pestañear.

John observa cómo, en pocos segundos, su compañera olvida todo lo que ha sufrido para contemplar a su hija recién nacida.

«Ojalá pudiera decirte lo que te quiero», piensa John para sí mismo.

— ¡Adriana!, te llamarás así, hija mía. ¡A tu padre le caería la baba si te viera! — En ese instante se pone a llorar de nuevo al pensar en Gerard—. Muchas gracias, John, me estás ayudando mucho. Ven, acércate.

Él se acerca y, sin esperarlo, Claudia le da un beso en la mejilla.

## **26 de abril de 1939**

Adriana está cogida del brazo de su madre cuando John entra en la habitación con una cara seria.

— ¿Sabes algo? —le pregunta Claudia.

— ¡Sí!, tengo un periódico en mis manos, tu marido... lo siento —Claudia se pone nerviosa y le estira el periódico de las manos.

John coge a la pequeña Adriana. Claudia, con las manos temblorosas, lee lo que le ha marcado John en bolígrafo:

Gerard Barrat Uldemolins, el 21 de abril compareció ante el juez instructor, el comandante Adolfo Fernández Nava, que le leyó el auto de procesamiento y le interrogó de acuerdo al mismo. Gerard negó en absoluto colaborar en el asesinato de las enfermeras en Pola de Somiedo, ya que su mujer estuvo junto a Olga, Octavia y Pilar y fue la única a la que no fusilaron por estar embarazada, y él aseguró encontrarse en el Hospital de Valdediós operando a los soldados que caían en combate.

El fiscal, Faustino Díez, oficial del cuerpo jurídico, solicitó al tribunal que en méritos a la perversidad del encausado se le aplique la pena de muerte en garrote vil.

El Tribunal, presidido por el teniente coronel Mario González, el capitán de la Guardia Civil, Miguel Moset, y Sánchez Carpio se retiraron a deliberar.

La sentencia ya estaba decidida: pena de muerte.

Dos días después, el general Franco da el visto bueno para que a las diecisiete horas del día 25 de abril de 1939 sea asesinado mediante garrote vil en el patio de la prisión provincial de León.

Los ojos de Claudia están hechos un mar de lágrimas, tan pronto como lo acaba de leer mira a John destrozada, amargada, hundida.

— ¿Es hoy?

— ¡Claudia! —John se sienta en la cama y acaricia a la pequeña Adriana.

— ¿No podemos hacer nada?, ¿y mi prima Pip?

— ¡Ya es tarde!, este periódico tiene fecha de ayer —lo siento mucho, Claudia, lo siento muchísimo.

Ella le pone a John en sus brazos a Adriana mientras se levanta de la cama aturdida.

—Gerard salvó cientos de vidas, nunca le importó saber de qué bando estaban luchando cuando le llegaba un herido en el hospital —sus ojos siguen vidriosos pero sin llegarle a caer ya ninguna lágrima—, y así te lo han agradecido, asesinandote. Pero queda un legado en ti, Gerard, tu hija Adriana. Juro por Dios que nunca más voy a derramar una lágrima. ¿Que Dios permite que me quede sola en esta vida?, ¿que Dios quita a una hermana, a un padre, a una madre, a una abuela, a un hermanito, a mi hijo y ahora a mi marido en apenas tres años?, juro que nunca te volveré a nombrar y juro que mi hija crecerá sin que crea en ti...

John deja a Adriana en la cuna y abraza suavemente a Claudia, mientras,

ésta se aferra a sus brazos acabando de derramar la última lágrima en la mejilla de John.

### Seis meses después...

—He encontrado una casa muy cerca de aquí para instalarme con Adriana —le dice Claudia a John en un descanso en el Hospital Coler-Goldwater—, por fin podrás liberarte de nosotras.

—Sabes que me encanta que estéis en mi casa, y quiero a Adriana como si fuera mi hija.

Claudia nunca ha oído de John decir eso sobre Adriana.

—Deja que te prepare la comida que me hacía mi abuela y que a ti tanto te gusta —insiste John.

—De acuerdo, pero mañana me ayudas a hacer la mudanza —sonríe Claudia.

Mientras, Claudia ha podido obtener ayuda de un psicólogo en el hospital, aunque no puede olvidar todo lo que pasó en España, no puede olvidar ni por un instante a toda su familia.

Por la noche, en casa de John, Claudia acuesta a la pequeña en su cama después de jugar un rato con ella y se va hacia el salón, donde ve que la mesa donde cenan casi todas las noches está preparada de una manera especial. Un mantel de color fucsia, con dos velas encendidas y dos copas de champán.

—*Moët&Chandon*... te encantará —afirma John con la botella en la mano.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta sorprendida Claudia.

—Qué menos para una despedida, ¿no crees?

John aparta la silla hacia atrás para que Claudia pueda sentarse.

—¡Qué amabilidad, John!

Entonces, éste se pone de rodillas delante de ella. Con sus mejillas sonrojadas, se queda sorprendida sin saber qué hacer para hacerle levantar del suelo.

—¿Qué haces, John?, ¡levántate!...

—Escúchame, Claudia, te cogí mucho cariño y llegué a quererte tanto en España cuando trabajamos juntos... y luego, bueno... he acabado enamorándome de ti.

—¡Pero, John!, ¡qué dices!, yo...

—No hables, déjame terminar, por favor —saca de su bolsillo una pequeña

caja—. Toma, ábrela.

—Pero... —Claudia abre la cajita y ve un anillo rodeado de pequeños brillantes sin esperar lo que le va a decir John...

— ¡Cásate conmigo!, me gustaría que te quedaras a vivir aquí, quiero darle mi apellido a Adriana...

Sorprendida por lo que le ha pedido John, Claudia enmudece unos segundos. Por su cabeza pasan mil momentos vividos, lo triste que ha estado desde que Gerard fue asesinado y de pensar que nunca más volvería a enamorarse de otro hombre. Pero John era diferente: el cariño que le ha dado desde que la conoció, y el apoyo que tanto le ha ofrecido cuando más lo ha necesitado. En lo más profundo de su ser Claudia reconoce que también está enamorada de él.

— ¡Dime algo, Claudia!... —Le implora John cogiéndola de las manos.

—Sí, me casaré contigo, John —éste se abraza a Claudia mientras le brotan unas lágrimas al sentirse tan feliz—, y me gustaría mucho que mi hija fuera tuya también. Lo he pensado mucho y Adriana crecerá sin que le contemos todo el horror que he vivido estos últimos años.

— ¡Te quiero, Claudia!

Ambos acaban rozándose sus labios, y acaban despertándose desnudos en la cama por el llanto de Adriana a las tres de la madrugada.

## Capítulo 44

### Regreso al futuro

24 de diciembre de 1998

La azafata del vuelo Nueva York-Madrid anuncia por megafonía que están a media hora de su destino y les hace abrochar los cinturones para en breve aterrizar en Madrid. Adriana, con los ojos rojos, ojerosos y llenos de lágrimas ha escuchado sin interrumpir a su madre, Claudia, todo lo que contenía ese diario que ocultó tantísimos años al final del cajón del mejor escritorio de su marido, John.

— ¡Siento tanto haberte ocultado la verdad!, ¿me perdonarás algún día? — Claudia toma aire, cansada, y acaricia la mejilla de su hija.

Adriana no responde, le cuesta asimilar en pocas horas todo lo que su

madre le ha ocultado. La existencia de su tío Alberto, de su tía María Cristina fallecida de leucemia... Casualmente, Adriana padeció a los veinticinco años la misma enfermedad, pero logró recuperarse sin secuela alguna. Además, lo de su hermano Ignacio y, finalmente, que Gerard fuera realmente su padre, y no John como así le hizo creer Claudia durante cincuenta y nueve años.

— ¡Llora, hija, llora!, desahógate conmigo si quieres, con esta vieja que ya no vale para nada.

Adriana mira a su madre, apretando los labios e intentado querer decirle algo, llorando, pero no puede y acaba abrazándola muy fuerte.

—Has sido muy valiente, mamá, yo no hubiera superado todo lo que has sufrido, ¡lo perdiste todo...!

—No, con el tiempo pude superarlo porque me dediqué a ti completamente, y John fue mi alma gemela, un buen hombre que me cuidó como lo hubiera hecho Gerard.

Claudia divisa, desde la pequeña ventana del avión y a muchos metros de altura, la ciudad de Madrid. Nunca la había visto desde el aire, y observa cómo la ciudad de su madre se ha hecho enorme.

— ¡Qué bonito es Madrid, mamá!, tengo muchas ganas de visitar tu casa.

—No sé quién debe de vivir ahora. La dejamos a cargo de Benito y Concha cuando nos fuimos hacia Gandía... a lo mejor con el tiempo la vendieron, o a saber si aún está en pie...

En ese momento, mientras el avión está aterrizando, Claudia empieza a toser muy fuerte, Adriana, tocándole la frente, nota que está muy caliente:

—Tómate este medicamento, tienes fiebre, mamá —dándole con un poco de agua un *Paracetamol*.

Cuando salen del aeropuerto notan el frío de Madrid, pero no lo es tanto comparado con el de Bristol. Cogen un taxi para alojarse en el Hotel Palace y descansar, antes de visitar la ciudad y la casa donde tantos años vivió Claudia.

La Cibeles, la Puerta de Alcalá, la puerta de entrada al gran jardín y su pequeño lago artificial de El Retiro... brotan lágrimas de sus ojos recordando los momentos felices que ha vivido en esos lugares.

Una vez llegan al hotel, un mozo les lleva las maletas a su habitación, situada en la quinta planta. Adriana deshace la cama para que descansen su madre del largo viaje.

—Duérmete un rato, mamá, necesitas descansar y que te baje la fiebre. Yo me voy a duchar.

—Me siento mejor, hija mía —se quita la pesada ropa de invierno, se pone

un camisón ligero y se tapa con las sábanas cerrando los ojos.

Adriana comprueba que su madre se ha dormido al instante y, acostándose a su lado, le da un beso en la mejilla:

—Te quiero, mamá.

Es Nochebuena y Adriana despierta a su madre tras haber dormido dos horas, para ir a cenar. Claudia, aún con un poco de tos pero ya sin fiebre, se levanta y se viste con una camisa y falda elegantes a conjunto. Ignora a dónde va a llevarla su hija en una noche familiar tan señalada, cuando millones de familias lo celebran con gran festividad en sus casas.

Una vez el taxi las deja en la puerta del restaurante, Claudia se emociona y le toca en el brazo a su hija:

— ¡Mira, Adriana!, la Taberna La Bola todavía sigue abierta —mira sonriendo a su hija—, aquí era donde asiduamente nos traía mi padre a comer, ¡está igualito, como lo recuerdo!

— ¿Ves, mamá?, la guerra hizo mucho daño, pero muchos sitios quedaron intactos.

Bajando del taxi, Claudia, cogida de la mano de su hija, se sorprende cuando ve que entran en ese restaurante donde van a pasar la Nochebuena.

— ¡Hija mía!, no sabes lo contenta que estoy de que me traigas aquí.

—Me ha costado sudores convencer al dueño para que pusieran una mesa para ti y para mí, y ya veo que conseguí sorprenderte.

—Me recuerdas tanto a tu padre... —dice Claudia.

— ¿A qué padre? —ríe Adriana, mirando a su madre.

—A Gerard, por supuesto.

## Capítulo 45

### Preguntas

Amanece el día de Navidad en Madrid y en la habitación del Hotel Palace Adriana llama por teléfono para que les traigan el desayuno. Al parecer, su madre ha tenido muy mala noche y le ha vuelto a subir la fiebre.

— ¡Voy a llamar al médico de guardia del hotel!, ya iremos a ver tu casa mañana.

— ¡Ni hablar!, tú y yo nos vamos ahora mismo al cementerio de La Almudena. Quiero visitar el panteón familiar donde están los restos de tus abuelos, y los de tus tíos María Cristina y Alberto; después averiguaremos dónde está enterrado Gerard —dice contundente Claudia—, tal vez su primo Emilio se lo llevara para enterrarlo en San Carlos de la Rápita junto a sus padres...

El taxi las deja en la entrada del enorme cementerio y siguen caminando lentamente. Adriana nota que está llegando al panteón familiar cuando su madre le agarra con más fuerza de la mano. El panteón tiene una planta circular de un diámetro de veinte metros, con una altura de tres metros, precedido por un pórtico dístico. Los materiales principales en su construcción son la piedra de sillería, el ladrillo y el mármol, que sirve para crear una rica decoración, la cúpula está hecha de hormigón. El exterior está también muy decorado, con la cúpula revestida de bronce.

—Es precioso, mamá.

—Tu abuelo Ignacio mandó construirlo en el momento que se casó con tu abuela Ana, quién les iba a decir que se hospedarían aquí tan jóvenes.

En el momento que entra parece sumergirse en el pasado, el ruido de la calle cesa y allí dentro del panteón todo queda en silencio. Su sorpresa es inmediata al ver que hay rosas de varios colores que no tienen más de dos días ahí depositadas, todavía están húmedas y no han perdido su aroma. Un ramo, con unas seis rosas de color rojo están situadas en la lápida que contiene el

nombre de Ignacio; otras seis rosas de color blanco, en la losa que contiene el nombre de Ana; varias amapolas, en la tumba que contiene el nombre de María Cristina; tulipanes, en la piedra de Alberto. De repente, las piernas le flaquean, le da la sensación de que en cualquier momento le fallarán las rodillas. Adriana sostiene a su madre, percibe que algo aterrador acaba de ver. Claudia da dos pasos y aparta la mirada, pone su cara en los hombros de su hija, y contempla que hay otra lápida con geranios, en la que se lee el nombre «CLAUDIA ROMO MENDIZÁBAL»...

— ¿Qué hago yo aquí enterrada y por qué aparece mi nombre?

—Mamá, tranquilízate, tu corazón no puede permitirse tener estos sobresaltos —intenta calmarla Adriana—. Seguramente Concha, la mujer de Benito, pusiera ahí una lápida pensando que falleciste cuando no supieron nada más de ti.

Claudia toma aire de nuevo y piensa que tal vez su hija pueda tener razón.

—Llévame al hotel, no me encuentro bien.

—Pero, mamá, tenemos que ir a tu casa, tal vez allí encontremos a alguien que conociera a los abuelos.

—Ve tú, Adriana, probablemente habrá gente en la casa de mis padres. Yo no puedo, siento un mareo enorme, será del viaje tan largo, además del susto de ver mi nombre en la lápida... creo que me ha vuelto a subir la fiebre, tú ya sabes bien que nunca me pongo mala.

—Está bien, eres muy tozuda, pero llama al médico si empeora, yo estaré de vuelta a la hora de comer.

El taxista deja a Claudia en el hotel después de que Adriana le dé un beso a su madre en la mejilla.

— ¿Dónde la llevo ahora, señora? —pregunta el taxista.

—Por favor, a la avenida Reina Victoria, número 39 —dice Adriana resoplando nerviosa, esperando saber qué personas habitan la casa de sus abuelos y ahora de su madre.

El taxista la deja delante mismo del portal. Adriana observa un edificio de seis plantas. Tiene el encanto de principios del siglo XX y parece que la fachada haya sido restaurada hace pocos años.

Se acerca a una cabina de teléfono y llama a la habitación donde se hospedan cuando contesta Claudia:

— ¿Dígame?

— ¡Mamá!, ¿estás bien?

—Sí, hija mía, parece ser que la fiebre me ha bajado, ¿has llegado ya al

piso?

—Estoy en el portal. ¡Estoy nerviosa!

—No te hagas ilusiones, hija mía, tal vez la pusieron en venta y quien viva allí no sepa ni quién soy yo.

Se despide de su madre, cuelga el teléfono y llama al timbre del portal, en el que le atiende un portero joven de unos veinticinco años.

— ¿Dígame, señora, qué necesita?

«No soy señora, soy señorita; aunque casi tenga sesenta años soy soltera», se dice para sí misma Adriana, harta ya de que la llamen señora. Pero no siempre va a estar rectificando a la gente.

—Feliz Navidad —expresa amablemente ella para ganarse al muchacho— ¿te toca trabajar en Navidad, joven?

— ¡Ya ve!, en este edificio sólo viven carcamales mayores y me dijeron que me daban libre hoy o el día de año nuevo, así que ya sabe qué día he decidido para no trabajar.

El portero logra sacar una carcajada a Adriana.

— ¡Así que carcamales!, necesito saber si en el tercer piso vive alguien.

—Perdone, señora, pero no puedo desvelar a una desconocida quiénes viven en estos pisos.

—Verás, muchacho, ¿cómo te llamas?

—Jaime —responde el portero.

—Jaime, el tercer piso es propiedad de mi abuelo y ahí nació mi madre, durante la guerra cuidaron del piso unos señores llamados Benito y Concha, ¿los conoces? —Jaime niega con la cabeza—, y por lo tanto tengo derecho a saber quién vive ahí, ¿no crees?

—Perdone, señora, hace pocos meses que entré a trabajar, todavía no me conozco ni la mitad de los nombres de las personas que viven aquí si no miro en mi chuleta.

—Pues eche un vistazo a su chuleta y dígame quién vive ahí, por favor.

—Haremos una cosa, llamaré desde aquí y les diré a los propietarios que usted quiere hablar con ellos, ¿qué le parece?

Adriana le sonrío, saca el monedero de su bolso de mano y le da mil pesetas a Jaime.

— ¡Señora, yo no...!

—Acéptalos, has sido muy amable conmigo, y llámame Adriana.

—Muchas gracias —coge las mil pesetas y se las guarda en su bolsillo rápidamente, por si algún propietario viera tal acción y lo riñera.

Adriana ve cómo al cabo de un rato Jaime, sonriendo, se acerca a ella, viene de la portería donde está el teléfono.

—Puede subir —le dice Jaime a Adriana, sonriente y feliz—, ya recuerdo quién vive ahí, es un hombre bastante mayor y por las mañanas hay una cuidadora con él.

— ¡Benito, debe ser él!, ¿te suena el nombre, Jaime?

—Lo siento, Adriana, no lo recuerdo.

—Muchas gracias por todo, muchacho, no sabes cómo te lo agradezco.

—De nada, señora, a la derecha, justo al lado de las escaleras, está el ascensor.

—Prefiero subir andando.

—Como usted desee, ¡suerte y espero que encuentre lo que anda buscando!

—Yo también...

Dirigiéndose hacia las escaleras sube peldaño tras peldaño, intenta mientras sube las escaleras visualizar a su madre cuando le contó en el avión de qué manera tropezó con el teniente coronel Mario González, fue la ocasión en que éste subía a visitar a su abuelo Ignacio el mismo día de su muerte.

Delante de una puerta maciza de madera y con muchos años de antigüedad llama al timbre, le atiende allí mismo una mujer con arrugas en la cara y con el pelo castaño recogido hacia atrás con una coleta que aparenta su misma edad. Va vestida con uniforme blanco de hospital, por lo que deduce que es enfermera.

—Buenos días, me llamo Adriana, el portero la ha llamado para decirle que yo quería hablar con alguien del piso —dice mientras visualiza un bonito recibidor.

—Buenos días, ¿qué necesita saber?

— ¿Viven aquí Benito y Concha?

—Lo siento, se ha equivocado de casa, aquí no vive ninguna de esas personas que me ha nombrado.

Adriana, sonrojada, no sabe cómo salir del apuro.

—Perdone, el portero me dijo que aquí vivía un señor ya muy mayor y que usted es su cuidadora —comenta Adriana, avergonzada y un poco aturdida.

—Sí, claro, soy enfermera, pero aquí no vive ningún Benito, ni tampoco ninguna Concha, en este piso vive el señor Barrat Ulldemolins...

## Capítulo 46

### Mentiras

Adriana palidece. «¿He oído bien?», piensa ruborizada para sí misma, a la vez que nota cómo sus piernas se ponen a temblar y la puerta empieza a dar vueltas sobre ella, hasta que pierde el conocimiento y cae desplomada al suelo.

— ¡Señora, despierte! —dice la enfermera tocándole la cara. Adriana está en el mismo sofá en el que años atrás su madre Claudia también sufriera casi un desmayo.

Adriana abre los ojos lentamente, y ve delante de ella a un hombre bastante mayor, con bastante pelo canoso que también la intenta despertar.

— ¡Señor Barrat, siéntese en su sillón, no se vaya a caer! —oye Adriana salir de la voz de la enfermera.

Cuando se incorpora del sofá, sintiéndose avergonzada, pide disculpas mirando a ambos.

— ¡Qué susto nos ha dado, señora! —exclama la enfermera de nombre Clotilde.

—Me ha dicho mi cuidadora que está usted buscando a Benito y Concha, ¿no es así?

—Bueno, no exactamente, yo... —aturdida todavía por estar delante de su padre al que su madre cree muerto.

Gerard hace años que arrastra artritis reumatoide, a sus ochenta y seis años de edad puede presumir todavía de tener una mente lúcida, aunque necesita ayuda de un bastón para desplazarse por el piso.

— ¡Señorita! —dice Gerard a Adriana viendo que tiene los ojos rojos y vidriosos, e ignorando que quiere llorar y que ella no puede soltarle de golpe ni decirle que es su hija, y que su mujer Claudia está viva... no puede hacerlo sin saber si está delicado del corazón—, está usted en lo cierto, Benito y Concha vivieron en esta casa; desgraciadamente le tengo que decir que están muertos pero puedo darle alguna dirección de sus hijos.

—He venido a saber sobre mis raíces —le interrumpe bruscamente Adriana mirando a su padre mientras sigue hablando nerviosa sin poder parar de frotarse las manos—. No conozco España y he venido a visitar la casa de mi madre.

Gerard, a su edad, no está por la labor de averiguar acertijos.

— ¡Señorita, no entiendo qué quiere decir, yo ya estoy muy mayor!, ya le he dicho que Benito y Concha murieron —repite a su vez un serio y cansado Gerard.

— ¡Váyase, señora! —indica Clotilde.

— ¡No me voy porque en esta casa nació mi madre! —Adriana, furiosa e incontrolable, empieza a llorar y Gerard palidece, se sienta a su lado y empieza palparle el corazón a mil por hora—, ¡y usted es mi padre!...

Confundido y como si en un sueño profundo estuviera inmerso, Gerard necesita muchas respuestas y, mirando a los ojos de su hija, se funden en un gran abrazo que dura minutos, un abrazo de dos extraños, padre e hija en ese momento...

—Ni siquiera pensé que llegarías a nacer, ¿qué paso con Claudia? —pregunta Gerard a su hija sollozando todavía en estado de *shock* y ansioso por oír respuestas.

—No, ¡tu mujer está viva!...

Gerard no da crédito a lo que dice su hija, se queda ausente unos segundos y le vienen a la cabeza imágenes de ambos cuando eran jóvenes, y la frustración del momento en que los separaron. Se abraza de nuevo muy fuerte a ella para después mirar su belleza madura. Está feliz y ansioso por verla:

—Nos separaron cuando tu madre tenía veintitrés años, pero ahora que te miro de cerca conservas su belleza, hija mía, llévame con ella, por favor, ¡quiero verla!

— ¡Papá! —Exclama ella sorprendida por haberle llamado así—, mamá está en el hotel con fiebre, necesita saber antes qué pasó contigo, si te ve sería un *shock* enorme para ella, padeció un infarto hace diez años y el verte después de tantísimo tiempo podría causarle otro...

Adriana le cuenta a Gerard que hasta ayer no supo de su existencia, que Claudia le ocultó todo lo vivido en España tras enterarse por un periódico de su asesinato en la cárcel de León. Con todo detalle le va relatando lo que le dijo en el avión, desde su nacimiento a su posterior boda con John Woods...

## Hotel Palace

### Tres horas después

Adriana entra en la habitación, ve a su madre vestida con una de sus mejores mudas y le da dos besos.

—Hija mía, ¿había alguien en el piso?

—Sí, mamá, me atendió una señora muy amable, no era la propietaria porque los dueños están fuera de Madrid —Adriana le miente—. ¿Vamos a comer? Después quiero que me lleves a esa chocolatería tan famosa, La Escondida.

— ¡Claro que sí!, pero no me hagas andar mucho que no estoy para tanto trote, no tengo tu edad —sonríe Claudia.

A las cuatro de la tarde, después de comer en el restaurante del hotel, se dirigen a La Escondida, que pasó a llamarse de nuevo Chocolatería San Ginés como cuando se inauguró en 1894.

Sentadas, con un chocolate caliente cada una y unos cuantos churros, Claudia nota nerviosa a su hija.

—Adriana, has estado rara toda la comida, ¿te pasa algo?

—Mamá, esta mañana cuando fui a tu casa me encontré con alguien muy mayor que conoció a papá, me contó cómo fue su arresto mientras tú estabas inconsciente en el buque que navegaba hacia Marsella, también me contó qué fue de él antes de que te enteraras de su muerte por un periódico español en Nueva York.

— ¡No sé si quiero oírlo, hija mía!, me gusta recordar a tu padre hasta que perdí el conocimiento en el puerto de Gandía. No soportaría saber con detalles su posterior sufrimiento y apaleamiento por parte de los sublevados, esos *hijos de...*

—Escúchame, mamá, saber qué fue de papá te hará bien.

— ¡Yo necesito saber en qué lugar está enterrado! —exclama Claudia.

Adriana, sentada delante de su madre, empieza a contarle todos los detalles que horas antes su padre le había contado...

## Capítulo 47

### Pena de muerte

28 de marzo de 1939

Gerard está confundido y, manchado de la sangre de su esposa, levanta los brazos y mira a John mientras se acerca a ellos.

— ¡Sálvalos la vida! —le grita.

—Ya te tengo, *maldito hijo de perra* —le dice Mario mientras le ata las manos a su espalda y se lo lleva a la camioneta, lejos del buque—, ¡apaleadlo!

...

Los soldados empiezan a pegarle puñetazos en la cara, le hacen saltar más de un diente y sangrar por la boca. Le dan patadas en el vientre, en las piernas, en los brazos, hasta que cae al suelo exhausto, dolorido e irreconocible, aunque todavía consciente y pensando solo en su esposa.

«Vive, Claudia, y cuida de nuestro hijo», cierra sus ojos y se queda inconsciente tras la última patada que recibe de un soldado en la cabeza...

Mario se lo lleva en el camión militar con destino a Madrid.

Durante todo el trayecto los soldados han estado mirando a un hombre casi muerto, con la cara hinchada y lleno de hematomas que se han ido agrandando con las horas.

Gerard se despierta aún con la esperanza de estar al lado de Claudia, que todo lo que le ha pasado antes era un sueño en el que estaba inmerso antes de partir hacia el puerto de Gandía, hasta que se da cuenta que de un ojo no ve. Lo tiene tan hinchado y amoratado que no puede abrir ni el párpado, y apenas el otro también. Tampoco puede mover sus manos porque parece ser que están atadas detrás de la silla en la que está sentado. Está desnudo, le han quitado toda la ropa, sus dientes chirrían del frío que tiene, la humedad fría le penetra hasta los huesos y cree que es el fin de su existencia, pero tan solo tiene una imagen en su cabeza y ésta es la de su mujer, Claudia.

El teniente coronel Mario González hace falsificar una carta con la ayuda de su secretaria Amanda, remitida con sello francés y destinada para Gerard.

Entre esas cuadro paredes húmedas, en el sótano de una comisaría de Madrid y mientras Gerard está atado a una silla entra Mario, le acompaña uno de sus soldados más fieles, Jorge.

Mario ve que Gerard se ha despertado y, escupiéndole en la cara, le tira una hoja arrugada:

— ¡Malnacido, ha llegado un telegrama de Marsella! —Gerard, con los labios lacerados y la boca bastante seca por no haber bebido nada todavía, intenta hablar pero no puede mientras oye cómo Mario se ríe de él— *¡Ups!* te he tirado ese telegrama y me doy cuenta de que estás atado y no puedes cogerlo, ¡ja, ja, ja!, yo mismo te lo leeré —recoge el papel que está al lado de Gerard y lo lee acercándose a la oreja de éste—, «sentimos comunicarle que vuestra compatriota Claudia Romo Mendizábal se ha desangrado por las heridas a causa de dos impactos de bala, falleciendo durante el trayecto hacia Marsella».

Gerard no puede reprimir las lágrimas, la furia le arde como una locura incontrolable, solamente piensa en coger del cuello a Mario y matarlo.

—Y ese inglés, ese amigo tuyo que se llevó a tu mujer, fue asesinado también por un soldado infiltrado —Le miente Mario.

Gerard grita, su cara hinchada casi no le permite ni balbucear dos palabras, pero sí puede descargar toda su rabia chillando hasta que recibe un puñetazo en la cara de uno de los soldados que están allí con Mario.

— ¡No le matéis!, este *hijo de puta* tiene que ser juzgado, tiene que ser ejecutado por asesinar a mi hijo, y juro por dios que tendrás una muerte horrible —vuelve a escupirle en la cara—, ¡... y dadle agua, no se nos vaya a morir!...

Desolado Gerard, el inmenso dolor que siente no es por los golpes que le propinan, sino por enterarse que su amada Claudia ha muerto, sólo desea fallecer para estar con ella y poder estar los dos juntos para siempre.

Antes del comienzo del juicio rápido, Mario ordena a sus soldados que curen y asean a Gerard, ya que va a ser trasladado a la prisión de Porlier. Mientras tanto, hace varias llamadas a sus amigos fieles, Elías, José Antonio y Eloy, que ya en su día estuvieron también en el juicio contra Genaro Arias, *El patas*.

## **21 de abril de 1939**

Varios testimonios, llenos de contradicciones, señalan la presencia de Gerard junto a El patas en el lugar de ejecución de los prisioneros en el puerto de Somiedo. El que más tarde declararía sería el jefe de la falange de Somiedo, Elías Sierra Álvarez, de treinta y un años de edad, hijo de un amigo de Mario, el cual afirmó en su declaración que fusilaron a las enfermeras y a dos soldados, uno de ellos Salvador, hijo de Mario, y que Gerard presenció

tales ejecuciones desde la carretera, concluyendo que era un individuo muy peligroso para la Causa Nacional. Por su parte, José Antonio Díaz Álvarez, de cuarenta y tres años, declara que oyó decir a los milicianos que El Patas, en unión de los del comité, presenciaron desde la carretera el asesinato de las enfermeras y de los otros dos, y aseguraba que uno de ellos era Gerard. Eloy Álvarez manifiesta que, cuando sacaban a los prisioneros para fusilarlos, vio a Gerard que iba acompañándolos, montado a caballo en unión de un tal Sánchez.

El juez instructor, el comandante Adolfo Fernández, empieza a preguntar a Gerard, que está abatido desde la noticia del fallecimiento de su mujer y sabe que no va a salir indemne del juicio:

—Ya ve que tenemos tres testimonios de su presencia en Pola de Somiedo junto a Genaro Arias y, al parecer, el anillo que encontró el propio teniente coronel González justo donde enterró a su hijo, con su nombre grabado en él, le hace culpable, ¿no cree? —mira con rabia el juez a Gerard—, le doy la palabra.

—Ese anillo era de mi mujer, Claudia, ya que nos los intercambiamos antes de separarnos en Madrid para ir a trabajar a diferentes hospitales. Ella fue hecha prisionera junto con las otras tres enfermeras. Mi mujer dirigía el hospital de sangre de Somiedo y yo, el día en que sucedió toda esa desgracia, estaba en el Hospital de Valdediós. A ella no la mataron por estar embarazada y, tras ser salvada por una mujer ya mayor en una barraca cercana, tuvo a nuestro hijo nonato; después, se marchó a Guernica junto a su madre.

— ¿Tiene algún testimonio que pueda verificar que usted estaba ese día en el Hospital de Valdediós?

—No, señor juez, ¡mis compañeros fueron asesinados por los falangistas un año después de lo de Somiedo, el hospital fue destruido! —dice con rabia Gerard mirando directamente a los ojos del juez—, y no hay documento que acredite que yo estuve allí porque se quemó todo.

— ¿Y su mujer, Claudia? —pregunta el juez en el momento en que Mario se levanta para responder.

—Su mujer falleció el mismo día que arrestamos a Gerard en el buque inglés que iba a salir de Gandía —explica Mario.

Entonces habla el fiscal, Faustino Díez, oficial del cuerpo jurídico:

—Solicito al Tribunal que, en méritos a la perversidad del encausado, se le aplique la pena de muerte por garrote vil.

Gerard baja su cabeza mientras está llorando solo. Percibe que muy pronto

se encontrará con Claudia y vivirán felices eternamente, cuando de nuevo oye hablar al juez.

—Gerard Barrat Ulldemolins, por la colaboración junto a Genaro Arias en el asesinato de las tres enfermeras y los dos soldados, se le sentencia a la pena de muerte por garrote vil, en visto bueno de nuestro Caudillo, el Generalísimo Francisco Franco. Será usted trasladado a la prisión provincial de León hoy mismo, y en dos días se ejecutará dicha sentencia —El juez golpea fuerte el mazo de madera para dar por finalizado el juicio.

Los policías levantan de la silla a Gerard mientras este se gira hacia atrás al escuchar que mucha gente desconocida se ríe y aplaude la sentencia. Ve sonreír con malicia a Mario y, de pronto, entre tanta gente, se queda con los ojos puestos fijamente en una joven señorita que también lo mira a él y que intenta decirle algo al ver que mueve los labios, pero le es imposible leerlos. Lleva un pañuelo de seda estampado de flores rodeándole el cuello que le tapa el cabello, pero igualmente reconoce su cara.

«Es Pip», dice susurrando Gerard.

## **Capítulo 48**

### **La cena**

Pip se presenta en el juicio de Gerard cuando se entera por un periódico de Madrid que va a ser condenado por los asesinatos en Pola de Somiedo. Ella sabe que él no estuvo allí y que todo ha sido una trampa de Mario.

Pip lo ve abatido desde el juicio y cuando escucha la sentencia no puede evitar ponerse bastante nerviosa. Tan pronto como ve que él la ha reconocido, intenta decirle discretamente que no morirá. Pip tiene un plan para que se destruyan los documentos que le inculpan y salga libre de cargos.

Esos días en Madrid está su amigo Ataúlfo, quien la invita a cenar en un buen restaurante, pero ella acepta a cambio de que la invitación también sea extensiva al teniente coronel González.

—Si eres mi amigo, sígueme el juego —Pip le da un beso en los labios a Ataúlfo, aunque todavía no ha conseguido que se enamore de ella.

—Está bien.

Pip se presenta a las cuatro de la tarde en la prisión donde está Gerard tras conseguir un pase haciéndose pasar por un familiar, antes de que lo trasladen hacia León.

En una sala pequeña pero limpia y habilitada solamente con dos sillas, Pip ve entrar a Gerard demacrado, al verla, Gerard se alegra mucho y la abraza efusivamente.

—Tienen diez minutos —dice un guardia de seguridad, que se queda allí vigilándolos.

—Antes que nada, decirte que siento muchísimo la pérdida de mi prima Claudia, cuando me enteré no me lo podía creer.

—La mató, la mató Mario cuando las balas iban dirigidas a mí... y por un error de movimiento la alcanzaron a ella —Gerard vuelve a derramar unas lágrimas.

—Te sacaré de aquí —afirma contundente Pip.

—Ya hay sentencia, aunque a un rojo como yo quien le va a salvar... haría falta un milagro.

—Hablaré con quien tenga que hablar, pero te aseguro por el alma de tu esposa que saldrás libre.

—Se acabó la charla —el guardia coge el brazo de Gerard como señal para que se levante de la silla.

—Pronto nos veremos —Pip le da un beso.

A dos horas de la cena, Pip se encuentra en la habitación del Hotel Palace y hace una llamada al Caudillo Francisco Franco.

— ¡Señorita Priscilla!, qué gusto oírle. Ya me han informado de su labor por la patria, se lo agradezco mucho, ¿cómo están sus padres?

—Muchas gracias, mis padres están muy bien.

— ¡Me han dicho que es muy importante lo que tiene que decirme!

—Verá, ¿está enterado del caso de Gerard Barrat?

—Sí, he recibido la notificación de su sentencia.

— ¿Conoce usted a Claudia Romo, mi prima?

— ¡Claro que sí!, fue la dama enfermera que pudo salvarse de una muerte segura, su padre y yo fuimos de jóvenes muy amigos hasta que tuve que marcharme a África, por ese motivo nos distanciamos, antes de que empezara la guerra, la última información que tengo es que desgraciadamente fue asesinado.

—Está muerta, mi prima fue asesinada por uno de sus tenientes, y el hombre al que usted ha dado el visto bueno para que sea ejecutado a garrote vil es el marido de Claudia —pasan los segundos y Pip no oye nada—. Puedo asegurarle que él no estuvo involucrado en el asesinato de esas chicas ya que en esa fecha estaba en Valdediós, lo único que lo inculpa es un anillo que fue encontrado en el sitio donde estaban los cuerpos enterrados, nada más.

— ¿Está acusándome de traición?, puedo conseguir el certificado de defunción que acredita que Claudia murió de muerte natural en el buque inglés.

—Eso no es verdad, murió de dos disparos.

—Perdóneme señorita, pero tengo que dejarla...

—Estuve en Guernica con Claudia, nos salvamos de milagro —cuenta Pip con una voz temblorosa y nerviosa por cómo pueda reaccionar el Caudillo—. ¿Sabe? vi que aviones sobrevolaron el pueblo; eran alemanes, mandados por usted; allí perdieron la vida la abuela, la madre y el hermano de Claudia.

—Si no fuera porque tengo amistad con sus padres, ahora mismo ordenaba detenerla. ¿Está usted chantajeándome?, ¿dígame, qué quiere?

—Para nada, señor, simplemente que sé toda la verdad de lo que sucedió en Guernica y la versión oficial no tiene nada que ver con toda la barbarie que yo pude ver y oír. ¿Y si le muestro pruebas de que todo esto es un complot contra Gerard Barrat de un teniente coronel a quien usted conoce muy bien?

—Ese tal Gerard será ejecutado en dos días. Si me trae alguna prueba, ¡tráigamela!, pero vaya con mucho cuidado, tal vez se vea involucrada en algo muy feo.

—Le traeré las pruebas, no lo dude. Muchas gracias por escucharme.

Pip suspira aliviada, no esperaba ni que en la primera frase la escuchara pero, sonriendo, se acerca al armario y se pone su mejor vestido, se maquilla para que tanto Ataúlfo como Mario puedan fijarse en su belleza.

A las nueve de la noche, en el restaurante del Hotel Palace, sentados en una

mesa están Ataúlfo y Mario hablando cuando se acerca Pip con un vestido elegantísimo.

—Me llamo Brigitte Smith —miente Pip cambiando de identidad—, amiga de Ataúlfo y gran admiradora del Generalísimo, el Caudillo Francisco Franco.

—Encantado, señorita, soy el teniente coronel Mario González, amigo de Ataúlfo, hemos coincidido en alguna que otra batalla juntos —sin dejar de mirarla hace un gesto en la cara como si le fuera familiar—, ¿la he visto en algún lugar, señorita?

—No lo creo, no he vuelto a España desde antes de la guerra —miente Pip.

Ataúlfo, con cara de sorprendido, recuerda lo que le dijo Pip de que le siguiera la corriente cuando ella hablara, pero no esperaba que ocultara su identidad verdadera, e ignora por qué lo hace.

Un camarero le acerca la silla a Pip para que se siente y le ofrece la carta con los menús disponibles para cenar.

Mario no para de beber vino y mirar durante toda la cena los ojos tan bonitos de Pip, así como su bello pelo rubio con tirabuzones que le caen por la cara moviéndose al mismo ritmo en que ríe. Mientras tanto, Ataúlfo cuenta anécdotas de su infancia junto a ella.

—Señor González... —Mario le corta la conversación a Pip.

—Es la cuarta vez que le digo que me llame Mario con toda confianza —dice este un poco ebrio después de haber bebido ya bastante vino.

—Mario, le felicito por haber capturado al señor que asesinó a su hijo —le encaja Pip sonriéndole y levantando la copa de vino hacia él con gesto libidinoso.

—Sí, el anillo lo delató.

—Pero él lo ha negado todo, dice que el anillo lo llevaba su esposa y que debió caérsele cuando estuvo junto a sus amigas —Pip sigue hablando intentando sonsacarle más información delante de Ataúlfo.

—Puede ser —opina riendo y más embriagado que antes—, pero qué más da, que se pudra el *muy hijo de puta*, es un rojo y hay que matarlos a todos, no caben en este país que gobierna nuestro Caudillo, ¡viva Cristo Rey! —vocifera en el comedor del Hotel Palace, mientras directamente es observado por todos los clientes del Hotel.

— ¡Viva Cristo Rey! —exclama Pip siguiéndole la conversación y alzando la copa de vino de nuevo, seguida de Ataúlfo—, verá... yo también pienso que los deberían poner en campos de concentración a todos esos rojos que no quieren ver ni en pintura a nuestro Caudillo.

— ¡Así se habla, muchacha! —Mario arrastra su silla junto a Pip y empieza a acariciarle el pelo y la espalda.

— ¡Me estoy ruborizando!, ¿sabe, Mario...? —pregunta Pip.

— ¡Dígame, belleza! —Mario aprovecha para tocarle la pierna con la mano por debajo de la mesa sin que Ataúlfo se dé cuenta y sin que ella ponga resistencia.

—Me encantan los hombres como usted, por eso me gusta estar con Ataúlfo, me gusta cuando me cuenta cómo mataba a los rojos y cómo fue el primero que mató a sangre fría —ríe Pip mientras es ella ahora quien con su mano le acaricia la entrepierna a Mario, notando cómo una cosa dura se va agrandando cada vez más, y observando como éste se excita cada vez más debido también a la embriaguez.

Ataúlfo ve que la situación se está desbordando y que Pip está yendo demasiado lejos. No le gusta lo que escucha, ya que no es verdad que ella nunca le preguntara sobre las muertes en batalla durante la guerra, pero decide callar cuando Mario empieza a hablar del padre de Claudia.

—A quien maté primero fue a mi hijo —dice casi babeando Mario, echándole el aliento de alcohol a la cara de Pip mientras sostiene en la mano otra copa llena de vino—. Sí, como lo oyes, envié a mi hijo a ese maldito hospital para escarmentarlo por ser maricón. Sí, era un marica, le gustaban los hombres y se acostaba con ellos cuando estaba a punto de casarse con la hija de mi amigo ricachón. Habíamos pactado la boda, pero nuestros hijos decidieron llevarnos la contraria a Ignacio y a mí. De jóvenes éramos muy amigos, aunque siempre le tuve envidia, envidia porque se casó con la mujer que a mí me gustaba, se llamaba Ana, era muy bonita... Él me consideraba su amigo pero yo le cogí asco y le perdí el respeto desde entonces. Cuando fui a visitarlo a su casa con la intención de que nuestros hijos recapacitaran y se casaran, *el muy hijo de puta* me dijo todo orgulloso que me marchara de su casa, ¡sabes! Me dijo en mi *puta cara* que su hija se había enamorado de un republicano de mierda, ¡era Gerard!, ¿sabes?, *síii*, ese *maldito hijo de perra* que ha sido hoy condenado a pena de muerte.

Mario vuelve a beber y Pip aprovecha para mirar a Ataúlfo y darle una leve patada en la rodilla con sus finos zapatos y haciéndole un gesto con la mano tocándose la oreja, gestos que éste no logra entender.

—Sigo contándote, mi querida Brigitte —Mario, en su estado de embriaguez, todavía tiene fuerzas para seguir hablando cuando otro, en su situación, hubiera caído inconsciente bajo los efectos del alcohol.

— ¡Continúa, Mario! ¿Te marchaste así, sin más? —dice Pip, encendiendo más la mecha, mientras Ataúlfo está anonadado por la situación que está viviendo en el restaurante del hotel.

— ¿Que si me fui sin más?, no, mi querida Brigitte, saqué mi pistola y le apunté en el pecho, casi se meó encima el muy cabrón, me suplicó que bajara el arma —ríe a carcajadas Mario, volviéndose los clientes a mirarlo y notando que les está molestando—. *Shhhh*, Brigitte, esto es un secreto entre tú y yo... bueno, y mi buen amigo Ataúlfo, ¿sabes que pasó luego?

— ¿Qué pasó? —pregunta intrigada Pip, en el fondo muy orgullosa y tranquila, ya que al fin Mario le revelaría toda la verdad, Ataúlfo lo escucharía y la libertad de Gerard ya sería inminente...

—No bajé el arma, y se acercó rápido para quitármela y yo le disparé —continúa riendo como un loco—, me marché corriendo de la casa y soborné a Victoriano Cuenca para que se declarara culpable, y así no ser condenado a morir fusilado.

Pip empieza a aplaudir mientras Mario, que está babeando, le da un beso en los labios. Ella lo empuja con cara de asco, cae al suelo y, dada su embriaguez, queda tendido en el pavimento del restaurante, inconsciente.

Varios camareros lo recogen del suelo y lo trasladan a una habitación del hotel, mientras en la habitación de Pip está Ataúlfo.

— ¡Tienes que ayudarme!, has oído cómo sobornó a los testigos para que declararan en contra de Gerard y ¡también cómo fue él quien mató al padre de Claudia!

— ¿Qué puedo hacer por ti?

—Venir conmigo para contárselo todo al Caudillo Francisco Franco. En cuanto le contemos lo que nos ha desvelado Mario y tú se lo corrobore no tendrá más remedio que paralizar la ejecución de Gerard, y tan sólo le queda un día —le dice desesperadamente Pip a Ataúlfo.

— ¿Cuándo vamos?

—Llámale, a ti te concederá una visita y ahí entraré en escena yo también, no me creará por teléfono, pero contigo y en persona sí lo hará.

A la mañana siguiente Ataúlfo consigue verse con el Generalísimo y cuando entran en su despacho éste ve que va acompañado de Pip y la saluda. Le cuentan todo lo sucedido y Franco les escucha atentamente, levantándose de la silla, a veces volviéndose a sentar; está nervioso al enterarse de toda la verdad.

Apenas a cuatro horas de la ejecución de Gerard, en la prisión de León ya se está preparando en el patio la máquina del garrote vil.

El jefe de guardia de seguridad del ala donde se encuentra Gerard recibe una llamada del mismísimo Franco.

—Le ordeno que retiren el garrote vil y se suspenda la ejecución de Gerard Barrat Ulldemolins hasta nueva orden —dice serio el Generalísimo—, que dos guardias de seguridad le estén vigilando en todo momento para que no le suceda nada, si le llegara a pasar algo usted será el responsable.

—Así será, mi Generalísimo —contesta murmurando y tartamudeando el jefe de guardia.

Pip, que está junto a Francisco Franco, le agradece tal gesto y le dice que ha hecho una buena acción.

Estando ella delante, ve cómo vuelve a marcar en el teléfono y habla con el teniente Muñoz Grandes de Mario...

—Deténganlo, y déjenlo en el calabozo hasta que se celebre un juicio rápido por el asesinato de Ignacio Romo Scott-Ellis y por mostrar falsas pruebas para inculpar a un inocente. También detengan a Elías, José Antonio y Eloy. Están acusados de falsos testigos con el que formaron el complot de falsa acusación.

Pip sale del Palacio Real del Pardo con una sonrisa de oreja a oreja y con ganas de visitar a Gerard para contarle todo lo sucedido y darle la noticia de que pronto saldrá en libertad.

## Capítulo 49

### No culpable

Pip visita en la cárcel de León a su amigo Gerard varios días después de ser absuelto por asesinato. Todavía sigue preso hasta la celebración de un nuevo juicio, en el que se le condena querer salir de España tras ser detenido en el puerto de Gandía.

Pip le cuenta con pelos y señales toda la trama que urdió para que Mario confesara toda la verdad.

— ¡Claudia sabía que fue él quien mató a su padre!, pero tras la confesión del otro asesino pensó que estaba equivocada —Gerard solloza pensando que ella podría estar a su lado ahora, la añora muchísimo—. ¿Y qué ha pasado con Mario?

—Había orden de arresto contra él, del mismísimo Caudillo...

### Un día antes...

Mario recibe la llamada de un amigo informándole sobre el arresto de los testigos falsos contra el juicio de Gerard, y de que éste no ha sido ejecutado, que hay orden de arresto contra él por su amigo el Generalísimo Franco.

En ese mismo instante suena el timbre de la casa de Mario y abre su mujer, Fernanda, que todavía no sabe qué está pasando, pero no oye la voz de su marido desde el fondo diciéndole que no abra. Ya es demasiado tarde, cuatro policías están en la puerta. Fernanda se queda muy extrañada por la llegada de éstos.

—Venimos a detener a Mario González por el asesinato de Ignacio Romo Scott-Ellis.

— ¿Cómo?, ¿qué barbaridad están diciendo?, se han equivocado de hombre, ya lo detuvieron —Fernanda le pregunta a su marido mientras este se acerca a ella abatido—, ¿es verdad lo que dicen, Mario, mataste a tu amigo?

Fernanda no obtiene respuesta de su marido.

—Déjenme que vaya a buscar mi chaqueta y mi sombrero —les dice Mario a los policías que ya han entrado en su casa.

El teniente coronel González, ya en su habitación, abre el cajón del escritorio y coge su pistola del Ejército, mira que esté cargada y desactiva el mecanismo de seguridad. Oye los pasos de los policías que están a punto de entrar, a quienes sigue su mujer. Cuando logran abrir la puerta, ven a Mario con la pistola en su sien accionando el gatillo y presenciando allí mismo, incluida Fernanda, cómo su cabeza revienta en pedazos pequeños, salpicando las paredes de la habitación con su sangre de un rojo intenso...

## **Al día siguiente**

### **Prisión de León**

—No siento su muerte, bastante daño ha hecho y tal vez suene mal que un médico como yo diga esto, pero si se suicidó fue porque sabía que era culpable y que se lo merecía. Claudia siempre confió en ti y sé que nos cuida desde allá arriba —Pip lo abraza muy fuerte mientras su cara se llena de lágrimas—. ¡Tengo que contarte una cosa! —le sonríe con cara de felicidad a Pip.

— ¿Qué pasa, te tratan mal?

—No, al contrario, recibo buena comida y me han traído una cama bastante cómoda, pero no es eso lo que te quería contar.

— ¡Dime! —insiste intrigada Pip.

—Esta mañana me visitó una mujer joven...

Gerard, tras un nuevo juicio, es condenado a diez años por deserción, pero gracias a su buena conducta y a la ayuda de su buena amiga Pip consigue salir de la prisión de Madrid a los tres años. En la salida se encuentra con alguien que le espera y que le hace muy feliz, a la vez que le hace recordar tanto a su queridísima Claudia. Consigue un puesto de trabajo en el Hospital San Carlos de Madrid como cirujano y, tras cuatro años de relación con una enfermera llamada Elena, se casan en el año 1945. Un año después nace una niña a la cual le ponen de nombre Claudia, decisión tomada por su mujer...

## Capítulo 50

### El reencuentro

25 de diciembre de 1998

Adriana acaba de contarle toda la historia a su madre y ésta tiene la cara demacrada de tanto llorar; está al borde de la taquicardia, se siente terriblemente perdida, rota por dentro, destrozada más aún si cabe al haber escuchado que su marido Gerard sigue vivo y no se siente feliz, ya que ese desgraciado Mario González le arrebató cincuenta y nueve años de su vida. Su hija se abraza fuertemente a su madre para consolarla y ésta ve a un anciano apoyándose con un bastón entrar por la puerta principal de la chocolatería, acompañado de una mujer. Con una mano se quita las lágrimas que le quedan aún en sus ojos y cambia la expresión de su cara. Adriana nota el corazón acelerado de su madre:

—Mamá, ¿estás bien?

—Tu padre acaba de entrar —dice susurrando, mientras Adriana se gira para verlo.

Claudia nunca ha olvidado la cara del que fuera su esposo y lo ha reconocido al instante, aun teniendo el pelo canoso y las arrugas de un hombre bastante mayor. Nota cómo su corazón se acelera cada vez más mientras se va acercando.

Gerard siente lo mismo que Claudia al verla, la encuentra bellísima y con muchas menos arrugas que él.

— ¡Claudia! —exclama Gerard con voz rota mientras se sienta en la silla de al lado donde ella está sentada, apenas sin poder creerse la situación que está viviendo.

— ¡Gerard! —mil preguntas le vienen a la cabeza de Claudia, con la mano temblorosa le toca su cabello, sus labios y su cara solamente para sentirlo—. Sí, eres mi marido Gerard y, aunque los años no perdonan la vejez, sigues conservando esa voz tuya que tanto me gustaba de ti hace muchos años.

Los dos se funden en un abrazo tan largo como si nunca se hubieran separado desde el instante en que ella recibió los disparos. Mientras, Adriana mira a su hermanastra llorar desconsoladamente.

—Tienes tanto que contarme —le dice Gerard a Claudia.

—Yo también quiero que me cuentes qué has hecho todos estos años — expresa emocionada Claudia, apoyada en el hombro de Gerard.

—Esta mujer que está delante de mí es mi hija Claudia —afirma Gerard mientras ella le acaricia la mano—, la llamé como a ti porque así lo quiso mi esposa, que falleció hace ya unos años.

— ¡Estoy tan emocionada que no sé que decir! —Claudia se abraza a ella.

—No tienes que decir nada, eres tan bonita como mi hija, incluso diría que os parecéis un poco —ríen los cuatro muy felices.

—Adriana me contó que te casaste con John, ¿te hizo feliz? —pregunta Gerard.

—Sí, mucho, me ayudó a convivir y superar la desgracia del pasado. Le quise bastante y decidí casarme con él cuando me lo pidió, pero siempre supo que nunca más me enamoraría de otro hombre que no fueras tú, porque nunca pude superar nuestra separación.

— ¿Y no tuviste hijos con él?

—Simplemente no llegaron —dice Claudia mirando a Gerard— ¿y tú, aparte de Claudia, tuviste algún hijo más con Elena?

—No, pero os tengo que contar algo —advierte Gerard mirando a su esposa e hija Adriana.

En ese preciso instante les interrumpe un hombre, ya maduro pero bastante guapo y bien vestido, con chaqueta y pantalón negros y una camisa blanca con una corbata fina negra. Claudia se queda pensativa, pues parece ser que lo tiene visto de algún sitio, aunque sabe que es prácticamente imposible porque no hace ni veinticuatro horas que está en España.

— ¡Papá, lo siento por llegar tarde! —se disculpa y le da dos besos en la mejilla al anciano Gerard, mientras Adriana y su madre se quedan perplejas, ya que según él dijo hacía un momento no tuvo más hijos con Elena. Claudia nota un escalofrío que le recorre todo el cuerpo cuando ve que ese hombre que acababa de besar a su marido se la queda mirando seria y fijamente, mientras le empiezan a brotar lágrimas de sus ojos...

## Capítulo 51

### Verdades

**3 de mayo de 1939**

Gerard espera ansioso en una sala de la prisión de León para ver quién es la persona que va a visitarlo, sabe que no se trata de su amiga Pip, ya que no le visitará hasta la tarde, según le han dicho es una prima suya, pero él no tiene ninguna, al menos que no sea Victoria, la mujer de su primo Emilio. Al instante ve que la puerta de hierro se abre y entra un guardia de seguridad acompañando a una joven señorita cogida de la mano de un niño pequeño con los ojos azules claros, el pelo casi anaranjado, ondulado, con la cara llena de pecas y de mocos.

—Cuando acaben de hablar llamen a la puerta —dice el guardia de seguridad.

—Perdone señor Barrat por esta intromisión, vi en los periódicos que estaba en esta prisión donde bueno... ya sabe usted —dice avergonzada la joven extraña.

—Lo siento, ¡pero podría empezar diciéndome quién es! —exclama Gerard, serio.

—Me llamo Nuria, era amiga de su mujer Claudia y en las Navidades de hace más de dos años fue a Pola de Somiedo porque la estaba buscando, preguntó por ella en una barraca en medio del monte... la persona a la que preguntó era mi madre.

Gerard se queda por un instante como ausente y vuelve en sí cuando el niño empieza a subirse en sus piernas mientras, callado, empieza a escuchar lo que dice la joven.

**8 de noviembre de 1936**

**Monte de Pola de Somiedo**

Nuria está llorando en el rincón de la barraca de su madre Griselda al enterarse de que el hijo que va a tener Claudia no ha corrido peligro tras el escandaloso sangrado que ha tenido.

—Dios le ha dado una oportunidad al bebé de Claudia, ¿por qué a mí no? —pregunta llorando a su madre.

— ¡No entiendes que Dios sí te ha dado una oportunidad! ¡Ella es tu oportunidad! —exclama, señalando Griselda con el dedo hacia el fondo de la estancia, donde está Claudia.

— ¡Mamá!, ¿me estás queriendo decir...?

—*Shhh...* calla, Nuria, ¡nos puede estar escuchando!, deja que lo haga yo todo —Griselda se acerca al oído de su hija—. Cuenta que estás preñada en la panificadora del pueblo, pronto se extenderá el rumor en todas las casas, ¿está claro?

— ¡Mamá... yo!

— ¿Está claro?, no voy a consentir que ahora que lo tengo todo planeado lo echés a perder —insiste enfadada Griselda, mirando a su hija.

## 12 de marzo de 1937

Ante un baño de sangre, finalmente Claudia da a luz a su pequeño hijo, pero ha nacido morado y no respira. Ella se desmaya extenuada.

Nuria, nerviosa, observa que su madre coloca al pequeño boca abajo y empieza a sacudirlo. Después, con su boca, succiona líquidos y restos que tiene en la boca y nota cómo su barriguita empieza a inflarse. Pone su oreja en la pequeña nariz y comprueba que está respirando; entonces empieza a llorar muy fuerte, pero ni el llanto hace que Claudia se recupere.

—Tráeme unas tijeras y un cordel, ¡rápido!

—Tome, madre.

Griselda corta el cordón umbilical y lo anuda con el cordel. Tapa al bebé con una manta quedando su cabecita al aire, entonces lo pone encima de su madre Claudia, a la altura de los pechos llenos de leche, su pezón roza en los labios del pequeño y este, desesperado, empieza a succionar fuertemente...

—Madre, se va a despertar Claudia.

—No te preocupes, la toalla con la que le limpiabas el sudor de la cara estaba impregnada de bastante cloroformo como para dormir a un caballo, pasará un día antes de que vuelva en sí —dice cansada Griselda.

Media hora después, cuando el pequeño se ha saciado de la leche materna, lo coge Griselda y se lo da a su hija.

— ¡Nuria, corre, llévatelo de aquí!, cuéntaselo todo a Juan y escondedlo en vuestra casa. Todavía debes aparentar ante el pueblo que estás en tu último

mes de embarazo. Tan pronto se marche Claudia, será cuando se enteren de que has parido en mi casa.

Cogiendo una cesta grande, pone al bebé dentro y lo tapa con mantas para que no tenga frío.

— ¡Te quiero mucho, mamá! —se manifiesta llorando de alegría Nuria.

— ¡Llévatelo antes de que me arrepienta! —exclama Griselda, cansada y alterada...

En marzo de 1939 Nuria recibe tres duros golpes. Primero, la mala noticia de que su marido Juan ha fallecido en los bombardeos de Guadalajara, donde fue destinado a principios de ese año; segundo, la muerte de su madre Griselda tras enfermar de una tuberculosis a la que no sobrevivió ni dos meses, por lo que se quedó sola y con escasos recursos económicos para cuidar a su pequeño Juan; y el último y peor golpe que podía recibir fue cuando, tras verse un enorme bulto en uno de sus pechos y parte de la axila derecha, el médico del pueblo le da la mala noticia del poco tiempo de vida que le queda.

Tras salir del dispensario médico ve en los titulares de un periódico la inminente ejecución de Gerard Barrat en la prisión de León, tras ser condenado por asesinato, decide ir a visitarlo con el pequeño Juan, pero le deniegan la visita al no ser un familiar. El mismo día de la ejecución vuelve a intentarlo y se presenta ante el guardia de seguridad en la entrada de la prisión.

—Necesito que me dé un pase para visitar a Gerard Barrat Ulldemolins, necesito que vea a su hijo por última vez —exhala, desesperada, Nuria.

—Señora, hoy no podrá ser, se ha suspendido su ejecución. Si pasa mañana, le podré informar de cuándo podrá tener de nuevo visitas.

Nuria coge a Juan en los brazos.

— ¡Muy pronto vas a conocer a papá!

Cuando vuelve al día siguiente le da día y hora para ir a visitarlo.

Nuria por fin va a poder conocer al padre de Juan. El guardia de seguridad abre la puerta de la sala donde se encuentra y entonces Nuria se presenta ante Gerard.

Tras conocer lo sucedido, no puede evitar coger a su hijo en los brazos y abrazarlo.

—Tienes el mismo pelo que mamá, y esas pecas en la naricita que tanto me gustaban de ella —dice Gerard, haciéndole mimos.

— ¿Eres tú mi papá? —pregunta Juan tocándole la cara.

—Eso parece, ¿quieres que sea yo tu papá?

—Sí... —Juan lo abraza cogiéndolo del cuello, lo que hace sacar una pequeña sonrisa a su padre.

—No sé cuánto tiempo puedo estar en prisión —Dice serio Gerard mirando a Nuria—, pero sé con quién puede vivir en Madrid para que me venga a visitar todos los días y pueda disfrutar de él y del tiempo que nos quitaste, tanto a Claudia en paz descanse como a mí.

Nuria se queda perpleja cuando escucha que Claudia está muerta.

—Lo siento mucho.

—Dudo que lo sientas después de lo que le hicisteis tu madre y tú.

Nuria se siente triste y avergonzada.

—Vuelve mañana, seguramente sabré si vuelvo a la prisión de Madrid — abraza al pequeño Juan y le da un beso en la frente—, papá te verá mañana y te llevarán a una casa muy grande, ¿querrás ir?

—Sí, casa grande con juguetes.

—Sí, con muchos juguetes.

Tras irse Nuria con el niño, Gerard se siente feliz por primera vez tras la pérdida de su mujer Claudia, pensando: «Nuestro niño, Claudia, tu niño está vivo».

Gerard recibe por la tarde la visita de Pip y le cuenta todo lo acontecido tras la confesión de Nuria.

—Necesito que me localices a Concha y a Benito para que se hagan cargo de mi pequeño Juan hasta que salga de aquí.

—Mañana te trasladarán a Madrid y cuando sepamos tu condena intentaré que te la rebajen al tiempo más breve posible.

—Muchas gracias, Pip, te estoy muy agradecido por lo que estás haciendo por mí.

— ¡Y por Claudia, amigo Gerard, por mi querida y estimada Claudia, que desde allí arriba nos está observando!

Tras su traslado a Madrid consigue pasar un día en libertad para legalizar y formalizar el registro sobre la custodia de su hijo Juan, haciendo saber ante un juez que los verdaderos padres de Juan son Gerard y Claudia, para que así quede constancia.

— ¿Tiene usted intención de denunciar a Nuria Betia? —Le pregunta el juez a Gerard, también en presencia de ésta y Benito y Concha, que han venido en

cuanto Pip habló con ellos—. Se le presentarán cargos sobre secuestro de un menor.

—No presentaré ninguna denuncia contra esta señora que, aunque se la merezca, la vida ya la ha castigado —dice serio Gerard, pensando que no va a privarla de libertad ante las pocas semanas o tal vez días de vida que le quedan.

Nuria se arrodilla ante Gerard y se agarra fuerte a sus piernas.

—Muchas gracias, doctor, es usted una buena persona, nunca debí aceptar quedarme con Juan.

—¿Es ya demasiado tarde no crees?, nos hiciste pensar que murió y lo peor de todo es que Claudia nunca lo va a saber porque ¡está muerta! —Dice ofuscado y rencoroso Gerard—, y ahora vete de aquí, no queremos verte.

— ¡Déjame despedirme de Juan, por favor! —Gerard, sin decir ni una palabra, asiente con la cabeza.

Nuria se acerca a Juan, que está en los brazos de Concha y ésta lo baja al suelo.

—Juan, mi pequeñín —lo coge en brazos, le acaricia el pelo y le mira a la cara por última vez—, te vas a quedar con papá porque yo tengo que irme, ya verás qué bien estarás viviendo en su casa.

Nuria se acerca a Gerard para que lo coja en sus brazos, pero el pequeño Juan empieza a llorar desesperadamente al comprender que su madre, con lágrimas en los ojos, se va alejando de él.

—No llores, Juan, papá estará contigo, te colmaré de cariño, abrazos y besos hasta que nunca te quieras separar de mí —le susurra Gerard al oído de su hijo mientras va dejando de llorar.

Nuria moriría de la enfermedad veinticinco días después en Pola de Somiedo y sería enterrada junto a sus padres.

Concha y Benito cuidan de Juan en el piso de Claudia, lo llevan a ver a su padre cada día a la prisión hasta que salga en libertad.

## Capítulo 52

### Hija de la guerra

25 de diciembre de 1998

Claudia sonrío feliz al reconocer la figura que se le acerca, es María Cristina que se presenta ante ella en lo que parece ser un túnel de luces blancas.

— ¡*Hermanaaa*, estoy aquí! —Cuando está delante ve que tiene la misma cara, que no ha envejecido y la abraza—, ¡estás preciosa!

— ¡Y tú también!

—Yo estoy muy arrugada ya, ¿me puedes llevar donde están papá, mamá, Alberto y la abuela?

—Todos están muy bien, pero tienes que volver, todavía no ha llegado tu hora. Por fin puedes vivir lo que la guerra te arrebató, ahora que ya sabes toda la verdad, que tu marido Gerard y tu hijo están vivos.

— ¡Qué va, hermana!, tengo fiebre y lo he debido soñar, ¿sino, por qué estoy contigo?

— ¡No ha sido un sueño, Claudia!, lo que ha ocurrido es que has sufrido un infarto tras saber la verdad de que tu hijo no murió, sino que te lo arrebataron esas mujeres que te acogieron en Pola de Somiedo.

El ruido fuerte de uno de los monitores de la UCI que alerta sobre el aumento de pulsaciones hace despertar a Claudia del sueño profundo en el que estaba sometida hacía unos instantes.

— ¿Dónde estoy? —dice medio aturdida mirando a su hija Adriana, que está delante de ella.

— ¡Has sufrido un infarto! estás en la UCI del hospital, mamá, ¿no te

acuerdas qué te paso?

— ¡Gerard! —aclama Claudia, intentado mover su cabeza para ver si está en la habitación.

Éste, se acerca a ella lentamente con su bastón, la coge suavemente de la mano y le da un beso en la frente.

—Aquí estoy, mi querida Claudia, por un momento pensé que te perdía de nuevo, te prohíbo que tengas más sobresaltos. Tenemos toda la vida por delante, tú y yo, mi amor —dice Gerard con el rostro pálido y triste.

—Entonces, mi hermana tenía razón, no es un sueño, ese hombre que se presentó en la chocolatería ¿es nuestro hijo? —pregunta sollozando Claudia a su marido.

Juan, con el rostro triste, se aparece ante ella y le coge la mano, notando cómo su madre se la aprieta aferrándose a él para que no se lo vuelvan a quitar.

— ¡Mamá!, sí, soy tu hijo —Claudia le mira a los ojos, intentando recuperar toda una vida separada de él—, en el momento que tuviste el infarto en la chocolatería pensé que no iba a tener ninguna oportunidad de que me conocieras. Me hablaba papá tanto de ti desde que tengo uso de razón... y hoy nos va a cambiar la vida a todos.

— ¡Juan!, ¿sabes?, te iba a llamar Ignacio, como a tu abuelo. Te pareces tanto a mí cuando tenía tu edad... —dice emocionada Claudia.

Mientras tanto, Adriana y su hermanastra Claudia lloran a moco tendido muy felices.

—Te presento a mi esposa, Marta —indica Juan, dándole ésta dos besos en la mejilla.

— ¿Y esos dos chicos tan guapos? —pregunta Claudia sorprendida al ver a dos hombres jóvenes.

—¡Tus nietos!, Ignacio que tiene treinta y ocho años y Gerard, de treinta y cinco años —Igualmente se acercan a su abuela para besarla.

— ¡Oh, Dios mío, soy abuela! —ríe Claudia, a la vez que le van cayendo unas lágrimas.

— ¡Y bisabuela!... tus nietos ya tienen hijos —confirma riendo Ignacio.

— ¿Y tú, Adriana, tu esposo está en América? —pregunta su hermano Juan.

— ¡Nooo! —Exclama sonriendo—, soy soltera.

## Una semana después

Sesenta y dos años es el tiempo que transcurre desde que Claudia pasó su última noche en su piso de Madrid, y ahora está delante de la puerta a punto de entrar después de que le dieran el alta médica en el hospital, acompañada por su marido Gerard y sus hijos, Juan y Adriana.

— ¡Venga, mamá, es tu casa! —dice emocionado y nervioso Juan.

Claudia introduce la llave en la cerradura y le da dos vueltas hasta que se abre mientras siente cómo su cuerpo, viejo y delicado, se va ruborizando. Cogida del brazo de Gerard entra en el recibidor y está tal cual lo recordaba.

— ¡Están los mismos muebles!

—Algún cambio que otro, pero si no cambié nada fue para que mi hijo creciera donde un día lo hiciste tú —asegura Gerard.

Claudia sigue descubriendo que el salón también está igual, con su lámpara de araña de cristales colgando del techo, exceptuando los asientos. Encima de una repisa ve unos cuadros con las fotos del día de su boda con Gerard, otras con la de sus hijos en varias etapas de crecimiento. Claudia empieza a emocionarse de nuevo. También hay otra foto en la que está Gerard junto a una mujer muy bonita, deduce que es Elena; y, otra foto de sus padres, Ignacio y Ana.

— ¿Me enseñarás todas las fotos que te hicieron, Juan? —pregunta emocionada.

— ¡Claro que sí, las tengo preparadas!

—Yo también quiero ver las de mi preciosa Adriana —abrazándose ésta a su padre.

—Yo no las tengo porque están todas en Bristol, pero en cuanto vuelva las traeré.

Claudia entra en la habitación donde dormía junto a su hermana María Cristina, y siguen allí unas fotos de ambas que ella aún recuerda.

— ¡Ven, quiero enseñarte dónde dormiremos tú y yo! —dice pícaramente Gerard.

Se cogen los dos de la mano y descubre que el despacho de su padre Ignacio se ha acondicionado para ser una habitación de matrimonio.

—Esta habitación seguía siendo el despacho que tu padre utilizaba para trabajar, pero, Claudia, mi hija nos lo ha decorado todo... es precioso, ¿verdad?

—Sí, lo es —entonces ve que hay un escritorio viejo que le recuerda mucho y se gira hacia su hija Adriana—, ¡pero!, no puede ser verdad, ¿es este el

escritorio de John?

—Así es, mamá, antes de venir a España lo llevé a una restauradora e hice que me lo enviara a España, así conservarás algo de papá, bueno de John —rectifica Adriana.

—Hija mía —se le acerca Gerard—, John siempre será tu padre, recuérdalo así, nunca lo dudes.

Adriana, emocionada, se abraza a su padre.

—Gracias, papá, le echo tanto de menos.

—Quédate con nosotros, Adriana, no te marches a Bristol —sugiere su padre.

—Necesito ir para zanjar temas burocráticos y que nos ingresen el dinero en una banca española —responde Adriana.

Por la noche, Claudia y Gerard están uno frente al otro en la cama.

—Todo se lo debo a tu hija Adriana, si ella no hubiera insistido en que viniéramos a España seguiríamos cada uno sin descubrir que estábamos vivos —suspira Claudia.

— ¿Nunca se enamoró de un hombre? —pregunta Gerard refiriéndose a Adriana.

—Sí, estuvo a punto de casarse pero entonces ella enfermó de leucemia, la misma que padeció mi hermana María Cristina, y él la abandonó. Estoy segura que lo hizo porque la quería tanto que no hubiera soportado verla morir, pero nuestra hija Adriana ya no vivía en los años treinta, así que se curó y nunca más quiso saber nada de ningún hombre.

— ¡Te eché tanto de menos, Claudia! —le besa sus tiernos labios.

—Vivamos intensamente el tiempo que nos quede, disfrutemos de nuestros hijos y nuestros nietos cada segundo, cada minuto, cada hora, cada día, cada mes, años... —dice Claudia abrazándose a Gerard.

Semanas después Adriana, ya instaurada en la casa de sus padres, los lleva al templo catedralicio astorgano de Astorga.

Claudia, cogida del brazo de su marido Gerard, se acerca a un monumento de piedra que arranca desde el suelo. En la parte superior, hay una gran cruz a medio relieve partida en el extremo inferior del brazo vertical por un escudo de España. La cruz se apoya en el conjunto de tres lápidas de mármol. En cada una de ellas, y grabadas en letra dorada, los nombres de las damas enfermeras: Octavia Iglesias en la parte superior; Pilar Gullón, en la inferior derecha; y Olga Pérez, en la inferior izquierda. En el centro de las tres lápidas, una cruz

roja. El conjunto descansa en la base rectangular del monumento, en la que hay una inscripción, también de mármol del mismo color dorado y Claudia empieza a leerla mientras su marido y su hija la escuchan: «ENFERMERAS DE LA CRUZ ROJA, MUERTAS EN SOMIEDO EN OCTUBRE DE 1936».

Claudia acerca a sus labios los dedos de su mano derecha y toca las lápidas:

—Os echo mucho de menos, amigas.

Durante los siguientes días, Adriana también lleva a sus padres a visitar Guernica y ver cómo ha quedado restaurada después de la Guerra Civil española, así como el nuevo y restaurado puente colgante de Amposta.

—Ha quedado precioso —dice Claudia mientras besa a Gerard en los labios.

—Vamos a visitar a los familiares de mi primo Emilio, en paz descanse.

—Sí, quiero ver a esas niñas preciosas que conocí, y al bebé que ayudé a nacer ¿Pepito le pusieron verdad?

—Así es, tienes buena memoria.

— ¿Tuvieron más hijos?

—Sí, tres hijos más llamados Ernestina, Mercedes y el más pequeño Paco. Aquí en Amposta vive una de las niñas que tú conociste, Teresa. En Sant Carles de la Ràpita vive Mercedes, mientras que todos los demás hermanos viven en un pueblo fundado por Francisco Franco, llamado Poble Nou del Delta... es precioso, cuando lo veas te va a encantar.

Adriana se siente orgullosa de presenciar cómo su madre, Claudia, es inmensamente feliz, mientras observa hectáreas y más hectáreas de campos de arrozales por la ventana del coche. Observa por el retrovisor la imagen de su madre apoyando la cabeza sobre el hombro de su padre, ambos entrelazándose las manos fuertemente.

## **Nota del autor**

Necesito y creo que es de bien agradecido aclarar que *Hija de la guerra* es una obra de ficción, de ambientación histórica y documentada.

Claudia Romo Mendizábal y su familia, incluyendo a Gerard Barrat Ulldemolins, son personajes ficticios. Cuando empecé a escribir la novela se me ocurrió la idea de mezclar a mis personajes con personas que sí existieron durante la Segunda República y la Guerra Civil Española, sin alterar históricamente a ninguna de éstas, sólo cuando interactúan con los personajes de ficción.

Por ello, os presento y describo en el siguiente apartado un listado de nombres con un breve resumen biográfico, a los que muchos de vosotros, lectores, reconoceréis, y otros os sorprenderán bastante.

## Los personajes reales

**Alfonso XIII de Borbón.** Fue rey de España desde su nacimiento hasta la proclamación de la II República el 14 de abril de 1931. Asumió el poder a los dieciséis años de edad, el 17 de mayo de 1902.

**Francisco Franco.** Fue un militar y dictador español, integrante del Golpe de Estado en España de julio de 1936 contra el gobierno democrático de la Segunda República, que desembocó en la Guerra Civil Española. Fue investido como jefe supremo del bando sublevado el 1 de octubre de 1936, ejerciendo como Jefe de Estado de España desde el término del conflicto hasta su fallecimiento en 1975, y como Jefe de Gobierno entre 1938 y 1973.

**Miguel Maura.** Fue Ministro de la Gobernación en el gobierno provisional.

**Niceto Alcalá-Zamora.** Fue un jurista y político español, primer presidente de la Segunda República Española.

**Mercedes Milá Nolla.** Dama enfermera de primera clase. Durante la Segunda República fue nombrada Inspectora Secretaria de la Escuela de Instructoras de Sanidad, según orden publicada el 13/09/1934 (B.O.E. nº 256).

Es la tía abuela de Mercedes Milá, la famosa periodista y presentadora de televisión.

**Olga Pérez Monteserín, de Astorga (veintitrés años), Octavia Iglesias, de Astorga (cuarenta y un años) y Pilar Gullón, de Madrid (veinticinco años).**

Las tres eran de Acción Católica y voluntarias enfermeras de la Cruz Roja de Astorga, que habían accedido a curar a los heridos que había en el Puerto de Somiedo. Fueron fusiladas por unas milicianas rojas, entre las que estaban Felisa Fresnadillo, Josefa Santos, María Sánchez, María Soto y Consuelo Vázquez. Las ejecutoras de los disparos mortales fueron Evangelina Arienza, Dolores Sierra, y Emilia Gómez. Las milicianas primero les quitaron las ropas y, ya desnudas, hacia el mediodía, las fusilaron en el prado, repartiéndose las ropas entre las asesinas.

Durante la tarde las milicianas republicanas vejaron los cadáveres, hasta que por la noche las arrojaron en una fosa común que cavaron dos prisioneros falangistas también ejecutados.

La escritora Concha Espina escribió en 1938 una obra titulada *Princesas del martirio* en homenaje a las tres mujeres astorganas violadas, torturadas y asesinadas.

**Salvador González.** Es uno de los falangistas asesinados junto a las enfermeras de Astorga. No tuvo un padre que fuera militar, ni que se llamara Mario.

**José Antonio Primo de Rivera.** Fue un abogado y político español, fundador y líder del partido Falange Española. Fue condenado y finalmente ejecutado por conspiración y rebelión militar contra el gobierno de la II República durante los primeros meses de la Guerra Civil Española.

**Federico García Lorca.** Fue un poeta, dramaturgo y prosista español, también conocido por su destreza en muchas otras artes. Adscrito a la llamada Generación del 27, es el poeta de mayor influencia y popularidad de la

literatura española del siglo XX. Murió fusilado tras la sublevación militar que dio origen a la Guerra Civil Española. Su amistad con José Antonio Primo de Rivera sí existió. Estaba en la casa de unos amigos falangistas, apellidados los Rosales. Según vi en un documental, su muerte podría haber sido causada por una rivalidad familiar. Os animo a verlo, «Lorca, el mar deja de moverse», en [www.vimeo.com](http://www.vimeo.com).

**Doctor García-Duarte Salcedo.** Catedrático de Pediatría y activo participante y director de tareas de protección médica a la infancia.

**Agustín Muñoz Grandes.** Con el gobierno republicano en 1931 asciende en la escala militar y es nombrado segundo jefe de la Guardia de Asalto.

**José del Castillo Sáenz de Tejada.** Fue un militar español que destacó durante la II República Española. Sería su asesinato, junto con el del diputado derechista José Calvo Sotelo, el que la historiografía ha considerado como detonante de la Guerra Civil Española.

**José Calvo Sotelo.** Destacó como líder de las fuerzas que pretendían la instauración de una monarquía autoritaria corporativista a través del partido Renovación Española, aunque no mantuvo muy buena relación con las otras fuerzas de la derecha. En la madrugada del 13 de julio de 1936 un grupo de guardias de asalto y de militantes socialistas lo secuestró en su domicilio — simulando una detención— y lo asesinaron. Este suceso fue el que provocó que el general Francisco Franco decidiese unirse al golpe de Estado que desde hacía tiempo se preparaba contra la República.

**Capitán Condes.** Fue un militar y capitán de la Guardia Civil española. Vinculado al PSOE, fue instructor de milicias socialistas y encabezó el grupo de policías y civiles que asesinó al diputado derechista José Calvo Sotelo.

**General Mola.** De nombre Emilio, fue un militar español destacado en la Historia de España. Personaje relevante durante la dictadura de Primo de Rivera y la II República Española, fue el cabecilla («director») de la sublevación militar de 1936, que —tras su fracaso— dio origen a la Guerra Civil Española. Una vez comenzada ésta, se destacó en la dirección de las operaciones militares en el norte de España, especialmente en la zona del País Vasco, al mando del Ejército del Norte.

**Emilio Montoto.** Enfermero destinado en el psiquiátrico de Valdediós. «No temas, que por cuidar dementes no me va a pasar nada», le decía a su esposa. Fue ésta la última vez en que lo vio con vida, ya que fue asesinado tal como describo en la novela. Fue muy duro leer y documentarme sobre esos actos tan terroríficos, solo por hacer lo mismo que en su día los rojos hicieron con las tres enfermeras astorganas.

**Genaro Arias, *El Patas*.** Formó parte del Comité de Villablino durante la Guerra Civil Española hasta que, tras la ocupación de la comarca por parte de las tropas nacionales, huyó a Pola de Somiedo. El 2 de octubre de 1937 fue hecho prisionero en el frente de Lillo. Fue juzgado en consejo de guerra, acusado del fusilamiento de prisioneros de guerra y de tres enfermeras prisioneras a las que previamente durante la noche se torturó y violó repetidamente (conocidas como las «enfermeras mártires de Somiedo»). Fue ejecutado a garrote vil en León el 24 de octubre de 1937.

**Felisa Fresnadillo, Josefa Santos, María Sánchez, María Soto, Consuelo Vázquez, Lola Sierra, Evangelina Arienza, Emilia Gómez, Milagros Espina.** Las milicianas ejecutoras de los disparos mortales.

**Menazas.** Esposo de Milagros Espina, asesinado en el hospitalillo de Pola de Somiedo por los nacionales en combate.

**Priscilla Scott-Ellis.** En el estallido de la Guerra Civil Española, Scott-Ellis, apoyando al ejército nacionalista, lucha contra el Frente Popular del gobierno. Ella ofreció voluntariamente sus servicios a los fascistas en España, pero lo hizo para poder seguir a su amor, Ataúlfo.

**Ataúlfo.** Hijo del infante Alfonso de Orleans-Borbón (Ali) y de su esposa Beatrice de Sajonia-Coburgo-Gotha. Se declaró homosexual antes de su fallecimiento.

**Emilio Chimeno Ulldemolins.** Payés (*pagès*) catalán y mi abuelo. Tuvo siete hijos con Victoria.

**Victoria Reverté Sancho.** Payesa (*pagesa*), esposa de Emilio y mi abuela. Tuvo siete hijos.

**Victorieta Chimeno Reverté.** Primogénita de Emilio y Victoria. Casada con

Boro, tuvieron dos hijos: *Victorieta* (yo siempre la he llamado *mana*) y Salva.

**Teresa Chimeno Reverté.** Segunda hija de Emilio y Victoria. Casada con Moya, tuvieron dos hijos: Juanito y Teresa.

**Milieta Chimeno Reverté.** Tercera hija de Emilio y Victoria. Casada con Eugenio, tuvieron dos hijos: Marcel y Melín, «mi padrina».

**Coronel Wolfram von Riechhofen.** En 1936 fue enviado a España, donde asumió el mando como Jefe del Estado Mayor de la Legión Cóndor en la Guerra Civil Española. Ocupó este puesto durante gran parte de 1937, siendo responsable del bombardeo de Guernica. Murió el 12 de julio de 1945 en un hospital militar en BadIschl (Austria), siendo prisionero de los estadounidenses.

**Coronel Casado.** Tras el nuevo fracaso republicano de la batalla del Ebro en noviembre de 1938 y la posterior caída de Cataluña, el coronel Casado se reafirmó en la idea de que «entre militares llegaremos a entendernos» e inició los contactos con la quinta columna franquista en Madrid para negociar la rendición republicana. Ante la inminente entrada de las tropas sublevadas en Madrid, Segismundo Casado partió hacia Valencia, y desde el puerto de Gandía partió en un buque británico hacia el exilio en Marsella (Francia), no sin antes convencer a miles de refugiados de que marcharan a Alicante, donde, supuestamente, los recogerían barcos ingleses; esto provocaría la muerte de muchos de ellos a manos de los nacionales.

**Elías Sierra Álvarez, José Antonio Díaz Álvarez, Eloy Álvarez.** Declararon en el juicio en contra Genaro Arias, *El Patas*.

**Pepito Chimeno Reverté.** Cuarto hijo de Emilio y Victoria, primer varón, casado con Rosita; tuvieron cuatro hijos: Loreto, José Juan, Pepito y Rosana.

**Ernestina Chimeno Reverté.** Quinta hija de Emilio y Victoria, casada con Vicent. Tuvieron tres hijos: Vicent, Ernestineta y Juan Emilio.

**Mercedes Gimeno Reverté.** Sexta hija de Emilio y Victoria, casada con Baltasar. Ni qué decir que son mis adorables padres. Tuvieron a mis tres queridos hermanos: M.<sup>a</sup> Isabel, *Merchu* y Emilio. Yo soy el menor de ellos, Baltasar. Como leeréis no se apellida Chimeno, sino Gimeno, error tipográfico

tal vez de notario o de la era posguerra civil española.

**Paco Chimeno Reverté.** Séptimo y último hijo de Emilio y Victoria, casado con Encarna. Tuvieron dos hijos: Quique y Mireia.

## **Sucesos reales y dramáticos de la novela**

Cuando empecé a documentarme, todavía no tenía claro qué sucesos reales quería para *Hija de la guerra*. Aun así, conforme iba escribiendo, iban saliendo historias. Las siguientes que detallo a continuación me impactaron, algunas de las cuales yo no había leído, ni se había escrito jamás en ninguna otra novela de ficción histórica. Ni qué decir que muchos de los sucesos que ocurren en *Hija de la guerra* os parecerían surrealistas, o de demasiada ficción, pero como leeréis todo ha sucedido y está documentado en periódicos, tanto españoles como extranjeros, en documentales e Internet.

**El-Biutz (Marruecos).** Francisco Franco fue herido en 1916, en una rafía en El-Biutz (entre Ceuta y Tánger) en el bajo vientre, una herida grave que pudo

causarle la muerte y que lo mantuvo varios meses hospitalizado en Ceuta.

**Asesinato de José del Castillo Sáenz de Tejada.** El 12 de julio de 1936, tras asistir a los toros, es advertido por una militante socialista de que corren rumores de que esa noche se va a atentar contra su vida, pero Castillo, tras dar un paseo con su esposa, con la que se había casado el 20 de mayo, decide incorporarse a su puesto como cada día. No obstante, a las diez de la noche, cuando dobla la esquina de la calle Augusto Figueroa con Fuencarral, para encaminarse al cuartel, cuatro pistoleros de extrema derecha (carlistas pertenecientes al Tercio de requetés de Madrid, según el historiador Ian Gibson, o falangistas según otros autores como Paul Preston), le disparan sin darle tiempo a sacar su arma reglamentaria. Auxiliado por el periodista Juan de Dios Fernández Cruz, que casualmente pasaba por el lugar, es trasladado a una casa de socorro cercana donde ingresa cadáver.

**Asesinato de Calvo Sotelo.** Algunos compañeros de José Castillo, como Fernando Condés, juraron vengarse y organizaron un grupo con el propósito, al parecer, de matar al líder de la CEDA, José María Gil-Robles. Al no encontrarlo en su domicilio, se encaminaron al de José Calvo Sotelo, líder de Renovación Española, donde Condés encargó a varios guardias y paisanos que vigilasen los alrededores, y seguido por algunos otros penetró en el edificio con una orden de detención falsa del diputado monárquico, a quien pidieron les acompañase a la Dirección General de Seguridad. Su hija Enriqueta describió una minuciosa y emotiva relación de los hechos, narrando la inicial oposición a la detención («¿Detenido? ¿Pero por qué?; ¿y mi inmunidad parlamentaria? ¿Y la inviolabilidad de domicilio? ¡Soy diputado y me protege la Constitución!»), y de cómo finalmente optó por acompañar a los guardias sin oponer resistencia, entre reiteradas peticiones de su esposa de que no se lo llevasen.

**Hospital de sangre, Pola de Somiedo.** El 27 de octubre de 1936, milicias locales pertenecientes a la UGT, comandadas por Genaro Arias Herrero, apodado El Patas, minero y veterano de la Revolución de Asturias de 1934, inician una modesta ofensiva destinada a aislar los puestos franquistas más avanzados del frente. Una de estas posiciones era el pequeño hospital donde prestaban servicio las enfermeras. En el momento del ataque asistían, bajo las

órdenes de un médico, a unos catorce heridos. Tanto el médico como las enfermeras tuvieron la posibilidad de huir junto a unos veintiún soldados que evacuaron el puesto tras un breve enfrentamiento, pero se negaron a abandonar a sus pacientes. Lo demás ya sabéis cómo terminó. Fue cruel, ¿verdad?...

**Bombardeo en Guernica.** El gobierno vasco dio una cantidad oficial de víctimas de 1.645 muertos y 889 heridos, que es el número citado en los folletos impresos en el extranjero y por la prensa internacional como algunos periódicos ingleses, aunque hoy se considera que este número está absolutamente hinchado. El historiador Hugh Thomas situó la cifra de víctimas entre cien y mil seiscientos, estimando que la más probable sea de mil muertos. Sin embargo, los datos más actuales apuntan entre 250 y 300 muertos. El 70 % de los edificios de la ciudad fue totalmente destruido por el incendio, que no se pudo apagar hasta el día siguiente, y el 20 % gravemente dañados.

**Bombardeo en Amposta.** Este municipio es la capital de la comarca del Montsià. Está situada a la orilla derecha del Ebro, justo en el punto de contacto entre el delta, y las llanuras interiores, entre los municipios de Tortosa y de Sant Carles de la Ràpita. El 10 de marzo de 1938 el puente colgante fue bombardeado y destruido. Para poder cruzar el río se hizo un puente con barcas, que se hundió al paso de los tanques del ejército republicano en su retirada, después de que los rebeldes ocuparan Amposta, el 18 de abril de 1938. En el año 1939 empiezan las tareas de reconstrucción del puente colgante, prioritarias por restablecer las comunicaciones a las vías principales del Estado.

Mis abuelos Emilio y Victoria fueron testigos directos del bombardeo del puente colgante, así como el nacimiento de mi tío Pepito.

**Buque inglés en Gandía.** En las últimas semanas de la Guerra Civil, los puertos de Gandía y Alicante se convirtieron en centros neurálgicos para la huida de civiles y militares.

**Monasterio de Valdediós.** El 22 de octubre de 1937 llegan dos compañías del IV Batallón de Montaña Arapiles nº 7, entonces perteneciente a la VI Brigada de Navarra, alojándose en dicho monasterio. El capellán castrense dijo la misa en el exterior, a la que tuvieron que asistir los trabajadores del hospital y también los vecinos del lugar.

Las personas que trabajaban en el hospital, funcionarios civiles no combatientes y que jamás habían empuñado un arma, consideraron que no tenían nada que temer, pues estaban cumpliendo con su obligación como funcionarios dependientes de la Consejería de Sanidad.

«No temas, que por cuidar dementes no me va a pasar nada», le decía a su esposa Emilio Montoto, enfermero fusilado. Fue la última vez que vio con vida a su esposo.

El día 26 a las nueve de la mañana apareció un sujeto vestido de negro con una carpeta de la que extrajo una lista, que hizo llegar al oficial de turno.

Llamaron nominalmente a las personas de dicha lista y las retuvieron en el convento.

En Valdediós había pacientes, enfermos mentales, algunos heridos de guerra, psiquiatras y enfermeras. Llegaron estas unidades militares y detuvieron a cinco personas. Algunos fueron fusilados en Gijón. Los otros enfermos, psiquiatras y enfermeras permanecieron en Valdediós hasta el día de los hechos.

Ese mismo día, los soldados ordenan al personal del centro organizar una fiesta con baile incluido en el recinto hospitalario, al que tenían que asistir obligatoriamente las enfermeras. Ellas mismas preparan la cena, que se desarrolla en la «sala de física», con un gran consumo de alcohol y todo tipo de abusos sexuales. Según diferentes testimonios de supervivientes, los militares violan a aquellas mujeres y posteriormente las fusilan en el «Prau de Don Jaime».

Las mujeres se ponen a gritar aterrorizadas, se oyen gritos por todo el recinto, y en ese momento hace su aparición un capellán militar. Ordena que todo el mundo se calle ante tanto bullicio y pregunta qué es lo que ocurre con ese escándalo. Las mujeres ven la puerta del cielo abierta, tal vez el cura las salve del final que les espera.

Pero el capellán se limita a darles la absolución, e incluso anima a sus viriles soldados a que sigan haciendo «lo que tienen que hacer». También asesinaron a los cuatro celadores, al pinche de cocina y a una niña de quince años, hija de una enfermera que se hallaba en casa de la cocinera. Los soldados, al oír unos ruidos extraños en la casa, preguntaron: «¿Quién está ahí?». «Una niña, hija de una enfermera», responde alguien. También la asesinaron.

Tras obligarles a excavar su propia fosa, fueron asesinadas a tiros.

Parece ser que los soldados les hicieron excavar su propia fosa, entre un

bosque de castaños, hoy en día talado y que ha dificultado la localización de la fosa, al haber cambiado el paisaje que queda aproximadamente a unos 200 m del monasterio, donde las asesinaron a tiros y las medio enterraron a poca profundidad. Quedaron brazos y piernas que todavía asomaban entre la tierra.

Al día siguiente desde el monasterio-hospital, los vecinos recordaban que se observaba una retahíla de zapatos, batas, trozos de vestidos y otros objetos personales que marcaban el macabro camino que habían seguido los asesinos desde el monasterio hasta la fosa, lugar donde «ejecutaron» y enterraron a sus víctimas con toda impunidad y las necesarias bendiciones del capellán. Fue tal la impresión en la comarca, que los niños del lugar nunca más fueron a recoger castañas en esa zona. Horrible, ¿verdad?, como en un año se repitió la historia en ambos bandos, los nacionales y los republicanos.

**American Group Hospital.** Ayudaron a los republicanos y trajeron consigo de América ambulancias, médicos y enfermeras.

**Extractos de periódicos de la época por Internet**

***Carta real de Alfonso XIII.*** El rey emite un manifiesto el 14 de abril de 1931, reflejando su tristeza antes de partir hacia el exilio.

***Carta real de Lorca a su amante secreto.*** Fue publicada por el periódico *El País*, el 10 de mayo de 2012. Los tres folios, escritos a mano, con palabras subrayadas y alguna que otra tachadura, llegaron a las manos de Juan Ramírez de Lucas cuatro días después, por entonces su amante, antes de que se cortaran las comunicaciones entre la zona republicana y la nacional. En ese mismo día se conocía el alzamiento franquista, la sublevación militar no tardaría en convertirse en guerra civil y empezaba el reinado del horror.

***La casa de Bernarda Alba.*** Tal como reflejo en la novela, según Lorca se inspiró en su vecina. Así se refleja en el libro *La casa de Bernarda Alba*, editorial Losada, de Buenos Aires. Estreno mundial en Buenos Aires, en 1945. Se puede leer en varios periódicos e incluso en el documental citado anteriormente, que uno de los detonantes de su fusilamiento y rivalidad familiar, fue también “los Alba” quienes pudieran estar implicados en el asesinato de Lorca por basarse en ellos *para el libro La casa de Bernarda Alba.*

... Y por último citar que los pueblos que escribo en castellano como son San Carlos de la Rápita y Vinaroz, el uso correcto del topónimo es Sant Carles de la Ràpita y Vinaròs.

## Agradecimientos

A mi mujer Elena por su paciencia; a mi amigo David Jiménez, corrector de la novela, por hacer que ésta pueda publicarse, y releer la novela decenas de veces; a Maite Duart, mi compañera de trabajo y enfermera, que gracias a sus críticas constructivas he podido encaminar la historia de un modo u otro para que el lector no se sienta perdido en *Hija de la guerra*; a Joan Burdeos, por rehacer mi novela a 2.0; a mis padres por contarme la historia de mis abuelos y el suceso verídico sobre el bombardeo del puente de Amposta.

Y a todos aquellos que me apoyaron en el inicio de mi nueva andadura como escritor en mi primer libro, *La sombra del rey*, con más de seiscientas ventas, tanto en formato físico como electrónico desde abril hasta diciembre de 2014.